El héroe insuficiente

A Grilo:

Pero cuando llega la gloria, regalo de los dioses
Aparece una luz resplandeciente y la vida es dulce como la miel
(Píndaro, siglo VI—V A.C.)

A Diodoro:

El éxito resulta más dulce
Para quienes nunca lo alcanzan
(Emily Dickinson, siglo XIX D.C.)

Sumario

Los Dióscuros..... 5
Reso..... 9
El sacerdote de Artemisa..... 15
Escilunte..... 19
¡Marchad!..... 27
Banquete..... 29
La verdad sobre Ciro..... 51
Los Héroes..... 53
El pedónomo..... 61
Leuctra..... 65
Resaca de Leuctra..... 79
El pleito de los eleatas..... 83
Reparto del tesoro..... 93
Llegan los arcadios..... 97
Jenofonte en Corinto..... 103
Un caballo niseo..... 117
Planes para volver a Atenas..... 123
Atenienses..... 127
Iniciación en los misterios..... 133
Grilo, hiparco..... 137
Muerte de Grilo..... 139
Duelo de silencios..... 157
Funerales en Mantinea..... 161
Fin de las Helénikas..... 167
De Próxeno a Jenofonte, Xaire..... 171
La respuesta del Oráculo..... 181
Epílogo..... 187

Los Dióscuros

Nos llamaban Dióscuros, como si mi hermano y yo fuéramos la reencarnación de Cástor y Pólux, pero no hay tal, solo la coincidencia de ser gemelos.

Ya sabes, es materia debatida cómo Cástor y Pólux pudieron ser engendrados la misma noche. Hay quien dice que a Leda, su marido apenas se bastó para abrirle el apetito de la entrepierna, y que sólo el mismísimo dios fue capaz de saciarla un rato después, fuera en forma de cisne o de cualquier otra manera. Y yo me pregunto, ¿qué necesidad tenía Zeus de encarnarse en un animal pudiendo hacerlo en el propio Tindáreo para que éste, dueño de la potencia divina y la humana, depositara en Leda la doble simiente que los engendró?

Estaba predestinado que sólo uno de ellos muriera, y fue Cástor. Pólux, al que se otorgaba la inmortalidad, suplicó a su padre Zeus que no le permitiera sobrevivir a su hermano. Y el dios accedió, permitiéndoles disfrutar alternativamente del cielo medio año cada uno, mientras el otro espera su turno en los infiernos.

Pero mi hermano Grilo ha muerto y yo le sobreviví. Hace ya dos años.

Y si nosotros poco teníamos que ver con los Dióscuros, menos aún se parecía mi madre Filesia a la rubia Leda. Filesia era menuda, morena, muchos años más joven que Jenofonte. Desde que nació en algún lugar cerca de Mileto que ni ella recordaba, siempre vivió sometida a alguien. Desde niña a su ama Aspasia, la milesia concubina de Ciro, a la que fue entregada por las leyes humanas. A la necesidad de seguir y servir a un hombre que la protegiera entre el tumulto de la retirada, y afortunada ella porque topó con mi padre. Y luego a nosotros sus hijos, por instinto de madre.

Mi madre tenía catorce o quince años cuando en la confusión de la batalla, mientras los griegos ponían en fuga al enemigo y Ciro moría tratando de dar muerte a su hermano, el campamento fue saqueado y capturada su ama. Ella se refugió en el campamento griego, entre los bagajeros que lo defendían. Esa misma noche, huyendo de esos mismos bagajeros que la maltrataban, buscó y encontró a mi padre. Lo conocía de la antesala de los séquitos que visitaban a Ciro.

Recién nacidos, Filesia me daba el pecho en primer lugar porque yo soltaba el pezón sin acabar de saciarme y Grilo, que venía detrás, vaciaba ambos en un santiamén. Y cuando yo, hambriento, volvía a llorar, Filesia estrujaba sus pechos vacíos.

Así me lo contaron de niño, en esos relatos de familia que se repiten tantas veces hasta que forman parte de ti. Así fue cómo llegó a casa Polixena: hacía falta una nodriza. Lo dijo mi padre con el mismo tono con el que antaño hubiera dicho "allí hay agua", "aquella aldea tiene víveres", "este vado es bueno". Filesia sufría: quería ser ella misma la que nos alimentara a los dos. Pero uno de los dos lloraba, mientras el otro, Grilo, dormía satisfecho.

Agesilao, el rey de Esparta que protegía a mi padre y sus cireos, el mismo que al nacer nos comparó tan equivocada y funestamente con los Dióscuros lacedemonios, se encargó en persona de encontrar a orillas del Eurotas una digna hija de Leda para los hijos de Jenofonte. Polixena era alta, robusta, rubia. A su lado, mi madre empequeñecía.

Polixena nunca me tuvo a mí, no lo consintió Filesia. Pero no pudo evitar que Grilo se criara en sus brazos, ni que luego, a pesar de lo prometido por Jenofonte cuando trajo a la nodriza, lo llevara de la mano durante sus primeros pasos. Y aunque Grilo, igual que yo, tenía el mismo cabello que nuestra madre, más oscuro que la noche, los que no sabían o llegaban por primera vez a Escilunte pensaban que Polixena era la madre de Grilo tanto como Filesia lo era mía.

Así que, a diferencia de los Dióscuros, que tuvieron dos padres en una sola madre, nosotros dos somos hijos de un mismo padre, de Jenofonte, pero nos criamos con distinta madre. Grilo, en los brazos despreocupados de Polixena, la muchacha espartana. Yo, Diodoro, en el pecho insuficiente de Filesia.

Y a pesar de ser gemelos y en todo iguales de cuerpo y presencia, cuando Jenofonte nos zarandeaba en el aire y nos pellizcaba y mordía, mi hermano se le revolvía y le arañaba la cara como haría cualquier cachorro de perra, mientras que yo me echaba a llorar. Y cuando mi hermano empujaba las caderas de su nodriza espartana con la inapelable convicción de que sería capaz de derribarla, él congestionado por el esfuerzo, ella por la risa, yo me arrimaba al regazo de mi madre para escuchar con los ojos cerrados las historias que me contaba. Pero cuando ella callaba, yo sabía, sin abrir los ojos, que los suyos estaban buscando a Grilo.

Y recuerdo muy bien —y si no es verdad que se tengan recuerdos de tan temprana edad, me lo han contado tantas veces que ya son parte de mí—, cuando alguien nos levanta del suelo, y nuestro padre nos coge, primero a mí y luego a mi hermano. Y aunque sientes los brazos de tu padre alrededor, su pecho en tu espalda, y aunque Grilo, delante de mí, agarra con total confianza las crines del caballo, yo, asustado por algún relincho o por la altura, rompo a llorar. Filesia levanta las manos para agarrarme y bajarme, pero Jenofonte la reprende y obliga al animal a dar una vuelta y otra y otra delante de casa, mientras Grilo ríe y palmea.

Seguramente mi padre pensó que se había equivocado al elegir esposa, incluso en vida de mi madre. Cuando me veía agarrado a Filesia, y luego veía a Polixena sujetando a Grilo para que no escapara de sus brazos, no dejaba de pensar que esa era la razón de que uno riera donde el otro lloraba, de que uno se levantara de sus tropezones sin un lamento y el otro no se atreviera a soltar las manos de su madre, de que uno jugara con los perros a meterles la mano dentro de la boca y el otro los rehuyera temeroso.

En Jenofonte no tardó en prender el deseo por una mujer joven, hermosa y capaz, si es que no lo tuvo desde el primer día que la vio.

Sé que fue un día de verano, a la sombra de los chopos junto al río. Lo supe no mucho después de morir Jenofonte, en el patio de nuestra casa de Corinto, mientras Polixena hilaba y yo escribía. Ella me decía:

— Ya sé que no soy tu madre. Ni lo soy, ni tú nunca me has considerado tal. Pero te he criado igual que a Grilo. O casi tanto. Y no es culpa mía ni de tu madre que pasara. Son cosas que ocurren porque hay mujeres y hombres. Yo estaba en el río con vosotros, él me llevó aparte y, bueno, no pasó nada, había gente cerca. Pero me dijo: ven esta noche. Y añadió algo que me chocó: si quieres, no te obligo. Porque yo era una criada. Y nunca he dejado de serlo.

Yo me imagino a Jenofonte bajando los brazos que la sujetaban, tratando de creer él mismo que con ese "no te obligo" y ese gesto de quitarle las manos de encima le daba la libertad que no tenía. Porque es verdad: Polixena nunca dejó de ser una criada, una nodriza que cuando dejó de darle el pecho a Grilo prolongó su cometido haciendo de madre para nosotros dos y compartiendo el lecho de mi padre.

Y me imagino que Polixena se apartaría de él apresurada, como si las risas de los niños, de Grilo y mías y de otros, que se oían no muy lejos, hubieran roto un abrazo invisible mucho más fuerte que los brazos contenidos de Jenofonte. Pero no dejó de acudir esa noche y las siguientes. Quizás ella pensaba que no se podía negar a lo que le pedía su dueño, quizás era también deseo, el deseo de una mujer joven, y una intensa curiosidad por saber cómo sería el hombre que la dejaba escapar sin poseerla allí mismo, a la orilla del río, diciéndole, con la respiración agitada y los ojos brillantes, que era libre, cuando era su esclava.

— ¿Y sabes cuando empezó todo? Una vez Jenofonte se encontró conmigo cuando volvía del rio. Yo sujetaba el cántaro a la cintura con una mano mientras con la otra le daba el pecho a Grilo. Él se me quedó mirando. Creo que pensaba que el cántaro estaba lleno, porque yo volvía del río. Estaba vacío, no recuerdo por qué pero volvía con el cántaro vacío —y en su rostro se dibujaba una media sonrisa con los ojos bajos.

No sé tanto de mujeres como de perros o caballos, pero puedo suponer que en el lecho Jenofonte encontró a una Polixena que besaba rabiosamente hasta morder y que le empujaba las nalgas aprisionándolas con sus talones, muy diferente de mi madre. Como los perros a los que se maltrata de cachorros y que crecen siempre sometidos y apaleados, Filesia nunca se entregaría confiada, nunca acabaría de abrir las piernas hasta que él no se las separara con las rodillas. Entrar en ella sería a veces doloroso para ambos. Pero con Polixena, Jenofonte sentía que su miembro naufragaba cálido y húmedo para, cuando ella así lo quería, sentirse aprisionado y estrujado como jamás imaginó que se pudiera. Y se asombraba una y mil veces de tanta diferencia: una apenas enrojecía las mejillas y suspiraba, mientras la otra era capaz de tragarlo en un espasmo interminable de placer.

Y luego murió mi madre. La flecha de Apolo, envenenada de tristeza y amargura desde que nosotros nacimos, acabó de hundirse en ella con aquellos desamores de mi padre. Murió Filesia y fue Polixena la que acudió a protegerme, antes incluso de que mi padre se diera cuenta de que Grilo no quedaba huérfano, pero que yo lo era doblemente. Fue Polixena la que enseñó a mi padre a tratarme de una forma diferente. Porque yo era tan capaz como Grilo, lo demostré con el tiempo, pero el reniego que con Grilo era acicate, conmigo eran lágrimas, y mi padre se convenció cuando aprendí lo que él más deseaba

después de vernos caminar y de escucharnos hablar: vernos encima de un caballo con las riendas entre las manos. Lo aprendí tan bien como Grilo, aunque un poco más tarde. Reso –apenas me acuerdo de su rostro, un criado cretense— me levantaba del suelo y me colocaba sobre la grupa. Sus dedos quedaban acariciando al caballo como al descuido, cerca de mi muslo. Al otro lado, Polixena me ponía las riendas entre las manos y al hacerlo, parecía que me hacía entrega de las suyas, suaves y fuertes. Unos pasos detrás, donde Polixena le había dicho que se quedara, estaba Jenofonte, asombrado de que él mismo, que sabía todo sobre caballos, ahora estaba aprendiendo de una muchacha y un criado como educar a sus propios hijos.

Y yo, quizás, si hubiera podido reflexionar como un adulto, hubiera pensado como mi padre, que Polixena empequeñecía a Filesia. Pero era un niño y nunca olvidas, aunque apenas recuerdes. la primera cara, los primeros brazos y el primer pecho que te acoge.

Jenofonte imaginaba qué hijos hubiera podido concebir con una mujer que era casi tan alta como él, y tan fuerte que podría sostener un escudo durante muchas horas como el mejor de los hombres. Del hubiera podido pasó a pensar si podría, porque empezó a ver en Polixena virtudes que no imaginaba. En ningún momento le dijo: gobierna la casa y manda a los criados. Pero vio que estaba al tanto de las cosas que había que hacer. Que se las recordaba a Jenofonte con palabras muy discretas, para que él no se sintiera a menos como dueño de la casa. Y Jenofonte empezó a probarla dando órdenes a través de ella, observando si era capaz de hacer que se cumplieran, vigilando si su carácter no cambiaba, si no se volvía altanera con los demás criados, o se tomaba confianzas que él no le había dado.

Reso

— ¿Te acuerdas de Reso? —le pregunté aquella tarde o alguna otra a Polixena.

La vi dudar, sorprendida, y en los instantes que tardó en tomar la palabra traté de imaginar detrás del rostro de aquella mujer mayor de guedejas blancas el de aquella muchacha de piel sonrosada y larga y rubia cabellera, apenas veinte años. A veces pienso que solo percibimos la juventud y el paso de los años en las personas que son más jóvenes que nosotros. Las personas que nos han criado, en cambio, siempre han sido mayores, simplemente mayores.

— ¿Tú te acuerdas de él? —dijo mirándome.

— Algo —en realidad Reso era para mí un recuerdo de infancia difuso pero persistente—. Éramos muy críos, me hubiera gustado haberlo conocido mejor, haberlo tenido a nuestro lado cuando nos hicimos mayores.

Polixena bajó la vista a la faena.

— Reso ya estaba en Escilunte para cuando yo llegué. Mucho antes. Estaba allí cuando llegaron Jenofonte y sus cireos. Era criado del antiguo poseedor de nuestras tierras. Años antes de llegar Jenofonte, cuando los lacedemonios ocuparon Escilunte y los alrededores de Olimpia, él no marchó con su amo. Se quedó allí, en la casa, no se sabe si por encargo de su señor o porque sentía apego por la hacienda y los campos y los montes o quizás por las dos cosas. Nunca me lo dijo. Reso era así, una persona que hace cosas sin dar explicaciones. En cualquier caso, Jenofonte le dejó quedarse en nuestra casa, a prueba, y luego ya para siempre. Trabajaba bien, era discreto, no arrastraba los pies cuando le ordenaban algo que le contrariaba.

Esas son las virtudes que mi padre siempre ha apreciado en los que están sometidos a otro, y por extensión, en todos los hombres, ya que para mi padre no había nadie, ni él mismo, que no dependa de otro hombre con mayor autoridad. A eso habría que añadirle además esa mutua estima varonil que nace entre los que se afanan genuinamente por una misma tarea —la casa, la labranza, el ganado— y entre los que comparten una misma pasión: la caza y los perros. Una estima que fluía de amo a criado y de criado a amo con entonaciones y gestos sutiles que, claro está, nunca deben comprometer la compostura adecuada al rango de cada uno. A mis pocos años, yo ya percibía esa afinidad.

— Era alto y flaco —dije.

— Sí. Tan alto como tu padre. Y moreno. Su hablar se parecía en expresiones y formas al de los nacidos a orillas del Alfeo o del Eurotas, pero con un acento singular. Era cretense. Hábil con el arco, como es fama entre los naturales de allí, pero sobre todo hábil con todo tipo de animales, domésticos y salvajes.

— Me acuerdo, sí —me acuerdo de verlo a él rodeado de perros, trajinando con ovejas o caballos, o acechando al jabalí o al corzo, era como ver a un rey rodeado de su séquito, impartiendo órdenes y justicia a diestra y siniestra.

— ¿Qué pasó?

— Reso se marchó, desapareció un día sin avisar.

— ¿Por qué?

— Era así, ya te lo he dicho —otros no lo hubieran advertido, pero su tono era el mismo que yo le había conocido siempre cuando controlaba su irritación.

No habló más Polixena, ni fui capaz de lograrlo en otras ocasiones posteriores en las que di pie.

Cuando no mucho tiempo después estuve en Atenas, aproveché mis visitas a los cireos que sobrevivían para sacar a colación el nombre de Reso. Era fácil, la conversación discurría sin esfuerzo hacia los recuerdos nostálgicos de Escilunte. Todos a los que encaminé recordaban a Reso, todos parecían tan ignorantes de la razón de su marcha como sorprendidos cuando se produjo. Solo uno se denunció, Teopompo. Dudó cuando se dio cuenta de que yo me había apercibido. En ese momento intervino algo entre nosotros que lo hizo fácil. No sé si es que contar, para las personas, es volver a vivir, o quizás que a mi lado sentía de nuevo la presencia de su camarada, o que consideraba que yo como hijo de Jenofonte tenía derecho a heredar su memoria más íntima. No tuvo reparo en contármelo todo. Y al parecer era el único que lo sabía. Los demás, si algo sospechaban o habían oído, quizás no quisieron manchar la memoria de mi padre con habladurías ya pasadas.

Así supe que fue entonces, cuando más enamorado estaba, cuando Jenofonte sintió la punzada de la duda. Súbitamente, comprendió los silencios de Reso, su andar taciturno y malhumorado de los últimos meses.

Reso había cambiado. A mi padre, distraído por la enfermedad de mi madre y luego por su muerte y todos los trastornos que supuso, se le pasó por alto su cambio de humor, atribuyéndolo incluso a una genuina pena por Filesia. Y de pronto, como siempre son estas cosas, quizás un gesto o una duda en Polixena vibrando en sincronía con Reso, todo lo vio bajo otra luz y se sobresaltó al darse cuenta de cuán desapercibido había pasado ante sus ojos lo que de verdad apenaba Reso.

Mi padre se preguntaba cómo había podido ocurrir lo que sospechaba. Seguramente le echaba la culpa a Filesia, a la pobre Filesia. Ella tenía la llave de la habitación de las mujeres, ella había sido en vida la encargada de echarla cada noche, algo que dejaba de hacer muy a menudo. Conociéndola, puede que hasta muchas noches fueran las mismas criadas las que se guardaran la llave. Pero es que además, pensaba mi padre, Polixena y Reso nunca hubieran necesitado esa llave, en cualquier momento habían tenido ocasión para estar juntos. El afecto que desde siempre había tenido Reso por nosotros, por los niños… ¡qué estupenda excusa para estar cerca de Polixena! Y no es que le cupiera duda a mi padre de que ese afecto no fuera sincero, pero ¡qué más le daba! si el resultado, a sus ojos, es que Reso y Polixena habían estado tanto tiempo juntos y a solas. Y sabiendo como era él, vigilante de todo lo que ocurría a su alrededor, su desesperación igualaría a la de Polifemo recién cegado.

Doblemente furioso. Furioso de celos por Reso, por pensar que ese hombre…, pero furioso por no saber lo que había metido en su cama cuando le dijo a Polixena que viniera.

Y en peligro. Darse cuenta que se estaba acostando con una esclava que quizás le era infiel y cuyo amante era uno de sus esclavos que quizás les oía jadear por las noches, eso ha ocurrido y ocurre todos los días. Y nunca acaba bien, o para el amo o para el esclavo.

Puedo escuchar los pensamientos de mi padre. *Cualquier noche uno de los dos, o entre los dos, van a decidir degollarme, y Reso lo hará con la misma facilidad con la que sacrifica el cordero de la semana. Rebanar un pescuezo o hundir un hierro en las entrañas es igual de sencillo, todos los soldados lo saben, y el paso de una cosa a la otra, fácil si te reconcome el despecho o los celos. Porque así como me siento yo, así se sentirá él, más celoso aún que yo y más rabioso porque soy yo, el amo, el que le quita la mujer. ¡¡¡Dioses, se puede ser más estúpido?? ¡¿Qué mal he hecho yo a qué dios para que me haya cegado de tal manera?!*

Mi padre, que se había librado tantas veces de celadas y peligros gracias a su prudencia... Desde que era joven y Atenas la gobernaban los Tiranos y cualquier palabra que salía de tu boca podía ser escuchada por quién sabe quién o repetida a quien no convenía. Desde que salió de Eleusis escondido en un barco camino de Mileto. Todas las intrigas en la antesala de la tienda de Ciro entre Memnón y Clearco. Las peleas por hacerse con el mando del ejército, en vida de Ciro y cuando murió. Y cuando vino Tisafernes y llamó a los generales con palabras engañosas y descabezó al ejército en una noche y él tuvo que ocupar el lugar de Próxeno y también el de Clearco. Y luego más peleas por el mando, en cuanto el ejército llegó a lugar seguro. Y cuando el harmosta de Bizancio maquinó entregarle a Farnabazo. Y cuando el reyezuelo Seutes que pensó que matándole se ahorraría las soldadas. Y hasta con los generales espartanos, con Tibrón y con Herípidas, a los que hizo entrega del ejército por fin, celosos del prestigio que él, un ateniense, tenía entre los soldados. Así, siempre esquivando asechanzas, hasta que llegó Agesilao, por fin, su amigo, y ni aun así, siempre pendiente de que alguien no le hablara mal a Agesilao de Jenofonte.

Siempre, en todas ocasiones, él había presentido el peligro. O le habían advertido, como cuando le dieron recado de que no entrara en la ciudadela de Bizancio porque sería apresado por el harmosta y entregado a Farnabazo. Y hasta el mismo Zeus, mostrándole en sueños una casa en llamas, la casa de su padre, le alertó aquella noche funesta después de que perecieron los generales para que no durmiera más, para que se levantara y reuniera a los capitanes antes de que amaneciera para hacer frente a Tisafernes. Siempre, siempre había tenido tiempo para poner el remedio por delante. Pero ahora... Siete años hacía que mi padre se había despedido del ejército, siete años criando a sus hijos, y ahora se descubría en riesgo de acabar su vida de la misma forma que muchos amos estúpidos y sin seso, degollado malamente con el cuchillo de la cocina, o a garrotazos en la cuadra. Él, que cuando soñaba con ser el gobernante de un pueblo, lo primero de lo que se cuidaría sería de tejer su red de informantes que le dijeran todo lo que se piensa, siente y trama en cualquier confín de su reino, él se descubría ahora a sí mismo incapaz de saber lo que ocurre entre una docena de criados que duermen bajo su mismo techo.

Mi padre decía: nunca castigues a un esclavo dejándote dominar por la ira. Y él añadía ahora: ni por la ira ni por los celos. Y mucho menos a ciegas, sin saber si lo que él imaginaba… Pero no podía

preguntarle a Polixena..., no. Ni a ninguno de casa. Preguntar es dar a saber. Pero tampoco podía esperar ni un día más. Jenofonte sentía que Polixena era muy capaz de ver las sombras de su corazón, adivinar sus zozobras y… ¿quién sabe qué podría ocurrir entonces, si se pondría del lado de Reso y se le anticiparían?

Jenofonte fue a casa de Teopompo. En otra ocasión, se hubieran sentado a hablar sin prisas, con una jarra de vino y un pedazo de queso y aceitunas, y Jenofonte hubiera llevado la conversación hacia donde quería, y hubieran salido las respuestas que buscaba sin preguntar por ellas. Pero ahora no, no había tiempo. Obligado a confiar, nadie mejor que quien había estado con él desde que salieron juntos de Atenas, quince años antes.

— Dime, Teopompo, qué chismes se cuentan entre tus criados.

Si no hubiera habido nada qué contar de lo que hablaban los criados, Teopompo seguramente le hubiera replicado que por qué le hacía esa pregunta, y él entonces le hubiera dicho olvídalo y calla. En lugar de eso, Teopompo se le quedó mirando fijamente y dijo.

— ¿De qué, de tu casa?

— Si.

— ¿Sobre Polixena?

— Por ejemplo.

— ¿Crees que te engaña?

— ¿Se dice eso entre tus criados?

— No sé si se dice. Eres tú el que viene a preguntar y me hace pensar que crees eso. Y me extraña, porque deberías saber lo que ocurre en tu casa.

— Sí, debería saberlo. Pero de la misma forma que tú sabes que Polixena viene a mi cama sin que yo te haya dicho nada, puede que tú sepas de mi casa cosas que yo no sé. Y si no, dime, ¿por qué has entendido que te pregunto por Polixena? ¿Sabes algo que yo no sé?

— Bueno, ella y Reso han sido muy amigos. Eso es muy viejo. Yo daba por hecho que tú lo sabías y consentías, y por eso nunca me molesté en decírtelo. Eran cosas de criados.

— ¿Qué cosas?

— Yo qué sé. Ni me acuerdo. Estas cosas, Jenofonte, nunca se saben con claridad, siempre son habladurías. Solo el Sol sabe todo lo que ocurre sobre la tierra, y sólo cuando es de día. Seguramente alguno de mis pastores se encontró con ellos cuando paseaban o hablaban.

— Estarían con mis hijos.

— Pues si o no, quién lo sabe ya. Aunque estuvieran con tus hijos, quizás el lugar no era el usual, quizás se tropezó con ellos con demasiada frecuencia, cualquier cosa puede dar pie a esas habladurías. No tiene importancia. Lo pasado, pasado está.

— Debieron pedirme permiso.

— ¿Se lo ibas a dar tú, quizás? ¿No estaba Polixena criando tus hijos?

— Bueno, si. Pero les hubiera dado permiso para que se casaran más tarde, cuando Diodoro y Grilo tuvieran la edad que tienen ahora. Han desobedecido, tenían que haber pedido permiso.

— ¿Para qué, Jenofonte? El permiso solo se pide cuando dos esclavos quieren tener hijos. Mientras tanto, nos basta con echar la llave por las noches, y si aun así alguna se queda preñada, se la azota, para que no cunda el ejemplo. Su moralidad no nos importa, mientras no escandalice a nuestros hijos ni trascienda a la calle. ¿Qué más te da lo que pueda haber habido. ¿O te vas a casar con Polixena?

— No, no me voy a casar. Es una buena mujer, y te diré incluso que sería mejor ama que Filesia. Pero no me voy a casar.

— Haces muy bien. Ya tienes hijos. Para tener quien te caliente el lecho y te ayude a llevar la casa, no necesitas casarte. Eso sí, procura no traer más hijos o tendrás problemas. El pasado, olvídalo. ¿O sospechas que te engaña ahora? ¿Tienes pruebas? ¿Te ha dicho algo el Sol? ¿Vas a buscar un herrero para que te construya una malla con la que atrapar a los adúlteros?

— No. Yo no la he obligado a ella. Ha venido porque ha querido, y me consta que está a gusto. Sólo que noto a Reso cariacontecido. Desde que ella empezó a venir. Lo conozco desde hace años. Sé que algo le pasa. Y sé que es conmigo. Me rehuye y, cuando me dirijo a él, noto la irritación que contiene.

— Bueno, eso, si algo demuestra, es que ahora Polixena no está con él, y por eso está triste Reso. Y a Polixena no la puedes condenar por algo pasado. Has sido tú el que se ha metido en ese jardín. Lo siento por Reso, pobre muchacho. Ninguna mujer dudaría en el lugar de Polixena, a la hora de elegir. Compadécelo.

— O témelo. Miedo me da que Reso tenga un arrebato.

Teopompo quedó pensativo unos instantes.

— ¿Tú crees?

— ¿Tú no crees?

Teopompo se rascó la barba.

— Mal asunto, elegir entre ser prudente, pero quizás injusto, o ser justo, y quizás imprudente.

— Eso es.

— ¿Y? ¿Qué vas a hacer?

Jenofonte calló.

— ¿Quieres que... me encargue? No sería difícil.

— Gracias, Teopompo. Eres un buen amigo, y seguro que, como siempre, muy discreto. Me gustaría no necesitarte para algo así.

Y diciendo esto, Jenofonte se despidió.

El sacerdote de Artemisa

Una noche, Reso no volvió del monte.

Aunque Élide estuviera a sólo media jornada de Escilunte, Jenofonte había estado fuera varios días. Lo recuerdo. Lo hacía varias veces al año. Élide tiene puerto, se puede comprar papiro. Incluso libros, si uno los encarga a algún comerciante de una vez para la siguiente. Pero cuando regresó todos salimos a recibirle como si volviera de la bien abastecida y mucho más lejana Corinto, o como si su llegada fuera algo inesperado o muy esperado. Grilo y yo estábamos en la puerta, de la mano de Polixena, ansiosos. La ausencia de Reso no nos había pasado inadvertida, ni la alarma que prendió en todos, como las antorchas con las que salieron en su búsqueda por la noche. Polixena nos dijo por la mañana que no nos preocupáramos, que seguramente Reso habría salido al encuentro de Jenofonte.

Fue Grilo el primero en arrancarse de entre los brazos de Polixena, y preguntarle:

— Padre, ¿no está Reso contigo?

— Ya ves que no —Jenofonte lo agarraba con un brazo, y se cuidaba de dirigir el otro hacia mí, invitándome a venir. Al mismo tiempo parecía que interrogaba a Polixena con la mirada.

— Reso no está —contestó Polixena, empujándome hacia él, pero sin moverse del sitio.

— Señor —dijo el criado que cogía las riendas—, hace dos días que no lo hemos visto.

— Salió ayer por la mañana —continuó otro—. Iba solo, con la perra. No volvió en todo el día y a la noche, cuando salimos a buscarlo, encontramos a la perra atada en el Santuario de Artemisa, con un cuenco de agua al lado.

— ¿Falta alguna caballería?

— No, señor, no falta nada.

— ¿La despensa? ¿Habéis mirado si falta algo, ropa, las copas?

— Reso no es un ladrón —dijo Polixena lo bastante alto para que la oyeran todos.

Jenofonte apenas levantó la mirada hacia ella.

— ¿Y sus cosas? ¿Están todas?

— Hemos mirado esta mañana, señor. Se ha llevado el manto de invierno, y el sombrero, y las alforjas, y las botas de media caña, y el arco. Por eso, pensamos que había salido a tu encuentro.

— Pues ya veis que no. Y para salir a mi encuentro no hace falta el manto, no hace frío —y en seguida nos cogió a los dos en brazos, como si fuéramos nosotros los que se hubieran perdido y él nos hubiera vuelto a encontrar.

Mi padre no mandó buscarle, ni preguntó nada más. Ni Polixena acudió a su lecho ni él la mandó venir.

Al día siguiente, Jenofonte en persona fue al santuario de Artemisa. Faltaban pocos días para la romería y era Reso el que siempre se encargaba de que el templo y sus alrededores lucieran para la Diosa, asombraran a los invitados y dieran gloria a nuestra casa. Como si Reso estuviera ausente desde hace muchos años, Jenofonte empezó a dar las órdenes nada más entrar en el templo: mandó limpiar el atrio de los excrementos de palomas, barrer y fregar la sala. También hizo que dos hombres abrieran el pozo donde se recogía el agua de la fuente, en el huerto, y le quitaran los lodos y limpiaran el caño por la parte de dentro. Polixena engalanó el altar con flores y le puso un mantel nuevo, como hacia todos los años a la par con Reso. Nadie lo mencionó.

Pero cuando llegó la romería, fueron muchos los que preguntaron. Hasta los que venían de fuera de Escilunte conocían a Reso el cretense, el que asignaba los puestos para la batida y el que daba la señal de salida soplando en su cuerno y el que tantas veces, en aquellas ocasiones, había herido de lejos al jabalí con su arco certero. Tras la montería, Jenofonte quemó los despojos en el altar de la Diosa, y los asistentes oyeron como, levantando las manos hacia ella, decía las preces de siempre: *"Diosa Cazadora, Doncella de las Selvas, la de Hermosa Cabellera, Diosa Flechadora, Virgen Veneranda: protege a los niños, a los cachorros, cuida de las parturientas, ampara a las crías, a sus madres, alimenta las fuentes, haz que el monte rebose de frutos y que prospere la caza"*. Y entonces añadió una plegaria nueva *"y protege a tu siervo Reso, mi siervo, esté donde esté"*.

Sí, me acuerdo. Apenas tenía edad, pero sí, me acuerdo, no sólo de la noche en que los criados salieron a buscarlo, y Grilo y yo veíamos el resplandor de las antorchas a lo lejos. Me acuerdo del santuario, de que habían encontrado a la perra de Reso atada allí, como si la hubiera encomendado a la Diosa cuando él faltara. Pero era él, Reso, quien estaba necesitado de refugio, perdido. Por eso, pensamos Grilo y yo, nuestro padre rogó por él a la diosa, una última y única vez, de la misma forma y con las mismas palabras con las que tantas veces Reso lo había hecho por nosotros.

Reso desapareció, pero el santuario siguió allí, y las romerías de cada año, y muy pronto Grilo y yo ocupamos el lugar de Reso para atender a los invitados, para organizar la caza, y luego el sacrificio y la comida común, aunque fuera nuestro padre siempre el que se dirigía a la Diosa.

Sí, ahora, siempre he echado en falta el santuario. El santuario, y la casa de mi padre, y Escilunte. Todo se ha perdido. La efigie en madera de ciprés ardió años ha, el templo calcinado, los árboles del jardín, los manzanos y almendros, los perales, ciruelos y melocotoneros que tanto admiraron a Soféneto y a Eneas de Estinfalia cuando estuvieron de visita, todos arrancados y a manos de los mismos hombres de Eneas, de sus soldados arcadios, hijos de los mismos soldados arcadios que lucharon a las órdenes de mi padre. Mudanzas de la fortuna que no pudo prever Jenofonte, por más que mandara grabar a la entrada del santuario: *"El que lo posea y disfrute, ofrezca el diezmo en sacrificio cada año. Y con lo sobrante, restaure el templo. Si no lo hace, la Diosa se vengará"*. De nada sirvió. Todo ardió. ¿De quién se ha vengado la Diosa, me pregunto?

Pero entonces, cuando Jenofonte rogaba por Reso, yo creía que el poder de la diosa velaba por nosotros. No hacía mucho que había protegido a nuestra perra cuando una mañana se acurrucó en la cama que ella misma se había preparado, la cama que Reso, cuando vio que la perra se había dispuesto, rellenó con paja y acompañó con un recipiente con agua. La perra continuó allí recogida durante la tarde y la noche y la mañana del día siguiente y la tarde, y el parto no acababa. Reso prohibió a todos que la molestáramos, y solo él se acercaba de vez en cuando y venía y nos decía que había parido otro cachorro, blanco, o con pintas, o con el morro hendido. Y así hasta doce, trece. Y Filesia, Polixena, Jenofonte, le preguntaban cómo estaba la perra, y él respondía que muy cansada, que respiraba con dificultad. Filesia decía *"No aguantará"*, seguramente pensando en lo mucho que le costó parirnos a nosotros, y yo me acongojaba pensando que la perra moriría y con ella también los cachorros. Reso, entonces, nos llevaba callando al santuario a Grilo y a mí, y quemaba una ofrenda a la Diosa, pequeña, para que fuera proporcionada al tamaño del animal por el que se intercedía y a la edad de los niños que la ofrecían, y gracias a eso la perra salió adelante, y de los cachorros, ocho se repartieron entre vuestros vecinos, que apreciaban nuestros perros como los mejores que nunca había habido en Escilunte, y los preferidos de la Diosa, sin duda. Y si la Diosa había protegido a la perra y a sus cachorros, ¿no había de proteger a Reso, al que entonces había levantado los brazos y dicho: *"Acepta estas ofrendas de Grilo y Diodoro, hijos de Jenofonte"*, mientras echaba sobre las brasas que ardían en el altar, con el caparazón hacia abajo, los cangrejos que nosotros habíamos cogido en el río? Y Reso decía también, en su lengua cretense, otras palabras que sabíamos, por su entonación solemne, que eran también para la Diosa. Y luego, con sus manos callosas que no sentían el calor, apartaba los cangrejos del fuego y les quitaba lo más duro del caparazón y las pinzas, para que los perros pudieran comerlos allí mismo, delante de la Diosa de muchas ubres.

Pero no fue suficiente. Si Reso era el protegido de la Diosa, Jenofonte lo era de Zeus. La Diosa no pudo contra el Dios Rey, contra el miedo prudente de su protegido, el Señor de la Casa. O sí. Quien sabe de quién se ha vengado la Diosa, aún a costa de perder su santuario.

Escilunte

Es fácil indicar dónde está Escilunte, incluso a aquellos que nunca han salido de su aldea o su ciudad: en Olimpia, al lado, muy cerca. Allí vivíamos. Allí, cada cuatro años, mi padre llenaba la casa de visitantes ilustres. Allí, cada cuatro años, durante el día nos apasionábamos en el estadio y en la palestra viendo la disputa de los mejores, y al llegar la noche otros certámenes se celebraban en nuestra casa, los que seguían al banquete que mi padre daba para sus amigos. Amigos y aquellos cuya fama, o la curiosidad de mi padre, encaminaban a su hospitalidad.

Pero los Juegos acababan y seguían cuatro años de sosiego.

Dos veces en mi vida he estado en Delfos, en el santuario de Apolo. Incluso tengo indicios que me hacen creer que Grilo y yo fuimos concebidos allí. Desde allí, desde el santuario de Apolo, si miras hacia el sur, al otro lado del mar, se ven unas cumbres blancas. Detrás de ellas, encajonado en hoces profundas entre las montañas arcadias, discurre el Alfeo. Cerca de su final, y antes de abrirse a la llanura de Élide, que es como una inmensa playa al mar Jónico, el río serpentea amable un buen trecho entre colinas boscosas. Allí está Escilunte, donde crecimos. Tan cerca de Olimpia que un buen andarín puede ir y volver desde nuestra casa al templo de Zeus dos veces en un día, aunque en el último tramo se cansará de subir y bajar tanta cuesta entre olorosos cipreses, pinos, encinas y robles. Pero si es verano, puede aprovechar los cursos del Alfeo y el Selinonte, bajos de agua, para caminar algún trecho entre los cañaverales y sus playas de guijarros y arena, a la sombra de los chopos.

He vivido en Atenas, en Corinto, e incluso de adolescente pasé largas temporadas en Esparta. Y no es que me disguste Corinto, donde vivo ahora. ¿Quién puede ser desagradecido con quién te acoge? Pero nada puede igualar a aquellos años en Escilunte. Estas tierras de aquí y las otras son demasiado secas. Agradables en invierno. En verano te atosiga el polvo de los campos, el sudor sobre las cejas y el insoportable canto de las cigarras. En cambio, en Escilunte, incluso en lo más intenso del estío encuentras sombras y frescuras, porque del mar de Corcira y Sicilia llegan vientos que son suaves y refrescantes en verano, y traen la lluvia en primavera y otoño. También hay cigarras, lo reconozco, pero hasta creo que allí resultan un coro armonioso.

Nuestra casa tenía gruesos muros de adobe y un tejado a dos aguas que se veía desde lejos y era envidia de muchos. Con pocos años mi hermano y yo subíamos a él cuando había que retejar. Nuestro pequeño acto, que a nosotros se nos antojaba muy grande, desafiaba órdenes expresas de Polixena, pero contaba —lo sabíamos— con el asentimiento mudo de Jenofonte. El premio a nuestro atrevimiento era divisar desde allí, como pequeños reyes que contemplan sus posesiones, las otras casas del pueblo, los

campos cercanos y, según el momento o la ocasión, a los hombres y mujeres que se afanaban en ellos, o las ovejas y las cabras que triscaban en los yermos y barbechos, o a veces, muy de lejos, algún jabalí o algún corzo que corría a esconderse. Era nuestro reino, porque sabíamos que Agesilao, el rey de Esparta, le había hecho entrega de todo aquello a nuestro padre para que lo gobernara.

Nuestras habitaciones estaban en la planta baja, orientadas al tibio sol de invierno. Los esclavos dormían en el piso de arriba, frío o caluroso según tocaba. Se entraba a la casa a través de un patio que en tiempos, antes de habitarla nosotros, se había usado como corral. Pero nosotros ahora el aprisco lo teníamos fuera, y en el patio solo guardábamos, bajo un cubierto sencillo adosado al muro, dos carros y las caballerías y los perros. En verano, mi padre cenaba allí con sus amigos a la luz de unas antorchas cuyo humo, y el de un pebetero que se sacaba ex profeso, ahuyentaba mosquitos y moscas. También los vecinos, cuando venían a hablar con mi padre y no cabían en la casa, se reunían en el patio. Pero si era el pueblo, solemne, el que se congregaba, entonces lo hacía en el santuario de la Diosa.

Las otras casas del pueblo se disponían junto a la nuestra, sobre la misma ladera soleada. Bajabas por ella y llegabas a campos de labor que, como todos los de Escilunte, se distribuían arriba y abajo entre las colinas, entreverados con bosquecillos de encina y ciprés, y cortos arroyos, de cauces profundos, que alimentan el Alfeo y el Selinonte, barrancos espesos donde tiene su cama el jabalí.

Si, en lugar de bajar, subías un poco hasta la cresta, se abrían los horizontes y veías a tu izquierda Olimpia, y más allá, si el día estaba claro, la llanura de Élide, verde como el mar que la continua. Del lado de la derecha, las cumbres nevadas de las montañas arcadias, del Erymanto y del Cilene, esas mismas que se ven desde Delfos, tan cerca, pero que están tan lejos...!

Grilo y yo fuimos concebidos en Delfos. Las fechas concuerdan y mi madre lo decía. En Delfos, después de la batalla, camino de Escilunte. Porque hubo una batalla en Coronea, la última batalla de mi padre.

Aquel verano antes de la batalla mi padre estaba todavía en Asia. Siete años desde que salió de Atenas camino de Mileto, siete años sin pisar Grecia. Lo que ocurrió en esos años, él lo ha contado. Finalmente, él y los cireos entraron al servicio de Esparta, que luchaba contra el Rey en las colonias jónicas y en el Helesponto. Allí fue donde mi padre ganó la amistad de Agesilao, rey de Esparta.

Agesilao fue llamado con urgencia en defensa de la patria. El Rey persa había sobornado a Tebas y Atenas para que hicieran la guerra a Esparta y le libraran de Agesilao, que parecía querer repetir la subida de Ciro hasta el interior del imperio, una amenaza tanto más creíble cuánto que los cireos, que sabían el camino de la victoria, estaban con él. Lisandro, acababa de ser derrotado —y muerto— por los tebanos en Haliarto. Agesilao y su ejército volvían a marchas forzadas.

A Jenofonte le fue dado a elegir entre regresar con el ejército o quedarse en Asia al servicio de alguna de las ciudades jonias. Pero tuvo un sueño. Volvió a soñar, como la noche después de que mataran a los estrategos, que una casa ardía. Esta casa parecía y podía ser la suya de Atenas, como en aquel sueño, pero también le pareció que era la casa de Alcibíades, porque él, Jenofonte, estaba dentro, sitiado, y el enemigo fuera. Mi padre pensó que el sueño era una advertencia para que no corriera una suerte semejante

a la de Alcibíades. Era ya el momento de dejar la guerra como oficio y establecerse en algún lugar, pero ninguno entre Mileto y Bizancio estaría lo bastante lejos de la mano del Rey.

Si sobre Jenofonte y sus compañeros no hubiera pesado ya desde hacía años la pena del destierro, ni ellos hubieran querido ni quizás Agesilao se hubiera atrevido a tenerlos en sus filas en el momento de la batalla decisiva, donde los atenienses serían enemigos en el campo tebano. Pero ahora encontrarse frente a la Ciudad no tenía castigo, y Agesilao, en cambio, se comprometía a licenciarlos en buenas condiciones.

El ejército de Agesilao pasó los estrechos, atravesó Tracia y Macedonia, se abrió paso entre los tesalios, aliados también de los tebanos, y a mitades de agosto penetraba en la llanura de Coronea, en el corazón de Beocia, obligando a sus enemigos a trabar una contienda concluyente, definitiva para Esparta después de la muerte de Lisandro en Haliarto ante los tebanos. Como otras veces, pero ya por última vez, los cireos se impusieron. Aunque ahora, a diferencia de otras veces y no sería la última, frente a ellos no estaba el bárbaro, sino la mitad de Grecia y Atenas, que combatían por cuenta del Rey.

Otros episodios de la vida de mi padre nos han sido contados más veces y con más detalle por él mismo, pero pocos serían tan decisivos para nuestras vidas como aquella batalla.

Allí, en Coronea, estaban los beocios, sus mazas de Hércules pintadas sobre los escudos oblongos; allí los atenienses, con sus cabezas de Gorgona; y los corintios, enianos, locrios ozolos, locrios opuntios, argivos. Y del lado de nuestro padre, de Agesilao, los orcomenios y los focidios, los eolios, los helespuntios y los voluntarios de las ciudades jonias. Y, sobre todo y más que ninguno, los cireos y los lacedemonios de capas rojas, lambdas en el escudo, Agesilao al frente. Pero no, esta batalla no gustaba a nuestro padre de contarla, no se recreaba con la repetición de los nombres de las ciudades, de sus capitanes, de los hechos sobradamente conocidos, de los detalles siempre necesarios, todo aquello que en su orden requerido, bajo la mirada de Filesia unas veces, más tarde de Polixena, nos encandilaba a los dos, a mí y a mi hermano Grilo, hipnotizado, inmóvil, si eso fuera posible en él alguna vez.

Solo cuando tuvimos doce años nos explicaron que aquella batalla, que dividía a los griegos en dos frentes y los mantendría divididos por mucho tiempo, también nos separó a nosotros de la Ciudad, condenando a nuestra familia, ateniense, a estar por siempre en el bando de los enemigos de Atenas.

Pero no creas que mi hermano y yo lamentamos haber vivido fuera de Atenas. ¡Atenas, Atenas!, decía mi padre. Pero nosotros, Grilo y yo, fuimos felices todos esos años de exilio. Sólo nos dejaron volver cuando éramos desgraciados, y por volver a Atenas sólo conseguimos ser más desgraciados aún. Y diré más. He escrito al dictado de mi padre el relato de todas sus batallas, de ésta y de todas las demás. Yo también he estado en algunas. Me conozco todos los pasos de ese coro funesto, de esa danza de muerte. Porque he estado ahí, en las primeras filas, donde con ojos desorbitados se ve de frente al enemigo que viene, las lanzas y el grito por delante. ¿Sabes cómo me dictaba mi padre esa batalla? Porque yo conozco el relato no solo de haberlo escuchado, sino de haberlo escrito. Me decía “al principio, avanzaron en silencio”. Porque él estaba con la caballería y contemplaba el combate desde lejos. Pero no hay tal silencio, sino el murmullo de las pisadas de miles de hombres avanzando, y el tintineo de los escudos, cuyo borde metálico repica en la greba de la pierna izquierda. Y decía que fueron los tebanos los primeros en iniciar la

carrera, y en dar el grito, pero yo sé que el grito y la carrera es lo mismo y todo uno. Que todos gritan de miedo y que todos huyen hacia adelante.

¿Y las estrategias? ¡Qué simple es una batalla! Hasta los niños saben que el flanco derecho siempre prevalece porque las filas se giran hacia la izquierda, porque es la mano del escudo. ¿Y qué hacen nuestros estrategos enfrentados? Sólo compiten por ver quién será el primero en arrollar en su lado favorable, y ya dan por perdida la mitad de la batalla, la del otro lado. Disputan entre sí los contingentes aliados por el privilegio de formar en el lado bueno, y dejan el izquierdo, el de la matanza, al descuido de los menos apreciados. Pues sí, los tebanos ocuparon el lado bueno de su frente. Y los espartanos el suyo, quién se lo iba a disputar. Si acaso los cireos, los dejaron a continuación de los espartanos. Los tebanos lanzaron el grito y la carrera y arrollaron. Los espartanos esperaron, porque ellos no acometen nunca a la carrera, sino que su marcha es inmutable de principio a fin. Esa es su forma de combatir. Y por eso los cireos y los demás tuvieron que retenerse y lanzar el grito y la carrera más tarde, para no separarse demasiado de los espartanos. Y ocurrió lo que todos sabían que ocurriría: que los tebanos arrollaron en su lado a los orcomenios, pero que en el otro los argivos se dieron la vuelta sin hacer frente a los cireos ni a los espartanos. Una batalla cualquiera, con dos bandos en fuga y dos bandos vencedores.

La batalla, la auténtica batalla, vino después, cuando se enfrentaron tebanos y espartanos. Si los tebanos no hubieran llegado demasiado lejos, si se hubieran retirado después de arrollar en su lado, la batalla quizás hubiera acabado con dos trofeos y dos vencedores, como tantas otras. Pero allí estaba el tesoro de la guerra contra el Rey, todas las ganancias de Agesilao para su patria tras seis años de guerra en Asia. Los tebanos llegaron hasta allí, hasta los bagajes, y mientras se desorganizaban saqueando, Agesilao hacía bailar a sus seiscientos lacedemonios esa danza de hierro, polvo y sudor tan bonita, con la que se da la vuelta toda la falange en formación, compacta, lanza y lanza, escudo junto a escudo. Y allí Agesilao pudo haber hecho lo que hubiera querido, pudo haber hecho mucha mortandad entre los enemigos sin riesgo alguno para los suyos, solo con dejarles pasillo para huir y atacarles por el flanco y por la espalda. Pero no, Agesilao les cortó el paso, los enfrentó cerradamente, entrechocando los escudos, orgullo contra orgullo, una matanza recíproca en la que el mismo Agesilao resultó herido. Y lo que pudo ser una victoria barata, se encareció por igual, para vencedores y vencidos. Sí, Agesilao erigió el trofeo. Sí, Agesilao concedió las treguas para recoger los cadáveres. Pero Agesilao no pasó el Citerón de vuelta a casa, como hubiera querido, el camino más corto, porque no podía, porque sus enemigos se lo impedían.

De haber podido quizás nosotros hubiéramos sido engendrados en otra parte y no allí, en el santuario del Dios. No pudo. El ejército lacedemón tuvo que ir al norte, pasar a la Fócide, junto a Delfos, y volver en barco. Tampoco el ejército lacedemón volvió nunca más a Asia, a luchar contra el Rey. El único que ganó aquella batalla fue el Rey.

Pero los lacedemonios no son menos ingeniosos que otros pueblos para disimular, y Agesilao encontró una buena excusa para dar un rodeo: pasó a Delfos con el pretexto de hacer la ofrenda del diezmo del botín, por esta victoria y por todas sus victorias. Disfrazó de celebración de la victoria lo que era una retirada forzosa. Sumó la victoria contra sus compatriotas atenienses y tebanos a todas sus victorias contra el Rey por la libertad de las ciudades griegas de Jonia.

Jenofonte le acompañó y de su parte hizo también entrega al Dios del diezmo del botín de los Diez Mil, tal como le habían encargado los soldados en la asamblea que se había celebrado al llegar al mar, seis años antes. También depositó una ofrenda por su amigo Próxeno.

Jenofonte llegó a Delfos cargado de botín. El diezmo de los cireos, la parte de Próxeno, su propio botín... Él también pudo perder mucho cuando los tebanos llegaron saqueando a los bagajes. Pero, prudente como siempre fue, antes de salir de Asia había depositado la mitad de lo suyo en el templo de Artemisa en Éfeso. Si me pierdo, dedícalo a la Diosa, le dijo a Megabizo, el custodio. Pero no se perdió, y Megabizo se lo devolvió dos años después, cuando vino a la primera Olimpiada y nos visitó, ya establecidos en Escilunte. Volvió más veces. Me acuerdo de él. Su barba rizada, canosa, su pelo ensortijado, más ralo a cada visita después de cuatro años …

Con la parte del botín que Megabizo le había guardado, mi padre hizo levantar el templo de Artemisa. Y a partir de un pequeño retrato que le trajo Megabizo de la estatua que había en Éfeso, consiguió que uno de Élide le tallara la efigie de la Diosa en madera de ciprés, muy parecida. Pero eso son ya anécdotas de su nueva vida...

Porque mi padre, con aquella visita a Delfos en compañía de Agesilao, empezó una nueva vida... por segunda vez. Había estado en Delfos antes de partir con Próxeno. Y volvía a Delfos, siete años después, de vuelta de aquel viaje en busca de Próxeno, para entregar la ofrenda por su amigo.

Su nueva vida éramos nosotros. Nosotros, que nacimos en primavera, fuimos engendrados quizás en cualquiera de los cinco días de los Juegos Píticos, entre el esplendor de las carreras y los pugilatos. Allí, en Delfos, Agesilao ofreció Escilunte a mi padre y a sus camaradas atenienses como lugar para establecerse. Aquella noche Jenofonte trató a Filesia como a esposa.

Escilunte, un pueblo más de la Hélade de los muchos que habían cambiado de manos recientemente. Los eleatas lo acababan de perder. Demasiado lejos del valle del Eurotas para ocuparlo, tampoco era un lugar que importara, no dominaba ningún paso, ningún puerto. Solo tenía un aliciente para los lacedemonios: estaba en Olimpia, junto a Olimpia, cerca de Olimpia, camino de Olimpia. Agesilao y sus amigos no dependerían nunca más de los magistrados eleatas para tener un alojamiento digno durante los juegos.

Mi padre y sus camaradas llegaron a Escilunte poco antes del otoño, acompañados de un magistrado lacedemón que distribuyó las haciendas de los que habían sido expulsados entre los recién llegados. A los habitantes de Escilunte que no habían huido dos años antes, casi todos siervos o colonos de los emigrados, se les reunió en asamblea junto a los nuevos amos. Estaban allí todos los que partieron de Atenas con Jenofonte y que habían sobrevivido a esos siete años. Teopompo, el de origen más humilde, pero grande de corazón; Licio, hijo de Polístrato, que fue capitán de la caballería durante la retirada; Polícrates, capitán de infantes, pero también navarco cuando hubo que navegar desde Trapezunte a Bizancio; y Gnesipo, y Aristón, todos atenienses. También estaban allí Arcágoras, desterrado de Argos, y Tólmides, el que fue heraldo con Ciro y durante la retirada, que era nacido en Élide. Ellos tampoco tenían familia ni patria que les acogiera cuando se licenció el ejército.

Aquella asamblea se convocó delante de nuestra casa. No había entonces otro sitio. Mi padre no había levantado aún el santuario de Artemisa.

Los recién llegados, los cireos, se arrimaron a la pared del patio, como si todavía tuvieran que guardarse las espaldas. Jenofonte no les dejó que vistieran hierro o bronce: los esciluntios, situados enfrente, ya sabían que eran hombres de armas ante los cuales ellos, pobres campesinos, nada podrían hacer.

El éforo dijo que era voluntad de Esparta que el lugar se poblase y prosperase. Que Jenofonte había sido un valiente general en la guerra, y que sabría gobernarlos a todos en la paz.

Y Jenofonte allí mismo, por lo menudo, fue repartiendo las suertes, y anotándolo todo en un rollo. Cada cireo recibió un lote individual, para que lo cultivara él solo, y la renta de otro lote asignado a los esciluntios. De éstos, algunos tuvieron que restituir a los nuevos amos parte de los bienes que habían usurpado a los huidos aprovechando su ausencia. Sólo parte, porque mi padre, para ganarse sus voluntades y hacerlos cómplices de la nueva situación, les permitió conservar algunas de las tierras hurtadas. Había de sobra.

Se hicieron sacrificios propiciatorios a Zeus Rey, y Jenofonte les dirigió la palabra a todos, asegurándoles que de allí en adelante serían un solo pueblo, que se respetarían las propiedades y las vidas de todos, y se protegerían por igual contra el daño que le hiciera otro morador y contra el peligro que viniera de fuera, que se ayudarían mutuamente como vecinos en todas las desgracias, y también conjuntamente celebrarían y se alegrarían en las fiestas de Zeus y de Artemisa. Y que en garantía de que todo esto sería respetado, una copia del rolde que él acababa de levantar quedaría en Escilunte, depositada en su casa, y otra en Esparta, a disposición del que mañana quisiera reclamar si se le privaba de lo que era suyo.

A los campesinos les estremecía pensar que su propiedad, sus obligaciones y la propiedad ajena estaban en signos cadmeos, que sólo conocían de verlos sobre las piedras de los templos de Olimpia. Jenofonte y los cireos, guerreros invencibles, eran tan inevitables de soportar, para ellos, como garantía segura de que nunca más vendrían bandidos de allende el Alfeo que robaran los ganados, saquearan las casas e incendiaran las cosechas. Mi padre había mezclado en la crátera de su persuasión partes iguales de intimidación, beneficio mutuo y complicidad interesada, y al mostrar con crudeza y en toda su amplitud lo que los unos podían esperar de los otros, se convirtió en garante de la paz futura, de las cosechas por venir, de los matrimonios por celebrar, de los hijos que nacerían.

Y así dieron comienzo nuestras vidas. Grilo y yo nacimos en primavera. Durante treinta años, fuimos felices en Escilunte, sin otro peligro que el improbable retorno de los esciluntios expulsados. Cada novedad llegada del exterior —una batalla, un tratado—, avivaba o apagaba esta posibilidad. Pero durante muchos años el poderío de Esparta no menguaría. Treinta años con la misma disposición de fuerzas que en Coronea, con Atenas siempre alineada con los tebanos en el bando opuesto a Esparta, en esa situación de guerra dispersa e intermitente que destruye sin cesar, pero nunca decide. Ahora reniego de la Ciudad, pero durante nuestra adolescencia y juventud Grilo y yo nos sentíamos igual que nuestro padre y sus camaradas, cuando tuvieron que combatir contra su ciudad: enfrentados a ella, reprochándole el exilio al que nos

condenaba, y anhelando que algún día llegara la reconciliación. Mientras que Esparta, la ciudad que nos educó como irenes a Grilo y a mí, y a la que servimos como soldados más de una vez, siempre nos trató como extranjeros.

¡Marchad!

Teníamos catorce años. Demasiado jóvenes, pero no podíamos esperar a la siguiente Olimpiada. Si eres de lejos, de alguna ciudad donde no se lleva registro de ciudadanos, puedes hacer creer a los jueces que tienes un año o dos menos. Pero nosotros… ¡Quien no iba a conocer a los hijos de Jenofonte, el ateniense que vivía allí mismo, en Escilunte!

Grilo, Grilo, siempre Grilo. El quería correrlo todo. Y yo le secundaba poniéndome a su lado, en silencio, cuando Grilo le pedía a Jenofonte correr las tres carreras, el estadio, el diaulo y el dólico. De nada le valía a Jenofonte recordarle que después de cualquiera de ellas estaríamos demasiado cansados para la que seguiría después. Al final, fueron los helanódikas los que rebajaron nuestras aspiraciones: había demasiados participantes. O al menos eso nos dijo Jenofonte, que en el último momento decidió: Grilo correría el estadio y yo el dólico. Y es que nuestra apariencia de gemelos no siempre engañaba a Jenofonte... El sabía que Grilo tenía esa pasión por ganar que da el impulso suficiente para sacar medio paso de ventaja a tus rivales; mientras que mi carácter se acomodaba mejor a una carrera larga y lenta en la que el mayor riesgo es precipitarse.

Cuando los heraldos y las trompetas gritaron "*¡Apite!*" para la primera carrera, yo estaba en la grada con los demás, envueltos en el clamor de los que trataban de adivinar, como nosotros, donde estaba el hijo, el hermano o el amigo entre los que un momento antes tenían el pie puesto en la linea. La fila ordenada sobre la línea se deshacía en un tumulto de piernas y brazos lanzados hacia adelante, un torbellino de puños y patadas que, como las hoces de un carro falcado, te hieren, traban y golpean.

Grilo iba el primero, Grilo salió el primero. Mayores que él en edad, más corpulentos, no importaba. Para él debía ser esa furiosa carrera en la que son necesarios pies, rodillas y codos al mismo tiempo ligeros y contundentes, veloces y brutales.

Nuestro lugar era el mejor para ver la carrera, aquel que no se aleja de la meta más de lo necesario para poder distinguir quién ha ganado, si la llegada fuera muy apretada, pero lo bastante centrado para poder abarcar la mayor parte del recorrido. Allí estábamos con nuestros invitados: Ctesias, el médico persa que se había autoinvitado como huésped para incomodo de mi padre; Soféneto de Estínfalo, viejo amigo, cireo; y su sobrino Eneas, que no había querido correr por ser un año menor que nosotros o, quizás, por no confiar demasiado en sus piernas. Allí estábamos, entre la multitud de los que querían ver a sus hijos, que competían como hombres, como los hombres que querían o creían que iban a llegar a ser.

Grilo pasó delante de nosotros, seguido de aquel muchacho sicionio del que sospechábamos que pasaba la edad permitida, y a gran distancia los demás. Y ya le dábamos la victoria, ya lo veíamos ganador,

cuando su pierna retrasada, la que emprende el vuelo hacia delante, golpeó contra el talón apoyado. Ninguno de nosotros podría haber asegurado que había sido capaz de ver el momento en el que el muchacho sicionio rozara con su pie el pie de Grilo. Pero los jueces sí, los jueces atestiguaron en seguida contra el tramposo, aunque Grilo, desde el suelo, ni siquiera podía saber, de todos los que venían por detrás, quien ganaba finalmente la carrera. Y cuando se levantó, no era la costra negra sobre su cara, el engrudo de tierra con sangre que manaba de sus narices y labios, lo que lo cegaba, sino las lágrimas de rabia. Eneas había saltado a la pista gritándole "*¡Lo he visto! ¡He visto cómo te ponía la zancadilla¡*", y Soféneto y Jenofonte querían sujetarlo sin lastimarle la carne lacerada en puro rasponazo, pero Grilo se debatía intentando deshacerse de sus brazos para salir en busca del muchacho sicionio. Y a mí, entonces, mi hermano me parecía tan hermoso como cuando los jueces lo habían llamado para situarse en la salida y él, que había estado ejercitándose junto a Jenofonte, llegó mostrando el color sonrosado de sus muslos y su vientre, de su torso y su cuello, como si acabara de yacer con una muchacha. Pero entonces respiraba con honda firmeza, y ahora en sollozos; entonces tenía la mirada alerta y los gestos contenidos del que acecha, y ahora agitaba los ojos y la cabeza enrabietado y buscando a su enemigo. "*Eneas, cállate*", y Eneas quedó suspenso, mirando a Jenofonte, "*Y tú, Grilo, escúchame: ha sido el dios el que ha querido mostrarnos a todos que podías ganar y, a la vez, no ha querido que ganaras. Deja estar a ese muchacho que te ha puesto la zancadilla. Nunca será querido por los dioses, ni apreciado por los hombres. Nada hay más vergonzoso que ser azotado por tramposo, como seguramente los jueces ya están haciendo en este momento.*"

Cuando volvió a sonar la trompeta para mí no hubo tanta expectación en el público, ni tanto atropello en la salida, porque el dólico es una carrera que se corre sin prisa, en la que hay tiempo para todo. Yo miraba al pasar hacia donde ellos estaban, buscando a Grilo. Pero Ctesias se lo había llevado a la fuente para lavarlo y curarlo con sus propias manos. Y cuando por fin hacia la cuarta vuelta lo vi en la grada, limpio y vestido, aún seguí mirando vuelta tras vuelta para saber si lo que tenía en la cara por encima del labio eran rasponazos y sangre seca o algún apósito puesto por el médico. Jenofonte y Grilo, y también Eneas y Soféneto, gesticulaban hacia mí, pero yo no conseguía oírles: la gente nos chillaba a los que habíamos llegado juntos hasta la última vuelta. Y en cuanto acabó la carrera fui corriendo hacia ellos, para saber qué querían decirme. Grilo, con las narices taponadas por sendas compresas de gasa y sangre seca, el labio inferior hinchado, me reñía con voz ridículamente nasal: *"¡Podías haber ganado!"*. Supe entonces que lo que me voceaban sin entenderles era que apretara el paso, que dejara atrás al grupo, porque ellos veían que mis rivales estaban muy cansados. Y cuando les contesté que hubiera hecho eso mismo si sus gritos y gestos no me hubieran distraído, parecían no querer comprenderme. Hasta que Soféneto dijo: *"¿Es que no veis que el mismo dios ha zancadilleado a Grilo y a Diodoro?"*. Jenofonte le escuchó, sorprendido, me miró, y dijo a todos: *"Vamos al opistódomo a escuchar a Isócrates"*.

Banquete

Aquella noche después de la carrera nuestra casa se veía desde muy lejos como un resplandor en la colina. Los vecinos se preguntaban quiénes serían los otros huéspedes ilustres de Jenofonte, además de Agesilao, que había llegado dos días antes. Su escolta había levantado las tiendas en las afueras del pueblo, y Jenofonte en persona les había indicado donde coger agua, los sitios para hacer leña y los árboles que podían derribar, dentro del santuario, así como todo lo que la Diosa esperaba que respetaran, que hicieran y que no hicieran.

En el patio ardían los pebeteros y las antorchas de pino y ciprés resinoso, para ahuyentar los mosquitos de los lechos y las mesas. Se cenaba al aire libre, los viajes desde la cocina eran más largos, y con esa excusa y hacer de coperos, Jenofonte nos permitió a Grilo y a mí estar presentes por primera vez en un banquete.

Mi padre tenía un orden calculado para distribuir a los comensales, pero Ctesias no esperó a conocerlo: se colocó junto a Agelisao, como había intentado sin éxito durante el camino de vuelta desde Olimpia. Una mirada del rey a mi padre le disuadió de que invitara a Ctesias a moverse de sitio. Quizás porque Agelisao contaba con el alivio de tener a su lado, en su mismo lecho, al viejo Pitágoras, el que fuera navarca lacedemonio en tiempos de Ciro y que ahora, con la misma atención y cuidado que si hiciera frente a un turbión en medio del mar, sostenía la cháchara aparentemente insustancial del médico del Rey.

Era un hombre alto, grueso sin llegar a obeso. Eso demostraba, según mi padre, que además de la gula tenía otras pasiones que le impedían alcanzar la gordura del perezoso. Aquella noche Grilo y yo nos turnábamos en llenarle la copa y acercarle las viandas. Pocas cosas nos sorprendían de lo que se veía en Olimpia durante los Juegos, pero nunca habíamos visto cabellos del color de la sandía, una barba recortada en punta y bigotes prolongados a cada lado de la cara como antenas de mariposa. Todo eso nos pasmaba tanto como su hablar chocante, con frases caprichosamente construidas y palabras que rara vez se oyen, o nunca, y que mi padre reconocía alguna vez como persas.

No sería el incidente del lecho el último, ni el primero, ni el menor de los contratiempos que nos causaba la visita de Ctesias. Había empezado haciéndole llegar a mi padre, a pocos días de las Olimpiadas y sin tiempo para una cortés evasiva, una carta diciéndole que pensaba asistir a los Juegos y que quería estar con él para darle noticias de los últimos momentos de Clearco y de Próxeno. Jenofonte tuvo que aceptar al huésped imprevisto, pero también que advertir apresuradamente a Agesilao, cuya visita estaba ya concertada desde mucho antes, qué casualidad. En cuanto al pretexto para autoinvitarse, si algo de verdad le dijo Ctesias, Jenofonte no dijo nada entonces.

Muchos años más tarde, recién llegados a Corinto, mi padre quiso cambiar algo en una copia de la Anábasis para alguno de los que nos había facilitado el acogimiento en la ciudad. Yo estaba transcribiendo el momento en el que los generales fueron apresados. Le pregunté qué le había dicho aquella vez Ctesias sobre el destino de los generales, y me contestó: *"Nada que se pueda poner aquí"*.

Pero luego me contó. Fue el relato de una muerte terrible. A mi padre le conmovieron no sólo los sufrimientos que imaginó y que Ctesias y otros después de él le contaron. También sentir que su muerte la envilecían los ojos de sus torturadores. Próxeno no tuvo delante nadie que diera testimonio de su serenidad, ningún detalle le dio Ctesias para saber si la tuvo y la conservó en esos momentos. Para mi padre hubiera sido un consuelo saber que Próxeno había podido encarar la muerte con gallardía, pero ¿qué gallardía puede haber si nadie de los tuyos la contempla?

Próxeno había sido solo un pretexto de Ctesias para hacerse invitar. Sus andanzas por toda Grecia, procurando rozarse con los principales de cada sitio, cuadraban más con un ojo oculto y oído secreto del Rey, que con el visitante particular que aparentaba ser. Y aunque hombre libre y fuera ya del servicio del Rey, nadie dudaba que actuaba como un enviado oficioso, como alguien al que se le podía dar un mensaje o del que se podía recibir un recado, bien que con un sentido un poco estrafalario de la confianza y la discreción. Él, desde luego, se conducía con los mismos aires de importancia que si fuera el auténtico embajador. Mi padre fue prudente advirtiendo a Agesilao. Pero Agesilao, cojo y viejo, no se echó atrás y vino.

Jenofonte hubiera querido colocar a Soféneto, al viejo camarada, al mayor de los generales de Ciro y único que sobrevivió por no haber asistido al banquete—celada de Tisafernes, junto al rey de Esparta, igualándolos en dignidad como iguales eran en su estima. Pero después de la maniobra de Ctesias, no le quedó más remedio que ponerlo en compañía de Isócrates, tan capaz de mezclarse con él como el aceite y el agua. Isócrates el ateniense, el logógrafo, el abogado, el orador, se encontraba cada cuatro años con Jenofonte en las Olimpiadas, y mi padre se sentía obligado siempre a ofrecerle hospitalidad. Los dos eran naturales del demo de Erquia, los dos habían frecuentado a Sócrates, y los dos padecieron persecución política con la llegada al poder de los demócratas de Trasíbulo. Pero Isócrates no había aceptado nunca la invitación, ni siquiera la Olimpiada anterior, cuando hizo el viaje a la par que Diodoro, el hermano de mi padre cuyo nombre llevo yo también, la única vez que nuestro tío vino a vernos a Escilunte. Suponía mi padre que Isócrates nos eludía por prudencia, porque aunque él llevaba ya tres años exiliado en Quíos cuando Jenofonte dejaba Atenas camino de Sardes, luego ocurrió al revés, que mi padre fue desterrado al retornar a Grecia, mientras que a Isócrates se le levantó el castigo y pudo volver. Al principio se ganaba la vida como logógrafo, trabajo miserable para muchos, que consideran que escribir discursos para aquellos que tienen que defender algún pleito es poco menos que ser prostitutas de la oratoria. Y luego, como lo hacía muy bien, se atrevió a crear una escuela de retórica con la que no sólo se mantenía, sino que disfrutaba de cierta fama y prestigio. Posiblemente era eso lo que se cuidaba de proteger evitando que se le viera demasiado cerca de alguien tan significado como mi padre. Y mi padre lo disculpaba recordando que Isócrates no era un caballero, sino hijo de un fabricante de flautas que había perdido su fortuna en la

confusión de los años finales de la guerra contra Esparta, lo que sin duda le escarmentaba para no arriesgar él mismo lo poco que había conseguido.

Pero aquel año, por primera vez, Isócrates había aceptado alojarse en nuestra casa, y en ello tenía bastante que ver el discurso que había preparado para dirigirse a la concurrencia olímpica. Había conseguido —y mi padre pensaba que no era fácil sin ayuda política— que los magistrados eleatas le reservaran la tarde del primer día. Ya había consumido su turno, justo después de mi carrera sin sentido y de la sentida carrera de Grilo, y ahora sus palabras, si habían sido bellas y ordenadas y bien razonadas, serían comentadas y debatidas por todos durante los tres días que quedaban de Juegos. Salvo que los oradores de las siguientes jornadas fueran más elocuentes que él, cosa improbable. Por eso la importancia del primer turno, para marcar las conversaciones que se cruzaran entre gentes de muy distintos lugares que tardarían cuatro años en volver a encontrarse.

Allí, en su discurso, habíamos estado presentes todos los que cenábamos, menos Agesilao y Pitágoras. Los espartanos siempre han alardeado de no hablar con palabras, sino con hechos, pero aunque aparentan simpleza, tienen tantas dobleces como el que más. No quisieron estar presentes en un discurso cuyo contenido ya barruntaban. Aun así, no pudieron dejar de conocer lo que a ellos, como líderes de Grecia, iba destinado. Y singularmente, tuvo que ser el mismo Ctesias, el enviado oficioso del Rey, el que se encargara de repetirles lo que había dicho Isócrates. Pero eso fue después, durante la cena. Antes, los demás tuvimos que soportar en Olimpia el discurso íntegro.

Se sabía, antes de pronunciarlo, que el discurso pediría la unidad de Grecia contra el persa, el asunto que más público olímpico podía atraer. Más aún si, como pregonaban los amigos de Isócrates, éste llevaba varios años preparándolo. Tanta gente había que tuvo el orador que dejar el opistódomo y asomarse al borde del basamento, para que los muchos que allí estábamos nos repartiéramos por los aledaños sin límites de la trasera del templo.

Yo estaba sediento, mareado por el esfuerzo de la carrera, y Jenofonte, además, no me dejó sentarme en el suelo, por respeto al orador y a todos los que lo escuchaban de pie. Allí compareció la ínfima prestancia de Isócrates, empequeñecido por el recio fuste de las columnas y por la formidable contienda que dirimía la diestra de Apolo muy por encima de su cabeza insignificante, sudorosa y ardiente no tanto por el fuego de sus palabras, como por el hálito abrasador que desprendían aquellas piedras, trabajadas a conciencia por el sol de la tarde.

El mismo sol cegaba al orador e iluminaba, para nosotros los espectadores, el semblante sereno de los héroes Lápitas y la expresión bestial y lujuriosa de los Centauros borrachos. De aquellas piedras esperaban todos que brotaran palabras tremebundas, de lucha soberbia, restitución, cólera y justicia, y lo que se oyó fue la voz molestamente aguda y conocida del que reclama una fianza, un préstamo, un fideicomiso, como no podía menos que esperarse de un hombre tan pequeño, cuyo poco aliento no podía realzarse por más que vistiera para la ocasión una hermosa túnica tejida con hilos de oro, recogida con un broche dorado sobre el hombro izquierdo. Mi padre seguramente recordaría muchos otros discursos mejores, y echaría en falta por lo menos la voz clara y sonora de Tólmides el heraldo, sencilla como su exómida de soldado, firme como sus botas.

Después de la habitual comparación entre su esfuerzo oratorio y el de los atletas, Isócrates dijo que venía a aconsejar la guerra contra los bárbaros y la concordia entre los griegos. Parecía que tanto calor le hubiera persuadido para ser breve, pero nadie hace un viaje de Atenas a Olimpia, ni prepara una discurso durante muchos años, para despacharse en un momento. Nosotros éramos su gloria y él, lo había dicho al principio de su discurso, se sentía tan merecedor de ella como el vencedor del pancracio o de la carrera de cuádrigas. Y así fue, que no hubo mito que no citara comparando la historia de Atenas y Esparta desde su fundación: de Deméter pasó a Héracles y de ahí a Euristeo, a Adrastro, a las Amazonas, a Eumolpo, a Dario, a Jerjes... Allí se tocaron, confirmándolos o rebatiéndolos, todos los argumentos que han empleado borrachos de simposio y filósofos de cena, desde que Herodoto vino a Olimpia a leer sus historias en aquel mismo opistódomo, en el templo de Zeus. Mis piernas, cansadas por el dólico, se sentían justamente como si hubiesen estado en pie desde tiempos de Teseo.

Antes de terminar, Isócrates dedicó unos minutos a glosar la expedición de Ciro, poniéndola como ejemplo de hasta dónde podían llegar los griegos si, unidos, hacían frente a los bárbaros. No dio el nombre de mi padre, no hizo falta: todos los asistentes sabían quién era él, lo estaban viendo allí mismo entre ellos, y algunos iniciaron una ovación, seguramente concertada de antemano por Isócrates con sus amigos, que fue seguida por muchos. Jenofonte hizo como que no oía, tratando de apaciguar con su inmovilidad a los que le aplaudían, manifiestamente incómodo por lo que era un halago interesado. Ctesias miraba alrededor, como si pasara lista de los que más y que menos entusiasmo manifestaban. Y Grilo, a la derecha de Jenofonte y a la izquierda de Soféneto, se sentía más orgulloso que si hubiera ganado el estadio un rato antes, cuando fue zancadilleado.

Terminó por fin aquel dólico de la elocuencia, dejando Isócrates a Atenas la mejor parada en todo. Los aplausos finales no fueran tan unánimes como la ovación que había recibido mi padre poco antes, porque muchos entendían que Isócrates, como otros antes que él, utilizaba la causa de la unidad de Grecia frente al bárbaro como pretexto para defender la hegemonía de su ciudad, de Atenas, sobre las otras. Algunos fueron en seguida a darle el parabién al orador, pero no Jenofonte, que discretamente esperó a hacerlo hasta que la muchedumbre se dispersara, haciendo como que se entretenía en los corros que animadamente debatían sobre lo que habían oído. Allí tuve ocasión de ver la maestría de Ctesias, a quien, como griego que había servido al Rey y conocía bien su corte y su país, se dirigían muchos con sus comentarios y preguntas. Porque, como el discurso de Isócrates ponía en evidencia por más que le disgustara al mismo orador, toda la política griega, todas las disputas entre sus ciudades, están afectadas de una preocupación: la actitud de los rivales hacia Persia y la actitud de Persia hacia los bandos en disputa. Desde que el brillante y desalmado Alcibíades destapó ese truco, siempre que dos griegos peleen, uno sentirá la tentación de pedir ayuda al persa.

Las respuestas de Ctesias eran magníficas. Si le preguntaban por la extensión de los dominios del Rey, decía que se tardaba no menos de nueve meses en ir de un extremo a otro. Si por el tamaño de sus ejércitos, respondía que el Rey nunca podría reunir todos sus soldados, porque ningún río podría dar de beber a la vez a tantos hombres. Y si le hubieran preguntado, creo yo, cuán alto era el Rey, hubiera señalado al interior del templo, para decir que la estatua de Zeus era, quizás, un poco más baja. Ahora

bien, entre tanta exageración y disparate, Ctesias siempre se preocupaba por saber el nombre de la persona con quién hablaba, de qué ciudad venía, y qué opinaban él y sus conciudadanos respecto a la cuestión que había tratado Isócrates.

Por fin volvimos a Escilunte, con las últimas luces del día, después de recoger a nuestros invitados espartanos y de que Jenofonte departiera un rato con Agesilao. Al poco se les arrimó Ctesias, justo a tiempo para escuchar que Agesilao le proponía a Jenofonte: *"Los dos son fuertes y buenos corredores, pero uno es demasiado fogoso y el otro demasiado poco. Mándalos a Esparta, que allí se templará cada uno en lo que le falta"*. Ctesias, entonces, empezó a perorar acerca de la educación de los jóvenes persas, aturdiéndolos a todos. Y nos pusimos en camino para la cena. Y yo me quedé preocupado porque no quería irme de Escilunte, pero Grilo seguro que sí querría. Antes que a Esparta, hubiera preferido en todo caso que Jenofonte nos enviara a Atenas, con nuestro tío, que le había propuesto hacerse cargo de nosotros durante unos años para que, cuando tuviéramos la edad, él pudiera inscribirnos en la lista de los ciudadanos.

Mi padre sospechaba que Isócrates pretendía comprometerle ante todos, dando a entender que Jenofonte, al hospedarlo en su casa, avalaba su alegato a favor de Atenas como líder de la unidad contra los persas. Y ahí resultaba más que oportuna la alabanza a las hazañas de los cireos en Babilonia. Curiosamente, más larga y pomposa allí, ante la concurrencia olímpica, de lo que luego ha aparecido por escrito.

Mi padre no hizo nada para impedirlo. Los mismos hechos —salir en la expedición de Ciro— que en otro tiempo lo habían distanciado de su patria, ahora le acercaban a ella. En cuanto a Isócrates, otro tanto: si ahora aceptaba hospedarse en su casa, era Isócrates el que había cambiado, por la razón que fuera, y no él, que siempre había renovado la misma invitación.

Y seguramente que en la cena Isócrates hubiera preferido la vecindad de Ctesias, y entre los dos hubieran tenido una bonita competencia por las palabras, pero le tocó al lado al poco alentador Soféneto.

Eneas se arrimaba a su tío Soféneto, y Jenofonte arbitraba entre todos, a la derecha de Ctesias y a la izquierda de Isócrates. Grilo y yo, cuando no andábamos entre las mesas sirviendo, nos sentábamos en el extremo opuesto a Jenofonte, que desde lejos cuidaba nuestras maneras y vigilaba que no tuviéramos una conducta impropia, ni bebiéramos vino, ni habláramos en voz alta molestando a los adultos, como nos había advertido. Le bastaba una mirada para hacernos entender.

Quedaban lechos y mesas sin ocupar, preparados para los otros invitados que se esperaban después de la cena.

Cuando Ctesias recibió de manos de Grilo la copa de vino aromatizado que es costumbre ofrecer antes de la comida, le dio las gracias y le retuvo junto a él para mirarle las postillas de la cara, una mano en un hombro, la otra acariciándole la barbilla con los dedos.

— Cuando se es joven, hasta las heridas secan más deprisa. Dentro de unos días, ya no se te notarán. Disfruta de la juventud que tienes, muchacho.

Los adultos sabían que a Jenofonte, aunque no lo manifestara, le estaba disgustando la mamola de Ctesias, como le había disgustado esa tarde la forma en que le había lavado las heridas en el estadio. Grilo

calló, sin contestar, y sonreía, tratando de parecer amable. Entonces Agesilao levantó su copa, la que había recibido poco antes de mis manos, y le dijo también:

— Pronto ganarás otras carreras —y dirigiéndose a los demás, ofreció— Por los Gemelos, Jenofonte, por tus gemelos. Todos hemos visto que Grilo era el justo ganador.

Y nadie vio como cambió la expresión de Grilo. Nadie lo vio, ni siquiera Jenofonte notó que las palabras de Agesilao revocaban en Grilo las suyas de la tarde, abriendo y ensanchando los rasponazos que Jenofonte había intentado cerrar apelando a la voluntad divina, para inocular en ellos nuevamente, como veneno de juventud, el ansia de la gloria. Agesilao, al intentar que la falta de Ctesias se olvidara cuanto antes, había despertado con un halago y el recuerdo de una injusticia —fácil era— la codicia insaciable de Grilo. Y aunque no hubo ocasión en los años que siguieron para que volviera a correr el estadio, la meta fue sustituida, alejada y cambiada por otras sucesivas, sin que el aliento que llevaba a ellas, el recuerdo de la zancadilla y las palabras de Agesilao y de las cosas que se dijeron aquella noche, menguara, sino que fue acumulándose, hinchándolo por dentro, y como el vientre de los vientos que Eolo entregó a Ulises, estalló en un vendaval cuando llegamos a Atenas y sintió el aplauso de la Ciudad detrás de él, como estela de la gloria de su padre.

Y Agesilao, engañándose porque yo paseaba mis ojos de Grilo a él y de él a Grilo, añadió un cumplido de circunstancias equivocado.

— Y que Diodoro también podía haber ganado la suya.

Jenofonte le contestó:

— No deberíamos ofender a los dioses brindando por ningún mortal sin antes habernos ocupado de ellos. Me temo que se enojarían, y los primeros de todos los Dióscuros, si antepusiéramos mis gemelos a ellos. Lo que ha ocurrido hoy indica hasta qué punto es necesario el favor de los dioses en todas las empresas.

— Hoy, Jenofonte —intervino Pitágoras—, los Dióscuros no han querido que ganara ninguno de tus hijos por haber hecho tú algo que ellos no quisieron para sí, que es el haberlos separado. Si hubieran corrido juntos, quizás el muchacho sicionio no hubiera sabido a cuál de los dos zancadillear, y en todo caso el otro le hubiera ganado. ¿Acaso, en el campo de batalla, los hubieras puesto separados entre las filas de combatientes? ¿No te parece más lógico que ambos sean mutuamente el uno escudero del otro?

— Después de lo que he visto, Pitágoras, tengo que concluir que tienes razón. Si nacieron juntos y juntos se han criado, parece que también deberían correr juntos y luchar juntos —dijo nuestro padre—. Sea así, por los Dióscuros.

Y morir juntos. Nadie lo dijo, pero más de uno, como un eco funesto a las palabras de Jenofonte, caería en la cuenta de que los Dióscuros significan también la voluntad de compartir un mismo destino de muerte. Y sin embargo, nadie más ajeno que nuestro padre a las connotaciones de sus palabras. Mientras las pronunciaba delante de los hombres, Jenofonte levantaba su copa a los Dióscuros, pero ante él sólo veía a sus dos muchachos de rizada y morena cabellera, y no podía evitar sentirse orgulloso y desconcertado al contemplarnos, iguales y diferentes, con rasgos que reconocía como suyos y con otros que lo sorprendían. Éramos como el plato que se sirvió a los invitados, carne de cordero cocido con verduras, aparejado con

especias sobre una torta de harina, que se les hacía familiar a espartanos y atenienses por los ingredientes del país y la mano de la cocinera, pero que en realidad seguía una receta milesia, herencia de nuestra madre, preparada por Polixena.

Grilo y yo comíamos poco y deprisa, sin fijarnos apenas en lo que nos llevábamos a la boca. Teníamos que llenar las copas de los invitados y estar atentos al momento en el que terminaran su ración para ofrecerles más, pero tampoco perdíamos detalle de la avidez de Ctesias, ni del comer esquivo y desdeñoso de Soféneto. Para Agesilao y Pitágoras, la cena parecía una tarea que había que desempeñar con eficacia, sin rehuirla pero sin que pareciera placentera, como el soldado que, pese a la ansiedad por la lucha inminente, se alimenta sin hambre antes de la batalla, previendo que será larga. Isócrates, en cambio, había empezado a comer con buenas ganas, pero luego se demoraba metiendo baza con fruición en la conversación que Ctesias pretendía entablar con los lacedemonios, y que ahora se estaba convirtiendo en un nuevo discurso suyo, continuación del de la tarde.

Volvíamos Eneas y yo de la cocina con fuentes de higos secos, nueces y tortas de miel con almendras, cuando se presentaron Tólmides, Gnesipo y Licio, y casi seguidos aparecieron Polícrates y Teopompo. Todos saludaron a Agesilao con el respeto debido a un rey, y él les correspondía con la llaneza de un camarada de las campañas de Asia. Pero a Soféneto lo rodearon, lo abrazaron, lo pellizcaron, le palmearon los hombros, la espalda, dijeron su nombre en voz alta y lo increparon con cariño. Y Soféneto devolvía los saludos y sonreía tímidamente, como un niño al que han hecho un regalo muy deseado delante de mucha gente y no se atreve a mostrar su alegría.

Algunos de los recién llegados saludaban también a Isócrates, al que habían tratado alguna vez, cuando vivían en Atenas. Grilo, Eneas y yo nos aplicábamos deprisa a colocar las mesas y lechos para los que habían venido, a sacar las copas y a disponer el vino, el agua y la crátera. El simposio iba a empezar.

Jenofonte fue presentando a unos y a otros. De Tólmides, recordó que fue el heraldo de Clearco y luego de todo el ejército; a Licio, como el capitán de la caballería que se improvisó en la retirada; a Polícrates, ingeniero y constructor, como el almirante de la armada de un único barco que tuvieron los cireos en el Ponto Euxino; de Teopompo dijo que fue el más animoso en la adversidad de los capitanes de Próxeno; y de Gnesipo, alguien que hubiera sido un excelente embajador del ejército, si el ejército hubiera tenido más cordura para cuidar sus relaciones con las ciudades griegas y con los pueblos bárbaros. Y a los recién llegados recordó que Pitágoras fue el navarca que transportó las tropas de Quirísofo a Cilicia, y que Ctesias, como médico del Rey, había estado en la mismísima batalla de Cunaxa.

— Yo te recuerdo a ti, Teopompo —empezó a decir Ctesias—, porque cuando aquel griego, Falino de Zacinto, fue a vuestro campamento como enviado del Rey para pediros las armas, yo iba con él, con el encargo de oír todo lo que se hablara, ya que nadie más, entre la comitiva que acompañaba a Falino, entendía el griego. Y recuerdo muy bien que te adelantaste un paso a tus compañeros y le contestaste que, en lugar de entregar las armas, las ibais a utilizar para luchar contra el Rey y quitarle sus riquezas. Tuve que ser yo quién le repitiera tus palabras a Artajerjes, porque Falino no se atrevía, temeroso de que se enojara al escuchar la fanfarronada.

— ¿Y cómo se tomó Artajerjes la respuesta? —preguntó Gnesipo.

— Me preguntó el nombre de la persona que había dicho eso, y le dije que lo desconocía. Ahora, en cambio, después de conoceros a vosotros, ya le podría decir quién es, y además, a juzgar por lo que he oído esta tarde a Isócrates, le tendré que decir que toda Grecia no piensa en otra cosa que no sea en luchar contra él —Ctesias se sonreía, mirando de refilón a Agesilao y Pitágoras.

Teopompo y los demás cireos parecieron satisfechos, pero Jenofonte y Soféneto cruzaron miradas de complicidad. Ninguno de los dos le creía, y al día siguiente, hablando aparte con Teopompo y Soféneto, aún quedó más asegurado de que Ctesias había mentido, porque nadie recordaba haberle visto entre la embajada, y no podía haber estado muy atrás si, como él decía, había escuchado lo que se dijo. Así era Ctesias: mentía y exageraba, no para tapar su ignorancia —al contrario, solía estar muy bien informado—, sino para engrandecerse él, como protagonista, o testigo, o meramente en su papel de narrador.

Como fuente de anécdotas y chascarrillos, Ctesias resultaba entretenido para todos, salvo para Agesilao y Pitágoras, a los que fastidiaba con sus aguijonazos. No obstante, y aunque estuviera aderezada con aquella guindilla de Ctesias, los lacedemonios no podían pensar en encontrar fuera de Esparta mejor compañía que la que les ofrecían mi padre y sus camaradas. Entre ellos eran tratados con una mezcla de deferencia, como correspondía a su condición de huéspedes y de principales entre los lacedemonios, y llaneza de campamento militar, como si les asignaran también su misma condición de veteranos, de la que ellos mismos se sentían honrados.

A mi padre y a los otros cireos que como él vivían en el exilio su condición de atenienses, hablar con Isócrates les producía añoranza y nostalgia, porque a través de él recordaban personas y lugares y hechos vividos, pero también una sorda y creciente irritación a medida que veían en Isócrates los mismos defectos y vicios que ellos siempre habían reprochado a la Ciudad. La propensión de Isócrates a la perorata no les fastidiaba tanto en sí misma, como por recordarles que en la Ciudad la retórica de los demagogos había arrinconado a los que, con sus hechos, demostraban en todo ser los mejores. Por lo demás, a pesar de su incontinencia verbal, Isócrates era lo bastante inteligente para darse cuenta de cuando debía dejar hablar a los demás. Había preparado durante años su discurso para la concurrencia olímpica. Ya lo había pronunciado. Ahora, compartir mesa con el médico del Rey, con Agesilao, con Jenofonte y sus compañeros, era el aplauso que merecía por su discurso.

Los cireos apreciaban la importancia de sus huéspedes, pero les hubiera bastado con juntarse entre ellos a cenar para sentirse satisfechos. A ellos nadie les cuestionaba, como Sarpedón a Glauco, qué habían hecho para merecer la vida de que disfrutaban. Bebían vino, comían carne, tenían campos y eran honrados con la compañía de los mejores. Sólo les apenaba haberlo alcanzado lejos de su patria.

Grilo y yo preparamos las copas de vino puro, sin apenas llenar, para las libaciones. Puestos en pie, Jenofonte propuso tres. La primera, invocando a Dioniso, como es tradicional; la segunda, a los Dióscuros, por consideración a los huéspedes espartanos, pero también por nosotros, sus hijos gemelos; y la tercera, por las almas valerosas de amigos y compañeros ausentes, de Clearco y de Próxeno. Cuando llegó el momento del peán, yo estaba al lado de Soféneto y no sabía si debía cantar o no, ya que tampoco había participado en las libaciones de los adultos, pero mi hermano, al que mi padre tenía por los hombros

delante de sí, entonaba el himno a la par que los demás, un himno cuya letra todavía no habíamos aprendido, porque éramos niños.

Acabó el peán. Todos se sentaron para disfrutar del vino y de la conversación. Ctesias propuso a Jenofonte como simposiarca en su calidad de dueño de la casa. Mi padre le respondió:

— Esta tierra en que vivimos, Escilunte, que es mi hogar y el de mis camaradas, se la debemos a los lacedemonios. Por ello, muy osado sería por mi parte aceptar esa dignidad delante de un rey de Esparta. Más aún si consideramos que en estos momentos son los lacedemonios los que lideran toda Grecia. Sea pues simposiarca Agesilao, o su compañero Pitágoras, si a él le parece mejor.

— Veo, amigo Isócrates —empezó a decir Ctesias—, que tu discurso no tendrá mucha aceptación, pues aun siendo aquí mayoría los atenienses, les vais a otorgar el mando a los espartanos. Es verdad lo que se dice, que cuando alguna ciudad pide ayuda a Esparta, ésta no le envía soldados, ni pocos ni muchos, sino un general que los dirija, por lo que debo concluir que los lacedemonios están destinados a imperar sobre los demás, y no Atenas.

— Yo creo que zanjaremos esta cuestión —intervino Agesilao— como siempre han hecho las ciudades griegas en disputa, pidiendo su arbitraje al persa. Por ello, te propongo como simposiarca, ya que eres lo más parecido a un persa que tenemos aquí.

Hasta Soféneto rió la ocurrencia, y se aprobó que Ctesias dirigiera el simposion.

— Sea así, aunque yo me tengo por griego y no por persa, puesto que soy de Cnido. Cuando yo era muy joven, mi ciudad, que se había rebelado contra el Rey confiada en el socorro ateniense, fue castigada por Tisafernes, sin que nos sirvieran de nada las promesas de ayuda de vuestros conciudadanos —dijo dirigiéndose a Isócrates y Jenofonte—, y yo tuve la desgracia, o la suerte, no lo sé bien, de ser esclavizado. Por mis conocimientos de medicina, Tisafernes me regaló a Artajerjes para congraciarse con él. Luego murió Darío, su padre, y así llegué a ser médico del mismísimo Rey, de su madre, de su esposa y de sus hijos. El me trató muy bien y yo, desde la influencia que tenía con él, ayudé siempre en lo que pude a mis compatriotas. Hablé en vuestro favor, cuando estabais desamparados por la muerte de Ciro, y a favor de vuestros generales, de Clearco y de Próxeno y de todos los demás, cuando fueron apresados. Pero no es mucho lo que se puede interceder ante quien se había visto tan cerca de perder el trono y la vida por el empuje de vuestro brazo. Después de diecisiete años, el Rey me concedió la libertad y una gran recompensa por mis servicios, y he podido volver a establecerme en mi ciudad natal, que ya no es libre como lo fue alguna vez, sino que está sometida al Rey al igual que otras muchas ciudades griegas. Soy griego, y acepto ser vuestro simposiarca, pero no que me tachéis de persa, al menos no en mayor medida de lo que lo son otros muchos griegos.

Las justificaciones de Ctesias hicieron sonreír a Agesilao, pero no a mi padre, a quien no le gustaba oír el nombre de Próxeno de sus labios.

— Y como simposiarca mi primer decreto es que cada cual beba lo que estime oportuno, por lo que puedo decir que doy la libertad a los griegos, sean atenienses, espartanos, arcadios —miró a Soféneto— o eleos —esto último lo decía por Tólmides, que era de Élide—. Pero, como médico, recomiendo que nadie se embriague, ya que no es saludable, ni conveniente si mañana desea asistir a los juegos, como supongo. Y

como en este tiempo caluroso de verano es normal que el cuerpo pida más cantidad de beber, decreto que la mezcla de agua y vino sea en la proporción de cuatro a uno. En cuanto a los tres muchachos, que sus padres dispongan lo que consideren oportuno, aunque, como he observado que ni en el propoma, ni en la cena, ni en las libaciones han probado el vino, bien podrían beber algo a partir de ahora, pues si les sienta mal, fácil tienen el ir enseguida a dormir, y mañana podrán recibir la regañina que sin duda les echarán sus padres.

»Y como tema de conversación propongo, si se me permite, nada mejor que el discurso de Isócrates. No sé si vosotros —se dirigió a los últimos llegados— habéis escuchado esta tarde a nuestro amigo. A mí me ha parecido que toda la audiencia se ha quedado conmovida por lo que ha dicho y que tus argumentos —se dirigió a Isócrates— se repetirán y comentarán en todas las ciudades de Grecia.

— Y en los oídos del Rey, por supuesto —replicó Pitágoras.

Y se hizo el silencio.

Mi padre podía ser, si se lanzaba a reflexionar en voz alta sobre las cosas que le interesaban, tan elocuente como Isócrates o tan parlanchín como Ctesias. Su sentido de la moderación le salvaba de prodigarse en exceso en reuniones de mucha gente o delante de desconocidos. Ahora, sin embargo, como el buen simposiarca que ve a los bebedores demasiado borrachos y decide echarle más agua al vino, debió considerar que era necesaria una dosis de aburrimiento, y se lanzó a hablar sobre uno de sus temas favoritos.

— Tengo entendido —intervino mi padre con su tono de voz más distendido, pero que sonó como un trueno en medio del tenso silencio— que el Rey está tan ocupado sometiendo Egipto y las otras provincias que se le han rebelado últimamente, que no tendrá tiempo para hacer caso a nuestros discursos. Y si en sus reinos hay discordias, ¿acaso no las hay entre nosotros? Fijaos en los seis atenienses aquí presentes. Cinco vivimos desterrados de nuestra patria, y tú, Isócrates, también lo estuviste durante un tiempo. Si fuéramos hombres de poco valor, indignos, injustos y cobardes, habría hecho bien nuestra ciudad en renegar de nosotros, y aun en matarnos. Pero no lo somos, creo. Y creo por ello que los que dirigen nuestra ciudad han obrado injustamente. Y sin necesidad de ponernos a nosotros como ejemplo, ¿cómo debemos juzgar a una ciudad que condena a muerte a sus mejores ciudadanos, sean éstos filósofos, como Sócrates, o generales, como Alcibíades o como los estrategos que le dieron la victoria? —se refería mi padre a los que derrotaron a la flota lacedemonia en las islas Arginusas, que luego fueron condenados a muerte todos ellos, en un juicio injusto que luego fue revocado, cuando ya era tarde y los generales habían sido ajusticiados.

»No quiero decir con ello que a nuestra ciudad le cuadraría mejor otro régimen político, que ya se intentó eso y fue peor, ni poner como ejemplo la constitución de Esparta, que siempre se contrapone a la ateniense. También los lacedemonios han tenido sus problemas, aunque hayan trascendido menos y, sobre todo, se hayan perjudicado menos a sí mismos. Y el Rey, ahora, también los tiene. Y los tebanos. No, yo miro más allá. Fijaos cuantas democracias han sido derrocadas por los que no las querían, y cuantas oligarquías y monarquías han sido abolidas, a su vez, por el pueblo. Fijaos como los tiranos, si no son inmediatamente derrocados, son objeto de admiración a poco que se hayan mantenido algún tiempo en el

poder, tan difícil se considera su ejercicio. ¿Y qué diremos de las casas particulares? ¿No conocemos las dificultades de hacerse obedecer por los criados? El hombre sólo parece gobernar bien a los animales de los que se llama pastor, a los bueyes, a los caballos, a las ovejas. Parece que en la naturaleza de estas bestias está el obedecer a su amo y, en cambio, que en la naturaleza del hombre está el sublevarse contra el que los gobierna o intenta gobernarlos.

»Siempre que reflexiono sobre esto, no dejo de acordarme del príncipe Ciro. No hubo otro príncipe que suscitara más lealtades entre los que estaban a su lado, ni que fuera obedecido más a gusto, y no me cabe duda que, de haber triunfado en su empeño, habría superado en todo a sus antecesores. Era valiente y justo, pero sobre todo tenía la virtud de estimular a los mejores a entrar a su servicio y de hacer que los que ya estaban con él quisieran ser mejores. Yo lo vi así, entre los griegos que le seguíamos y los persas que estaban a su lado, pero tengo entendido que también en la corte de su padre Darío eran mayoría los que preferían que él llegara a ser Rey en lugar de su hermano. ¿No es así, Ctesias?

— Cierto, Jenofonte. Había un partido favorable a Ciro, porque veían en él un carácter más adecuado para hacer frente a las amenazas del Imperio. El poder del Rey es muy grande, pero también el territorio que gobierna, e innumerables los hombres sometidos a él y que, como tú dices, pugnan constantemente por sacudirse el yugo. Los grandes nobles, los que tienen posesiones lo mismo en la India que en Lidia, en Bactria que en Egipto, son conscientes de que un Rey flojo hará flaquear el Imperio. Artajerjes les pareció a algunos demasiado bondadoso y amable, conciliador y contentadizo, para lo que requería el trono. Por eso se fijaron en Ciro, porque uno y otro eran como la noche y el día en punto a decisión y a ambición.

— Extraño, siendo hijos de la misma madre y del mismo padre —dijo Isócrates— Todos los hermanos se parecen, y se diferencian más en el grado en que tienen las mismas cualidades que en éstas propiamente.

— Yo creo que se dan las dos cosas —dijo Soféneto—. Ocurre que los hermanos comparten algunas aptitudes, pero también que tienen otros vicios u otras virtudes completamente diferentes. Y te pondré un ejemplo bien cercano en estos dos muchachos, Grilo y Diodoro, que además de hermanos, son gemelos y semejantes el uno al otro como una gota de agua. Todos hemos visto que ambos son fuertes y ligeros de pies, buenos corredores. Pero también nos hemos dado cuenta que uno es impulsivo, como Ciro, y el otro contenido y tranquilo, como Artajerjes, y por ello su padre, que los conoce bien, los hizo competir a uno en el estadio y al otro en el dólico. ¿Por qué estas diferencias?, yo creo que ni sus padres lo llegan a saber.

— Pues en el caso de Ciro —dijo Jenofonte, que veía con disgusto con cuánta atención seguíamos Grilo y yo lo que de nosotros decían los adultos, y ya era la segunda vez—, yo sí me atrevería a explicar por qué fueron tan diferentes uno y otro. Artajerjes, el mayor, recibió al nacer el nombre de Arsicas, y su padre todavía no había accedido al trono, ni lo esperaba. Pero cuando nació Ciro, Darío ya reinaba, y el hijo recibió su nombre de su antepasado más glorioso, Ciro el Grande. Tan glorioso que nadie, antes que él, lo había recibido. Su madre lo crió sintiéndose esposa del Rey y sintiéndolo a él como hijo del Rey. Arsicas cambió su nombre por Artajerjes después, cuando accedió al trono, pero se había educado como hijo de un

simple particular, mientras que su hermano Ciro, llamado el Joven para distinguirlo del otro, creció como el hijo del Rey y pensando solamente en emular a Ciro el Mayor, pues para eso le habían puesto sus padres el mismo nombre.

— ¿Creerías tú —le preguntó Pitágoras— que si yo le pusiera a un hijo mio de nombre Aquiles, haría de él un héroe? Me parece un poco ingenuo pensar eso.

— Tienes razón, Pitágoras, y no la tienes —le contestó mi padre— Si tú llamas Aquiles a tu hijo, será muy posiblemente porque ése sea el ejemplo de vida que le propones. Y si tienes éxito en su educación, tendrás un hijo valiente y esforzado en la lucha, y deseoso de honores. Pero si, además, las condiciones naturales le acompañan, entonces destacará sobre todos de la misma forma que Aquiles destacaba entre los aqueos, porque en pocos se reúne a la vez la voluntad y la capacidad. Yo conocí a Ciro ya adulto y poseído por el afán de gloria, pero Ctesias, que lo conocía desde once o doce años antes, nos dirá cómo fue educado Ciro.

— Cuando me llevaron a la corte del Rey, Ciro tenía la misma edad que estos muchachos —dijo Ctesias mirándonos a Grilo, a Eneas y a mí—. No mucho después, tuve que curarle las heridas que le hizo la osa. Terribles zarpazos en la espalda, en el costado y en el brazo izquierdo. Tuvo las fauces abiertas sobre su cuello y su cabeza, y los colmillos se le marcaron en la piel, pero él clavó la hoja de su cuchillo en el corazón de la fiera justo a tiempo. ¡Ay Grilo! Nada son tus rasponazos para lo que tenía Ciro. Pudo haberle costado la vida sólo por la sangre que perdió, y le quedaron marcas para siempre. Pero ¡qué diferente es la misma herida para el vencedor y para el derrotado! Cuando me lo trajeron, con los miembros ya fríos del ímpetu de la lucha, todavía no sentía el dolor de las heridas, porque seguía embriagado por la euforia del triunfo, y hasta en la misma fiebre que tuvo durante los días que siguieron deliraba dando el grito con el que acometió a la fiera. ¿Verdad, Grilo, que si te hubieras caído nada más pasar la meta, vencedor, no te hubiera dolido el porrazo como ahora te duele?

— No me duele —replicó Grilo. Jenofonte le reprendió suavemente por el tono. Entonces yo vi que mi hermano le cuchicheaba algo, y que mi padre se complacía al escucharle.

— Me pregunta Grilo cómo fue ese lance —dijo Jenofonte sonriendo—. Y yo lo sé, oí contarlo de sus propios labios. Estaban cazando. Ciro iba a caballo y se había separado de sus compañeros. Una osa le salió al paso delante del caballo, de pie sobre sus patas traseras y rugiendo, porque detrás de ella tenía sus oseznos. Pudo haberla esquivado con facilidad, y haber vuelto luego con sus compañeros para cazarla. Pero en lugar de eso la acometió sin pensar, él sólo, con el venablo. Su caballo se asustó o tropezó, y lo echó al suelo. La osa lo alcanzó y él tuvo que pelear abrazado con ella, hasta matarla con el cuchillo. Así se hizo las cicatrices de las que tan orgulloso se mostraba.

Mi padre había hecho el relato en voz alta, para Grilo, para Eneas y para mí. De los demás, quizás sólo Isócrates desconociera la historia.

— A mí, simplemente, me parece que Ciro fue imprudente, porque uno no debe exponer su montura a peligros con los que no esté familiarizada. Y la presencia y el olor de las fieras, si no han sido acostumbrados, aterroriza a los caballos —dijo Soféneto.

— Y a los hombres, también, Soféneto —dijo Agesilao—. Yo no tacharía a Ciro de imprudente. Cuando tienes tiempo para reflexionar, como el general que dispone al ejército en el campo de batalla, entonces debes sopesar tus posibilidades, así como hasta qué punto es imprescindible la victoria o inaceptable una derrota. Y también consultas a los dioses y te atienes a lo que dicen las víctimas. Distinto es cuando se presenta un peligro súbito, ¡qué duda cabe que todos darían la espalda a la osa! Pero Ciro era un rey en su corazón, quería serlo, y él sabía que nadie debería poder decir nunca de él que había huido. Ya no tuvo tiempo de pensar más, y en ese instante detenido es donde está concentrada toda su educación y su voluntad de ser. Él decidió que sería Rey y se enfrentó a la bestia. No podía obrar de otra manera, o no hubiera sido Ciro.

Todos callaron, pues era un rey hablando de otro rey. Tu padre apostilló:

— Así es. Y en el otro momento crucial de su vida, cuando decidió que no estaría sometido a su hermano, lo preparó todo cuidadosamente durante meses para hacerle la guerra. Y cuando llegó el momento de la batalla, no rehuyó la lucha colocándose detrás de nuestras falanges, sino que combatió en primera fila para matar a su hermano. Así era Ciro.

Matar a su hermano. Cuando mi padre decía aquello, Grilo estaba a su lado, yo enfrente. Jenofonte continuó, entusiasmado:

— Sin cumplir aún los diecisiete años, Darío lo envió a Sardes como sátrapa de Lidia, Misia y Frigia, y comandante militar de todos los que se reúnen para la revista en la llanura del Castolo. Nadie nunca, desde los tiempos de Ciro, había tenido tanto poder, fuera del Rey. Nadie nunca había sido sátrapa con dieciséis años.

— Tú dices, Jenofonte —interrumpió Ctesias—, que todos querían ser sus amigos. Pues fue entonces cuando hizo su principal enemigo: Tisafernes. Tisafernes, hasta entonces, había disfrutado del gobierno de Lidia, y con la llegada de Ciro se veía relegado solamente a Caria. También la política griega, que la había dirigido Tisafernes hasta entonces, cayó en sus manos. El zanjó los coqueteos de Alcibíades con Tisafernes y apoyó sin reservas al espartano Lisandro, y con eso, al tiempo que labraba la ruina de Atenas, se buscaba la suya.

— Lo que nunca hemos sabido con certeza —continuó mi padre— es si su padre quiso nombrarle a él como sucesor, en perjuicio de Artajerjes, su hermano mayor. Los persas que le seguían así lo afirmaban, y que sólo perdió el trono porque llegó tarde a la muerte de su padre y su hermano se le había anticipado.

— Nadie lo sabe. Darío murió muy deprisa, sin que le diera tiempo a dirimir la sucesión. Yo, aunque soy médico —dijo Ctesias—, no lo traté de su enfermedad, así que no puedo opinar si murió demasiado deprisa. ¿Quién sabe? Que había mandado llamar a su hijo menor, es cierto, pero con qué fin, tampoco se sabe. Desde luego, si quería que el heredero fuera Ciro, lo prudente era hacerlo venir y esperar hasta que estuviera en la corte para proclamarlo como tal. Pero también se puede pensar que el preterido debía estar presente para hacerle saber que él no era el elegido.

— O para facilitar que lo aprese el primogénito —terció Pitágoras.

— Si nos atenemos a la confianza que en vida ponía el padre en cada uno de sus hijos —dijo Jenofonte—, vemos que Darío le encomendó a Ciro no sólo la satrapía de Sardes, sino la campaña militar contra los cadusios, cuando solo tenía veinte años. En cambio, al mayor, que se sepa, nunca le confió una misión importante.

— Pero, desde otro punto de vista —replicó Ctesias—, puede decirse que a Ciro lo tenía su padre fuera de la corte, haciendo recados, pues realmente el imperio persa se dirige desde el centro, y el Rey no puede estar corriendo de aquí para allá peleando en las fronteras. Preparar la sucesión, por ejemplo, era más importante para el futuro Rey que las revueltas de los griegos o los cadusios. En la corte, si unos notables apoyan algo o a alguien, siempre habrá otros que se opongan, y Ciro tuvo otros enemigos, además de Tisafernes, que se volvieron hacia su hermano, simplemente porque sus rivales lo apoyaban a él. En fin, el caso es que Darío murió, y Arsicas fue proclamado Rey con el nombre de Artajerjes cuando su hermano venía de camino a Pasargada. Lo que siguió luego, la denuncia de Tisafernes que llevó a Ciro a la prisión, está aún menos claro.

»Es costumbre —continuó Ctesias—, cuando los sacerdotes consagran al nuevo Rey, que éste entre en el templo de Atenea, sólo, y allí rece, beba terebinto, coma higos y tome yogur, y salga luego dejando dentro sus vestiduras y vistiendo unas que allí se conservan, tan antiguas como que pertenecieron a Ciro el Grande. Ese templo tenía por guardián un sacerdote que había sido pedagogo de Ciro cuando era niño. Pues bien, Tisafernes se presentó ante Artajerjes llevando de la mano a este hombre, al guardián del templo, que decía que Ciro maquinaba esconderse dentro para asesinar a su hermano y salir él en su lugar vestido como Rey. Decía que Ciro le había pedido su ayuda para entrar a escondidas en el recinto sagrado y para presentar luego lo sucedido, el crimen que pensaba cometer, como un milagro, como una intervención del propio Ciro el Grande. El asunto, como podéis imaginar por la calidad del testigo, tenía muchas trazas de verdad, y le debía haber costado la vida a Ciro. Pero la intervención de Parisatis, la madre de ambos, lo salvó, y pudo volver a Sardes sin otro castigo que ver menguado su poder de antes y aumentado el de su rival Tisafernes, encargado ahora de vigilarle de cerca, desde Caria y Mileto, que antes eran posesiones suyas.

— ¿Es verdad que ella cruzó su cuello con el de su hijo y lo cubrió con sus cabellos? —preguntó Licio.

— Estos ojos que ahora te ven a ti lo vieron entonces.

De lo que todos dedujeron que, si el hecho era cierto, Ctesias sólo lo conocía de oídas. Fuera o no verdad, allí nadie alababa la conducta de Artajerjes, que tan generosamente había perdonado la vida a su asesino. Me desasosegaba que mi padre tuviera pasión por Ciro, a pesar de que quiso matar a su hermano.

Pitágoras el lacedemonio comentó:

— No sería muy verosímil la acusación de Tisafernes. Extraña que Artajerjes dejara escapar con vida a su hermano, por mucha consideración que tuviera a su propia madre.

— La rebelión de Ciro después —replicó Ctesias—, acabó dando la razón a Tisafernes.

— Sin embargo, los que trataron íntimamente a Ciro —dijo mi padre, y creo yo que se refería a Aspasia, la concubina de Ciro y ama de nuestra madre Filesia— dicen que el episodio de su prisión lo

había mortificado de tal manera que por nada del mundo quería ya estar sometido a su hermano, aunque eso le costara la vida. ¿No deberíamos pensar entonces que la falsa acusación empujó a Ciro a la rebelión? Tisafernes entendía mucho de traiciones, lo demostró luego, y sabía también que no importaba que su denuncia fuera incierta. El mero hecho de formularla la hacía más creíble en el presente y más probable en el futuro. ¿Quién, conociendo el orgullo de Ciro, pensó que soportaría no ya ser el segundo detrás de su hermano, sino vivir bajo sospecha, con miedo a que los enviados del Rey pudieran llegar en cualquier momento para cortarle la cabeza, como le pasó años después al mismo Tisafernes?

— Sea verdad o mentira la celada en el templo —dijo Pitágoras—, cualquiera se da cuenta que Artajerjes no necesitaba que nadie le diera motivos para matar a su hermano, sino que debía hacerlo desde el mismo momento en que accedió al Trono. Sólo necesitaba un pretexto, y Tisafernes, seguramente buscando su propio interés en los asuntos de Jonia, se lo proporcionó llevándole al guardián del templo. Al no aprovecharlo, Artajerjes también debía haber previsto la reacción posterior de Ciro, según su carácter que tú, Jenofonte, tan vivamente nos describes. Segundo motivo para matarle, aunque fuera inocente. Y si era culpable, triple motivo. La intercesión de Parisatis tuvo que ser muy poderosa, o en la corte debía haber un tercer partido, u otras fuerzas, además de las que encabezaban los dos hermanos, que impidieron a Artajerjes deshacerse de Ciro.

Ctesias no dijo ni que sí ni que no. Mi padre continuó:

— A mí no me cabe ninguna duda de que hay mucha más grandeza en la forma cómo Ciro acometió a Artajerjes que en cómo se defendió éste. En primer lugar, la intrepidez de su acción, pues ¿qué otro hombre se hubiera atrevido a levantar un pequeño ejército y conducirlo al interior del imperio contra el Rey? ¿Os acordáis cuánto le costó engañar primero, y luego convencer a los soldados para que siguieran adelante, porque todos éramos conscientes de que la inmensidad del país en el que nos internábamos sólo era comparable al poder del hombre que lo gobernaba? En cambio, Artajerjes, cuando llegamos a Babilonia y avistamos a sus fuerzas, retrocedió sin atreverse a luchar durante varios días. Había mandado excavar el Rey un foso de más de trescientos estadios de largo, cinco brazas de ancho y tres de hondo, para que no pasáramos, y cuando llegamos a él, en lugar de defenderlo, se retiró con su ejército sin darnos batalla. Al tercer día, sus generales lo persuadieron para que nos hiciera frente, porque Artajerjes todo lo fiaba en que le siguieran llegando más y más soldados, como si la proporción de diez a uno en que ya nos superaba no fuera suficiente. Al revés que Ciro, que nos tuvo que convencer a nosotros, Artajerjes fue persuadido por sus propios soldados para luchar.

»Recuerdo que la víspera del día en que esperábamos que se diera la batalla, todos los estrategos exhortaban a Ciro para que no se arriesgara personalmente, sino que se situara detrás de las filas de la falange durante la batalla. Pero él desdeñaba estos consejos. A Clearco, que le preguntaba esperanzado si su hermano desistiría de luchar por fin, pues pasaban los días y no nos hacía frente, Ciro le contestaba: *"Si algo tiene de mi sangre, no puede ser que me deje apoderarme del imperio sin lucha"*, pues sabiendo que ante él tenía el principal y único obstáculo para sus propósitos, el inconmensurable ejército de su hermano, no se ilusionaba vanamente en que se desvaneciera solo, sino que se animaba a afrontarlo cuanto antes para superarlo.

»Al día siguiente avanzamos desplegados todos, griegos y bárbaros, en orden de combate. A mitad de la jornada, tropezamos con el foso de Artajerjes y lo pasamos sin que nadie nos hiciera oposición, en contra de lo que esperábamos. Siguiendo hacia adelante, más allá del foso, vimos las huellas de muchísimos hombres y caballos. Era obvio que habían estado aguardándonos y que se retiraban.

»Al otro día marchamos con menos precauciones, y Artajerjes no apareció tampoco. Y al siguiente íbamos ya en completo desorden, con los escudos, las corazas y los yelmos sobre los carros y a lomos de las acémilas. Por todas partes se extendía una irreflexiva confianza en que no habría combate, y que Artajerjes cedería el Trono sin lucha, abandonado por sus soldados. Pero hacia media mañana, unos de los exploradores de Ciro, un persa llamado Pategias, vino cabalgando a rienda suelta, con el caballo empapado y gritando a todo el mundo, en griego y en bárbaro, que se acercaba el ejército del Rey en orden de batalla. Nos precipitamos sobre los bagajes para coger las armas, y luego, de vuelta a la carrera, hacia los lugares que los capitanes estaban marcando para formar las filas. Todos pensábamos que el enemigo se nos echaría encima sin estar preparados.

»Ciro saltó del carro en que viajaba, vistió la coraza, montó su caballo Pasaca y tomó en sus manos las dos jabalinas de cornejo, como si éstas fueran tan decisivas para el resultado de la lucha como las órdenes que daba, a la vez, a los demás, para que se armaran y ocuparan sus puestos.

»Tres días antes se había establecido el plan de batalla y Ciro no hizo más que confirmar a cada uno las instrucciones que ya tenía. Clearco ocupó el flanco derecho, apoyado en el Eúfrates, y con refuerzo de mil jinetes paflagones y peltastas griegos. Le seguía Próxeno, y con él estábamos todos los que ahora cenamos aquí, salvo Tólmides, que seguía a Clearco, y Soféneto, que con los suyos formaba más hacia el centro, entre los otros estrategos. El ala izquierda de los griegos la ocupaba Memnon, y junto a él estaba Ciro, al frente de su escuadrón persa y en el centro de todo el ejército, con los griegos a su diestra y los bárbaros, Arieo y el resto de las tropas, a su izquierda. Ciro llevaba la cabeza descubierta, pero todos los suyos vestían yelmo y coraza, y los caballos, los hermosos y fuertes caballos niseos, testeras y petrales.

»El ejército enemigo era tan numeroso que su centro nos rebasaba, quedaba fuera de nuestra vista. Lo que veíamos frente a nosotros era tan sólo el ala izquierda. Allí formaba Tisafernes al frente de sus jinetes de corazas blancas. Luego, infantes ligeros con escudos de mimbre, y a continuación los hoplitas egipcios, con grandes escudos de madera que llegaban hasta los pies. Delante de todos ellos iban los carros portadores de hoces, en número de doscientos, con los que querían desordenar nuestra formación, precipitándolos contra nosotros.

»Mientras el enemigo se aproximaba, Ciro recorría a caballo las formaciones por su frente. Le acompañaba Pigres, el intérprete, y cuatro más. Se acercó a Clearco, y le indicó a voces que condujera la falange contra el centro de los enemigos, donde estaba el Rey. *"Si vencemos allí, está todo hecho"*, le decía. Clearco, al ver que el centro que le señalaba quedaba fuera del ala izquierda del ejército griego, temía separarse del río y verse envuelto, pero no se atrevió a llevarle la contraria a Ciro, en público y en aquel momento, y le prometió que él se preocuparía de que todo fuera bien.

»El ejército del Rey avanzaba, pero nuestras propias filas seguían fijas en el terreno, sin poder maniobrar, esperando a que por detrás se fueran incorporando los soldados que todavía faltaban por llegar.

— Esa pretendida demora de tres días —preguntó Agesilao—, durante los cuales dices que Artajerjes no se atrevía a luchar, ¿no sería un truco? Hay veces que se simula que no se va a combatir, para atacar súbitamente cuando el enemigo está desorganizado.

— Si ese era el plan, ¿qué sentido tiene excavar un foso y no defenderlo? —replicó Jenofonte—. Además, el ejército del Rey era demasiado grande para moverlo con rapidez, y el terreno muy abierto para sorprender. De hecho, a pesar de nuestro descuido, nos dio tiempo.

— Jenofonte dice bien —contestó Ctesias—. Artajerjes se retiraba porque dudaba en presentar batalla, pero luego cambió de opinión. Fue el armenio Tiribazo el que lo convenció con el argumento de que, por más soldados que consiguiera reunir, no los podría hacer intervenir a todos en la lucha, porque los que ahora tenía le bastaban ya para rodear completamente al ejército de su hermano. Además, recibir más soldados sólo aumentaría los problemas que ya teníamos con las provisiones de comida y con el suministro de agua, y que aquellos tres días de marcha atrás no habían hecho más que agravar.

— Ciro —continuó Jenofonte—, mientras recorría todo el frente, a una cierta distancia de las filas, iba mirando alternativamente a los suyos y a los enemigos que se aproximaban, y que estaban ya tan cerca que se veía brillar el bronce y se distinguían las astas de las lanzas y las filas de soldados. Yo azucé mi caballo hasta Ciro y le pregunté si ordenaba alguna cosa. Me dijo que comunicara a todos que los sacrificios eran favorables. Mientras tanto, se oyó un rumor que recorría la formación de los griegos. Preguntó qué era aquello y le dije: *"La consigna, que llega por segunda vez"*. Se sorprendió de que alguien la hubiera dado y quiso saber cuál era ésta. *"Zeus salvador y Victoria"*. Ciro, después de oírla, me dijo: *"La acepto, y así sea. Zeus salvador y Victoria"*.

»Ciro regresó a su puesto. Ya no separaban a las dos falanges entre sí más de dos estadios. Los griegos entonamos el peán y avanzamos. Durante la marcha, las filas de la falange se desajustaban y los rezagados apretaban el paso para alinearse con los más adelantados de su línea. Algunos empezaron a correr. Los que venían detrás, como no sabían por qué se corría, entonaron el grito de guerra pensando que el choque era inminente, y por contagio todos, delante y detrás, corrieron y gritaron. Los que tenían enfrente los carros falcados, golpeaban además sus lanzas contra los escudos para asustar a los caballos. Pero los que huyeron primero fueron los hombres: antes de llegar a tiro de arco, los bárbaros se dieron la vuelta, y los carros que tanto habíamos temido, abandonados por sus conductores, eran arrastrados entre los mismos enemigos, aumentando su confusión. Y nosotros los perseguíamos con todo nuestro ímpetu, y las filas se desbarataban, y los capitanes y los soldados se gritaban entre ellos que se esperaran unos a otros y que no se rompiera el orden.

»A la vista de que los griegos se imponían en su lado, el séquito de Ciro lo saludaba ya como si fuera Rey. Pero ni siquiera en estas circunstancias él se dejó arrastrar a la persecución, sino que, manteniendo compacta la formación de seiscientos jinetes que encabezaba, se mantenía vigilante a lo que hiciera su hermano.

»Mientras tanto el Rey, que por estar en el centro de su ejército desbordaba el ala izquierda de Ciro, al no encontrar nadie que le hiciera frente, viró con sus tropas para envolver a los griegos. Ciro le sale al encuentro, y se lo impide. Montaba Ciro a Pasaca, un caballo niseo, de aliento sobrado pero duro

para el bocado. Cargando con sólo sus seiscientos, vence a las tropas alineadas delante del Rey, las mejores que tenía, que eran seis mil jinetes mandados por Artagerses. A éste, antiguo enemigo al que había sometido años antes, en la campaña contra los cadusios, lo mata Ciro de su misma mano. Artagerses fue el primero en lanzar su jabalina. La coraza de Ciro resiste el golpe. Cuando Artagerses vuelve grupas, Ciro le acierta con su lanza en el cuello. Allí murió el cadusio, sus jinetes huyeron y, persiguiéndolos, se dispersaron también los seiscientos hombres de Ciro. Sólo quedaron a su lado los "compañeros de mesa". Estando con éstos, ve al Rey y la columna que lo escoltaba. Al instante, sin poder contenerse, grita *"Veo al hombre"*, y se lanza contra él, seguido por los compañeros.

»Por tres veces se abalanzó Ciro sobre Artajerjes, por tres veces los que protegían al Rey le salvan la vida.

»Dos fieles acompañaban a Ciro a su derecha y a su izquierda, atentos sólo a que su señor no resultara herido por descuido: Artapates, gigante en fuerza y estatura, y Satifernes, no menos grande en agilidad y destreza. Los dos valerosos como leones, leales como perros.

»En el primer embate, cuando Ciro apuntaba a su hermano con la jabalina, un persa de la escolta de Artajerjes le atajó. Resonaron los petrales al chocar y el relincho de los caballos maltratados. Pasaca arrolla al persa interpuesto, y el tiro fallido hiere en el cuello a la montura de Artajerjes. No puede Ciro rematar a su hermano, embarazado por el choque, y escapó Artajerjes con el último aliento de su caballo.

»Vino Tiribazo en socorro del Rey, con montura de repuesto. Sin acabar de subir, y ya Ciro se le echa encima nuevamente, enrabietado por la ocasión malograda. Tiribazo trata de herir por el costado a Ciro, aprovechando que éste no tiene ojos más que para Artajerjes, pero su lanza tropieza con Satifernes. Allí murió el fiel servidor de Ciro, creyendo sin duda que su señor era victorioso. Porque Ciro, mientras tanto, se abalanzaba sobre su hermano y le traspasaba la coraza con la lanza. Cae Artajerjes del caballo, el asta clavada en su pecho, y el blanco de la túnica real delatando la sangre.

»Ciro podía haber salido de la refriega, protegido por la nube de polvo que, como espeso manto de un dios, le ocultaba a sus enemigos. Podía haber salido de allí, victorioso ya, dejando a su hermano herido y humillado, y a sus tropas derrotadas y desalentadas, más estaba en su ser rematar cualquier duda sobre su triunfo, y en su sino el perecer allí. Levantaban entre varios a Artajerjes, y trataban de hacerle montar de nuevo, y sacarle del peligro, cuando Ciro arremete por tercera vez, acompañado de Artapates. De entre la calígine asfixiante y cegadora asoma sobre ellos la negra, bestial estampa de Pasaca, echando espuma por la boca y fuego por los ojos, relinchando como corcel de Plutón, y su amo enfebrecido, la cabeza descubierta como ningún jinete en el campo, al aire los negros rizos, la negra barba, dos tizones por ojos. Y un venablo, que nadie sabe quien disparó, tuvo que ser el dios, le atraviesa las mejillas justamente en ese momento. Cae a tierra. Y allí traban pelea los acompañantes de ambos, cada uno en defensa de su señor. Los que seguían al Rey, para sacarle, pues aunque herido, estaba con vida, y los que seguían a Ciro, aunque muerto, para morir allí con él, como así hicieron. Artapates, el más leal de todos, un hombre tan grande de cuerpo como de ánimo, saltando de su caballo se precipitó sobre el cuerpo de Ciro, y junto a él fue recibiendo una herida detrás de otra, hasta que cayó de rodillas, debilitado. Uno, cogiéndole la cabeza por detrás, lo degolló encima de su señor como a un toro en el altar. Las hermosas vestiduras que vestía,

como el mejor de los más nobles persas, su collar de oro y los brazaletes que llevaba, todo quedó manchado de la sangre de Ciro y suya.

Terminó Jenofonte de hablar, emocionado. Grilo, junto a él, también lo estaba y los demás, por más que conocieran la historia, guardaron silencio como si fuera la primera vez que la escuchaban. Finalmente, Pitágoras dijo lo que todos pensaban:

— Brava forma de morir, como si un dios hubiera tenido envidia de su gloria y no le hubiera dejado disfrutar de ella en el mismo momento en que la alcanzaba. *Pues Apolo le salió al encuentro en la violenta batalla.*

— Fue valiente más allá de lo prudente. —dijo Isócrates— *Tres veces arremetió entonces, comparable al impetuoso Ares / Más cuando por cuarta vez ...* Como Patroclo, cuatro veces atacó Ciro, si contamos también su combate primero contra el cadusio.

— Si hubiera sido Rey —le contestó Agesilao—, quizás se hubiera contenido más. Pero se había visto despojado de su condición de Rey, y no podía aceptar vivir de otra manera.

Ctesias empezó, mirando un poco a Jenofonte y otro poco a los que acababan de hablar.

— Es hermosa la historia que has contado —dijo Ctesias—, pero en el campo de batalla las cosas son confusas, incluso para los mismos participantes. Cada bando suele contar según le ha ido, y los relatos discrepan incluso entre los que luchan en el mismo lado. Yo estuve todo el tiempo que duró la batalla junto al Rey, no vi allí morir a Ciro. Y después, hablando con muchos, averigüé que Ciro no pereció al enfrentarse a su hermano, sino después.

Se llevó la copa a los labios, y bebió un sorbo, lentamente.

— Como tú dices, Ciro y sus seiscientos, después de haber matado al cadusio Artagerses y puesto en fuga a los seis mil, se encaminó contra el Rey. El Rey, al verlo, no rehuyó enfrentarle, y también se dirigió contra él. Arieo, el jefe de la caballería paflagonia, se anticipó a Ciro y y acometió al Rey, pero no le hirió. A su vez, Artajerjes tiró su lanza contra Ciro, pero falló y dio muerte a Satifernes, como tú has dicho, aunque atribuyéndolo a Tiribazo. Entonces Ciro tira contra el Rey, la punta de su lanza le traspasa la coraza, y le hiere en el pecho, penetrando la punta dos dedos y haciéndole caer del caballo. Al notar esto, se desordenaron y huyeron casi todos los que tenía con él, y los pocos que quedamos a su lado, de los cuales uno era yo, lo levantamos y conseguimos llevarlo, al amparo de la noche que ya se iba haciendo, hasta una altura inmediata, donde respiró y yo le pude hacer una primera cura.

»Por lo que sé que otros me contaron, Ciro y los suyos, enardecidos, se habían dispersado acosando a los compañeros del Rey. Fuera por el ímpetu de su caballo Pasaca, o por el propio, pues ambos eran parejos, Ciro se alejó una gran distancia sobre el campo de batalla, rodeado de enemigos que lo desconocían y aislado de los suyos que lo buscaban. Pero él, engreído con la victoria y lleno de ardor y osadía, corría gritando *"¡Rendíos, miserables!"*. Los que entendían el persa, viéndole además la tiara sobre la cabeza, se imaginaban quién era y se le postraban. Aunque los combates habían cesado, se hacía ya de noche, y merodear por el campo de batalla, sólo, no era prudente.

»Algún mal paso de su caballo, o quizás su excesivo genio, hizo que se le cayera la tiara de la cabeza, no pudiendo recogerla del suelo por lo oscuro de la noche y para no dar ocasión a que los que le

rodeaban le pillaran desmontado. Poco después un muchacho persa llamado Mitrídates, no sabiendo quién era, le lanzó un dardo y le acertó debajo del ojo. En este detalle, así como en que no llevaba yelmo, coinciden lo que yo sé y lo que a ti te contaron. Manaba tanta sangre de la herida, que al poco cayó Ciro desmayado sobre el cuello del caballo, sin fuerzas casi para agarrarse a él.

»Unos eunucos suyos que toparon con él fueron a ayudarle, pero al ir a coger el caballo de las riendas, el animal rehusó al primero que vino por la derecha, y cuando otro por la izquierda trató también de cogerlas, se escapó desbocado, porque Ciro lo había enseñado para que no obedeciera a otro que no fuera él mismo. Perseguido por sus eunucos desmontados, el caballo acabó por tirar a Ciro al suelo. Los jaeces, caídos al suelo y bañados en sangre, los recogió más tarde un escudero de uno que, a su vez se los llevó a Artajerjes en prenda de su acción, como si él hubiera ayudado a matarlo. Mientras tanto, los que ayudaban a Ciro intentaban subirlo en otro caballo y salvarlo. Pero Ciro no podía montar. Tampoco podía andar por sí mismo y entonces determinaron cogerle por los brazos y, poco a poco, llevarlo así hasta el campamento. Aún se oía a los que aclamaban a Ciro como Rey, y Ciro, si todavía los oía, se sentiría ya, o todavía, Rey.

»En esto unos caunios, hombres de mala vida, miserables, que ni siquiera eran soldados y que por un jornal ridículo iban de trabantes en el ejército del Rey, y que ahora vagaban por el campo aplicados a despojar cadáveres, se encontraron, en la confusión de la noche, mezclados como amigos entre las gentes de Ciro. Pero vieron las sobrevestas purpúreas, cuando las que usan todos los del servicio del Rey son blancas, y conocieron que eran enemigos. Y sin conocerle, uno de ello, amparado en la oscuridad, se atrevió a atacar a Ciro por la espalda con un dardo. Ni siquiera le acertó en el cuerpo, sino que le hirió en la corva. Flaqueó entonces Ciro de ese pie, cayó de los brazos que lo sostenían y se golpeó con la sien herida sobre una piedra. Y con este último golpe, falleció.

Así concluyó Ctesias su relato. Isócrates y Agesilao, que nunca conocieron a Ciro, lo habían escuchado con atención. También Pitágoras, que apenas llegó a tratarlo. Pero entre los cireos, desde hacía rato, había signos de irritación y muestras de incredulidad. Teopompo ya no se contuvo:

— Esa forma de morir es tan miserable que ni siquiera es digna de ser contada. Si los dioses le negaron el otro triunfo, a pesar de que él hizo más méritos para conseguirlo que su hermano, los hombres no podemos ser tan injustos como para enterrar su fama.

Y todos, con su silencio, dieron la razón a Teopompo.

El simposio siguió aún por mucho rato, pero ya con un acuerdo tácito de todos para evitar cualquier tema que pudiera traer discordias entre atenienses y espartanos, entre persas y griegos, o entre cireos y servidores del hermano de Ciro. Pitágoras contó la verdadera historia de Epiaxa, la princesa cilicia amante de Ciro e infiel a su esposo Sienesis. Se habló de las concubinas de Ciro, de Milto, la focense, y de Aspasia, la milesia. Ctesias nos relató sus viajes llenos de mentiras por los confines de Persia que llaman India, y embobó a mi hermano describiendo para todos una especie de caballo que allí se cría, blanco y con un cuerno en la frente. Vinieron una flautista y un muchacho bailarines que mi padre había contratado en Olimpia para después de la cena, y danzaron. Y se habló de muchas cosas más de los que ni yo ni mi

hermano nos acordamos al día siguiente, cuando nos levantamos cansados, soñolientos y aturdidos por el poco vino que habíamos bebido y al que no estábamos acostumbrados.

La verdad sobre Ciro

Al día siguiente Ctesias encontró en Olimpia otro sitio y otros compañeros de mesa para cenar. Los espartanos le habían resultado demasiado ásperos y demasiado callados; los cireos, aunque personajes cuya fama los hacía dignos de ser conocidos, eran cosa del pasado, irrelevantes en el presente; y el ateniense Isócrates ya había dicho todo lo que tenía de interesante en su discurso, y él mismo, en realidad, no era nadie en su patria.

Fue un alivio para mi padre que marchara Ctesias. Se le hacía difícil cumplir con sus deberes de anfitrión después de haberse alegrado en lo íntimo por la respuesta de Teopompo. Y aún así, le había soliviantado tanto el relato que hizo Ctesias de la muerte de Ciro que meses después, y años después, nos volvía a contar, a Grilo y a mí, quién era Ciro, cómo fue su vida, la preparación que hizo para luchar contra su hermano, la resolución con que afrontó el encuentro decisivo, cómo cabalgaba a Pasaca en medio de la batalla y cómo, determinado a vencer a cualquier precio, cargó hasta tres veces sobre sus enemigos y resultó muerto cuando la punta de su lanza acariciaba el pecho de su hermano. Era tanta su insistencia en relatarnos la verdad sobre Ciro, que parecía que se peleaba contra el eco de las palabras de Ctesias devuelto por las paredes de nuestra casa.

Durante veinte años he sido el amanuense de las historias contadas por mi padre. Sé que respetaba la verdad. Pero la verdad no es la misma para todos. Mi padre nunca hubiera contado algo que le constara que no había ocurrido así.

Las mentiras de Ctesias, en cambio, eran mentiras de chiquillo. Excesos de tamaño, de distancia, de peso, de altura. O engrandecimientos de sí mismo, como que había estado donde ocurrió esto o lo otro. Pero en general no mentía sobre el fondo de lo que contaba, aunque él no hubiera sido testigo. Incluso en las cosas más increíbles que ha relatado, como ese caballo con un cuerno en la frente, hay un fondo de verdad, porque a otros he oído que existe un animal de envergadura semejante al caballo que tiene un cuerno, un solo cuerno, en la cabeza. Lo que dijo de Ciro, sin embargo, sólo contiene una exageración, y es la propia desmesura de Ciro. Y esta desmesura es la prueba de su veracidad, porque la confirman mi padre y todos cuantos lo trataron.

Y no es a mi padre a quien le niego el crédito, sino a otro. Porque, además de Ctesias, hay otro gran fabulador en la historia: el propio Ciro, constructor, para los demás, del relato de su vida. Como Clearco, como todos los que mandan hombres, tenía que envolverse en unos ropajes con los que fascinar a los que le seguían. Ciro eligió los más sugestivos para un soldado, para cualquier soldado, también los que más cuadraban a sus condiciones, o los que más ardientemente deseaba él para sí mismo: los ropajes del guerrero, que son el valor y la fuerza física. Cuando se enfrentó a la osa, lo hizo pensando en lo que se

diría después, y cuando, antes de la batalla, se cuidó de anunciar lo que iba a hacer, combatir el primero de todos, todos sabían que eso es lo que ocurriría. Una vez creada la leyenda, no importaba que los detalles de su muerte estuvieran confusos, o que ninguno de los que le acompañaban en los momentos postreros le hubiera sobrevivido como testigo, porque los que lo admiraban tenían ya todos los materiales para crear el relato, y querían creer en él a pies juntillas.

En cuanto a la otra versión de su muerte, la que daba Ctesias, habría que quitar de ella todo lo que fuera sospechoso de ser añadido por la megalomanía de su narrador. O por la enemistad de su hermano Artajerjes. Pero una vez depurado todo eso, aquel *"Rendíos, miserables!"* tan excesivo, y el final de Ciro, tan grotesco, me han parecido siempre, la primera vez que lo oí y todas las veces que he pensado en ello, más verídicos que lo que insistentemente nos contaba mi padre. Y lo que contaba mi padre, un embuste urdido por Ciro en vida. Un embuste urdido con la propia vida para representar ante el auditorio de un teatro, en busca de la gloria.

Los engañados fueron mi padre y sus camaradas. También ellos habían querido ser engañados. Sus sufrimientos en la Retirada les resultaban más soportables si pensaban que habían sido causados por seguir a alguien digno de admiración.

Pero mi hermano... ¿Qué ganaba mi hermano dejándose embaucar como ellos? Grilo cambió el nombre a su caballo por el de Pasaca, aunque el suyo en poco se asemejaba al aliento de fuego sobre el que cabalgaba Ciro, sino que era un animal tranquilo de carácter y seguro de andada, como siempre los ha preferido mi padre.

Jenofonte en persona se encargaba de adiestrarnos en la hípica. Yo no era mal alumno suyo, de sus enseñanzas razonables y útiles. Pero más allá de ellas, y con la complacencia de mi padre, Grilo practicaba por su cuenta todas las maniobras de guerra: el galope rapidísimo, la parada súbita y la media vuelta con arrancada. También el lanzamiento en marcha de la jabalina, y montar y desmontar de un salto. *"Como Artapates"*, decía mirando a mi padre, y pasaba una de sus piernas, ahora la derecha, luego la izquierda, por encima del cuello del animal en movimiento, para caer de pie en tierra con una sonrisa *"como Artapates"*, porque así contaba mi padre que había descabalgado el escudero de Ciro. Yo me estremecía pensando que en ese gesto acrobático, más propio de la exhibición que se hace en el desfile de fiestas, estaba la decisión de un hombre de no salvarse y perecer rodeado de enemigos. Por lealtad a otro.

Porque del relato de la muerte de Ciro que hacía mi padre, una cosa era cierta: ninguno de sus compañeros de mesa le sobrevivió.

Grilo ha muerto y yo le sobrevivo.

Los Héroes

Aquella tarde habíamos sido protagonistas en el estadio. Aquella noche por primera vez nos dejaron probar el vino y escuchar la conversación de los hombres. De hombres que para nosotros sólo quedaban apenas un peldaño por debajo de los Héroes.

Nuestra entrada en el mundo de los Héroes se había producido pocos años antes y fue siniestra. Un día fuimos transferidos a un nuevo maestro, un hombre de mediana edad con un extravagante acento que recordaba al laconio.

El nuevo maestro no se llamaba Tiresias. Algún tiempo después alguno —no fue Grilo ni fui yo— le puso ese nombre, y con él se quedó. Ninguno de nosotros sabía nada de lo que significa ese personaje como paradigma de clarividencia, pero teníamos ya para entonces una vívida imagen de la escena en la que Ulises interroga a los muertos, y a él singularmente, a Tiresias, el primero.

Flaco, huesudo. Una maraña de pelos negros entre los que emergían dos ojos desproporcionados. Su barbilla afilada apuntaba hacia arriba queriendo rozar su nariz ganchuda, sin apenas espacio para una boca pequeña de labios resecos, con postillas violáceas, en la que aún asomaban unos pocos y descomunales, desalmados, dientes amarillos. Aquella sombra del infierno imperaba entre nosotros sin los afectos y mimos a que estábamos acostumbrados, con gestos y palabras desabridas, y una vara de avellano que silbaba con demasiada frecuencia. Nos recibió cantando como las almas valerosas de los héroes eran precipitadas al Hades, y sus cuerpos pasto de perros y aves de rapiñas, por culpa de un hombre soberbio y rencoroso. Fue como si nos hubieran echado de nuestras casas, nos hubieran empujado a un mundo nuevo, y éste, como el Hades, fuera así: seco, hosco, lleno de envidia y cólera. Pudo elegir un pasaje mejor para su estreno como maestro con nosotros, como el encuentro entre Ulises y Nausicaa. Aunque, bien pensado, su boca, que apestaba más y más lejos que el aliento de un perro, hubieran desmerecido las palabras del más hospitalario de los sueños que puede tener un hombre: que una mujer te acoja cuando has naufragado y estás desnudo.

Aquella noche Jenofonte nos preguntó. El siracusano no era ni más sabio de conocimientos, ni más habilidoso en el manejo de los chavales que el anterior maestro, y sí mucho más caro para la comunidad, que además del sueldo le tenía que dar casa y comida. A su manera, hacía con nosotros el trabajo que le habían encargado. Y es lo que quería saber nuestro padre.

Grilo dijo que le parecía repugnante que los perros se comieran a los caídos, y Jenofonte le contestó:

— Por eso después de las batallas los soldados entierran a sus compañeros que han muerto. Al anochecer o al día siguiente verás que los que antes se combatían, se cruzan en silencio por el campo recogiendo a sus muertos para enterrarlos. El vencedor lo hace porque puede, y el vencido debe pedir permiso para hacerlo.

— ¿Por qué debe pedir permiso? ¿Qué más les da a los vencedores lo que hagan con sus muertos los vencidos?

— Es una forma de obligarles a reconocer su derrota. Muchas batallas son confusas, no se sabe claramente quién es el vencedor, y los dos bandos levantan un trofeo por victoria.

— Los dos bandos son los derrotados, ese es el resultado de todas las batallas —apostilló Polixena. Jenofonte continuó sin mirarla:

— El que puede recoger sus muertos sin pedir permiso es, sin duda, el vencedor.

— ¿Y si no se pide permiso y tampoco se entierra a los que han caído? —pregunté yo.

— Eso es más vergonzoso que reconocer la derrota. Cuando los supervivientes vuelvan a su ciudad, los familiares de los que han caído los insultarán, y los generales serán juzgados y condenados a muerte. Porque ningún padre, ninguna esposa, soportará que el cuerpo de su hijo o de su marido haya quedado insepulto, descuartizado y devorado por las alimañas, sólo porque su vecino fue tan diligente en salvar su vida que no se quedó ni un día más en el campo de batalla para molestarse en enterrarlo.

— Lo que no saben muchos padres y esposas —volvió a intervenir Polixena— es que a lo mejor su hijo o su marido quedó herido en el campo de batalla y luego llegaron los enterradores y lo remataron para no cargar con él más trecho del necesario teniéndole que llevar hasta los médicos del campamento.

Grilo y yo mirábamos a Jenofonte. Pero Jenofonte callaba. Polixena remató:

— O para despojarle de algún anillo o alguna cosa de valor que lleve en el bolsillo del escudo. Hay personas que son peores que los perros y las aves de rapiña.

— ¡Yo sé que Argos nunca haría eso! —toda la preocupación de mi hermano se reducía a eso, parece. Jenofonte y Polixena contuvieron la risa.

— Por supuesto, Grilo, Argos nunca haría eso. Hará otras cosas, como robar la comida de los dioses, pero eso nunca lo haría. Argos es mejor que las personas.

Y Jenofonte sujetaba a Grilo por los hombros mientras Polixena sonreía. Siendo Argos muy cachorro, se había infiltrado entre las piernas de los que asistían al sacrificio. Mi padre no advirtió su acecho en el momento de dejar en el suelo las partes para la Diosa, y cuando quisieron atraparlo y arrebatarle su botín, una jugosa ración de huesos envueltos en piel grasienta, no pudieron menos que enternecerse por la hábil torpeza de sus quiebros. Fuera de alcance, se le veía caminar, el cuello erguido, sosteniendo su presa y trofeo entre los dientes, el rabo enhiesto y las orejas tiesas de puro orgullo, buscando un lugar tranquilo donde dar cuenta del festín. Pero alguien observó en voz alta lo que de afrenta a la divinidad tenía aquello, y todos pensaron que a los pocos días el perrillo perecería con algún moquillo o fiebre súbita. Grilo, más que ninguno, padeció anticipadamente el castigo que la Diosa infligiría al cachorro. Pero como no fue así, los adultos concluyeron que Argos tenía la bendición de la Diosa.

Nunca tuvimos Grilo y yo las mismas pesadillas. En mi sueño de aquel día no aparecía ser viviente alguno, ni perro ni persona, sino las tinieblas de una noche sin luna sobre los campos de labor de Escilunte, llenos de bultos y quejidos, de sombras que intentaban levantarse y de sombras que iban de aquí para allá agachándose.

En los días que siguieron nos fuimos acostumbrando a la presencia espectral de Tiresias, y a la degollina diaria que nos proponía Homero. Había que trabajar duro para aprender de memoria tanto verso. Fuimos cogiendo mañas. Nos dimos cuenta en seguida de que Homero repetía y repetía frases, medios versos y versos enteros. ¡Claro! Él también tuvo que aprender de memoria sus propios versos.

De aquellas lecciones surgió en nosotros una curiosidad homérica por todas las formas de violencia. No es que nos fuera extraña la muerte de un ser vivo, pues quien más quien menos había visto desde pequeño al conejo colgado de las patas de atrás, y el golpe con el canto de la mano que lo desnuca, luego el cuchillo que lo sangra, limpia y despelleja, y finalmente la fina lezna que, introducida por el espinazo, guía el machete que lo va partiendo desde la cola hasta el cuello, limpiamente, en dos partes iguales, perfectamente simétricas. Por alguna razón el sufrimiento de unos animales estremece más que el de otros. Por eso asistíamos con suma atención a la matanza de un cochino, al sacrificio de un cordero o al de un toro tan grande como nuestra fascinación por la sangre, la violencia y la muerte. Atendíamos al momento en el que el sacrificador levantaba el cuello del animal y con un leve giro del cuchillo le abría el tajo en el cuello, para atisbar a la vez el fluir de la sangre a borbotones y la súbita lasitud que se apoderaba del animal. Y entonces Telémaco, hijo de Tólmides el heraldo, decía *"y el velo de la muerte le cubrió los ojos y las narices",* y los adultos sonreían, aprobando el trabajo de Tiresias.

También cambiaron nuestras diversiones. De unas pacíficas canicas, de un agitado escondite, lleno de alternativas, en el que podían participar hasta las niñas, los juegos fueron derivando hacia la competencia individual, hacia un quién corre más, quién llega más lejos y quién puede a quién. No sé si aquí estábamos influenciados por tanto y tan reiterado recitado sin fin a que nos obligada Tiresias, pero, aunque niños, podíamos ser tan crueles, si nos hubieran dejado, como los adultos nos decían que eran ellos mismos.

Yo no podía rehuir tales juegos, aunque me expusiera a que otro más fuerte que yo me golpeara: era el hermano de Grilo. Serlo me salvaba en gran medida, por el respeto que todos tenían a su atrevimiento y terquedad.

Una tarde Grilo y yo llegamos a casa tan cubiertos de sangre, con chichones en la cabeza y morradas en la cara, que por primera vez vi a Polixena perder los nervios. Ella nos limpió con un trapo empapado en agua, sal y vinagre, que escocía menos que sus lágrimas y reproches, que también, incomprensiblemente para nosotros, alcanzaron a nuestro padre cuando llegó y nos encontró. Jenofonte, como castigo, nos hizo contar sucesivamente a uno y a otro todo lo que había ocurrido, hasta que consiguió hacernos sentir el ridículo de aquellos hechos relatados entre cataplasmas, lloros y su seriedad interrogadora.

Los cireos habíamos asaltado la acrópolis de los esciluntios, con tan mala suerte que los nuestros se quedaron rezagados, y mi hermano y yo nos encontramos solos, en medio de los enemigos. Los que

durante la mañana eran nuestros compañeros de clase, se habían transformado a la tarde en enemigos mortales, y nos dieron con todo, con piedras, con puños, patadas, escupitajos, insultos, una tunda de las buenas, que no hubiera sido tanto, o nada, si mi hermano no se hubiera empeñado en no bajarse de la posición y en devolver tantos golpes como podía.

Chiquilladas como ésas las hay en todos los pueblos y todos los días. En Corinto cuando quiera los veo sobre un montón de tierra que hace de castillo, enganchados en la más encarnizada de las batallas. Imitan a los adultos. Y los adultos, ¿qué otra cosa les enseñan sino un Homero, hermoso sí, pero que está muy lejos todavía del entendimiento de los niños, y aún del de los hombres?

Mi padre temía que aquella niñería distanciara un poco más las dos comunidades que formaban el pueblo de Escilunte, porque suponía que los que nos habían atizado no habrían quedado mucho mejor. Grilo recompuso al día siguiente las relaciones con todas las partes. Castigó a los que nos habían abandonado en el asalto final, con la indiferencia de no mentarles lo sucedido, y en cuanto al bando rival, me asombró su capacidad de cordialidad visto lo mal que habíamos salido. Al más reacio a volver a entenderse con nosotros, un pelirrojo pequeño y nervioso, lo rindió Grilo susurrándole por detrás un hexámetro que se le atascaba en su turno de recitado. Así era Grilo, capaz de conquistar al asalto todas las fortalezas y corazones.

Era difícil lo que pretendía mi padre, que el pueblo de Escilunte no se dividiera en dos bandos. Los cireos habían llegado allí impuestos por una fuerza exterior, y sometían a los esciluntios al pago de una renta. Aunque las haciendas ocupadas por los cireos fueran las que habían sido abandonadas por los expulsados, y aunque los expulsados eran los que cobraban antes esas mismas rentas, e incluso más, aunque los más ricos entre los esciluntios pudieran codearse con los cireos por el tamaño de sus casas, el volumen de sus cosechas y el número de sus rebaños, unos y otros se sentían diferentes, y entre los cireos, además, se sentía esa diferencia con orgullo. Los esciluntios no tenían, como nosotros, un relato heroico. Si un hombre es, para él y para los demás, lo que se cuenta a sí mismo y de sí mismo que ha hecho y que le ha ocurrido, un pueblo necesita un mito, una leyenda, una historia de su fundación. Los cireos tenían ambas cosas, la memoria personal y la colectiva, amalgamadas en una sola.

Y así como nuestros juegos infantiles reflejaban, con simpleza pueril, el mundo homérico de la escuela de los adultos, también los hijos de los cireos representábamos las peripecias de las que habían sido protagonistas nuestros padres. Sardes, Tarso, Cunaxa, Trapezunte, Bizancio…, eran para nosotros una geografía lejana y familiar que revivíamos a nuestro antojo en las tardes dormidas del verano, cuando los adultos se recogían en la penumbra de las casas y nosotros los niños nos sentábamos en corro junto a la frescura del arroyo. Echados a la sombra de un perfumado ciprés, de una encina retorcida y nudosa, nuestros sueños caminaban sobre arenas ardientes, ásperas montañas, anchas amplias inmensas llanuras nevadas, en las que nuestros padres no tenían tiempo más que para combatir hoy a un enemigo distinto del de ayer y cuyo nombre apenas casi se podía verter a la lengua griega.

Cada uno de nosotros desplegaba su maña en los pasajes que más le atraían. Telémaco, por ser hijo de Tólmides, el que fuera heraldo, era el que mejor entonaba los parlamentos y no dudaba en arengarnos como Ciro: *"Griegos, no os llevo como aliados por no tener hombres bárbaros, sino porque creo que*

sois mejores y más valerosos que ellos". Ni en prometernos las recompensas del triunfador: *"El imperio de mis padres, amigos, se extiende hacia Mediodía, hasta donde los hombres no pueden habitar debido al calor; y por el Septentrión, hasta donde no pueden vivir por causa del frío. Todos los territorios que se hallan entre estos límites los gobiernan, como sátrapas, los amigos de mi hermano. Si vencemos, debo hacer a mis amigos dueños de estos territorios. De manera que no temo no tener qué dar a cada uno de vosotros si las cosas salen bien, sino el no tener amigos suficientes a quienes dar."* Pero Ciro murió, y entonces Telémaco hablaba como Próxeno al borde del campamento ante la comitiva del Rey: *"Yo, Falino, me pregunto con sorpresa si el Rey pide las armas como vencedor o como prueba de amistad. Si es vencedor, ¿por qué es preciso que él las pida y no viene a cogerlas? Y si quiere obtenerlas convenciéndonos amistosamente, que diga qué recompensa tendrán los soldados si acceden a esto"*. Y con voz de falsete le respondía Falino, el griego que brujuleaba entre los persas: *"El Rey se considera vencedor, porque ha dado muerte a Ciro. Pues, ¿quién hay que le dispute el poder? Además, considera que vosotros le pertenecéis, porque os tiene en el corazón de su propio país y entre ríos no vadeables, y puede lanzar contra vosotros una multitud tal de hombres que, aunque se os presentara la ocasión, no seríais capaces de matarlos"*. Y entonces le respondía Teopompo, nuestro vecino: *"Falino, ahora, como ves, nosotros ningún otro bien tenemos a no ser las armas y el valor. Por consiguiente, teniendo armas creemos que podríamos hacer uso también del valor, pero si las entregamos podríamos perder, además, la vida. No creáis, por tanto, que los únicos bienes que tenemos os los entregaremos, sino que, con éstos y para conseguir los vuestros, lucharemos"*. Teopompo, Teopompo, ¿cómo nosotros no habíamos de estremecernos al oír tu voz llamándonos para reprendernos por coger las nueces que eran tuyas, o para encomendarnos la misión importante de llevar tal o cual presente tuyo a uno de tus vecinos, si esa voz era la misma que tales palabras había dicho al enviado del Rey? Pero nada desataba tanto nuestras lágrimas como el lamento de Cleanor el orcomenio, quien hace tiempo que ya no vivía, pero cuyas palabras había guardado para nosotros el padre de Telémaco, Tólmides el heraldo: *"¡Oh Arieo, el más cobarde de los hombres, y todos los demás que erais amigos de Ciro, ¿no sentís vergüenza ante los dioses de que, después de habernos jurado que tendríamos los mismos amigos y enemigos, nos traicionáis, con Tisafernes, el más impío y malvado de los hombres, y después de haber dado muerte a los mismos con quienes habíais hecho los juramentos y de habernos hecho traición, venís contra nosotros con nuestros enemigos?"* Y entonces Telémaco se ponía de pie entre nosotros y nos hablaba como si fuera Jenofonte: *"Todos estos soldados os miran y, si os ven desanimados, todos serán cobardes. Pero si vosotros os preparáis claramente para atacar a los enemigos y animáis a los demás, sabed bien que os seguirán e intentarán imitaros. Tenéis el deber de destacar sobre ellos. Pues vosotros sois estrategos; vosotros, taxiarcos y capitanes. En la paz, vosotros cobrabais mayores soldadas y recibíais honores y privilegios. Cuando hay guerra, es preciso que consideréis un mérito ser más valientes que la masa, ser los primeros en deliberar y en esforzaros por ellos, si fuera preciso."* ¿No éramos nosotros los hijos de esos capitanes a los que arengaba mi padre? ¿No éramos nosotros los hijos de Jenofonte? *"Sabéis también que ni el número ni la fuerza es lo que da las victorias en la guerra, sino que quienes, con ayuda de los dioses, se lanzan con ánimo más resuelto contra los enemigos, éstos no encuentran adversario que resista. Y yo en*

particular, compañeros, estoy convencido de que los que en la guerra buscan por todos los medios conservar las vidas, ésos por lo general mueren cobarde y vergonzosamente, mientras que quienes han comprendido que la muerte es común e ineludible para los hombres y luchan para morir con honor, veo que ésos llegan frecuentemente a la vejez y, mientras viven, son más felices. Es preciso también que nosotros, habiendo aprendido esta lección, seamos valientes y animemos a los demás a serlo". Y así nos animábamos los unos a los otros, escuchando a Telémaco declamar los parlamentos de los héroes nuestros padres, que como valientes que habían sido se aprestaban a entrar, felices, en la bien ganada vejez.

Mi hermano, en cambio, era insustituible para referir las estratagemas y las batallas, y nos tenía en vilo cuando contaba como Ciro arremetía una y otra vez con su escuadrón contra la escolta del Rey, y a cada embate morían muchos de uno y otro lado, y Artajerjes quería retirarse, pero Ciro volvía atrás a reunir a los suyos y de nuevo se le echaba encima con la punta de la lanza y el ancho pecho de los caballos por delante. Si era necesario nos diría, con prolijo detalle, dónde estaba cada uno al empezar la batalla, o qué pueblos y naciones, y cuáles sus jefes, habían formado para Ciro delante de Epiaxa, la princesa cilicia, en la revista de Tirieo, poco después de que se reuniera todo el ejército en Celenas. Y enumeraría para nosotros los carros portadores de hoces, de seis y de ocho caballos, en cuyas ruedas tres pares de cuchillas, a falta de carne y de sangre, sajaban los rayos del sol en su vertiginoso girar. Resoplaban furiosos los animales, enseñando los dientes, al desfilar, y movían la cabeza hacia el lado donde formaban los griegos, como si ya anticiparan en ellos, ahora amigos, a sus enemigos de siempre, y quisieran morderlos. Después de los infantes que, golpeando el escudo con la lanza y atronando, corrían tras Mitrídates, pues su jefe iba montado, traía Grilo ante nosotros a la caballería paflagonia mandada por Arieo y por Glus, en filas de a ocho y a un compás monótono y calmo, y luego a Procles de Teutrania y a Gaulites de Samos, al frente de los infantes de Dardania y la Eólide, frigios y misios, de lanzas largas y espadas como los griegos, que aunque caminan formados en falange, no marcan el paso, ni igualan en firmeza a los griegos a la hora de sostener el choque mortal, porque no visten bronce, sino escudos de madera, yelmos de cuero y petos de lino. Reíamos con los jinetes carios de Megafernes, de yelmos empenachados como gallos, y cuyas monturas zarandean un vistoso copete en la testuz, al tiempo que enderezan el cuello, levantan las manos, piafan y agitan la cola, compitiendo en arrogancia y fanfarronería con sus jinetes. Y finalmente, una vez que hubo pasado la multitud de honderos aspendios, con su honda arrollada a la cabeza, de los innumerables licios, lanzadores de jabalina, y de los arqueros panfilios, que llevan flechas de tres codos en el carcaj de la espalda, nos sobrecogería la aparición de un hombre solo, alto como una torre, sobre un caballo azabache, tan desmesurado como nuestra imaginación. Era Artapates, el más fiel de los portacetros, al frente de los seiscientos jinetes de Ciro, coraza de bronce ajustada al cuerpo, gola hasta la nariz y el arranque del yelmo; mano izquierda completamente tapada con guantelete, avambrazo, codal y brafonera; la derecha suelta para arrojar la jabalina y golpear con el sable, y protegida con golete de cuero en la sobaquera, y canilleras ajustadas en el brazo y antebrazo. Ningún caballo que llevara peto y testuz de bronce, y quijotes de cuero, hubiera podido con su jinete y su armadura, de no ser aquellos, los niseos, los más grandes, los más fuertes, los más veloces que se conocen. Su paso rotundo y poderoso llenaba a Ciro de orgullo y confianza.

Pero más que en ellos, era en los griegos donde tenía Ciro puestas sus esperanzas de victoria. Y desde su carro de guerra, recorría todo el frente de la falange, empezando por Clearco, el primero a la izquierda, donde se colocan los jefes, y junto a él Tólmides el heraldo y Silano de Macisto, trompetero, pues Ciro había dispuesto que, por ese día, Clearco diera las voces de mando para todos los griegos. Allí seguía Grilo nombrando para nosotros a Jenias de Parrasia, a Próxeno de Beocia, a Soféneto de Estínfalo, a Sócrates de Acaya, a Pasión de Megara, a Sosis de Siracusa, a Agias de Arcadia y a Memnon de Tesalia, todos estrategos, todos capaces de disputar con Clearco por el mando supremo. Y Grilo sabía de memoria los nombres de sus capitanes, de Timasión de Dardania, Cleónimo de Laconia y Eurímaco de Dardania, de Epistenes de Anfipolis y Estratocles de Creta, de Euriloco de Lusio, de Eneas de Estinfalia, de Basias y Aristas, de Arcadia, de Frinisco de Acaya, de Esmicres, arcadio, y de Licón de Acaya, Calímaco de Parrasia, Pirrias de Arcadia y Cleanor de Orcomeno, y de tantos, tantos y tantos más. Porque eran muchos los capitanes e innumerables los soldados. Trece mil las lanzas levantadas, sin contar los peltastas dólopes, enianios y olintios de Memnon, ni los arqueros cretenses, honderos rodios y peltastas tracios que seguían a Clearco de Laconia. Trece mil, apoyados en el suelo, eran los escudos de bronce, con emblemas de todas las partes de la Hélade. Allí los vió Ciro. Vio cabezas colmilludas de jabalí, y le dijeron que eran arcadios de Orcómeno, Parrasia y Metidrio, que acometen al enemigo con semejante vigor; vio cabezas de grifo, de los que venían de Estinfalia y Licosura, terribles en la guerra; cabezas de león, cuyo valor igualan los de Basas, Tegea y Mantinea; mazas de Herakles, como es usual entre los beocios, que seguían a Próxeno, pero sus atenienses pintaban horribles gorgonas en sus escudos, como bien han conocido desde siempre los persas; y los de Sócrates de Acaya y Filóxeno de Pelene, cabezas de carnero, por su empuje en el othismos; con hermoso detalle, los sicilianos que seguían a Sosis de Siracusa habían perfilado sobre sus escudos oblongos un grifo de aspecto atroz, que era hembra porque amamantaba a su cría; y los que seguían a Agias de Arcadia y tenían por capitanes a Samolao de Acaya, Aristónimo de Metidrio y Teógenes de Lócride, agitaban un gallo, pero en el escudo de Agias, el más hermoso de todos, el gallo campaba entre dos leones enfrentados; finalmente vio Ciro las cabezas equinas de los tesaliotas de Memnon, que eran los últimos por la derecha. También a él lo distinguía Ciro sobre los demás, porque este lugar es, después del izquierdo, el que le sigue en honor. Todo lo vio Ciro, las capas rojas, las grebas y corazas de bronce, los yelmos de enhiesta y tremolante cimera, y su aspecto pasmaba incluso a un hombre habituado a las armas como él. Pero quiso Ciro todavía más, que la princesa Epiaxa contemplara la ola de bronce, el mar de lanzas encrespado, y colocándose con ella delante, en el centro de la falange, dio orden de que avanzara. Tocó Silano el primer toque, y los escudos se embrazaron con estrépito y las lanzas se pusieron por delante. Dio la trompeta el segundo, y toda la falange empezó a avanzar. Gemía la tierra, trepidaba el aire con el entrechocar de los escudos y las grebas, y un fragor de hombres en armas se extendía por la llanura, tal que enemigo alguno podía ni pudo nunca resistir. Y entonces ocurrió algo que dio risa y miedo a la vez, que algunos alargaron el paso, queriendo llegar cuanto antes a sus tiendas en el campamento, que veían a lo lejos frente a ellos. Lo demás lo hizo la costumbre y disciplina de mantener la línea de las armas, que convirtió la marcha apresurada en carrerilla y ésta, como en un hoplitódromo, en carrera con armas. Y entonces brotó el grito de bronce de trece mil gargantas y los que estaban con Ciro, la princesa en su carro

y sus acompañantes de a pie y de a caballo, echaron a correr, aterrorizados. Y entre risas llegaron los griegos a la sombra de sus tiendas y riendo nos contaba Grilo el desfile de Celenas a la sombra del perfumado ciprés, de la encina añosa y retorcida.

Peneo, el hijo de Teopompo, nos encandilaba inventándose el lenguaje de los mosinecos, disfrazándose con el atuendo de los cálibes y los taocos, y bailando las danzas de guerra tracias, la danza pérsica y la pírrica, todas ellas aprendidas de su madre, que había sido bailarina de joven, y había seguido a su padre desde Cunaxa a Trapezunte, desde Sinope a Heraclea, a Bizancio, a Efeso y Mileto, y por fin a Escilunte. Ella le acompañaba con una flauta de caña y un palo repicando sobre un madero, mientras él golpeaba escudo contra escudo, doblando las rodillas y aupándose entre saltos y piruetas. O bien nosotros, hombro con hombro y entonando el sagrado peán, seguíamos adelante y atrás el ritmo guerrero de la danza mantinea que su rústico pífano marcaba.

Por mi parte, siempre me ha atraído saber por qué los hombres hacen las cosas que hacen, pero no era yo capaz de contar, todavía, cómo germinó la traición desde un ambiente de intriga soterrada y mutua sospecha, ni cómo nació de una vez un ejército en una noche de desaliento y oscuridad.

El pedónomo

Habíamos acompañado a Jenofonte en uno de sus viajes a Esparta, como tantas otras veces. Nos habíamos hospedado, como siempre, en casa de Agesilao, pero esta vez la estancia no se prolongó por días y días. Al segundo por la mañana, Jenofonte nos llevó ante el pedónomo, nos ordenó obedecerle en todo y se marchó de vuelta a Escilunte, dejándonos allí.

Ni en la soledad de nuestros sueños separados, ni en las fantasías tejidas en común, Grilo y yo imaginábamos que nos convertiríamos en dos de aquellos muchachos descalzos y rapados que deambulaban siempre en grupos, siempre taciturnos, y que tanto nos llamaban la atención cada vez que visitábamos Esparta.

Terminaba con eso, definitivamente, nuestra niñez y comenzaba lo que poco antes, entre nuestros ilustres invitados y la fanfarria olímpica, prometía ser un viaje embriagador al esplendor de la virilidad, pero que empezaba, en realidad, con nosotros caminando descalzos delante del pedónomo, conducidos como bueyes con una vara de avellano que chasqueaba en el suelo si no humillábamos la cabeza lo suficiente, si osábamos desviar la mirada a los lados, o si, por un momento siquiera, sacábamos las manos del manto. Antes nos había apercibido con tono áspero, muy diferente del sosiego que había mostrado delante de nuestro padre, de ésas y otras insolencias de las que deberíamos abstenernos, y muy en particular que no deberíamos hablar sin ser preguntados, y de que, si queríamos decir algo, deberíamos pedir permiso a él o al irene encargado de nuestra barraca. Nos conducía a ella desde la tienda del barbero en la que nos habían rapado el pelo y entregado, en trueque y malbarato por nuestras ropas y calzado, un solo y burdo manto de lana que nos volvía iguales en traza y tristura a los muchachos de nuestra edad que enterraban sus sueños y alegrías en aquel cobertizo.

Habíamos salido de nuestra casa como dos pequeños Hércules, confiados en nuestras fuerzas para sufrir los trabajos por los que es famosa la juventud espartana, sin esperar lo que ocurrió, que las letrinas olieran allí peor que en Escilunte, porque estaban envueltas en el más pestilente hedor del resentimiento, ni que los capazos de mierda que entre dos levantábamos para voltear en el carro, pesaran más allí porque el otro muchacho tiraba a destiempo para salpicarte con su legamoso contenido. Nadie vino a decirnos su nombre para saber el nuestro. Nuestras preguntas no tuvieron más respuesta que gestos y palabras cortadas. Todo era igual, hosco y desabrido, y más que carecer de mantas y tener que echarnos en el duro suelo y cubrirnos con aquellas ramas, nos desalentaba el estar rodeados por aquellos cuerpos sin alma. Nos acurrucábamos el uno contra el otro, y con el calor que mutuamente nos dábamos aprendimos cada uno, desde entonces en adelante y ya para siempre, a saber sin hablar lo que le faltaba al otro. Nos acordábamos

de nuestra casa, y sólo nos resignaba pensar que nuestro padre consideraba conveniente que estuviéramos allí.

Como el calendario de Hesíodo para los labradores, cada pocos meses éramos reclamados para volver a Escilunte por unos días, para la siembra, para la siega, para la labranza. Volvíamos con gusto para oír nuevamente ladrar a nuestros perros, silbar a los pastores, relinchar a los caballos, a Polixena renegar de los criados, cantar y declamar a Peneo y a Telémaco, sermonear a Teopompo, o simplemente para sentir debajo de la piel todos los minúsculos sonidos de que se compone el silencio de la aldea. Nada se nos hacía empujar el arado o agacharnos tras la hoz cuanto hiciera falta, y solo lamentábamos que la tarea se acabara tan pronto y hubiera que volver a Esparta sin tiempo para salir un día, un sólo día, de caza.

Entonces Grilo y yo caímos en la cuenta, comparando las voces amables de nuestra gente con la del adusto pedónomo espartano que nos esperaba a la vuelta, que habíamos dejado ya de estar bajo la protección de Artemisa, y que debíamos pedirle a nuestro padre que nos dijera a qué divinidad debíamos encomendarnos ahora que volvíamos a Esparta. Jenofonte escuchó asombrado el relato, patente muestra del favor divino ausente, que Grilo hizo de peleas y golpes, de burlas, zancadillas y codazos, cómo éramos denostados por nuestro acento que ellos decían ateniense, cómo los irritaba que fuéramos gemelos, y cómo, si cedíamos en la carrera o en la lucha, nos despreciaban, pero nos odiaban más aún si les ganábamos. Y como Jenofonte me miraba a mí, y yo le asentía humillando la cabeza, pensó mi padre que efectivamente teníamos razón, que éramos ya mayores para que Artemisa cuidara de nosotros, y que habría que consultar a qué dios debíamos encomendar nuestros pasos entre aquellos espartanos que se nos presentaban a nosotros, niños, no como hombres, sino como lobos.

Vino al día siguiente, después de sacrificar, diciendo que había entendido por qué nos ocurría todo aquello, pues los espartanos veían en nosotros, gemelos que se figuraban con acento de Atenas, cuando era mezcla de trifilio y ático y eleata y hasta arcadio y milesio, a rivales de sus dioses patrios los Dióscuros. A éstos, nos dijo, debíamos de respetar y venerar en las ofrendas y sacrificios a que asistiéramos allí, en Esparta, pues no sería piadoso ofender al que te acoge en su tierra y en su casa, pero, por encima de ellos, debíamos apelar al padre común de todos los mortales e inmortales, a Zeus Rey, que era, además, señor de Olimpia y de Escilunte, padre de los Dióscuros, pero también de todos los gemelos. Debíamos, en todo caso, fuera pelea franca o golpe artero, desaprobar abiertamente con palabras lo que fuera injusto, sin excedernos en el vituperio a nuestros enemigos, pero reclamándoles firmemente para que se condujeran con la equidad que exigen los dioses, y muy particularmente Zeus Rey, y al mismo tiempo ser valientes y decididos, no importa a quién o a cuántos tuviéramos que enfrentar, fueran mayores en edad que nosotros, o más numerosos, pues pronto se abstendrían de atacarnos si veían que los dióscuros, los gemelos atenienses, estábamos siempre dispuestos a luchar. Del pedónomo no dijo nada, como dando por supuesto que siempre obraría rectamente.

Y así fue que de allí en adelante el pedónomo procedió con justicia con nosotros, que nuestros compañeros aprendieron nuestros nombres y nos dijeron los suyos, y todo fue mejor. Los duros trabajos solo fueron ya para nosotros eso mismo: esfuerzo y sudor, carne encallecida y hambre y sed, seguidos del descanso sencillo, pero anhelado, la comida sobria, pero ansiada, las despreocupadas conversaciones y el

sueño profundo. Tanto como en nuestra añorada Escilunte, llegamos a apreciar allí también el viento frío del norte entre las colinas de encinas soleadas, la nieve en el Taigeto reverberando al sol del invierno, las brumas en los marjales del Eurotas, y luego la primavera florida, las fiestas del verano, las que siguen a la cosecha, las jacintias, las gimnopedias. Las gimnopedias.

Los mozos avanzábamos en falange de limpias mejillas, varonil, contra las que, encumbrando las rodillas, irguiendo hacia nosotros la cara arrebolada, desafiaban nuestro embate por escaso y primerizo, saltando atrás en el último momento. Detenida sobre el paso del pie izquierdo, que ya quería rozar el cuerpo femenino, nuestra fila desandaba lo ganado para abrir el escenario a un nuevo arrimo envolvente y rutilante, de ellas, eternamente triunfadoras. Pivotaban mutuamente los dos semicoros, y en los rostros compuestos hacia el frente, giraban las pupilas para mirarse y gozar, por el costado abierto de la túnica, de los recios muslos, firmes nalgas, de tan enérgico pisar, palpitantes, de tanto subir, subir y bajar. Las chanzas de los hombres, las risotadas de las mujeres, tasaban los firmes indicios, los notorios miembros entesados, prominentes, tras la tela blanca que los cuerpos ceñía, al compás musical, y los desceñía. Y chispeaban los ojos de ellas, las de pechos esbozados, de mínimas caderas, de labios ya humedecidos por incipiente lascivia.

Enlazados por los codos, por detrás de la cintura, por encima de los hombros, las dos ristras se movían como olas de dos mares encrespados, como mar y batiente acantilado. Mudaba el ritmo para mandar ser un solo coro, de filas barajadas, de muchachos y muchachas cogidos de la mano. Daba entonces el pífano la nota al vaivén de las zagalas, batía el tambor el salto enérgico del mozo, y giraba el círculo estrechando sus extremos, donde una muchacha quedaba aprisionada, admirada de ver a sus dos lados idéntico semblante, mismo gesto y apostura de nosotros dos, los atenienses gemelos.

La muchacha fantaseaba con su amiga del alma, de ser ellas dos una, para nosotros uno y dos, cuando en los cañaverales del río se producía la cita y doble encuentro. Grilo y yo alentábamos ese juego, no diciendo ni negando nuestro nombre, ni la posibilidad de que pudiéramos el uno ser el otro, retándolas a que eligiera cada una con quién, por caricias y besos, tratarían de descubrir si era Grilo o Diodoro era. Le diría luego la una a la otra que ni con la espalda ni el trasero había mancillado la hierba, levitando entre los brazos poderosos de uno de ellos; que sus dedos eran garras desjarretando nalgas, amasando pechos; su boca, la de un oso furioso yugulando cuellos, sorbiendo lenguas, devorando belfos, mientras su verga de toro ahondaba las entrañas y la inundaba por dentro con lluvia de oro. ¿Y el otro? El otro era calma y pregunta, labios susurrantes y dedos temblorosos. El otro era Diodoro.

Nuestras danzas mudaron al tiempo que en nuestras mejillas apuntaba la barba. Ya no bailábamos descalzos, sino llagados por cintas y correas, y en lugar de saltar y quebrar graciosamente el paso, aporreábamos la tierra con suelas claveteadas abrumados de tanto cuero, pesado bronce e implacable hierro. Al son, no ya del pífano festivo, sino de flauta militar, cambiamos los cantos perfumados con guirnaldas por otros que olían a macho y a polvo amasado con sudor, y que, al rústico compás de nuestros trancos, pedían abrid bien las piernas, clavad en el suelo los pies, apretando los dientes tras del escudo panzón. Y en lugar de entrelazar brazos, manos o codos, pedía la canción juntar a tocar penacho y penacho, casco con casco, para, empuñando la lanza, al enemigo atacar. Callábamos nosotros, y era la voz

imperiosa del enomotarco la que ordenaba duplicar y triplicar a la carrera, volver sobre el frente, sobre la lanza rotar.

Habíamos llegado al final de toda la educación que se nos daba. Entonces llegó el momento de volver a Escilunte definitivamente, donde Polixena, para que olvidáramos a Tirteo, nos cantó sin que supiera Jenofonte unos versos de Arquíloco sobre un tracio que, ufano, se llevaba mi escudo. *Si yo me salvé, ¿qué me importa a mí aquel escudo? Otro compraré que no será peor.*

Leuctra

Sólo el que ha sostenido con su brazo el peso del miedo sabe lo que vale el escudo. Pero esto no lo comprendí bien hasta que no tomé parte en una batalla, muchos años más tarde.

Mi padre sólo les reprochaba a los espartanos el poco aprecio que tenían a la caballería. A Grilo, tanto como eso le molestaba también que entre los espartanos se promoviera la competencia por ser mejor, pero se castigara al vencedor como si no tuviera derecho a estar satisfecho de su triunfo, obligándole a humillarse ante sus compañeros de mesa, ante los que no puede hacer alarde de su victoria y sí, en cambio, debe mostrarse servil y modesto. Más que dar coronas a los primeros, los espartanos prefieren azotar a los que llegan últimos, como si pensaran que la gloria individual pone en peligro a la comunidad tanto como la cobardía o la debilidad. Su forma de vivir obliga a todos a hacer todas las cosas de su vida siempre en grupo, y al grupo, a aceptar sin rechistar la voluntad del que manda, sea magistrado, irene o taxiarco. Vivir así entristece. A los espartanos se les admira desde lejos. Pero todos los que se ven obligados a vivir entre ellos y como ellos, acaban aborreciéndolos.

Nosotros, una vez vueltos a Escilunte, no acabamos de librarnos de ellos. En cuanto creció nuestra generación, la de los hijos de los cireos, Esparta nos reclamó para su ejército. Como no se atreven a armar con la panoplia completa a los ilotas que cultivan sus campos, y sólo los llevan con ellos en calidad de escuderos o como auxiliares, tienen que completar su ejército con mercenarios, con contingentes de las ciudades aliadas y con el reclutamiento de "nuevos pobladores", que es como denominan a los hombres libres como nosotros que ellos han asentado en las comarcas del Peloponeso.

El primer año que llamaron pidieron cuatro auxiliares y cuatro hoplitas. Mi padre decidió quienes irían. Con lanza y escudo, Grilo y tres cireos más. Como peltastas, cuatro esciluntios. Mi padre le permitió a Grilo llevar el caballo, aunque no lo pedían, pensando que si se presentaba con él, quizás lo enrolarían en la caballería. Y si no, lo dejaría en Esparta hasta que volviera. Yo quedé en Escilunte. Nos separó, a pesar del consejo que le dieron en el banquete después de que corrimos por separado, Grilo el estadio y yo el dólico.

Mi padre quiso que siempre hubiera uno de sus hijos en campaña, encabezando el contingente de cada año. Y no porque pensara que reservándose uno, si algo malo le ocurría, salvaría al menos al otro. Nosotros, decía él, éramos los primeros entre los cireos en hacienda, en honores y en autoridad, y también debíamos serlo en eso. Tal como lo dispuso, los demás jóvenes irían cada tres, cada cuatro años incluso, y a Grilo y a mí nos tocaría alternativamente cada dos años. Dióscuros de la guerra. Así nos llamaban todos,

los vecinos, los amigos de mi padre: los Dióscuros. En Esparta, en Escilunte, en Olimpia. Ahora tocaba separarnos.

Mientras Grilo estuvo fuera, yo me convertí en secretario de mi padre. La vista le flaqueaba, leía con dificultad si no era a plena luz, y cada vez se acercaba más el rollo a los ojos. Durante las noches, era yo el que le recitaba lo que me pedía o escribía a su dictado. Le veía dudar y elegir las palabras que daban forma a relatos que me eran conocidos desde la infancia, y escuchaba sus expansiones y digresiones sobre lo que estaba escribiendo. Así llegué a conocer a Jenofonte como rara vez llegan los hijos a conocer a sus padres.

Entre padres e hijos la relación es desigual. El padre, además de amarlo, conoce al hijo, porque lo ha tenido en brazos y lo ha visto crecer entre sus piernas. Pero el hijo siempre ha visto en el padre alguien que satisfacía sus deseos, o que los negaba. Por eso, una vez alcanzada la madurez de juicio y no subordinados a los padres por la naturaleza de sus cuerpos, sino por las leyes de los hombres, se instalan en el hogar respetando las obligaciones filiales como si fueran las normas de convivencia y buena educación que obligan a un huésped respecto de su anfitrión, pero siendo ya realmente personas extrañas los unos para los otros. Entonces son motivo de dolor para los padres, que sienten su alejamiento y su indiferencia como ingratitud. Y aunque luego, cuando llega la vejez, quizás se despierte en los hijos el cariño viéndolos tan desvalidos, ni eso compensa a los padres por los muchos años de desapego, ni es tiempo ni ocasión ya para que los hijos alcancen a conocerlos, porque los ancianos ya no se pueden comportar como cuando estaban en la plenitud de sus fuerzas. Su forma de ser no se expresa por sus actos de ahora, sino por sus hechos pasados. Por eso el anciano calla, absorto en el repaso de su vida, y el hijo no conoce de él más que lo que ve, no otra cosa que una muda y continua petición de alimento, de vestido y calor, de cuidados.

Mi padre no era un filósofo, tal como esos que tienen discípulos y cobran por sus enseñanzas, pero sus pensamientos no eran menos valiosos que el de cualquiera de ellos. Ahí están sus escritos, que se copian por toda la Hélade. Es cierto que también tienen éxito historias disparatadas, como las de Ctesias, o extrañas y alambicadas teorías, ingeniosamente presentadas, como las de Platón, pero a mi padre se le estima por su sensatez, porque sólo ha hablado y escrito de lo que conocía bien, por haberlo vivido o por haber reunido testimonios sobre ello. Yo me puedo considerar el mejor de sus discípulos, puesto que fui el primero, no ya en leer lo que escribía, sino en escribirlo, y más que eso, puesto que sé qué parte de su vida está presente en cada una de sus palabras.

Así que, mientras Grilo estaba fuera, no dejé de darme cuenta de cómo le preocupaba la suerte de mi hermano. El procuraba mostrar desinterés, y cuando algún viajero traía noticias de lo que ocurría en Beocia, él le sonsacaba, como hacía con todos, con la aparente pretensión de engrosar sus notas sobre los acontecimientos que ocurrían en la Hélade. Si había habido algún hecho de armas, no preguntaba en seguida quiénes habían muerto entre los lacedemonios, sino que inquiría por dónde y cómo vinieron a las manos y se separaron. Pero si le decían que Grilo, tan joven, mandaba ya un escuadrón de ocho jinetes, agradecía la noticia como si fuera un cumplido al que cortésmente hubiera que corresponder, sin dar a entender cuán orgulloso se sentía de oír eso de su hijo, que todavía no había cumplido los dieciocho años.

Ese día, sin embargo, yo le notaba la voz más firme y pronta, el ánimo más dispuesto para hacer esto o aquello, y se confiaba más en hablarme a mí acerca de todas las cosas.

Al final del verano aparecieron de vuelta Grilo y los suyos. Todos venían cambiados, pero yo le notaba a él, más que a los demás, una mudanza en la tez, como si el sol y el viento de Beocia fuera distinto del de Escilunte, y le hubieran apretado la piel sobre los músculos y las prominencias de los huesos. Por unos días resultamos ser gemelos diferentes, él más moreno y ahuesado que mi semblante, que se parecía más al del papiro en el que me afanaba diariamente. Traía una daga como botín de guerra, que se quedó para él después de que yo vi que a él le gustaba más que a mí, y una lámpara de cuatro mechas y espejo de bronce, que le regaló a mi padre, pero que utilizaría yo siempre, desde entonces en adelante, para leer y escribir a su dictado. Jenofonte aguardó esa noche y todo el día siguiente antes de hacerlo sentar para que contara todo, interrogándole con minuciosidad, aparentando seriedad y rigor como si estuviera supervisando los trabajos del campo encomendados a un capataz de esclavos. Pero en realidad hubiera querido que su hijo empezara el relato inmediatamente y le interesaba saber, más que lo que había ocurrido en la expedición, si su hijo había sentido hambre o frío o miedo, y si se había comportado con valor y entereza, como él esperaba. Y Grilo, también, estaba deseoso de decirnos todo lo que él había hecho, lo que había visto y lo que había ocurrido en su primera campaña militar.

Unos años antes los tebanos habían arrojado de su ciudad a la guarnición espartana y matado o expulsado a los filolaconios. Desde entonces, los lacedemonios trataban de asfixiarlos de forma parecida a cómo hicieron con Atenas desde Decelia, en las guerras del pasado que vivió mi padre. El ejército espartano esperaba todos los años a que llegara el tiempo de maduración de las cosechas para irrumpir en la campiña tebana y devastarla, tomando como apoyo las muchas ciudades de alrededor que le eran favorables y donde gobernaban sus partidarios con el apoyo de guarniciones permanentes. Ese año conducía el rey Agesilao. Grilo nos contó como salieron de Esparta en dirección al Istmo y, una vez pasado éste, dejaron la Megáride al sur, para cruzar los altos del Citerón, que Agesilao, previsoramente, había mandado ocupar con antelación a los tespiotas y plateenses.

Como en años anteriores, los tebanos levantaban empalizadas con foso rodeando su territorio, para impedir la recurrente incursión. Agesilao simuló dirigirse hacia Tespias, al Oeste, dando instrucciones a esta ciudad para que dispusieran los alojamientos para el ejército, y cuando los tebanos se dirigieron a reforzar la muralla en esa zona, él marchó hacia el Este cubriendo en una jornada la distancia de dos y atravesando la muralla desprotegida en las cercanías de Tanagra. Una vez dentro del perímetro, los infantes, por igual peltastas y hoplitas, saqueaban y quemaban, mientras los jinetes vigilaban de lejos al enemigo y acosaban a los que huían, para que no pudieran llevarse con ellos su ganado y sus pertenencias. Agesilao había permitido a Grilo servir en la caballería, como él quería.

Hasta el momento de la retirada no hubo grandes hechos de armas, solo rapiña y botín. Cuando el ejército se encaminaba de vuelta hacia Tespias, los tebanos se le interpusieron junto a una colina llamada el Pecho de la Vieja, un lugar que estimaron favorable para ellos, y Agesilao desfavorable para él. Con una estratagema, rehuyó el combate aparentando dirigirse a la derecha, contra la ciudad de Tebas, que había quedado desguarnecida. Los tebanos tuvieron que apresurarse para interponerse entre Agesilao y la ciudad.

En esas maniobras, el escuadrón de Grilo, apoyado por peltastas de la Escirítide, intervino en el desalojo de una colina, matando algunos enemigos y persiguiéndolos hasta las murallas de la ciudad. Mataste a alguno, le pregunté yo, y Grilo dijo haber atravesado la espalda a uno con la jabalina y haber arrollado con la montura a otro que, al verse alcanzado, se dio la vuelta para hacerles frente. Seguramente lo matarían los esciritas que venían detrás, intercalados entre la caballería.

Jenofonte le preguntaba cómo se daban las órdenes, qué disposición tenían los jinetes en la marcha, qué caballos llevaban. A todo Grilo respondía comparando la caballería espartana con la olintia, que también acompañaba a Agesilao. Los olintios habían entusiasmado a Grilo por la calidad de sus monturas, la pericia de sus jinetes y la habilidad en el combate de sus hiparcos. Contó como, durante la marcha de vuelta hacia Tespias, perseguidos de cerca por peltastas tebanos, habían acertado con el sitio oportuno para dar la vuelta a los caballos y sorprender a los enemigos inermes y desorganizados, causando una enorme mortandad entre ellos.

Lo peor de todo fue lo último que contó, que a Agesilao, en el viaje de vuelta, ya pasado el Citerón y a la altura de Megara, se le rompió una vena en la pierna sana y le fluyó la sangre del cuerpo hasta el tobillo, hinchándoselo hasta causarle dolores insoportables incluso para un hombre como él. Si mi padre presentía que la enfermedad de Agesilao podría ser el fin del poderío de Esparta, y también de nuestra vida en Escilunte, yo no lo sé. Él nunca lo hubiera dicho, aunque lo pensara, pero una sombra cayó sobre él cuando Grilo le contó como el médico siracusano, a la desesperada, se atrevió a abrirle el talón para que sangrara, y fue ya imposible contener la hemorragia y Agesilao se desvaneció, y aunque la hemorragia cesó al poco, el rey de Esparta llegó a su patria tumbado en el suelo de una carreta. Una sombra que también podía corresponder a que veía en Agesilao un hombre poco más de diez años mayor que él mismo, en cuyas energías sin límites y recursos infinitos había confiado Jenofonte como los adolescentes confían en su propia inmortalidad; o como había confiado en sí mismo, olvidando que se estaba haciendo viejo, que no hacía mucho que leía gracias a mis ojos y escribía gracias a mi mano.

Era patente cuánto dependía la poderosa Esparta del vigor de su rey viejo y cojo. No hubiera sido necesario que Grilo trajera tan funesta noticia para que recordáramos que tres años antes, cuando habían comenzado las expediciones contra Beocia, Agesilao había alegado que él había sobrepasado los cuarenta años de servicio y que pensaba que a los reyes se les debería igualar a los demás ciudadanos, los cuales a partir de esa edad no tienen ya obligación de servir fuera de las fronteras de Lacedemonia. Aquel año los éforos habían enviado en su lugar al otro rey, a Cleombroto, que mandaba por primera vez desde la muerte de su hermano Agesípolis a las puertas de Olinto. Lo hizo de tal suerte que sus soldados se preguntaban, al marchar por la llanura beocia, si los conducía por un país amigo o enemigo, tan remiso estaba a producir daños. Y se murmuraba que no actuaba juiciosamente, puesto que Pausanias, su padre, había sido condenado a muerte precisamente por eso mismo, por rehuir el combate con los tebanos.

Por eso, en los años siguientes, a pesar de su edad, los éforos siguieron encomendando a Agesilao la campaña de primavera contra los tebanos. Siempre consiguió pasar el Citerón, pese a la oposición de los tebanos, y siempre se internó dentro de la empalizada para arruinarles los cultivos. Tebas padecía una gran carencia de trigo, además de haber perdido la mayor parte de los árboles que producen frutos, pero vino a

salvarla el achaque de Agesilao, que le impidió salir en campaña en los años sucesivos, encomendándosele esta misión al incompetente Cleombroto. Agesilao ya nunca volvió a salir de Esparta al frente de sus soldados, y cuando lo hizo, catorce años después, fue para morir en Egipto.

A la primavera siguiente, turnándome con Grilo como hacen los reyes espartanos entre sí, fui yo el encargado de llevar a esciluntios y cireos a la anual expedición contra los tebanos, que esta vez conducía Cleombroto, y no el enfermo Agesilao. Cleombroto pasó el Istmo a pie, como Agesilao, pero al llegar al Citerón se notó la diferencia entre un rey y otro rey. Cleombroto envió por delante sus peltastas para tomar las alturas del camino. Los enemigos, que estaban ya sobre la cima, los dejaron subir, para mejor atacarlos desde arriba y, persiguiéndoles, matar a muchos. Cuando le conté a mi padre cómo, a la primera sangre en el Citerón, Cleómbroto había convocado conciliábulo de capas rojas para justificar su decisión de volver, no pude saber si le contrariaba más que las cosas fueran mal para los espartanos o que yo no hubiera podido igualar la prestancia en la guerra que había demostrado mi hermano el año anterior. No vi, ni de cerca ni de lejos, las mazas pintadas de los tebanos, los escudos oblongos tantas veces escuchados desde la infancia, cuando mi padre evocaba para nosotros la batalla de Coronea. No diré que yo, como los demás que iban conmigo, no me sintiera aliviado por tan pronto fin de la campaña. Pero veía que entre Grilo y yo se abría una desigualdad semejante a la que separaba a los dos reyes espartanos, al astuto y valiente Agesilao y al incompetente Cleombroto.

Aquel mismo año, los atenienses derrotaron en el mar a los espartanos, cerca de Naxos, y al otro año también, junto a Corcira. Las hostilidades entre Atenas y Esparta habían empezado poco después de que los lacedemonios fueran expulsados de la acrópolis de Tebas. Un comandante espartano, un tal Esfodrias, había intentado desde Tespias un golpe de mano nocturno contra el Pireo. Si lo hubiera conseguido, Esparta hubiera tenido a Atenas en sus manos, tal como tuvo a Tebas cuando, con ardid semejante, se apoderaron de la acrópolis. El golpe fracasó, y los atenienses pidieron explicaciones a los espartanos por esta agresión inmotivada, más aún cuando en esos momentos había embajadores espartanos presentes en la ciudad. Se dijo que los tebanos habían pagado a este harmosta para que atacara a los atenienses y tener así a Atenas de su lado en su lucha contra los espartanos. Tiempo después, cuando se juzgaba a Esfodrias por su acción y se le pedía la pena capital, el mismo Agesilao, que tanto odiaba a los tebanos, salió en defensa del comandante. La evidencia, pues, señala a Agesilao como instigador de Esfodrias, y no a los tebanos. Pero el fracaso, a veces, vuelve contrarias las intenciones de los actos, y desde entonces los atenienses emprendieron la guerra contra Esparta, aliviando a los tebanos.

Hay otra versión de estos hechos. Agesilao habría intervenido a favor de Esfodrias porque su hijo Arquídamo se lo habría pedido. Arquídamo amaba a un muchacho llamado Cleónimo, hijo de Esfodrias, eso es cierto.

Durante estos dos años de derrotas navales, el ejército espartano no pasó el Citerón, y los tebanos aprovecharon el respiro para someter al resto de sus ciudades y formar la Liga Beocia.

En Escilunte, durante estos años, se celebraron las mejores romerías al santuario de Artemisa de que tengo recuerdo. Agradecíamos a la Diosa la abundancia de pan y de vino, las partidas de caza al amanecer entre el bullicio de los perros, el rocío de la mañana, la tibieza del sol del invierno y las sombras

frescas del verano, sin darnos cuenta de que la otra divinidad, la que protegió a Jenofonte durante la retirada, movía el ceño desfavorablemente para nosotros. El poderío tebano era ya imbatible y traería la decadencia de Esparta y, con ella, nuestra ruina a manos de sus enemigos.

Al tercer año, los tebanos proclamaban ya su hegemonía de hecho sobre sus vecinos llamándose a sí mismos beocios, y se atrevían a amenazar a sus vecinos, los focidios, aliados de los espartanos. Cleombroto fue enviado en su ayuda, y esta vez a Grilo no le valió llevar su caballo. Su campaña fue una campaña de bandidos, escondidos entre las faldas del Parnaso, tiznados por el humo de las fogatas y entumecidos por el rocío mañanero. No se vieron capas rojas en la llanura beocia, sino que fueron más una molestia que una defensa para las aldeas de Fócide.

Los focidios no quisieron volver a llamar a los espartanos al año siguiente, en el que me tocó a mí embarcarme con el navarco Mnasipo para someter a los corcirenses. Allí vi la guerra por vez primera. Vi los saqueos de los campos, los soldados borrachos del vino encontrado en las haciendas. Me compadecía de los habitantes conducidos como esclavos junto con el ganado que era suyo, sin imaginar que esas reatas podrían también arrastrarse arriba y abajo por las colinas de Escilunte. Luego, el largo asedio, notando día tras día como la ciudad era estrangulada, como sus habitantes, a los que el hambre desesperaba, huían de sus muros para entregarse a los espartanos, y como Mnasipo, para apurar más a los de dentro y que no se aliviaran por librarse de bocas de comer, primero vendía como esclavos a los desertores y luego, como ni aún así cesaban de salir, los azotaba y los empujaba de vuelta hacia la muralla. A los pies de ella, rechazados por sus conciudadanos, que no les abrían las puertas, murieron muchos de ellos.

Me pareció justicia divina la muerte de Mnasipo, merecida por sus crueldades innecesarias, y a la que él contribuyó no menos con su soberbia, pues se decidió a regatearles la soldada a los mercenarios, cuando no estaba escaso de dinero y tenía al alcance de la mano la victoria que le hubiera dado mucho más. El descontento relajó la disciplina, y los de dentro de la ciudad, notando el descuido en las guardias, hicieron una salida. Mnasipo ordenó formar a sus soldados, se le mostraron reticentes, le reclamaron lo que les debía, y él la emprendió a golpes con los capitanes. No es de extrañar que en el combate que siguió, las cosas fueran mal y él muriera bajo los muros de Corcira.

Se decía que venía una flota ateniense y tuvimos que salir deprisa. Una vez más, no combatí.

El año que Grilo volvió a salir con Cleombroto para la Fócide, los atenienses tomaron la iniciativa de proponer la paz. La guerra nunca es gratis, ni siquiera para los vencedores, y a los atenienses sus triunfos les resultaban aún más onerosos cuando descubrían que el rival al que estaban derrotando, Esparta, no era para ellos más peligroso que el naciente poderío de Tebas y su Liga Beocia. Los embajadores de Atenas, acompañados de los de todas las ciudades griegas, y cuidándose muy especialmente de arrastrar con ellos a los tebanos, se presentaron en Esparta para ofertar una paz general para toda la Hélade que, apuntalada en los rescoldos de poder espartano que aún quedaban, maniatara el poder creciente de Tebas. Agesilao mandó llamar a mi padre, y nos pusimos en camino con nuestros vecinos eleatas, cuando pasaron por Escilunte camino de Esparta.

Mi padre no era embajador de nadie. Escilunte es una aldea insignificante, que ni siquiera tenía autonomía. Agesilao lo mandó llamar porque se barruntaba un cambio en la situación de alianzas de las

últimas décadas que requería, más que negociaciones, una mutua confianza entre atenienses y espartanos que no existía. Durante aquellos días de discursos públicos y conversaciones secretas, mi padre iba y venía de la delegación ateniense a casa de su anfitrión Agesilao, ayudando a fraguar una alianza contra Tebas.

No se puede poner de acuerdo a quienes quieren discordia, pero es fácil que dos riñan sin querer. Era el poderío tebano el que inquietaba por igual a atenienses y espartanos. Pero además, para los que recordaban el discurso de Isócrates en Olimpia, había una idea de la unidad de Grecia contra el peligro común soportada en el liderazgo de las dos ciudades, Atenas y Esparta, los dos corceles del carro griego.

Ese peligro común era el persa, no el tebano, pero siempre se ha identificado a los tebanos como a los griegos traidores, agentes del Rey. Ellos lucharon en Platea del lado de Mardonio. Ellos se levantaron en la retaguardia, pagados por el persa, para hacer volver a Agesilao de Asia. En fin, los grandes argumentos existían, la situación de las dos ciudades también lo pedía, lo que faltaba para el entendimiento, si lo hizo mi padre, era muy poca cosa.

El tratado que se puso encima de la mesa venía a ser una repetición de todos los anteriores —las ciudades serán libres, se decía siempre—, con la única diferencia, esta vez, de que ninguna ciudad estaría obligada a seguir a la que lideraba su liga o confederación, incluso aunque fuera para hacer la guerra a los que contravenían el tratado. Esto, en la práctica, significaba muy poco para los atenienses, cuya liga marítima dejaba bastante libertad a sus miembros, pero mucho para Esparta, que siempre había obligado a sus aliados del Peloponeso y de fuera a participar en sus acciones militares. Si los espartanos estaban de acuerdo en eso, es porque sería un freno decisivo para la naciente Liga Beocia. Ahí estaba todo el quid: Esparta se desarmaba para desarmar a Tebas.

El día que se cerró y firmó el tratado, los tebanos dieron su asentimiento, ya que no veían cómo podían oponerse sin quedar enemistados a lo que acordaban las demás ciudades, satisfechas también de ver menguar el poderío espartano sobre ellas. Al día siguiente vinieron para decir que no querían firmarlo en calidad de tales, sino de beocios, a lo que Agesilao se negó en redondo, porque ello equivalía a exceptuarlos del tratado, a confirmar implícitamente en sus propias cláusulas la existencia de la Liga Beocia, y consolidando por tanto el poder de Tebas, mientras que la cláusula de desarme se aplicaría solo a Esparta.

El portavoz tebano era Epaminondas. Ni Agesilao, ni mi padre, sabían hasta qué punto ese hombre callado y enjuto iba a conducir el destino de Tebas por encima del de Esparta, arruinando de paso a nuestra familia. En la disputa entre Agesilao y Epaminondas, el espartano le preguntó airadamente que dijera con claridad si Tebas iba a dejar libres las ciudades beocias. Epaminondas, sin perder la compostura, le preguntó igualmente a Agesilao si Esparta iba a dejar libres las ciudades de Laconia. El argumento era muy osado, puesto que nadie discutía la unidad de Laconia bajo el poder de Esparta, que viene de tiempo inmemorial, mientras que la Liga Beocia, recién nacida, era todavía puesta en cuestión por los exiliados y expulsados de Tespias, de Platea, de Haliarto, de Tanagra y de otras ciudades, todas ellas anexionadas o destruidas por los tebanos en los últimos años. Pero Epaminondas mantuvo su desafío y los delegados tebanos se marcharon, dejando que Agesilao borrara su nombre de entre los firmantes del tratado, y decidiendo con ese gesto la guerra.

Allí conocí a Epaminondas. Epaminondas miraba a mi padre, sabiendo de sobra quién era Jenofonte y qué labor estaba haciendo allí, en contra de Tebas, y vería en mí, seguramente, no otra cosa que el muchacho que acompañaba a su padre. Si volvió en otro momento a recordar mi cara, sería solo para saber que quien le daba muerte era aquel muchacho que había visto diez años antes en Esparta, el hijo de Jenofonte.

Mi padre siempre recordaba como actuó Agesilao muchos años antes en Coronea. Cuando los tebanos estaban ya derrotados, en lugar de dejarles pasar y, acometiéndoles del lado derecho y por detrás, matar a los que pudiera, les taponó la salida, para aniquilarlos. Pero los tebanos no cedieron, y aquella lucha enconada costó muchas vidas de una y otra parte, y hasta casi la suya. Parece como si el mismo Agesilao de entonces, colérico, inspirara lo que sucedía ahora. A los días, se debatió en Esparta qué hacer con el ejército de Cleombroto, cuyo expedición a Fócide había sido hecha con el apoyo de los aliados según las antiguas normas. Más de un espartano pensaba, y mi padre le daba la razón, que los tratados obligaban a llamar al ejército y disolverlo, para que cada ciudad decidiera a continuación cuál sería su aportación al tesoro común en el templo de Apolo y si apoyaba o no una expedición de castigo contra los tebanos por no querer dejar independientes a las ciudades de Beocia. Pero la asamblea de los espartanos pensó que eso eran tonterías, y ordenaron a Cleombroto que atacara. Así fue cómo el tratado resultó violado por los que se amparaban en él.

Mi padre aprovechó la comitiva que llevaba las instrucciones para Cleombroto, para enviarme con ella y que me reuniera con Grilo. Presentía una batalla decisiva. Ni Grilo ni yo inclinaríamos siquiera un ápice la victoria del lado de Esparta. Él lo sabía. Como también sentía, se sentía él, por lo que hizo una vez, por un momento de una noche, prolongado un mes, unos meses, un año, como un hombre que había decidido el destino de muchos. Sabía que los dioses, a la mayoría, ni siquiera les presentan en su vida un momento así, en el que ponerse a prueba ante los ojos de los demás, y se consideraba afortunado por ello y porque pensaba que entonces se había portado bien.

En cambio, no consideraba excepcional, porque así habían vivido todos los de su generación, participar personalmente en cuanto fuera importante para el destino de la Hélade. Ahora se avecinaba uno de esos momentos, y quería que sus hijos estuviéramos allí, del lado de Esparta, que era nuestra ciudad, nuestra ciudad mientras no volviéramos a Atenas. Y aunque Esparta no lo fuera realmente, ni nunca pudiera serlo, para él no era concebible que uno viviera sin ese sentimiento de pertenencia y de participación en lo que ocurría. Atenas no combatía, Esparta sí, y el enemigo, sobre eso no había ninguna duda, era Tebas, como siempre.

Jenofonte se quedó en Esparta hasta el final de las gimnopedias. El último día de las fiestas, poco antes de que empezara la actuación del coro de los muchachos, llegó un mensajero con noticias, pero nada se dijo públicamente. Salió el coro y actuó como si nada hubiera pasado, y terminaron las fiestas. Jenofonte se enteró cuando llegó a casa de Agesilao, por boca de éste, que el rey Cleombroto había muerto en combate, y con él muchos lacedemonios y la mayoría de los espartiatas. Al día siguiente, después de haber sido cada uno informado particularmente de la suerte de los suyos, los parientes de los que habían sobrevivido se mostraban afligidos ante sus vecinos, y alegres, en cambio, los que tenían algún muerto.

Así ocurrió, y mi padre fue un testigo desconcertado. Porque él no tenía noticias nuestras, y si hubiera estado entre los suyos, en Escilunte, hubiera manifestado inquietud por saber. Pero al ver que unos se entristecían, cuando debían estar aliviados, y otros se alegraban, cuando debían estar apenados, no sabía como comportarse ante Agesilao y los demás, si manifestarse preocupado por si habíamos muerto o por si nos habíamos salvado.

Seguramente la sobriedad de los sentimientos resulta admirable, es firmeza ante la adversidad y prudencia ante la buena fortuna. Pero manifestar lo contrario de lo que el sentido común dice que uno debería sentir en ese trance, eso me parece aberrante. Así es Esparta, donde los sentimientos de los ciudadanos son dictados por las leyes y los magistrados. Pues lo que pasó es que los éforos utilizaron todos sus recursos para evitar que la ciudad se conmoviera ante la noticia del desastre. El mensajero no pudo llegar en peor momento, con todos reunidos para la fiesta. Hubiera sido mucho el contraste entre la alegría que había unos momentos antes, y la aflicción que, sentida por muchos, se contagiaría a la muchedumbre allí reunida. Así que optaron por callar la noticia y por pedir a los que sabían que se mantuvieran callados.

Arquidamo, el hijo de Agesilao, supo antes que nadie que entre los muertos se encontraba su amante Cleónimo y el padre de su amante, Esfodrias, el responsable del golpe de mano fracasado contra el Pireo. Mientras los demás se deleitaban con la música y la danza de los hermosos muchachos, Arquídamo recordaba a su amado. Lo recordaba, precisamente, formando parte no hacía mucho de aquellos mismo coros, y a pesar del dolor que le roía las entrañas, tenía que mantenerse impasible para que no se le notara en el semblante ni en la voz las lágrimas que pugnaban por salir. Estando así, encontró consuelo en la idea de que su amante, con su heroica muerte y la de su padre, le había devuelto a él centuplicado el favor que les hizo cuando el asunto del Pireo, puesto que ya nadie podría reprocharle a él haber intercedido por el padre, por amor al hijo, sino que, al contrario, él podría presumir delante de todos de haber amado a un varón de tal temple, hijo de otro no menos valeroso.

Fue Arquidamo el que sugirió que se ordenara a los familiares de los muertos que se mostraran orgullosos por el valor que habían demostrado, como si quisiera que la ciudad entera se comportara ante los demás griegos como él se había comportado ante sus conciudadanos mientras bailaban los coros. Y así se hizo. En cuanto a los parientes de los que se habían salvado, ¿cómo iban a mostrar alegría delante de sus conciudadanos menos afortunados, a los que veían aparentemente felices? Su sentimiento de aflicción, más que ser propio, era una participación en el dolor que los otros no manifestaban.

A veces pienso que una ciudad cuyos magistrados se atreven a dictar los sentimientos de los ciudadanos de forma tan contraria a la naturaleza es merecedora de castigo. ¿Pero no lo es acaso también contrario a la naturaleza pedirle al soldado que se sostenga en las filas, entre hombres que rechinan y gimen, pisando la sangre embarrada y los cuerpos de los caídos? Hay algo malévolo que es capaz de conseguir que hombres completamente aterrados se comporten así. Dicen, lo justifican diciendo que el soldado lucha por su familia, por su patria. Puesto que todas las ciudades lo hacen, Esparta es la mejor en eso. Pero yo digo que esas virtudes de los soldados, de los ejércitos, de los ciudadanos, muchas veces tapan los vicios más aborrecibles de los que los dirigen.

Yo estuve en la batalla en la que murieron Cleónimas, Esfodrias, el rey Cleombroto y multitud de lacedemonios y espartanos, y aliados también. Yo estuve en Leuctra. Con Grilo. Los dos participamos en la batalla, aunque no juntos. Cuando llegué al campamento de Cleombroto, en las laderas del Parnaso que miran a la llanura beocia, encontré que Grilo había conseguido por fin empleo como jinete, escapando de la cerril pasividad del infante, obligado siempre a combatir en filas apretadas. Pero tampoco ahora estaba a gusto en la caballería lacedemonia, a pesar de que le habían dado el mando de todo un escuadrón. Él, que había conocido la caballería olintia, incluso la espartana que llevaba Agesilao, no se explicaba por qué ahora se destinaban a ella tan malos caballos y soldados tan flojos de cuerpo y espíritu.

Las instrucciones para Cleombroto habían sido tajantes. Ya no valía molestar a los tebanos un poco aquí o allá, con saqueos, incendios y rapacerías. Debía atacar.

Al principio, pareció que Cleombroto estaría a la altura de la misión. Los tebanos vigilaban frente a él los pasos de entrada a su territorio. Los sorprendió aparentando emprender el camino de vuelta a Esparta, pero marchando en realidad por las montañas para caer sobre Creusis, el puerto tebano que mira hacia Corinto. Por ahí penetró en la comarca de Tespias, junto a Leuctra.

Allí compareció Epaminondas, el mismo que había plantado cara a Agesilao en la conferencia de paz, ahora al frente de los tebanos. Sus compatriotas le seguían con temor, porque el poder de Esparta se consideraba todavía grande, y obligados, porque tenían al enemigo a las puertas de su casa. Él se cuidó de fortalecerles el ánimo con hábiles maniobras. Difundió un oráculo que decía que los espartanos serían derrotados allí justamente, en Leuctra, donde estaban las tumbas de unas doncellas que se habían suicidado de vergüenza tras ser violadas por los lacedemonios. Epaminondas mandó que se adornara el monumento, para que todos lo vieran, supieran y recordaran. El oráculo, por lo que yo sé, no fue nunca pronunciado ni en Delfos ni en Dodona ni en ningún otro lado, pero eso ya no importó a nadie después de la batalla.

Hizo más. Ese mismo día, las puertas del templo de Heracles en Tebas amanecieron abiertas, y dentro no se echó a faltar otra cosa, sino las armas. El dios, dijeron todos, había salido para comparecer en la batalla. Tan creíble como el oráculo pero qué importa. Con esas estratagemas acrecentó a la vez la indignación de los tebanos y la confianza en sus fuerzas.

Los jefes de los lacedemonios, en cambio, se animaron con vino. A la mañana hubo consejo de guerra y el suelo de la tienda de Cleombroto se cubrió de capas rojas, despojadas de los cuerpos sudorosos de polemarcos, de taxiarcos y de hiparcos. El calor, como un simposiarca loco, hizo correr de unos a otros las copas de vino puro, sin mezclar con el agua del arroyo de Leuctra, embarrada de tanto hombre, de tanta acémila como abrevaban en él. *"Decidme"*, preguntaba Cleombroto a los que siempre murmuraban que él se había abstenido alguna vez de saquear el territorio tebano, "*¿no he sorprendido doce trieres en el puerto de Creusis?" "Pero es que*", le recordaban sus rivales, *"cuando Agesilao pasaba por el Citerón, cosa que tú nunca conseguiste, los tebanos ni siquiera se atrevían a utilizar ese puerto*". *"¿Y no hemos atravesado montes más altos que el Citeron, no hemos pasado del Parnaso al Helicón y del Helicón a Tespias?"*, replicaba él, triunfante, mirando a los dos éforos que a todas partes acompañan al rey, cuando sale en campaña, para informar de su conducta. *"Ahí delante los tienes"*, y Dinon, el primer polemarco, y Esfodrias apuraban sus copas para ponerlas, con gran jolgorio, con las demás sobre la mesa, figurando que

eran tebanos y espartanos, falanges y escuadrones. *"La última vez que Agesilao estuvo delante de los tebanos"*, recordaba Cleombroto, *"esquivó el combate"*. *"También Pausanias, tu padre, lo hizo*", le replicaba un amigo de Agesilao, *"pero uno sabía como hacerlo causando más daño a los enemigos que si los hubiera acometido con la lanza, y tu padre, en cambio, se dio la vuelta perseguido por los enemigos y sin recuperar los cadáveres de los amigos. Si estimas tu vida, acuérdate de tu padre, si quieres volver a ver tu patria"*. *"Ea"*, dijo Cleombroto golpeando la mesa con su copa, *"aquí estaré yo"*. Mandó tocar las trompetas y al poco, desde el otro lado de la vaguada, respondieron las del enemigo. Empezaba la batalla.

Como un hormiguero devastado por el palito de un niño, corríamos todos de aquí para allá; a las tiendas, apresurándonos a recoger los petates, a calzarnos las botas de clavos, a vestirnos de cuero y de bronce, calándonos el yelmo, ciñendo la espada, echándonos el escudo a los hombros; de las tiendas, hasta donde los enomotarcos levantaban los banderines y se extendían las filas, con hombres que llegaban, corriendo, empuñando las lanzas, a ocupar su puesto. Allí, de pie, esperando, asegurábamos las polainas, aflojadas en la última carrera, apretábamos las cinchas de la coraza, para que no bailara tanto, y tanteábamos las correas del panzón, por si acaso. Y en el bolsillo dentro del escudo, quien más quien menos llevaba un trapo y una ampolla, con agua de manzanilla, o de corteza de olmo hervida, con que limpiar los ojos del polvo pisado, escupido, aventado, aspirado, hecho barro con el sudor que escurría bajo el forro de cuero del yelmo por las cejas hasta escocer los ojos. Entonces mirabas hacia arriba, para estimar el recorrido del sol, juez de las batallas, de su inicio y de su término, y desalentaba saber que habría tiempo de sobra para matar y morir, para que murieran todos los de la primera, muchos de la segunda y bastantes de la tercera fila, la que por edad me correspondía a mí sobre un fondo de doce.

El enemigo también bullía, se congregaba y formaba en falanges opuestas a nosotros, encarándonos con los episemas de sus escudos, las hercúleas mazas pintadas en blanco, desde demasiado lejos para distinguirlas con claridad, pero no tanto que no nos hirieran las puntas centelleantes de sus lanzas, los yelmos bruñidos para la ocasión, empenachados y resplandecientes.

Los soldados se apartaban rezongando que uno los mojaba. Respondía ése *"Mejor de pis que de sangre"*, y otro añadía *"Quien haya comido peras, que se agache ahora, aquí mismo"*. La caballería vino del lado de la derecha y se colocó delante de nuestras filas, tapándonos, tranquilizándonos, la vista del enemigo. Al rato chiflaron las flautas el toque de avance, escudo al hombro y astas hacia arriba. Crujía la tierra bajando la ladera. Con un revuelo desordenado, la caballería arranca hacia delante y todo se afosca y se aniebla. Entre nubes de polvo llega el rumor de que es la caballería enemiga, que ataca. Un bobo dice *"¡Herakles!"*, convencido de que el dios de los tebanos comparece a la batalla, y se encomienda a los Dióscuros. Sin tiempo para pensar que hubiera habido un auténtico combate, vemos huir a nuestros jinetes al galope, a la derecha, a la izquierda, también hacia nosotros. Entre gritos y órdenes confusas, al fin se entiende que hay que hacer pasillo a los que escapan. Levantamos las lanzas para no lastimarlos, pero nuestras voces los hieren. Busco ansiosamente la cara de Grilo entre los que pasan, aunque sé que él difícilmente soportaría la vergüenza de huir a caballo entre los infantes que aguantan a pie firme.

Se cerraron los pasillos en seguida, delante de los jinetes tebanos que llegaban ya para arrojarnos sus jabalinas. La primera fila les salió al encuentro a la carrera, las lanzas por delante. La segunda le sigue

de cerca y los demás apresuramos al paso con las lanzas hacia arriba. Gritos de *"¡La línea! ¡No perdáis la línea!"*. Se estrechan de nuevo las filas, los jinetes enemigos se apartan y entonces oímos el peán, apenas gritado por encima del fragor de una ola de hierro y bronce que se abisma sobre nosotros. Tocan nuestras flautas, casi inaudibles, adelante—lanza—abajo, y el paso se apresura, sin correr, porque la falange lacedemonia nunca hace la carrera, entre gritos de *"¡La línea! ¡Mantened la línea!"*, que se descompone un poco al pasar sobre los primeros cuerpos caídos de animales y jinetes. Se agrandan, claras, nítidas, las mazas pintadas en blanco sobre el doble semióvalo de los escudos oblongos. Arranca el grito de los tebanos, arranca la carrera, llega la embestida, llegan, llegan, chocan, retumban los vientres de bronce, y las lanzas se tejen en fiera urdimbre de hierro y madera, de moharras enrojecidas y astas partidas. Relumbran las espadas abatiéndose, los panzones se abollan, se astillan, se desencajan, se hunden. Es la gran tormenta de hierro y de bronce, que empapa el suelo de sangre, allí donde los hombres caídos se arrastran hacía atrás sujetándose las tripas con las manos, bajo las piernas de los que matan.

Cómo terminó, no sabría decirlo. Sin darnos cuenta, habíamos retrocedido por la ladera hasta más allá de donde habíamos formado para la batalla, junto al foso que rodeaba el campamento. Allí, unos del lado de dentro del foso, otros del lado de fuera, contuvimos a los tebanos, o ellos cejaron en su empuje y se retiraron. Al bajar los escudos se produjo la gran conmoción. El rey, Cleombroto, había muerto, Su cadáver, caído al principio de la batalla, había sido rescatado a costa de la vida de la mayor parte de los de su tienda. También muchísimos espartiatas, más de la mitad de los que iban con el ejército, quedaron allí, en los campos de Leuctra. Quisieron entonces algunos de los jefes volver a formar las filas para bajar a por los cadáveres, pensando que si los recuperaban sin pedir treguas podrían reivindicar, si no la victoria, al menos la ausencia de derrota. Pero no había disciplina ni látigo capaz de hacernos pelear de nuevo, como no fuera para defender nuestra vida. No era necesario mirar al sol para saber cuánto rato habíamos combatido. Hombro izquierdo, brazo y antebrazo se habían fundido en una sola pieza igualmente dolorida y quebrantada con el escudo que sostenían, y en las caras una costra de sufrimiento marcaba el vaciado del yelmo, tapando los ojos, las mejillas, los costados de la nariz, la boca, el mentón. Nadie podría escamotear a nuestro ánimo la certeza de la derrota, como no era posible aplacar nuestra sed infinita, por más agua, vino o barro que bebiéramos.

Y lo que es peor, y hacía presagiar lo que ocurriría en los próximos meses, los soldados de las ciudades aliadas, presentes en esta batalla obligados por los antiguos tratados que la reciente conferencia de paz acababa de anular, todos ellos se alegraban de la desgracia de los espartanos, de los que habíamos combatido en el ala derecha y habíamos sido derrotados, la primera vez que un ala derecha era derrotada, y todos ellos ansiaban la vuelta a su patria, libre por fin, libre y en paz.

A los lacedemonios supervivientes de la tienda de Cleombroto no les quedó más remedio que retirar los cadáveres bajo treguas. Seis oficiales y algunos ilotas, que se habían ofrecido con una sospechosa y pronta disposición, salieron con otras tantas carretas para el campo donde nos habíamos despedazado. A la vuelta de cada viaje dejaban sobre la explanada su carga de cadáveres desnudos, polvorientos, pálidos, violáceos, con costras de sangre, rezumando por las narices. El enemigo les había quitado sus armas para levantar su trofeo, pero ¿y sus vestidos? ¿Habría entre ellos alguno, herido, al que remataran para robarle,

cómo oí decir una vez a mi madre? Allá fui yo, entre las filas de cuerpos tendidos en el suelo, buscando a Grilo, como otros buscaban a sus amigos, junto a los enomotarcos que completaban con los muertos la última lista que pasaban a los vivos. Encontré a Telémaco, el hijo de Tólmides, y pensé no en lo que le diría a su padre, sino en lo cerca que estábamos en nuestra fila, la misma que nos correspondía por edad, al comenzar la batalla. Entonces uno me dijo *"¡Grilo!, ¿a quién buscas?"*, y resultó ser el hiparco de Fliunte. Por él supe que mi hermano estaba vivo. Lo encontré como si paseara por el ágora a la hora del mercado, mirando a los que cavaban la fosa para enterrar a los suyos y a los que preparaban la pira que ardería hediendo a carne quemada. *"¿Qué te parece mejor, Diodoro? ¿Que entierren tu cuerpo o que lo quemen?"*, me preguntó con un impío tono de chanza. Como el hiparco fliasio estaba a nuestro lado, no quise decir abiertamente lo que pensaba. Grilo se contestó a sí mismo, como si su pregunta hubiera respondido a un sincero interés: *"Los atenienses queman a sus muertos sólo cuando han caído tan lejos de la patria que no pueden llevar sus cuerpos de vuelta, sólo sus cenizas y huesos".* El hiparco fliasio creyó entender algo, algo en lo que Grilo no había pensado en absoluto al hablar, y contestó: *"Al menos, a esos, a sus huesos, los honran en su patria. Para los que hoy se quedan aquí no habrá ningún elogio fúnebre"*. Y así fue, en efecto. Tal como decía el de Fliunte, los supervivientes estaban demasiado atribulados para mostrarse agradecidos con los que habían muerto en lugar de ellos. Pero aunque se lo agradecieran, o aunque la batalla hubiera concluido en victoria y un exultante orador pronunciara grandes palabras, ¿oirían alguna de ellas, los muertos? ¿Oiría Telémaco ahora los parlamentos que tan bien nos recitaba debajo del ciprés en las tardes de verano?

Hubo un pacto con los tebanos para que no obstaculizaran la retirada, y el ejército que había sido de Cleombroto pudo pasar por fin el Citerón, pero en sentido inverso, no atacando, sino retrocediendo, y no conducido por él en vida, sino llevando su cadáver. Al otro lado, en la Megáride, nos encontramos con las tropas de Arquidamo, el hijo de Agesilao, que acudía en nuestro socorro. El ejército fue licenciado y nosotros volvimos a Escilunte, sin pasar por Esparta.

Resaca de Leuctra

Llegamos a Escilunte antes que Jenofonte. Pasamos por el trance de decirle a Tólmides que su hijo Telémaco había quedado en la llanura de Leuctra. También había muerto uno de los esciluntios que venían con nosotros, pero fue más por su culpa, porque los auxiliares no entran en combate, solo llevan nuestras armas. No le quisimos decir a su padre cómo fue, dejamos que fueran otros los que le contaran, si le contaron, que no se hubiera tropezado con la caballería beocia si no hubiera huido del campamento en un momento de pánico.

Las instrucciones de los éforos no llegaban hasta Escilunte. Los afligidos se comportaron como su carácter y su corazón les dio a entender. Los que se alegraban porque sus hijos habían vuelto, se compadecieron de los dolientes. Y Jenofonte, en cambio, cuando volvió a la aldea, sustituyó la alegría y la pena por una honda preocupación por lo que se avecinaba. La derrota, con ser mala para los lacedemonios y de rebote para nosotros, no era peor que la deserción de los aliados, que volvía improbable para Esparta su desquite en una renovada batalla, e incluso le hacía temer algo peor: tener que afrontarla sin más fuerzas que las propias. El otoño y el invierno estuvieron llenos de noticias difíciles de creer y de rumores que parecían plausibles, pero que nunca se confirmaron.

Los atenienses convocaron un congreso para ratificar los tratados firmados medio año antes en Esparta. Acudieron todos a Atenas, menos los tebanos, que ni se habían sentido concernidos por aquellos acuerdos ni, como vencedores en la última batalla, tampoco necesitaban otros nuevos. Los atenienses vieron frustrado su propósito de maniatar a Tebas con capitulaciones diplomáticas y juramentos ante los dioses. En cuanto a las demás ciudades, todas corroboraron las cláusulas del verano antes de la batalla, aun a sabiendas de que la letra es dúctil como la arcilla del alfarero.

Mi padre ya no fue llamado para ayudar a propiciar aquellas conversaciones. Atenas era recinto prohibido para él. Tampoco hicieron nada desde Esparta por propiciar no ya el levantamiento del destierro, sino ni siquiera una excepción. Malo es que quien te protege pase por dificultades. Peor aún que parezca no necesitarte.

Nos enteramos de que en Atenas los eleatas habían reclamado para ellos las comarcas al sur del Alfeo, la Trifilia, la tierra de los marganeos y Escilunte incluido. Y aunque no hubo acuerdo ninguno sobre sus pretensiones, empezamos a temer que algún día se presentaran sin más por el camino de Olimpia los enviados de Élide, o sus soldados. Y mientras tanto, todo eran barruntos y conjeturas que nuestro padre trataba de dilucidar consultando una y otra vez las entrañas de las víctimas. El dios al que dirigía sus

sacrificios volvía a ser Zeus Rey, como cuando partió de Atenas para reunirse en Sardes con Ciro y con Próxeno.

Nos inquietaba, de pasar nosotros al dominio de Élide, si los que habían sido expulsados de Escilunte treinta años antes querrían volver y recuperar sus posesiones, y si los magistrados de Élide apoyarían sus pretensiones. Mi padre, como los demás cireos, estaba ya en la raya de los sesenta, y ahora les acechaba una amenaza peor que la vejez: ser arrojados de las tierras en las que habían vivido durante más de veinte años. El único sitio al que irían de buen grado, aunque doliera abandonar casas, campos y ganado, sería a Atenas, pero el decreto que los desterraba seguía vigente todavía.

Grilo y yo percibíamos atenuada la inminencia de un cataclismo en nuestras vidas. Todavía estábamos haciendo sitio a nuestra experiencia de la batalla. Mi participación en la tercera fila del lado derecho, el más reñido, me había igualado a Grilo ante los ojos de mi padre. Él ya no era el único de los dos en tener experiencia de combate. Y ahora los dos disfrutábamos la ocasión de tener a los mayores, a los que tantas veces habíamos escuchado de niños, como oyentes de lo que contábamos nosotros. Les hablábamos de la guerra que habíamos vivido, aparentemente la misma para los dos. Pero lo que yo sentí y viví aquel día no tenía nada que ver con el entusiasmo de Grilo, ni mi miedo con su desprecio del peligro.

Grilo apenas combatió en Leuctra. Cuando la caballería de los lacedemonios fue deshecha, él se arrimó al escuadrón de los fliasios y los siguió en la retirada. Pudo seguir desde lejos la batalla de la infantería. Decía Grilo que hubieran ganado los espartanos, que nuestra falange, al principio, empujaba hacia atrás a los tebanos. Pero que en el lado derecho, el que decide y envuelve, ellos, después del retroceso inicial, se impusieron poco a poco a nosotros, porque formaban con muchas filas de fondo, quizás cuarenta o cincuenta, frente a las doce nuestras. Quizás sería así como vio Grilo, algo calculado por la astucia de un general como Epaminondas, cuánta sangre derramar aquí y cuánta allá, cuántos jóvenes habrían de morir en éste o en el otro lado, pero yo no percibí allí dentro, en el tumulto, ningún signo de cálculo aritmético, de orden, de inteligencia, de disciplina, que hiciera pensar que aquellos que mataban y morían eran hombres y no fieras enloquecidas, ratas de las que encierran por docenas, para pelear, en un reducido espacio de unos pocos palmos, sin posibilidad de escabullirse unas de otras, obligándolas a una ferocidad sin límites, sin otra escapatoria que matar, a mordiscos, a zarpazos, para no morir.

Y cuando señalé cuán diferente había sido la batalla para Grilo y para mí, mi padre sentenciaba que la caballería combate por el movimiento y la maniobra, y la infantería por el choque. Una forma muy experta de decir que el hoplita es empujado y apretujado por las filas de atrás contra un enemigo tan agobiado como él, y que el caballero trota, galopa y caracolea, y se da la vuelta, si es necesario, a la menor contrariedad.

Grilo decía que los espartanos habían perdido la batalla, entre otras cosas, por no tener una buena caballería que se hubiera impuesto a la tebana y sostenido el flanco derecho de la infantería. Quizás. Mi padre decía que los tebanos habían puesto la caballería delante sólo para que no se viera cuanta profundidad estaban dando a sus filas en ese lado. Que a Agesilao no le hubiera pasado inadvertida la maniobra. Que Esparta notaba la ancianidad de Agesilao. Quizás, sí. Tratándose de espartanos, dudo que

un rey y unos oficiales sobrios hubieran conducido la batalla de forma diferente a como lo hicieron Cleombroto y sus compañeros de symposion, todos borrachos.

Aunque eso lo pienso ahora. En aquel tiempo estábamos aturdidos todos, incapaces de creer que los espartanos hubieran perdido no solo una batalla, y de qué manera, sino con ella el apoyo de los aliados. Puede que Jenofonte, íntimamente, se adelantara a nosotros en comprender la nueva situación, justamente a través de todas las cosas que le contábamos y que nosotros, demasiado jóvenes, no comprendíamos como él. Su lamento por los achaques de Agesilao era sincero, e incluía una nota explícita de desánimo por la decadencia de Esparta, pero también, aunque nada dijera, por sí mismo y por su edad. Él anticipaba los tiempos de turbación que venían, y hacía recuento de fuerzas. Veía las suyas menguadas y menguantes, y trataba de sopesar las de sus hijos. Se arrimaba a nosotros, escuchando, con la actitud y la apariencia de un camarada, de igual a igual, un amigo mayor para sus hijos, sin la impenetrabilidad de su condición de padre, aunque realmente nunca llegara a perderla, al menos ante mí. Ahora me doy cuenta, debajo de su presencia y compostura, cuánto sufriría por sus hijos, tratando de calcular hasta qué punto seríamos capaces de hacer frente a lo que venía. Y hasta qué punto él sería, ya, incapaz.

Grilo hablaba de su experiencia de la guerra con la misma pasión que un cazador de sus perros, de sus presas y de sus ardides. Hablaba de caballos, de los que había montado o de los que tenían sus camaradas, de los que eran hermosos o fuertes o de buen paso o muy briosos o habían enfermado. Hablaba de los hombres que había conocido, de si eran amigos, nobles, cobardes, templados, astutos, nostálgicos o simplemente trataban de sobrevivir a la guerra. Hablaba también de la inteligencia de la guerra, y desmenuzaba las tácticas, los trucos, las mejores formas de marchar, de descansar, de combatir. Criticaba con sarcasmo lo que otros habían hecho mal, y señalaba, sin alabarlo en demasía, lo que otros habían hecho bien. De los que le escuchaban sólo le daban réplica Jenofonte y Teopompo. Él atendía todo lo que ellos le decían con el respeto debido a la experiencia, pero respondía antes de que hubieran dejado de hablar, tan seguro de sí mismo, tan entusiasmado en rebatir cualquier contradicción, que nadie que no fuera Jenofonte se atrevía a llevarle la contraria para no violentarse con él. No había duda de que él creía que los superaría a todos pronto, a su padre y a los amigos de su padre, a los estrategos espartanos y a los atenienses y, por supuesto, a los tebanos, por los que sentía un odio de más de veinte años, desde antes de nacer, desde antes de ser concebido, desde Coronea. Y los que estábamos a su lado no dudábamos que sería capaz de ello, si no por la madurez de su juicio, que no parecía desdeñable, sí por la fuerza de su empeño, que parecía irresistible.

Si alguna vez pareció, después de aquella carrera en la que fue zancadilleado, que lamentaría no haber podido concurrir a ninguna de las Olimpiadas que siguieron, ahora se veía que ansiaba más los triunfos que se podían conseguir en el campo de batalla que las coronas que dan a los vencedores del estadio.

Grilo explicaba cómo, si la caballería lacedemonia se hubiera impuesto a la tebana, podía haber acudido contra la espalda del Batallón Sagrado, y hendir y tajar sus cincuenta filas, por más que las fortificara el amor más viril y la disciplina más rigurosa. Me alegraba oír a Teopompo contradecirle: *"Basta una sola fila de escudos decididos y apretados para tener a raya al mejor escuadrón de*

caballería". Se exaltaba Grilo replicando que ni un infante ni dos ni tres pueden parar un caballo de peto y testuz. *"Pero Grilo"*, le decía Teopompo, *"sólo la caballería persa lleva peto y testuz. Y además"*, añadía, *"en todo caso se abrirán las filas para que pase el caballo, pero no dejarán pasar nunca al jinete, al que herirán del costado"*. *"La sola presencia de la caballería "*, respondía Grilo, *"obligaría al Batallón Sagrado a dar vuelta a tres, cuatro o cinco filas. Eso es difícil de hacer en medio de la batalla. Si aciertan, no ganan nada, que los jinetes pueden darles la espalda sin riesgo, pero si fallan, les va la derrota en ello"*. *"También a ti"*, le replicaba Jenofonte, *"te costaría conducir la caballería en orden desde un lugar a otro del campo de batalla, después de haber peleado con la tebana"*. *"Más difícil debe ser eso para los que se dan la vuelta derrotados",* replicaba Grilo, mientras Jenofonte no podía evitar sonreír complacido por lo que imaginaba atrevimiento. Y Grilo insistía que sería mejor aplicar la caballería allí donde la infantería ha chocado ya, y las falanges están revueltas. *"Eso es",* decía Grilo, *"Si la caballería ataca en el borde del flanco, los infantes enemigos no podrán formar filas suplementarias, porque estarán trabados con los nuestros. Y en cuanto se dé la vuelta uno, dos, tres, el más pequeño número de enemigos, infantes y jinetes entrarán por ahí, agrandando el boquete, y se vendrá abajo todo el flanco"*. Jenofonte respondía con seriedad *"Grilo, nunca he visto combatir de esa manera"*. *"¿No dices tú siempre, padre, que un ejército debe estar equilibradamente compuesto por hoplitas, caballería, arqueros y peltastas? ¿No será mejor aún que se apoyen mutuamente durante el combate, y no sólo a la hora de cenar?"*. Callaba Jenofonte satisfecho, porque no tomaba a risa como fantasías imposibles todo lo que él proponía. Y yo me quedaba íntimamente disgustado, porque no entendía que mi padre, por momentos, aplaudiera y participara del entusiasmo guerrero de Grilo.

El pleito de los eleatas

Cuando llegaron los enviados de Élide, algunos ya habían empezado a creer lo que querían, que no aparecerían nunca.

Mi padre nos envió a Grilo y a mí de casa en casa para convocar a los demás cireos, para que la servidumbre, y a través de ella los esciluntios, los otros habitantes de la aldea, permanecieran ignorantes tanto como fuera posible acerca de lo que estaba sucediendo. Cuando regresamos, casi todos los avisados por nosotros ya estaban allí. No llegaban a la docena. Le dimos noticia a Jenofonte de los que no habíamos podido localizar, y nos quedamos en la reunión, esquinados detrás de nuestro padre.

Entonces me di cuenta de qué ancianos eran todos ellos. Nosotros éramos los únicos jóvenes presentes, y los visitantes los únicos hombres maduros. De los dos magistrados de Élide, el mayor aparentaba diez, quince años menos que mi padre. Era conocido de él, y quizás por eso estaba allí, porque la autoridad parecía tenerla el otro, el más joven, el que había permanecido callado desde que habían entrado en casa hasta que, llegado el momento de empezar la reunión, expuso de un tirón el motivo que les traía a Escilunte. Y lo hizo con el aplomo y respeto de un hijo que ha demorado mucho tiempo el momento de hacerse cargo de la casa de su padre, al que siempre ha obedecido y respetado, y que cuando se dirige a él para dictarle, por vez primera, las condiciones de su vida, lo hace de forma considerada pero tajante, porque está convencido de que su ejercicio de autoridad es tan doloroso como inevitable y necesario.

Así conocimos de primera mano lo que habíamos venido oyendo: que Élide pretendía apoderarse de todas las comarcas, ciudades y aldeas al sur del Alfeo, hasta la linde con Mesenia.

— Como sabéis —había empezado diciendo el eleata— estas tierras siempre nos han pertenecido, y nos fueron arrebatadas por Esparta hace treinta años. Tú, Jenofonte, conoces bien los acuerdos del verano pasado, porque estuviste allí. Se estableció que las ciudades serían libres. Los hechos, además —no dijo Leuctra, sino así, los hechos—, han eliminado cualquier obstáculo que se pudiera oponer a esta libertad. Por eso venimos a deciros que ha terminado el obligado sometimiento a Esparta de estos años pasados, que se restaura —aquí todos contuvimos el aliento— la situación original. Escilunte pertenece a Élide desde ya.

— Di más bien —replicó Teopompo— que vosotros entendéis por libertad que nosotros estemos sometidos a vosotros.

— Antes lo estabais a los lacedemonios —contestó el otro eleata.

— No es cuestión de que nos hagamos discursos —cambió de tono el más joven—, como si estuviéramos en un congreso en Atenas o en Esparta delante de los embajadores de todas las ciudades.

Vosotros sabíais, cuando vinisteis aquí, que estas tierras siempre habían sido eleatas. Y que volverían a serlo, en cuanto Esparta aflojara...

— Di claramente si pretendéis echarnos de aquí —interrumpió Gnesipo.

— No te enfades, Gnesipo —cortó Jenofonte—. Nuestro huésped no ha traído más que cuatro hombres de escolta, por lo que no le veo, en apariencia, intenciones de arrojarnos de aquí. Y si lo que pretende es que nosotros seamos amigos de ellos, como lo hemos sido de los lacedemonios, no me parece mal. Aunque sería conveniente que nos explicara los términos que ellos proponen para esa amistad.

La audiencia calló, masticando el giro que Jenofonte pretendía dar a la reunión. El eleata, cuando constató que todos se ponían con su silencio detrás de Jenofonte, dijo:

— Seguiréis a los eleatas cuando vayan a la guerra.

— Lo hemos hecho en el pasado con los espartanos, ¿por qué no habríamos de hacerlo con vosotros también, que sois menos belicosos? Solo pondría reparos si nos condujerais contra nuestros antiguos protectores. O contra los atenienses.

— Difícilmente ocurrirá que luchemos contra Atenas, pero de poco nos servís si os abstenéis en el caso de que tuviéramos como enemiga a Esparta, porque eso puede ocurrir en cualquier momento.

— De menos aún, si nos pusiéramos de su parte. No nos deberías pedir que luchemos contra quienes han sido nuestros benefactores y amigos, y nunca se han portado injustamente con nosotros. Nuestra ausencia, además, no la notará nadie, porque Élide no combatirá nunca en solitario contra Esparta. Lo hará, si acaso, en coalición con otros más poderosos. En cambio, puede que sí tenga que luchar por sí misma contra otros enemigos. Ahí tienes a los arcadios, en el valle del Alfeo. O en el Norte, a los aqueos. Contra ellos sí nos comprometemos a seguiros.

Los dos eleatas se miraron. Entonces Jenofonte remachó.

— Creo que no estamos tan lejos de un acuerdo en este punto. ¿Qué más pediría de nosotros Élide?

— Un impuesto anual.

Los cireos se revolvieron.

— Nunca lo hemos pagado a los espartanos —replicó Jenofonte. Esto no era cierto. En alguna ocasión, por necesidad de allegar recursos para naves de guerra, Esparta nos había pedido dinero, o trigo, o ganado, en lugar de hombres.

— Todas las casas de Élide lo pagan.

— ¿Pagaríamos lo mismo que alguien de Cilene, de Pirgos o de Olimpia?

— Si. Sesenta dracmas por casa.

— ¿Y todo lo demás seguiría igual, seguiríamos en la posesión de nuestras casas y haciendas tal como hasta ahora?

— La justicia se administrará, normalmente, desde Olimpia. Pero en ese punto litigioso, estaríamos a lo que decidiera el Consejo en Elis.

— ¿Litigioso? Si nos pides impuestos y servicio militar, no puede ser que estés pensando en echarnos de nuestras tierras.

— El Consejo no prejuzga eso, pero los que fueron expulsados de aquí por los espartanos han presentado reclamación.

Por fin decía lo que todos temían. Y añadió:

— El Consejo os da la oportunidad de defenderos de ellos, siempre que aceptéis la soberanía de Élide en todos sus términos.

— ¿Y si no? —replicó Teopompo.

— Vendrán los soldados, os echarán y no habrá necesidad de que el Consejo resuelva ningún pleito.

— ¿Cuándo? —preguntó Jenfonte.

— ¿Cuándo qué?

— ¿Cuándo sesiona el Consejo sobre esto? ¿Cuándo podremos ir a defender nuestros derechos?

— El mes que viene, durante las fiestas pequeñas. ¿Debo entender que acatáis lo que he dicho?

— Si acudimos al Tribunal, es obvio que sí.

— ¿O sea, que acatáis?

— Lo que te he dicho, si acudimos al Tribunal.

La reunión formal concluyó así. Después mi padre los invitó y durante la comida trató de sonsacarles sobre el pleito: quiénes lo ponían, los términos concretos de la reclamación, qué opinaban los distintos miembros del Consejo. Sacó la impresión de que la demanda se estimaba seriamente, pero que tampoco había una actitud predispuesta contra nosotros. Quizás porque no hacía falta ninguna animosidad para sentenciar en nuestra contra: ¿acaso podíamos alegar algún derecho para retener lo que había llegado a nuestras manos por un acto de guerra que ahora se revertía?

Al día siguiente, los cireos debatieron la alternativa de presentarse a juicio, aceptando la soberanía de Élide, o de ofrecer resistencia. Estaban de acuerdo en que difícilmente obtendrían una sentencia favorable, pero discrepaban en qué hacer para evitar ser expulsados. Unos proponían convertir nuestra casa y patio en una torre de defensa que los pudiera acoger a todos, y llevar los ganados a los montes más lejanos, donde unas cuevas apartadas permitirían esconderlos de los soldados. Otros especulaban con la posibilidad de ponerse de acuerdo con los marganeos y trifilios, ya que allí también había colonos de los lacedemonios que se verían amenazados por el retorno de otros exiliados. Y aunque todos menospreciaban a los eleatas, porque no hay pueblo entre los griegos que menos se haya distinguido en la guerra, muy pocos pensaban que veinte jóvenes y quince hombres mayores podrían hacerles frente con éxito. Con los esciluntios, desde luego, no se contaba, y con los criados, lo que es habitual en estos casos: poco, y sólo si las cosas vienen bien dadas.

Fue entonces cuando Grilo se atrevió a hablar a los mayores: *"¿Y Olimpia? Si marganeos, trifilios y esciluntios tomásemos Olimpia, tendríamos riquezas suficientes para contratar mercenarios y levantar un ejército más poderoso que el de Élide?"*. Su propuesta desconcertó al principio. Pero como Jenofonte callaba, sin desautorizarla, más de uno empezó a soñar con los tesoros de los templos. La cordura, poco a poco, hizo ver la insolencia de su propuesta, y en esa insolencia, la coherencia de las medidas de guerra que proponían algunos. Pues construir torres y buscar aliados empujaba a tomar Olimpia, y eso es algo que el resto de Grecia no toleraría, como no hizo en el pasado: que unas manos distintas de las eleatas se

apoderaran de los tesoros de los templos. Y de mercenarios, todos sabían lo bastante para adivinar qué difícil sería contentarlos con la soldada solamente, si tenían al alcance el oro y la plata depositado en sagrado.

Tólmides sugirió que se ofreciera dinero a los litigantes por las haciendas que reclamaban. Teopompo y Gnesipo le replicaron que ninguno, salvo quizás Jenofonte, tenía tanto como valían las casa y los campos. Fue entonces cuando mi padre, que había hablado poco, se decidió a exponer su plan:

— Compañeros, yo no os puedo garantizar el éxito en esta batalla, como nunca lo hice en los tiempos de antaño, porque su resultado está, como todo, en manos de los dioses. Pero sí creo que ellos nos serán más favorables si seguimos el mejor de los planes, y éste, a mi modo de ver, no pasa por elegir una de entre las tres alternativas, resistir con las armas, someternos al juicio o comprar las voluntades de los que nos quieren quitar las haciendas, sino por poner en práctica las tres en un orden adecuado para que cada una refuerce a las otras.

— Debemos hacer preparativos como si fuéramos a resistirles —continuó—, pero no porque tengamos posibilidades de ganarles en la guerra, sino porque así dudarán más si sentenciar en nuestra contra. De la misma forma, debemos hacer cuanto esté en nuestras manos para ganar el juicio, debemos preparar nuestros discursos y visitar antes a las personas influyentes de Élide para convencerlos con nuestros argumentos y ablandarlos con regalos. Pero no hemos de apurar hasta el momento de la sentencia, sino resolver el pleito antes de ella poniéndonos de acuerdo con los litigantes en un precio, que en ese momento, si hemos dado la impresión a los jueces de que no nos resignaremos a perder lo nuestro, y a los litigantes de que hemos puesto toda la carne en el asador para ganar el juicio, no será equivalente al valor de nuestras casas y nuestros campos, sino inversamente proporcional al riesgo que ellos estimen de no obtener nada.

Desabrido, se levantó la voz de Gnesipo para replicarle.

— Tú, Jenofonte, que tuviste más participación que nosotros en el botín, porque fuiste estratego con Ciro y con Tibrón y con Agesilao, y a quien los espartanos entregaron lo mejor de estas tierras, y que tienes, además, el santuario de la Diosa, quizás podrás pagar lo que ellos te pidan, y quedarte aquí, a vivir tranquilo. Pero los demás nunca podremos reunir la mitad de la mitad que tú.

— Si yo fui estratego, Gnesipo, fue entre otras cosas porque siempre me opuse a que el ejército se disgregara y cada uno buscara la salvación por su cuenta. De la misma forma, ahora digo que ninguno de nosotros debe negociar por su cuenta, sino que ofrezcamos a los litigantes un tanto alzado por todo lo que hay en Escilunte, por tu casa y la mía y la de cada uno de nosotros. Para eso propongo que constituyamos un fondo, y que cada uno de vosotros contribuya en una misma cantidad, la que se fije. Yo, por mi parte, aportaré el doble de la suma que se reúna entre todos.

Se levantó Teopompo, enfadado:

— Tu, Gnesipo, siempre te lamentas más que nadie cuando el pedrisco, que cae igual para todos, estropea tus cosechas, o cuando la seca, igual para todos, mengua tus rebaños. ¿Cuándo dejaremos de oír tus lloriqueos? Pero no es momento ahora de reproches entre nosotros, sino de ser generosos cada uno, como nos da ejemplo Jenofonte, pensando en el bien de todos. Yo estoy de acuerdo en todo lo que ha dicho

Jenofonte, y propongo que se fije ahora una primera aportación de diez minas, y que sea Jenofonte quien recaude y administre, y que se use ese dinero para todos los gastos que surjan, y que se vaya tanteando a los marganeos y a los trifilios, para que llegue a los oídos de los eleatas, y que se vayan acopiando piedras, maderos y ladrillos de adobe en la era detrás de la casa de Jenofonte, por si fuera necesario construir la torre. Porque estamos en peligro y debemos ser diligentes.

Y así se aprobó. Al lado de casa se fueron acumulando entre todos los materiales reclamados por Teopompo. Mi padre los miraba y decía en voz baja: *"Servirán para levantar un templo a Zeus Rey, a quien quizás hemos descuidado en exceso mientras hemos estado a salvo"*. Porque él ni confiaba ni quería construir torre alguna, de la misma forma que en las visitas que hizo a los marganeos y trifilios procuró no comprometerse a nada con ellos, y ellos, como nosotros, lo mismo. Pero se hizo algo de ruido, en parte dirigido a que lo oyeran los eleatas, pero quizás más a entretener y acallar a los más belicosos de los cireos. Aunque sólo mi hermano Grilo lo era sin reservas.

Al tiempo partimos para Élide. Jenofonte, Gnesipo, Tólmides y Teopompo iban como delegados de todos. Les acompañábamos Grilo y yo. Al pasar por Olimpia Jenofonte le dijo a Grilo: *"Acompáñame, saqueador de tesoros"*. Y fueron juntos en busca del guardián del templo de Zeus. Al rato, volvieron cargando unas bolsas. Jenofonte llevaba una, y no con ligereza, mientras que a Grilo se le veía abrumado, por más que quisiera disimularlo, por las otras tres. Nada le dijimos hasta que estuvimos en el camino, fuera de ojos y oídos indiscretos. Cayeron entonces sobre él nuestras burlas sobre su estampa de saqueador, mientras Jenofonte mandaba distribuir el contenido de los sacos en bolsas pequeñas, que se disimulaban mejor dentro de la impedimenta, y apretadamente cerradas, para que no zurrieran.

A Élide llegamos varios días antes de la víspera de las fiestas pequeñas en las que sesionaba el Consejo. La primera tarea fue buscar discretamente al guardián del templo de Afrodita Urania y hacerle entrega de las bolsas, para que la Diosa las custodiara de la misma forma que su imagen de marfil y oro custodia a la tortuga que tiene bajo su pie.

Los días siguientes se emplearon en visitas a miembros del Consejo, a conocidos influyentes, y a algún que otro abogado. Grilo y yo esperábamos en la calle, como si fuéramos criados.

La primera noticia agradable que tuvimos fue que no todos los expulsados habían concurrido a la reclamación. Treinta años es mucho tiempo, y algunas familias habían olvidado Escilunte. Pero entre los demandantes estaba Cerátadas, el antiguo dueño de nuestra hacienda, aquel hombre que un día Jenofonte conoció en Olimpia y al que acogió en casa y despidió con regalos. Cerátadas vivía en Cilene, dedicado al comercio, y no se podría hablar con él hasta que acudiera al juicio. Era el instigador de la demanda, el que había puesto de acuerdo a los otros para dirigirse al Consejo. Mi padre esperaba que al menos se pudiera negociar con él en nombre de todos. De lo contrario, sería muy laborioso tratar con cada uno individualmente.

La otra buena noticia vino de Esparta. Los tebanos habían impulsado la rebelión de sus antiguos aliados peloponesios, y en pleno invierno se habían presentado en el valle del Eurotas al frente de una coalición de fuerzas beocias, arcadias y argivas. Nunca antes, nunca, las mujeres lacedemonias habían visto el humo de las hogueras de los enemigos. Con unas fuerzas incomparablemente más reducidas,

Agesilao defendió la ciudad, una ciudad que no tenía, que no había tenido nunca murallas, a la vez contra enemigos superiores en número y contra un conato de rebelión interna. Fueron incendiados los astilleros del Giteon y arrasada la campiña lacedemonia.

Atenas no podía permitir la aniquilación de Esparta. El ateniense Ifícrates, el mejor general, según mi padre, desde los tiempos de Alcibíades, se acercó al istmo de Corinto, amenazando con bloquearlo. Los tebanos se persuadieron de que era mejor darse la vuelta. Esparta se vio libre de los invasores, pero no pudo evitar que los arcadios fundaran y fortificaran su Gran Ciudad, Megalópolis. Nacía, a semejanza de la Confederación Beocia, la Confederación Arcadia, como un gran contrapeso para Esparta, en el Peloponeso. Y un gigante al lado de Élide, un gigante que dormía a poca distancia de Olimpia y de Escilunte.

La supervivencia de Esparta y la aparición de la Confederación Arcadia, todo ponía más en precario la soberanía eleata sobre la zona al sur del Alfeo.

En la sesión del Consejo Tólmides fue el primero en intervenir. Quería con ello mi padre que fuera un natural de Élide, como era Tólmides, el que replicara en primer lugar a los que decían que sus haciendas habían sido entregadas por los espartanos a unos extranjeros. Tólmides no era un orador, pero estaba acostumbrado a vocear en público, y causó buena impresión cuando se presentó como un viejo al que una ciudad extraña había recompensado después de una juventud de penalidades luchando contra el bárbaro, mientras que sus compatriotas pretendían tratarlo con ingratitud.

Después habló mi padre.

Mi padre era un hombre alto, más que nosotros sus hijos, e impresionaba porque a su barba completamente blanca unía un vigor de miembros, una apostura de cuerpo notable para su edad, y que era debida a su disciplina de vida, la del que, pudiendo haber dejado todas las fatigas de la hacienda en manos de sus esclavos y de nosotros sus hijos, prefería él mismo encargarse en persona de muchos de ellos, pues decía que nunca se debería llegar a la hora de comer sin haber sudado, y que los ejercicios que se hacen expuestos a los soles y a los fríos son los más sanos para el cuerpo. Y de aquel cuerpo al mismo tiempo venerable y fibroso, surgía una voz que nosotros sus hijos no habíamos oído nunca, de enunciación más pausada y con un timbre más grave, pero con no sé qué resonancia en su garganta, que le hacía fácil dirigirse a las audiencias más numerosas y que todos le oyeran con claridad. Además de los jueces y de los litigantes, de sus amigos y familiares, al reclamo del nombre de mi padre había acudido mucho público a aquella sesión del Consejo.

Mi padre hizo un discurso alegando que ellos no habían perjudicado a nadie al establecerse en Escilunte, porque nadie habitaba ya aquellas casas, salvo los siervos y arrendatarios, que habían aprovechado la huida de sus amos para apoderarse de su ganado, saquear las viviendas y ocupar las mejores tierras. Si el Consejo quería reparar el daño sufrido por sus antiguos poseedores, no lo lograría completamente, porque muchos de ellos no vivían ya y sus descendientes se habían acomodado en otra parte, pero en cambio sí causarían un daño de igual magnitud a los que ahora poseían las haciendas, *"hombres"*, se cuidó mi padre de señalar, *"que por los hechos de su juventud, que enorgullecen a todos los griegos, tuvieron por recompensa el destierro de su patria"*.

Creo que, si no los persuadió a todos de la justeza de su causa, al menos no hubo ninguno de ellos que no saliera de allí más favorable hacia él y hacia nosotros de lo que había entrado.

Pero el menos persuadido por Jenofonte era mi hermano Grilo.

— ¿A cuento de qué esta farsa de juicio? —decía, cuando nuestro padre no estaba presente— ¿Es que nosotros, si perdemos el pleito, nos vamos a ir voluntariamente? Si Escilunte es suyo, ¿por qué no han venido todavía a quitárnoslo? Al final nos veremos allí, con las armas en la mano, y lamentaremos el tiempo que hemos perdido aquí, cuando deberíamos haber levantado ya la torre.

— Una torre —le respondía yo— te defiende durante un día o dos. Al tercero, a más tardar, te la echan abajo. ¿Y cuántos hombres para luchar hay en Escilunte? No llegan a cuarenta, y eso suponiendo que los esciluntios te siguieran, que es mucho suponer.

— Es verdad, Diodoro, yo pensaba que había más hombres en Escilunte —replicó Grilo, y siguió hablando, ciego de cólera— Así que nos iremos sin luchar, porque éstos —se refería a los jueces— arriesgan poco sentenciando en contra nuestra.

Yo esperaba que Grilo mismo se daría cuenta, si todo salía bien, de qué equivocada era su apreciación de las cosas. Pero me preocupaba pensar qué ocurriría entre él y mi padre si las cosas se torcían. Mientras tanto, en ese vano intento por convencer que a veces sostenemos sin esperanza, yo le decía:

— Los hombres no siempre tienen por qué ser enemigos, aunque les enfrenten sus intereses— Yo aludía a las negociaciones llevadas en privado con los litigantes, encabezados por nuestro antiguo huésped, Cerátadas, el hombre de Cilene.

Que al final, para alivio de todos y sorpresa de Grilo, dieron el resultado que mi padre se había fijado como meta. Entre los argumentos que empleó mi padre no fue el menor la aparición sorpresiva de unas bolsas sobre la mesa, junto a las jarras de vino. Si el guardián del templo de Afrodita Urania no hubiera cumplido su obligación de ser discreto, los litigantes hubieran exigido bastante más y se les hubiera dado. Pero se conformaron con lo que vieron. Era su apuesta, la medida de sus convicciones sobre la posibilidad de un fallo favorable a nosotros. También, sobre la eventualidad de una guerra entre Élide y la Confederación Arcadia, o de un renacimiento del poder de Esparta, perspectivas todas ellas que disminuían para ellos el valor de las propiedades en litigio.

Grilo no sabía si haber pagado para no luchar era bueno o malo, ni siquiera si el precio pagado era caro o barato. Nunca, desde niños, se nos había dicho que poseyéramos un tesoro oculto y custodiado en el templo de Zeus en Olimpia. Ni tampoco que el dinero reemplazara el esfuerzo de los héroes.

Después de que los magistrados del Consejo sancionaran el acuerdo entre las partes, Cerátadas nos invitó a cenar. Durante la cena reprendió a mi padre por arriesgarse a llevar encima esas cantidades de dinero. Luego se puso un poco sentimental y nos dijo, dirigiéndose a Grilo y a mí:

— Yo tenía la misma edad que vosotros cuando los espartanos echaron a mi familia de Escilunte. Durante muchos años sufrí por no poder regresar al lugar donde había nacido y me había criado. Vosotros y yo hemos bebido la misma agua, hemos respirado el mismo aire, y nos hemos sentado en las mismas

piedras y bajo los mismos árboles. Así que, cuando nuestro pleito estaba en el aire y vosotros estabais en riesgo de veros obligados a devolvernos lo que era nuestro, no dejaba de comprender vuestros sentimientos.

— Creo —dijo Grilo secamente— que no hubiera sido justo que nos echaran de Escilunte, ni nosotros nos hubiéramos dejado expulsar por las buenas.

Jenofonte miró a Grilo con enojo, pero nuestro anfitrión no se ofendió.

— ¿Justo? Muchacho, hay muchas diferencias sobre las que nadie puede aquilatar con exactitud lo que es justo. Como el precio de una mercancía, eso es algo aproximado, que puede variar según los tiempos y lugares, según los puntos de vista. Pero si, en un litigio, alguien encuentra algo que no deja completamente descontentos a ninguna de las partes, llamémosle a eso justicia.

El enfado de Grilo no se esperaba una respuesta semejante, y escuchaba tan hipnotizado como un gato que ve brincar a un pájaro delante de él, esperando alcanzarle de un salto en cuanto se pusiera a tiro.

— Pero aún ahora pueden ser las cosas peor para vosotros, y os puede ocurrir lo mismo que me ocurrió a mí. Los arcadios están estropeándolo todo, en el norte, en el sur, en el este y aquí, en el oeste. Vuestro padre, y también vosotros, como yo cuando vivía en Escilunte, pensáis que vuestra vida es aquella casa, aquellos montes, las tierras, las fuentes, el aire que respiráis allí en vuestra aldea. El dinero no da ninguno de esos goces. Pero al menos, si lo tenéis y os veis en la peor de las tesituras, con dinero podréis rehacer vuestras vidas en cualquier otra parte. Durante un tiempo os quedará la nostalgia, los dolorosos recuerdos, hasta que un día os levantéis pensando más en el mañana que en el ayer. Sobre todo, vosotros los jóvenes.

Y añadió, dirigiéndose a Grilo y a mí:

— Los viejos, como vuestro padre y como yo, nos convertimos en un saco de recuerdos con los que aburrimos a los jóvenes.

Yo le contesté, sinceramente conmovido:

— No te menosprecies a ti mismo, buen huésped. No nos has dicho ningún desatino. Bien al contrario, yo te he escuchado con gusto.

Con eso pretendía remediar la falta de tacto de Grilo.

Jenofonte mirándonos a nosotros dos:

— En fin, estos dos que aquí ves, mis hijos, ni siquiera me toleran ya que les levante un poco la voz —se refería a Grilo, pero entendí que hablara por los dos para no señalarlo demasiado a él.

Y siguió:

— Así es la juventud, atolondrada. Vigorosa, pero inconsciente. En cambio, para nosotros, a medida que menguan las fuerzas, se acrecienta la claridad de nuestras mentes. ¡Qué injusto es todo! Los dioses deberían aturdirnos al llegar a la vejez, para que no sintiéramos nuestra decadencia. En lugar de eso, nos inoculan una punzante lucidez, para que no nos hagamos falsas ilusiones sobre nuestra situación presente y para que lamentemos sin cesar las energías mal empleadas de nuestra juventud.

Cerátadas rió:

— También nos regalan muchos ratos agradables bebiendo en compañía de los amigos, como ahora. ¿No has pensado, por el contrario, que el placer de la conversación aumenta con la edad?

— Tienes razón. Y puesto que hemos disfrutado de él, bebamos un último trago y vayamos a descansar, para madrugar mañana.

Y se despidieron como grandes amigos, pues habían sabido respetarse cuando tenían motivos para estar enemistados, y desaparecidos éstos, no pudieron evitar sentir afecto el uno por el otro.

Reparto del tesoro

Pasó un verano, otro invierno, y nuevamente otro verano.

Seguíamos en tiempo de rumores. Epaminondas irrumpía cada cierto tiempo con el ejército tebano por el Istmo de Corinto para demoler, en complicidad con la naciente Confederación Arcadia, los restos del poder espartano. Todo eso ocurría no muy cerca, en el extremo del Peloponeso opuesto al nuestro, y en Escilunte sólo nos inquietaban los bandidos de Licosura y Parrasia que, después de no hacerlo en muchos años, volvían a cruzar de vez en cuando el Alfeo para robar ganado.

Un día vinieron a casa Gnesipo, Licio y Polícrates. Hoy pienso que traían el aspecto de quienes se proponen algo vergonzoso, que serían incapaces de acometer por separado, pero a lo que se atreven en compañía pensando que así su persona y su indignidad pasará más inadvertida. Aunque seguramente ese recuerdo lo inventé yo después, cuando supe a qué habían venido. Estuvieron un rato hablando con Jenofonte en privado. Cuando se marcharon, mi padre se quedó junto a mí, callado. Yo me atreví a preguntarle qué ocurría.

— No pensaba que ocurriría, Diodoro. Durante la Retirada, hubo muchos momentos de división, incluso de discordia. Pero, a diferencia de los demás, los atenienses siempre estuvimos unidos. Ahora, aquí, entre los cireos de Escilunte, que somos casi todos atenienses, cada uno tira por su lado. Detrás de éstos vendrán los demás.

Y siguió.

— La verdad es que debía haberlo esperado. La última carta de tu tío Diodoro —nada sabía yo de esa carta todavía— ya me decía que algunos familiares de Gnesipo estaban tanteando el indulto. Él y los otros dos han venido a pedirme su parte en lo que queda del tesoro porque necesitan dinero para gestionar la derogación del destierro para ellos.

— ¿Es posible que se levante el destierro? ¿Para todos, también para ti? Eso es una buena noticia.

— A Esparta su desgracia le atrae la amistad de Atenas, ya ves. Nosotros fuimos desterrados por servir a un enemigo de nuestra patria. Desaparecida la enemistad, no debería haber razones para mantener nuestro destierro.

— ¿Y entonces? ¿Qué tiene de malo lo que van a hacer estos tres?

— No debemos volver como si pagáramos una multa, para vivir allí avergonzados o acobardados por miedo a que se arrepientan de su indulgencia. Pero Gnesipo, Licio y Polícrates sí están dispuestos a hacerlo, y otros les seguirán.

— Pero ¿se irán de Escilunte si los indultan?

— Será como si se hubieran ido. No tardarán muchos años en marcharse a Atenas. Venderán o arrendarán las tierras de aquí. Ni siquiera han tenido el detalle de ofrecerse a devolverme lo que yo pagué de más, sin corresponderme, a los demandantes de Élide.

— ¿Y qué vas a hacer? ¿No vas a reunir a todos para que se resuelva en común?

— El daño ya está hecho. Ellos han empezado las gestiones en la ciudad por su cuenta, sin contar con los demás.

Su mirada se dirigió a un costado de mi cuerpo, atisbando detrás de mí por la puerta abierta de casa, como si hubiera alguien allí, o viniera gente.

— Los arcadios no tardarán mucho en echarnos de aquí. Esos ladrones de ganado nunca se atrevieron a pasar el Alfeo. Se insolentan, los eleatas les dejan hacer, ni los castigan ni se preparan para la guerra. Y esos bandidos enseñarán el camino a los demás.

»Teme a los arcadios, Diodoro. Son gente pobre, pastores los más, que no tienen tierra suficiente en sus montañas para los hijos que traen al mundo, ni puertos de mar por donde comerciar, traer alimentos o enviar sus naves a fundar nuevas ciudades. Por eso, el exceso de sus hombres ha servido siempre como soldados para las demás ciudades griegas y para los bárbaros. Son buenos soldados, si se les sabe mandar. Nunca debieran haber dejado de estar sometidos a Esparta. Como pueblo independiente, son incultos, rudos, tan inocentes como un niño, pero igualmente egoístas y cortos de miras. Ni siquiera son griegos, pues aún hay aldeas de entre ellos donde se habla una lengua antigua e incomprensible para nosotros. Y no hace mucho que practicaban sacrificios humanos.

»Vendrán a Olimpia, a por dinero para la guerra. Y de paso arrasarán Escilunte. Élide, esa patria que nos ha acogido como ciudadanos por un módico precio, no se prepara a hacerles frente. Nosotros tendremos que huir, porque no podremos resistir por nuestros medios, ni hay nadie entre los arcadios a quién dirigirse para hablar, para concertar que pasen por aquí tomando sólo lo necesario para un ejército.

— Soféneto de Estínfalo ha muerto —añadió mi padre. Ni lo sabía, ni me imaginaba que él, sabiéndolo, callaría aquello para sí—. Bueno, no exactamente. Es mayor que yo, mayor que Agesilao. Y ha entrado en ese estado en el que todo a tu alrededor se va desvaneciendo en sombras. Ya no conoce a nadie. Me lo ha dicho el que le llevó la carta.

Que le escribí yo, a su dictado, meses antes. Sí, de eso me acordaba. Una carta extraña, sin motivo aparente, porque mi padre, que intercambia muchas y con mucha gente, nunca lo había hecho antes con Soféneto de Estínfalo, quizás porque a nadie le pilla al paso aquel lago perdido entre las montañas y sería difícil hacérselas llegar, o porque Soféneto no era hombre que gustara de cartas. Y al saber ahora el motivo de la carta, caí en la cuenta de cuán cautelosamente estaba redactada, que ni yo adiviné su finalidad mientras la escribía, pues parecía que se limitaba a recordarle nuestra existencia, a hacerle saber lo que nos había ocurrido con los eleatas y lo bien librados que habíamos salido, y se despedía recordando, como si viniera al caso de las tribulaciones futuras que le insinuaba, que una vez los arcadios del ejército —Soféneto con ellos— estaban rodeados en una colina por los tracios bitinios, en posición desesperada, y Jenofonte pudo acudir en su ayuda, sin que nadie le avisara, porque los había seguido de lejos por el interior del país.

— Y me la ha devuelto sin entregársela, sin que nadie, si no me engaña, la haya leído, contándome como lo encontró, a Soféneto, en un poyo al sol donde todas las mañanas lo sienta su hermana, para que esté. Su sobrino Eneas, ¿te acuerdas?, el muchacho que os enseñó a coger los cangrejos con la mano, es capitán entre los arcadios. No sé cómo dirigirme a él de forma que no lo comprometería ante los suyos y a nosotros ante los eleatas, para pedirle alguna seguridad de que los arcadios pasarán Escilunte de largo en su marcha sobre Olimpia.

No era la primera vez que mi padre me hacía confidencias, siempre en momentos de ausencia de Grilo y como digresiones que parecían descansos reclamados por un rato de trabajo en el escritorio, él dictándome o yo leyéndole. Ahora él había alejado a Grilo con un pretexto —porque un pretexto me pareció después el recado con el que lo había enviado al campo— para decirme todo esto a solas. Nunca lo había hecho, marcar tanta diferencia en el trato entre Grilo y yo. Casi fue la última vez. Hubo otra, al final. Pero Grilo ya no estaba, solo quedaba yo.

Por fin una tarde se juntaron los cireos. No fue como otras veces, una reunión despreocupada y cordial. Silencios y miradas huidizas. Mi padre, bruscamente, empezó a hablar. Estaba incómodo.

— El sobrante del tesoro está depositado en el templo de Poseidón en Corinto. Ahora mismo daré a cada uno de vosotros el resguardo de su parte. Son estos talones de cuero.

Jenofonte tenía el mazo con los recibos en una mano, y con la otra enseñaba uno de ellos y mostraba la cantidad escrita en él. A desgana, dio las explicaciones que le pedían. Mi padre había hecho caso a Cerátadas, el pleiteante eleata cuya amistad tan sorprendentemente había conseguido, y el dinero no volvió de Élide. Guardarlo en Escilunte hubiera sido peligroso para nosotros, e inseguro dejarlo en el templo de Zeus en Olimpia, con los arcadios en puertas. Así que el mismo Cerátadas se encargó de decirle cómo llevarlo a Corinto discretamente, sin que nadie se enterara.

— Presentando uno de ellos al guardián del templo, recibiréis vosotros, o la persona que enviéis, una bolsa con la cantidad que ahí está escrita.

— ¡Pedazos de cuero! Nosotros te dimos monedas de oro y de plata, y tu nos devuelves unos trozos de cuero.

— ¿Insinúas, Gnesipo, que te estoy engañando?

— Yo necesito el dinero, el dinero que estaba aquí, y que tú me obligas ahora a ir a Corinto a por él.

— Tú necesitas el dinero para llevarlo a Atenas, según me dijiste. Te será más fácil y seguro darle este pedazo de cuero a alguien, para que vaya hasta Corinto sin miedo a que le roben por el camino, y allí recoja el dinero y se embarque con él hasta Atenas.

— Espera, Gnesipo. Calla un momento. —le interrumpió Teopompo antes de que se reanudara la discusión— Y tú, Jenofonte, creo que te debes explicar con nosotros. Lo que dices, que está depositado en el santuario de Poseidón, y esa forma de disponer de él, lo entiendo y sé como funciona, porque he oído hablar de cómo los comerciantes manejan sus caudales, pero no comprendo por qué lo has hecho, ni comprendo por qué te prestas a repartir el tesoro, si habíamos acordado que dispondríamos de él en común.

Jenofonte miraba a todos fijamente. La discusión con Gnesipo le había irritado y sobre sus ojos brillantes, las cejas, como pintadas en negro, le estrujaban la frente.

— Hice que lo llevaran a Corinto, porque en estos tiempos es la ciudad más segura de toda la Hélade, porque ha conseguido que tanto Atenas, como Esparta, como Tebas, reconozcan su neutralidad. Insisto además, Gnesipo: si queréis enviar dinero a Atenas, ¿no será más fácil hacerlo desde Corinto, que está cerca y de donde todos los días salen barcos para Atenas, que desde aquí, donde hay que atravesar caminos llenos de bandidos, y donde es posible que pronto veamos la guerra?

Jenofonte esperó a que nadie respondiera a su pregunta.

— Y yo ni me opongo a seguir teniéndolo en común ni a repartirlo. Cuando Gnesipo y los otros pidieron su parte, yo mismo pensé como tú, que habíamos acordado utilizarlo en común, pero como no encontré razones con las que convencerles, ni entonces ni ahora me opongo a que se reparta el dinero. Creo, además, que lo sustancial no es eso, sino el uso que se le quiere dar. Porque ellos no quieren ese dinero para equipar una cuádriga para la competición olímpica, ni siquiera para adquirir cosas de provecho para su casa, sino para gastarlo en persuadir a los atenienses de que les levanten el destierro.

— Pues entonces, Jenofonte, lo que debemos debatir es si hemos de gastar ese dinero en conseguir el indulto para todos, o no lo vamos a hacer, pero todos juntos —concluyó Teopompo.

— Yo me opongo a que eso se decida en común —dijo Jenofonte.

Sorpresa.

— Explícate, Jenofonte —rompió Teopompo.

— Algunos de nosotros no son atenienses, y por tanto nada les va.

— No importa eso, si se les da su parte —replicó Teopompo.

— Otra razón es que mi ánimo rechaza el rebajarse a rogar y sobornar para conseguir aquello a lo que tenemos derecho: que la ciudad revoque un castigo que se nos impuso injustamente.

— No te importó pagar un rescate por Escilunte a los eleatas —intervino Licio.

— No me importó. Los expulsados me dieron pena, porque vi en ellos lo que nos hicieron a nosotros en nuestra propia ciudad, o lo que nos pueden hacer ahora los arcadios. Pero no pediré un favor a los atenienses, ni mucho menos pagaré por ello, cuando en realidad es a mí a quién se debe una reparación.

— No todos somos tan orgullosos como tú.

— Por eso mismo, tampoco me parecería bien que por mi orgullo se obligara a todos a seguirme, porque ahora realmente vivimos en momentos de peligro, en los que podríamos llegar a ser arrojados de aquí por los arcadios, y sería menos amargo para algunos, si eso ocurriera, tener la oportunidad de poder volver por fin a Atenas.

— Y finalmente, porque he echado cuentas como un mercader y estoy convencido de que, si vais a comprar el regreso, os saldrá más barato si vais sin mí, que si os acompaño.

Y esto era cierto y lo sabían todos.

Llegan los arcadios

Así que el fondo común se repartió en forma de tejuelos que cualquiera que los llevara en mano podría cambiar en el templo de Poseidón en Corinto por los dáricos allí depositados.

Gnesipo no tardó en hacer uso de ellos y convencerse por fin de que aquellos pedazos de cuero eran un medio efectivo de disponer de su dinero. Su actitud hacia Jenofonte perdió acritud y hubiera llegado a disculparse con él a poco que mi padre le hubiera dado pie, como hubiera hecho en otro tiempo, como siempre había hecho Jenofonte con quien puntualmente se distanciaba de él por cualquier circunstancia pasajera. Esta vez no ocurrió así. Jenofonte mantenía la misma apariencia de predisposición hacia los intereses comunes, siempre dispuesto a recibir a quien quisiera o a ofrecerse él dónde y cuándo hiciera falta, pero en realidad había cambiado íntimamente. Nadie era capaz de decirlo con palabras, ninguno era consciente de ello, tan callada había sido la transformación. Seguían viniendo a él, como siempre, para descargar sus tribulaciones o regalarle sus alegrías, pero ya no salían de su presencia, si habían venido eufóricos, tranquilos, y si apesadumbrados, serenos. Las palabras parecían iguales, los gestos los de siempre, el hombre parecía el mismo, pero el visitante se iba decepcionado.

Por aquel tiempo nuestro padre tuvo un sueño en el que todos estábamos reunidos a su alrededor, Grilo y yo, Polixena y los criados, y nuestros amigos y nuestros vecinos. Aparecía entonces, desde el bosque junto al templo de Artemisa, un enorme jabalí, de muchos años y grandes colmillos, que nos asustaba a todos y nos dispersaba. El jabalí desaparecía y Jenofonte se daba cuenta de que se encontraba sólo, subido a un árbol, sin saber donde estábamos cada uno de nosotros.

Mi padre pensaba que era un aviso de la Diosa acerca de lo que iba a pasar en el futuro próximo, y que todos temíamos. Yo, sin poner en duda que fuera así, lo veía relacionado con dos sucesos recientes.

Ese mismo día o el anterior, se había comentado en casa la conveniencia de que se diera una batida de jabalíes de todo el pueblo, porque en los campos de labor se encontraban cada día nuevos corronchos hozados por el jabalí.

El otro suceso nos había ocurrido a Grilo y a mí unos meses antes. Había nevado. Tanto, que los cireos se sintieron soñar, transportados de pronto a los momentos más singulares de la Subida, cuando la travesía de las tierras de Armenia, o al invierno en Tracia, al servicio de Seutes. Las ramas de los árboles se humillaban al peso de la blanda blancura, se partían las más robustas, y hasta los troncos que se habían acomodado durante años, con tenaz escorzo, a los vientos más fuertes y constantes, ahora quedaban tronchados por el pie junto al suelo, tanta fue la nieve caída. Llovió en seguida, en abundancia, templó el tiempo, y en pocos días ennegreció la tierra. Grilo y yo salimos al monte para despejar los pasos de la

mucha leña que los cerraba. Andábamos cada uno con un hacha en la mano, cuando irrumpió en la senda una manada de jabatos. Grilo, que iba delante, se abalanzó sobre ellos, pensé yo que para asustarlos. Pero cuando se volvió hacia mí, fue para enseñarme, riendo, al que había cogido, que se debatía entre sus brazos gruñendo con tierna fiereza. Ya me contagiaba la risa cuando, de un grito, tuve que advertirle de la madre que por detrás le acometía. Soltó Grilo al jabato y se subió a una encina de dos zancadas y un brinco, como yo. Desde arriba contemplamos a la jabalina cómo recogía su cría y reemprendía el camino con el resto de la prole. Afortunadamente, no llevábamos con nosotros ningún perro que le hubiera hecho frente, pues entonces hubiéramos tenido que pelear con ella. No es fácil hacerlo con un venablo, peor aún nos las hubiéramos apañado a hachazos.

Seguramente fue la noticia de que los jabalíes destrozaban los campos del pueblo la que llevó a Jenofonte a recordar, en sueños, nuestro tropiezo con la jabalina, como ocurre tantas veces. Y la Diosa aprovechó para insinuarle su designio o su aviso: que todos seríamos expulsados de Escilunte.

Jenofonte sacrificó aquella misma mañana en el templo de Artemisa. Cuando tuvo las entrañas de la víctima al descubierto sobre el altar, permaneció largo rato en silencio, meditando. La Diosa le mostró con claridad que el jabalí era el pueblo arcadio, pues el del sueño era grande y poderoso, como efectivamente había llegado a ser la Confederación Arcadia. También, con los muchos años del animal, quería decir la Diosa que los arcadios son, efectivamente, el pueblo más antiguo de la Hélade, asentado en el Peloponeso desde antes de que llegaran los antepasados de los griegos. Su repentina aparición, desde la espesura del bosque, hablaba tanto del reciente ascenso en poderío de los arcadios, que hasta entonces habían permanecido desunidos y aislados en sus montañas, como del peligro de su inminente llegada. Jenofonte no podía estar más inquieto, y también preocupado de ver que en el sueño quedábamos todos desperdigados, perdidos unos de otros.

Al tiempo de estos presagios, ocurrió que los eleatas pusieron guarnición en Olimpia. Jenofonte esperaba de un momento a otro un mensajero que pidiera una leva de Escilunte para agregarla a los soldados que ya había en la ciudad. De común acuerdo cireos y esciluntios, cuatro hombres nos turnábamos en un puesto de observación sobre el camino que viene de Esparta siguiendo el curso del Alfeo, por donde presumiblemente llegarían los arcadios. Se enviaba siempre a tres jóvenes con un adulto a su cargo, preparados para prender un fuego en la cima de un monte que avisara a la aldea. Cada seis días nos tocaba a Grilo y a mí. En otro tiempo, lo normal hubiera sido que Grilo y yo marcháramos por separado, a la cabeza del turno correspondiente, pero Jenofonte prefería que estuviéramos los dos siempre juntos.

Jenofonte estaba seguro que los eleatas perderían Olimpia. Su incompetencia militar era tal, nos dijo sin rodeos, que prefería que llegaran antes los arcadios que la orden de alistamiento. No quería que sus hijos murieran luchando en un ejército de bisoños conducido por incompetentes. Jenofonte no veía otro plan, frente a la acometida del jabalí, que el que habían puesto en marcha Gnesipo y otros: una vuelta vergonzante a Atenas, no sin antes errar como refugiados por muchas ciudades, haciendo tiempo a que la ciudad tuviera a bien apiadarse.

En todas las casas se tenían aparejados los carruajes para una partida inmediata, a falta sólo de enganchar los animales, y estaban ya empaquetadas todas las cosas que cada uno había pensado llevar

consigo, por si tocaba huir deprisa. Era triste, a todas horas, ver por las habitaciones los bultos dónde estaba oculto y recogido lo que se quería conservar, y por contraste, a la vista todo lo que se quedaría a disposición de los saqueadores. Allí estaba, colgada en la pared, la panoplia de Jenofonte, que él ya no vestiría, ni ninguno de nosotros, porque nuestro padre había dicho que en la huida sólo lleváramos armas de poco peso, jabalinas, puñales o arcos. ¿Qué arcadio se apoderaría de ella, o acaso entre varios se la repartirían, despreciando quizás la lanza, por vieja la madera, o el yelmo, por antiguo y poco vistoso, sin saber que en él se había bebido agua del Eufrates y del Tigris, del Araxes, del Halis y del Pactolo?

Por aquellos días era el tiempo de la romería al santuario de Artemisa. Para justificar que no se celebrara no hubo necesidad de referirle a nadie que ése era el escenario de un mal sueño que había tenido mi padre, porque no había nada más opuesto a las medidas de alerta que se habían tomado que reunir a toda los pobladores lejos de sus casas durante un día entero. Al intentar precaverse de lo que el sueño anunciaba, no se hacía sino cumplir su designio, puesto que se dispersaba al pueblo que Jenofonte había congregado en torno a sí durante veinticinco años.

Tampoco el tiempo era propicio para la romería. Las hojas de los chopos más cercanos al río amarilleaban ahora, meses antes de lo que tocaba. Pero eran otros muchos los que llevábamos sin llover, y una sucesión extraordinaria de días de mucho calor apuntillaba a plantas y animales. Las hojas de las higueras colgaban lacias y sin brillo, las encinas se amarronaban, el boj enrojecía y diariamente repartíamos alrededor del santuario pequeños tiestos llenos de agua, para que los vencejos y los gorriones no murieran de sed. De los animales mayores, cuidaría la Diosa, y de los hombres, el Dios.

Mirábamos Grilo y yo a nuestro padre, y deseábamos que aparecieran cuanto antes los arcadios quemando y talando, por ver si a la vista del peligro venía él a la vida y al genio con el que siempre lo habíamos conocido. Cualquiera fuera el daño que sufriera nuestra casa, cualesquiera las penalidades que hubiéramos de soportar, no podría haber para él un sufrimiento mayor que el que ya sentía. Pues él se veía depuesto de su condición de jefe y guía. Otras veces, en los tiempos de la expedición, también mi padre se encontró cuestionado, rechazado y negado por el ejército. Pero entonces él sabía qué era lo que convenía hacer y los hechos mismos se encargaban de darle la razón y devolverle el mando. Ahora, a diferencia de entonces, nadie discutía su jefatura, salvo él mismo, que veía venir los acontecimientos sin que ante ellos pudiera ofrecer a sus camaradas y a sus vecinos otro camino de salvación que la huida, y ni siquiera la huida hacia un lugar desde el cual se pudiera volver. Los veinticinco años de vida en Escilunte, los siete años en Asia con Tibrón y Agesilao, el año de la gloriosa expedición, todo eso no era nada, no existía, frente a ese momento de fracaso en el final de su vida.

Si Grilo había menospreciado la componenda con los litigantes de Élide, los preparativos para la huida le indignaban. No era capaz de enfrentarse a Jenofonte, de desafiar su autoridad de padre, porque le desarmaba o le desconcertaba su abatimiento. Grilo no tenía un plan de resistencia, y de tenerlo, no podía ofrecerlo porque le faltaba lo principal: el ascendiente sobre los cireos que tenía Jenofonte. Levantarse para reclamarlo era hacerlo contra él. Y aún era un muchacho, aún no era un hombre; para todos era el hijo de Jenofonte. Pero no dejaba de imaginar y maquinar cómo se podría hostigar al enemigo esperado. Y si alguno de los cireos discutía sus ocurrencias, Grilo volcaba en él toda su irritación de mil y una formas,

tachándoles por igual de lo que era verdad (que eran ya viejos) y mentira (que eran cobardes). Todo lo que no se atrevía a decir a nuestro padre, se lo decía a los demás.

Así que, al final, aunque temíamos la aparición de los arcadios, también deseábamos que llegaran y se acabara aquella incertidumbre.

Antes que el puesto avanzado, nos avisaron lejanas columnas de humo y la llegada de los que huían delante de ellos. Algunos fugitivos pasaron de largo, tanto era su miedo, y otros, más cansados o más hambrientos, pero no más serenos, acamparon en el pueblo al caer el sol, entre las casas.

Durante la noche fueron muchos los que, aun sabiendo que en la guerra nadie hace en la oscuridad lo que puede hacer también a la luz del día, pasaron las horas sin dormir, apostados en la parte alta del pueblo, viendo algún lejano resplandor rojizo que el miedo agigantaba y aproximaba.

A la mañana partieron los primeros los que venían huyendo, mientras la gente del pueblo, antiguos y cireos por igual, cargaban sus caballerías y carruajes ya con cierta precipitación. Grilo y yo, y Peneo y alguno más, salimos al encuentro de los del puesto avanzado con el plan, preparado días atrás, de incendiar el monte delante del enemigo, si venía, tal como suponíamos, por el camino de Esparta. Había también una senda alternativa, seguramente no conocida de los arcadios, pero a la que también pegaríamos fuego.

En seguida encontramos a los cuatro que habían estado de guardia. Habían visto a los arcadios acercarse por donde se les esperaba, a pie, sin avanzadilla de jinetes. Eso nos tranquilizó, porque nuestros caballos, aquellos que los teníamos, cargaban ya con toda la impedimenta posible y con los niños y ancianos que no podían andar. Nuestra retirada se confiaba sólo a la ligereza de nuestros pies y al éxito de nuestra estratagema.

Yo fui con dos más a incendiar la senda. El viento no se sentía aún, porque era muy temprano. Quizás no levantara en toda la mañana y ésta fuera, como en días pasados, una jornada de calor bochornoso, propia del final de verano. Habíamos acordado un punto en la senda desde el que bajaríamos al fondo del barranco, abriéndonos paso entre el matorral, para iniciar el fuego. Los demás harían lo mismo en el camino principal.

Nuestro trabajo no era más difícil de lo que suelen hacer los pastores dos o tres meses más tarde. Pero teníamos miedo de tropezar con los arcadios en alguna de las revueltas de la senda. Nos parecía que se escuchaban, lejanas, voces y pisadas de mucha gente sobre el camino principal, o así le pareció a nuestro miedo. Desde la senda bajó uno al barranco, por el único sitio donde era practicable hacerlo, y allí prendió fuego concienzudamente a la maleza alta y espesa, verde durante el resto de los meses, pero que ahora ardía crepitando. Subió y echamos a correr los tres, ya no por miedo a los arcadios, sino al fuego, que nos seguía. Sobre la marcha arrojamos nuestras antorchas barranco abajo, más por librarnos de ellas que porque hiciera falta aumentar aquel fuego primero que corría detrás de nosotros, ya incontenible y presto a calcinar aquel monte y los de alrededor. Oíamos chasquear las llamas por lo bajo, entre la hierba agostada, las oyagas, las zarzas y los arbustos resecos, y veíamos las copas de las encinas prendidas como grandes antorchas, visibles incluso bajo un sol tan deslumbrante como aquél. Sentía, y nos sentíamos, como liebres, zorros, tejones, corzos, jabalíes, linces y ratones que ya saltaban detrás de nosotros. El fuego

llegaría sin duda hasta el santuario, y ardería la cubierta de madera del templo y quizás hasta la estatua de ciprés de la Diosa. Y la Diosa tendría en cuenta aquella destrucción, quién sabe cómo.

Llegados al camino principal, no sabíamos si esperar a los otros o seguir sin ellos, hacia Escilunte y más allá, detrás de nuestros padres y familias que ya habrían dejado el pueblo a esas horas. Aunque se veía enreciarse la humareda del lado que les había tocado a ellos, teníamos la certeza de que Grilo y los demás no habían vuelto todavía. La rama del árbol que habíamos fijado como señal seguía allí, esperando ser quebrada por el primero de nosotros que llegara. Mis compañeros dijeron, en escueta y unánime deliberación, que no había que hacer camino inútilmente, si luego había que desandarlo. Rompí la rama, los envié por delante caminando despacio para que pudiéramos alcanzarlos después, y me aparté a esperar en una revuelta del camino desde la que abarcaba de un vistazo una buena tirada del trecho que venía.

El humo era ya una nube que se echaba como la niebla que sube de las vaguadas en un día de invierno. Oí trompas, las que dicen que llevan los arcadios a la guerra, y su ronco sonido me enderezó. Para refrenarme de salir corriendo me imaginé que embuste imposible habría de urdir para ocultar mi miedo ante mi padre y ante Grilo y todos los demás.

Entonces aparecieron ellos, a la carrera, llevando a uno en volandas, de las piernas y los brazos. Era Peneo, hijo de Teopompo. Un manchón rojo teñía su costado donde, apretada y anudada como venda, la gimné taponaba la hemorragia. No se podía decir si en aquel momento todavía vivía.

Nadie explicaba qué había ocurrido. Los más, porque esperaban que fuera Grilo quién respondiera. Éste, porque, como advertí en seguida, había levantado una querella muda, que no se me alcanzada comprender. Todos se guardaban de mis preguntas detrás de un sofoco, una falta de aliento, tan real como anímica. Y el humo subía por encima de nuestras cabezas, anieblando los cielos y engulléndonos por momentos.

Cuando alcanzamos a los primeros carros, hacía rato que Peneo ya no respiraba. Aun así, seguíamos empeñados en espantarle las moscas que, a pesar del humo, seguían con nosotros posándose en su cara y en el costado ensangrentado. Entre preguntas y gritos a nuestro paso, adelantamos un carro y otro y otro, hasta que alcanzamos al de la familia de Teopompo. La madre y la hermana de Peneo lo vieron a la vez, y a la vez gritaron y lloraron con una sola garganta. Toda la caravana se inmovilizó mientras detrás de nosotros el humo del incendio borraba el perfil de la tierra contra el cielo y transfiguraba el sol en una luna polvorienta y ensangrentada. Mientras Teopompo lloraba en silencio con los dientes apretados, yo pensaba que la Diosa nos recordaba que ése era también el dolor de sus criaturas quemadas en el bosque.

Jenofonte, acercándosele, preguntaba *"¿Cómo fue?"*, pero ya Teopompo daba la respuesta: *"Fue Grilo, ¿verdad?"*. Grilo calló bajo su mirada y la de Jenofonte. La hermana se erizaba frente a Grilo, la cara enrojecida, los ojos llameantes. No hacía mucho que ella se paseaba luciendo en su pelo el clavel rojo que le había dado Grilo, y Grilo, el blanco con el que ella le había correspondido. Ahora Grilo, inexpresivo, volvía la cabeza y echaba a andar hacia Polixena y los demás.

— ¿Desobedeciste? —preguntó Jenofonte.

— Me dijiste que le pegáramos fuego a la ladera por debajo del camino, y eso hicimos.

— Pero los dejasteis acercarse a tiro de jabalina.

— Sí

— ¿Por qué?

— Levantamos un parapeto de leña un poco más atrás de donde dijiste, justo en el recodo donde el camino. Les dejamos llegar y luego dimos fuego delante y detrás de ellos. No pudieron escapar. Habrán muerto cincuenta o sesenta. Lo sé, porque se oían sus gritos allí dentro cuando ya ardía todo el barranco. Fue pura mala suerte que alcanzaran a Peneo, porque tiraban a bulto, sin vernos.

— No hubiera muerto si me hubieras obedecido.

— Murió él como podía haber sido yo u otro. ¿O cuando tú eras joven no se moría en la guerra?

Desafiado, mi padre calló. En ese momento llegó Teopompo y se encaró no con Grilo, sino con Jenofonte.

— La muerte de Peneo ha sido tan inútil como la de esos arcadios quemados de los que se enorgullece Grilo, como ese monte que no hacía falta quemar, si hubiéramos partido la noche antes, como todos sabíamos que teníamos que hacer. Pero tú querías aplacar a Grilo y a los otros insensatos que le siguen, ofreciéndoles un señuelo de pelea con el que distraerlos cuando tuvieran que abandonar Escilunte.

Teopompo nunca antes le había hablado así. Dándose la vuelta, le dijo las últimas palabras

— Todo lo que has destruido en vano la Diosa te lo demandará.

Estábamos muy cerca de donde el camino se bifurca hacia Olimpia, a la derecha, y hacia Lepreo, a la izquierda. Los cireos habían hecho propósito de coger este último, para no ver alistados a sus hijos en la milicia eleata que aguardaba en Olimpia. Teopompo, a quien no le quedaba hijo que alistar, decidió en ese mismo momento apartarse de nosotros y emprender, junto con los esciluntios, el camino de la derecha. Más de treinta años junto a Jenofonte, ahora se separaban sin querer volver las caras para verse.

El resto del día Jenofonte caminó en silencio delante del carro, sin dejarse acompañar por ninguno de nosotros, y esforzándose por aparentar que atendía a los que venían a preguntarle algo sobre el camino que llevábamos. Al atardecer llegamos a Lepreo. La ciudad nos dejó acampar cerca de los muros, junto a un arroyo, y nos marcó una zona para hacer leña.

Las últimas palabras que Teopompo le había arrojado, aquella apelación vengativa a la Diosa, habían caído como un conjuro sobre él que lo mantenía ensimismado justamente cuando más aliento y resolución requería el trance en que nos hallábamos, huidos de Escilunte, con los enseres que habíamos salvado cargados en carretas, sin un destino claro y resuelto, y a expensas de la buena voluntad de los habitantes de las ciudades que encontráramos por el camino. De los que venían con nosotros, unos, con su silencio, nos decían que compartían lo que había dicho Teopompo; otros, los menos, decían una frase de circunstancias sobre la mala suerte o cualquier otra excusa. Solo el trance en el que nos encontrábamos todos ayudó a restaurar una apariencia de unidad. Consciente de sí mismo, nuestro padre hacía de tripas corazón para aparentar la disposición y genio de otro tiempo, lográndolo a duras penas sólo con nuestra complicidad. Fuimos Grilo y yo los que, como si él ordenara lo que teníamos que hacer, acordamos con los demás cireos el alquiler del barco, el destino y la ruta a seguir.

Estuvimos tres días en Lepreo. Al cabo de ellos los cireos y los hijos de los cireos nos embarcamos con destino a Corinto.

Jenofonte en Corinto

Nada más desembarcados en Corinto, sin tregua para lamentarse por su situación, ocupados todavía en encontrar otras casas que mejoraran las primeras que habíamos alquilado, y ya Gnesipo, Licio y Polícrates vinieron a despedirse.

— Imagino la noticia —les habló Jenofonte con un tono completamente desprovisto de amargura o reproche—. Volveis a Atenas, ¿verdad?

— Sí. Nos levantan el destierro —contestó Gnesipo, de los tres el que más confianza tenía con Jenofonte.

Sabíamos, desde hacía pocas semanas pero que parecía ya mucho más tiempo porque había sido en la lejana Escilunte, que ellos iban a pedir el levantamiento del destierro. O suponíamos que lo habrían pedido hacía poco, pero no que lo tenían tan avanzado que ya estaba cumplido.

— ¿Desde cuándo? —era una pregunta retórica de mi padre, seguramente para obviar preguntar por el cuánto o el cómo.

— Podemos volver en cualquier momento —aclaró Gnesipo.

— Me alegro. No os podía llegar esa noticia en momento más oportuno.

Yo no sé si mi padre se daba cuenta del doble sentido que tenía la referencia al momento. Aparentemente lo dijo pensando en las tribulaciones de los últimos días, que todavía no habían terminado y que tan claramente se reflejaban en los rostros de ellos cuatro. Pero Licio, que no solía tomar la palabra para hablar en nombre de otros, le dio otro sentido.

— Escucha, Jenofonte: aunque hayamos discutido en el momento final de estos treinta años, seríamos peores que las bestias si no te estuviéramos agradecidos y olvidáramos todo lo que hemos vivido juntos desde Sardes hasta aquí. Hubiera estado bien habernos quedado todos para siempre en Escilunte, pero la divinidad lo ha dispuesto de otra manera. Queremos que sepas que puedes pedirnos cualquier favor o ayuda que necesites cuando estemos en Atenas. Si tus hijos quieren ir, les daremos hospitalidad. Si quieres que averigüemos algo o que intercedamos o hagamos alguna gestión por ti, dínoslo y lo haremos.

— No os reprocho nada, ya os lo dije hace algún tiempo, que veía llegado el momento de marchar cada uno por su lado. Al final, los arcadios nos han empujado a sufrir juntos unas jornadas muy amargas. Por eso, si vosotros ya tenéis expedita la vuelta a la Ciudad, me alegro mucho y debéis aprovecharlo. En realidad, si hemos vivido juntos todos estos largos años ha sido porque en una ocasión mi barco se retrasó un poco en salir del puerto. Espero que el vuestro salga sin contratiempos y que el mío no tarde en llegar tampoco.

Mi padre se refería a que él, ya despedido del ejército y habiendo vendido en Lámpsaco su caballo para pagarse el pasaje hasta Atenas, donde todavía no había sido desterrado, fue requerido en el último momento por los espartanos para volver a ponerse al frente del ejército.

El regreso de Gnesipo, Licio y Polícrates ensanchaba la puerta para los que querían seguirles. Por añadidura, nuestra expulsión de Escilunte a manos de los arcadios, aliados de los tebanos, enemigos a su vez de los atenienses, avivaba las simpatías de la Ciudad hacia nosotros. Por primera vez en décadas se nos dejaba de reprochar el haber militado en Coronea en el bando contrario a Atenas, puesto que allí, a fin de cuentas, también habíamos luchado contra el enemigo de ahora, los tebanos. El viento empujaba a los cireos en dirección a Atenas. Seis meses después, al final del invierno, Jenofonte era el único que ni había regresado, ni esperaba hacerlo en breve.

Para entonces Grilo y yo habíamos decidido que teníamos que comprar una casa, a la vista de que nuestro padre nada hacía para conseguir que le levantarn el destierro. Antes debíamos conseguir que la ciudad de Corinto nos diera el derecho a adquirir propiedades. Eso no es fácil en ninguna ciudad, que mira siempre con recelo a quien llega de fuera. Nos ayudó que el resto de cireos fueran embarcando en dirección a Atenas, que dejáramos de ser un grupo de exiliados, una posible amenaza de intervención en los asuntos internos de Corinto o un compromiso para la ciudad en sus relaciones exteriores. Jenofonte quedó, por primera vez en su vida, sólo, aislado, sin un ejército o un grupo de hombres a su cargo, reducido a la condición de mero suplicante. Hicimos valer entonces su prestigio, el de alguien conocido en toda la Hélade no solo por haber conducido con éxito a un ejército de griegos en el interior del Imperio del enemigo secular, sino por haberlo puesto por escrito, y también por ser el autor de obras que los más ilustrados de todas las ciudades habían, si no leído, al menos oído hablar de ellas y de lo que decían.

Compramos una holgada vivienda con un huerto adosado, cercado por una tapia, con pozo. Grilo y yo la elegimos, Grilo y yo regateamos con el dueño, y Grilo y yo la pagamos con el dinero que nos dio Jenofonte. Él dejaba hacer, dejaba entender a los demás y ante alguna parte de sí mismo, que los hijos obrábamos siguiendo las instrucciones del padre. Pero eso mismo, el diario contraste entre lo que fingía y la realidad que no se le ocultaba, eso mismo le mortificaba aún más.

Ahora que no teníamos ganado ni tierras de labor, nos bastaba una criada para ayudar a Polixena, y un jovenzuelo que echaba una mano y hacía también las veces de mozo de cuadra. Porque Grilo no aceptó prescindir de caballo, ahora que no nos hacia falta montura para nada.

Ya no éramos tan ricos como antes. La huerta no daba pan, ni carne, ni aceite, ni vino, cosas todas ellas que pasaban a formar parte de las que siempre habíamos tenido que comprar con dinero, como la sal, la tinta y los papiros. Algún día se acabarían los dáricos depositados en el templo de Poseidón, aunque Jenofonte, seguramente, no llegaría a verlo.

Parece natural que uno se aflija cuando pasa de rico a menos rico, o que se alegre si prospera por un golpe de fortuna. Y sin embargo, ese sentimiento es efímero. Al poco tiempo, el que ha mejorado vuelve a sentirse tan insatisfecho como antes, y el que ha perdido algo llega fácilmente a olvidar que lo tuvo. Son otras las cosas que a uno le duelen o le alegran. El que ha medrado por su esfuerzo o por su ingenio,

exhibirá su opulencia para mostrar a los demás de lo que ha sido capaz. Y el que ha ido a menos, se sentirá afligido si él ha sido responsable de su desgracia, y doblemente afligido si los demás lo saben.

Nadie, ni siquiera ya mi hermano Grilo, reprochaba a nadie que hubiéramos sido arrojados de Escilunte. Al cabo de pocos meses, lo pasado era pasado, y todos hacían planes para volver a Atenas y los cumplían con la ilusión del que emprende una nueva vida y, al mismo tiempo, retorna a la patria y al hogar. Todos, menos Jenofonte.

Fue un acierto que la casa tuviera huerto, y no sólo porque resolviera parte de nuestra alimentación. Desde que llegamos a ella, nuestro padre se empeñó en cultivarla con sus propios brazos, por una disciplina memoriosa de aquel lance en el que Ciro el Joven recibía a Lisandro el espartano, arrodillado entre lechugas y coles. Jenofonte se agachaba sobre el negro fiemo, y Grilo y yo le secundábamos en sacar agua del pozo para regar, en darle vuelta y vuelta a la tierra hasta dejarla tan menuda como la arena de la playa, contentos de ver que él, mientras doblaba el espinazo sobre los tableros de verdura, recuperaba el ánimo y las ganas de vivir, como si éstas le vinieran, al igual que a las plantas, de la tierra y del agua, del aire y de la luz.

Poco tiempo después ya atendía con agrado a las visitas, y su conversación volvía a ser, como antes, al mismo tiempo cortés y calculadora, amable e incisiva.

No es fácil que una ciudad acoja emigrados. Ellos traen consigo sus banderías y enemistades, sangrantes y recientes, con las que enconan y azuzan las de la propia ciudad que los acoge. Las rivalidades internas se espejan en las alianzas y hostilidades exteriores, y cada ciudad se imbrica con sus vecinas, amigas y rivales, como si todas fueran tejas del mismo tejado. Por suerte, nuestra desgracia era episódica y circunstancial, algo ocurrido entre una potencia menor, la Confederación Arcadia, y otra insignificante, la ciudad de Élide, y sufrido por unos a los que no se sabía como tratar, si como eleatas —no lo éramos—, como atenienses —pero vivíamos como desterrados desde antiguo— o como filolaconios —aunque éramos sus más recientes desamparados—. Por todo ello, nadie en Corinto nos veía como enemigos de sus amigos o amigos de sus enemigos, y sí, en cambio, todos sabían que éramos cireos y simpatizaban con nosotros.

Corinto, por consunción o sabiduría, había llegado a un cierto grado de paz interior. Aunque el gobierno actual tenía, como siempre ocurre, quienes le eran contrarios, hacía años que se había derramado la última sangre entre ciudadanos, y nadie parecía dispuesto a dar ocasión otra vez a eso mismo. De la misma forma, Corinto había declarado unilateralmente su no beligerancia entre tebanos y espartanos. No podía evitar que su territorio, el Istmo, puerta y llave del Peloponeso, sufriera el paso periódico de los soldados de Epaminondas, o el estacionamiento de los que pretendían impedirlo, pero al menos la ciudad estaba en paz.

Los más notables de entre los corintios se fueron acercando a nosotros, movidos por la curiosidad de conocer a aquel apátrida famoso. Venían a casa, al principio, para interesarse por nuestra suerte, y nuestro padre les resumía lo que nos había ocurrido sin aspavientos ni lamentos, porque le repugnaba a su orgullo sentir que inspiraba lástima o compasión. Pero tampoco se olvidaba de señalar que nuestra presencia en Escilunte había sido ratificada por el Consejo de Élide, y que los arcadios, con su acto de fuerza, no habían restaurado ningún derecho que tuvieran sobre esas tierras, que en todo caso, de no

pertenecer a Élide, estarían bajo la protección de los lacedemonios, como así había sido durante los últimos cuarenta años.

Mi padre era lo bastante hábil para llevar la conversación hacia lo que ocurriría dentro de pocos meses, en la inmediata Olimpiada, si los arcadios, que habían acabado conquistando la ciudad de los Juegos, se atrevían a organizarlos contra toda ley y costumbre. Y de ahí, por contigüidad y extensión, hacia la probabilidad de una guerra entre Atenas y Esparta, de un lado, y la Confederación Beocia, del otro. Intercambiaba las últimas informaciones que traían sus visitantes por sus propias opiniones y reflexiones, que resaltaban siempre los aspectos contradictorios de lo que ocurría, de forma que ninguno de sus oyentes veía relegadas sus preferencias, fueran éstas las que fueran. Ellos tomaban su ambigüedad por profundidad de juicio, y salían de su casa satisfechos por el rato de conversación y nunca contrariados.

Esa misma actitud prudente la seguía frente a todo lo que ocurría en Corinto entre sus partidos y facciones. Y así, sin hacer él nada más por merecerlo, los demás le fueron tomando como árbitro, como juez o espectador ante el cual cada uno de los bandos buscaba mostrarse en el aspecto más favorable para lograr su aprobación. Se sucedían las invitaciones para que correspondiéramos con ellos, visitándoles a su vez, y mi padre administraba todo este politiqueo con el mismo tacto con el que una mujer coqueta entretiene a sus diversos pretendientes, sin dar satisfacción plena a ninguno de ellos para no perder el favor de los demás.

Jenofonte nos instruía para que nosotros, sus hijos, actuáramos con la misma prudencia que él. Entonces me di cuenta cabal de cuán retorcida puede ser la vida política en una ciudad como Atenas o Corinto, obligado a callar mucho y a decir otras cosas pensadas tanto para el que te escucha en ese momento como para el que las pudiera oír si alguien las repitiera. Si esto ocurre en una ciudad que había logrado la paz interior, la vida tenía que ser angustiosa y sofocante en esas otras donde una mudanza política puede condenar a la muerte o al exilio a parte de sus ciudadanos, como en la Atenas de la juventud de mi padre.

No es que la gente fuera mala, pero el conjunto de unos y otros era bastante insidioso para nosotros que no teníamos amigos. Por eso fue un alivio para nuestra familia conocer a Calístrato. Él es unos diez años mayor que yo, que Grilo y que yo. Alto, rubio de pelo y de ojos claros, y tiene una barba tenue, apenas suficiente para no pasar por mujer o imberbe. Muestra esa complexión ni gorda ni flaca, ni fuerte ni débil, tan propia de la gente acomodada de la ciudad, que ni se esfuerza por obligación, ni sale al campo por afición. Su cara es redonda y plana como una torta de maza, sin llegar a ser fea, y tiene una perpetua expresión de asombro, siempre con la boca un poco entreabierta y las cejas ligeramente enarcadas. Podría pasar por bobo, sobre todo tras oírle una y otra vez interrumpir la conversación con una especie de balido, un "¡eeeh!" intempestivo, con el que se hace repetir lo que le dicen. Es muy duro de oído, y como todos los sordos, levanta la voz al hablar, y como también se expresa de forma poco trivial, da la impresión a los que no le conocen de ser un engreído. Nada más lejos de la realidad: es alguien que tiene la rara habilidad de conseguir que el que habla con él se sienta escuchado, cosa paradójica tratando de un sordo.

Calístrato había quedado huérfano de padre a muy temprana edad. Puesto al cuidado de un tío suyo, vivió, siendo adolescente, el asesinato de su abuelo y el de su tutor. Lo que en otras personas habría

inspirado odio y resentimiento perpetuo, él lo vivía desde una distancia reflexiva. Y aquellos hechos, que posiblemente eran lo más importante de su vida hasta ese momento, los llegamos a conocer cuando ya llevábamos mucho tiempo de trato con él, y un poco por casualidad, a raíz de que mi padre le diera pie contándole como fueron los últimos años que él había vivido en Atenas, desde la dictadura de los Cuatrocientos hasta la Tiranía de los Treinta. Historias intercambiables, que podrían haber ocurrido en cualquier otra ciudad además de en Atenas o Corinto.

Fue Calístrato el que me inició en el negocio en el que me ocupo hasta ahora. Empezamos a hablar de libros un día que me sorprendió copiando una Vida de Ciro. Él es un gran comprador. Los mercaderes llevan sus novedades hasta su misma casa. Si sabe que en alguna ciudad hay algo que le interesa, encarga que se lo consiga a alguno de sus conocidos que viajan con frecuencia. Sabe como están los precios, quién produce y quién vende, y en qué ciudades hay buenos compradores. Por él fue que me decidí a coger dos mozalbetes recién salidos de la escuela, de aceptable caligrafía, a los que suministro tinta, papiro y plumas, y les pago un tanto por rollo. Y con ayuda de los contactos que él me presentó, empecé a colocar mis obras en Siracusa y Mileto, en Efeso y en Atenas. ¡En Atenas, sí! Mi padre seguía desterrado, pero los atenienses nos pagaban por leer sus palabras.

Las visitas de Calístrato servían para que mi padre destilara el pus del absceso que lo carcomía. Si hubieran durado más tiempo, quizás hubiera secado y cicatrizado. Pero el destino se hiló de otra manera.

Cuando Calístrato venía de visita, yo me arrimaba junto a ellos buscando la tibieza de los largos relatos. Mi padre hablaba y hablaba, y Calístrato preguntaba algo y callaba más. Que Calístrato tenía un sincero interés en conocer todo lo que contaba mi padre, no me cabe la menor duda, pero yo no había notado nunca en mi padre una tal ansia por ser escuchado. Lo atribuía a una necesidad de desahogarse entre tanto disimulo y cautela como se veía obligado a llevar. Luego me di cuenta de que eludía hablar de los últimos tiempos, de nuestra expulsión de Escilunte y de la diáspora de los cireos, y que entretenía a Calístrato con un interminable divagar a través de la Subida y la Bajada. En realidad, ahora creo que mi padre trataba de darle sentido a los dolorosos y recientes hechos tratando de presentarlos como un episodio más de aquella Retirada gloriosa. Apoyarse en aquellos más lejanos era su manera de remontar la tristeza que sentía desde que abandonamos Escilunte.

— Lo que pierde a los hombres —le decía mi padre a Calístrato— son los errores de juicio, más que la capacidad para la acción. Lo que tanto se nos alaba a los cireos, que salimos del país de los bárbaros abriéndonos paso con las armas, fue en realidad lo más fácil, porque la traición de que habíamos sido objeto, la muerte de nuestros estrategos, nos había enseñado a no confiar más que en nosotros mismos. De la misma forma, ahora no hemos tenido otra opción que dejar Escilunte. Claro, uno se siente mejor persuadiendo a los cobardes y a los indecisos para que luchen, como entonces, y no apaciguando a los propios hijos para que no lo hagan, como he tenido que hacer. Pero hay que saber cuando se pretende volar con alas de cera.

Alas de cera. Una expresión que alguna vez, antes, le había escuchado a mi padre, pero que desde que llegamos a Corinto se convirtió en recurrente. No, a mí no me tuvo que persuadir de nada, él sabía que yo haría todo lo que él dijera. Pero con Grilo ni siquiera lo intentó. Por eso pasó lo que pasó.

Calístrato quizás no nos conocía todavía lo suficiente para saber que "los propios hijos" se refería solamente a Grilo, que se había levantado momentos antes de nuestra tertulia. Mientras que yo pasaba muchas horas en el escritorio, con mi padre o solo, y recibía a Calístrato en todas las ocasiones, Grilo acostumbraba a pasar más tiempo fuera de casa que dentro. No desatendía a las visitas. Pero no era de su agrado el divagar quejumbroso de nuestro padre, tan distinto de los relatos de nuestra infancia.

— Lo más difícil —seguía diciéndole Jenofonte a Calístrato—, empezó en tierra amiga, después de que avistáramos el increíble horizonte del mar. Tanta alegría sentíamos todos a la vez, que si nos dicen que poco después íbamos a tener discordia entre nosotros, no lo hubiéramos creído

Así hablaba, saltando sin orden ni concierto de lo más reciente a lo más lejano. Calístrato, como yo, se fue acostumbrando a estos quiebros de mi padre, a que su conversación pasara de pronto con la mayor naturalidad a contar cosas de su vida ocurridas cuarenta años antes, como si quien le escuchaba estuviera también atado al hilo de sus propios pensamientos.

— Eramos tan numerosos que solo podíamos causar estorbos, cuando menos, a unas ciudades que no tenían ninguna guerra para nosotros. Los soldados necesitan, los soldados siempre necesitan, y si no se lo dan de buen grado, lo toman porque tienen las armas. Todo lo esquilman, y cada poco deben mudar de lugar, como una plaga de langosta que sólo sobrevive mientras tiene otro sitio a dónde ir. Por eso yo quise llevar el ejército a la desembocadura del Fasis, y establecer allí una nueva ciudad, la más lejana ciudad griega por Oriente.

— ¿Nueva Atenas? —la ironía de Calístrato nunca llegaba a ser hiriente. Mi padre se sonreía.

— Cirópolis hubiera estado bien —mi padre sonreía aún más—. Ninguna colonia se ha fundado con tanta población y tanto poderío en su origen como hubiera tenido ésta. Eramos casi trece mil en armas, y no sólo hoplitas. Teníamos arqueros, lanzadores de jabalina, peltastas, honderos, incluso una incipiente caballería. Nadie nos podía resistir. Y acompañando al ejército, venían artesanos de todos los oficios, talabarteros, herreros y orfebres, canteros y carpinteros, adivinos, escribas. Y mujeres. Pocas hubiéramos tenido que quitar a nuestros vecinos. ¡Qué gran ciudad hubiera nacido de una sola vez, si me hubieran hecho caso!

Cirópolis. Escilunte fue la realidad posible. Todo lo perdió, el sueño y la realidad.

— ¿Y qué pasó? ¿Por qué no te siguieron? —inquiría Calístrato.

— ¿Te he hablado alguna vez de un adivino llamado Silano de Ambracia?

— No

— Un adivino que venía con el ejército y que poco antes de llegar al encuentro del Rey, le había predicho a Ciro que su hermano no le haría frente antes de diez días, y había acertado. Aunque se quedó corto y no acabó de decir que pocos días después sí que habría batalla. Pero Ciro le premió igualmente.

»Yo sé interpretar las entrañas de las víctimas. Sí, sé. Mejor que muchos. Mi padre me enseñó, y pocos después de él me han descubierto algo nuevo. Pero recurría a menudo a otros, como Silano. Por asegurarme. Y para que no hubiera suspicacias en el ejército acerca de lo que yo interpretaba. Eso mismo hice, consultar a los dioses si mi proyecto de colonia era bueno. Y las entrañas eran favorables, Silano lo vio. Pero también se manifestaba en ellas que se fraguaba una traición contra mí. Al decírmelo, Silano no

mentía, yo también lo veía, pero ocultaba que era él mismo quién conspiraba contra mí. Él empezó a difundir entre los soldados que yo quería ganar gloria y poder obligando al ejército a permanecer allí y a fundar una ciudad, cuando era él en realidad quien tenía miedo de no poder regresar cuanto antes a Grecia para disfrutar los tres mil dáricos que había recibido de Ciro por aquella predicción incompleta, y que todavía conservaba. ¡Qué ingenuo era yo entonces! Y aún lo soy, y aún hay quien me sorprende con su mala fe.

— Es normal —le justificaba Calístrato después de reclamarle con un *"¡¡Eeehh!"* la repetición de sus últimas, desanimadas, palabras— que quien había ganado una fortuna tan considerable no tuviera muchas ganas de quedarse en la Cólquide.

— Claro, claro. Y era de esperar que muchos añoraran su tierra y su familia, y no quisieran. Si hubieran sabido cuántos de entre ellos morirían sin conseguir volver, y cuántos años habríamos de tardar en conseguirlo, fácil hubieran mudado de opinión. Pero el dios tenía dispuesto que la buena fe de todos esos fuera aprovechada por algunos para tratar de lograr el mando. Hubo tres, Timasión de Dardania, Eurímaco de Dardania y Tórax de Beocia.

"Hubo tres, Timasión de Dardania, Eurímaco de Dardania y Tórax de Beocia". ¿Cuántas veces repitió esta frase a Calístrato? Hubo tres, hubo tres. Hubo más de tres que le disputaron el mando, pero sobre todo hubo aquellos tres. Y hubo muchos momentos en los que los soldados sin más, en masa, no quisieron seguirle. Y a cada uno de esos momentos le seguía otro en el que el ejército necesitaba de él y él lo volvía a salvar. Si él se hubiera empeñado en retener el mando en alguna de esas ocasiones en las que el ejército no lo aceptaba, la voluntad tornadiza y contrariada de los soldados le hubiera costado la vida. Siempre ocurría lo mismo: al desistir Jenofonte del mando, el ejercito quedaba dando tumbos, y los enemigos que antes no preocupaban, se volvían peligrosos. Y entonces el mando volvía a él, nuevamente. Un mando cada vez más comprometedor. Porque cada vez estaban más cerca de la tierra griega, porque en Grecia imperaba Esparta, y Esparta no vería con buenos ojos que un ateniense mandara un ejército tan grande como aquél. Mi padre lo sabía: él no podía volver a Grecia al mando de aquel ejército.

— Hubo tres —volvía mi padre a decir—, Timasión de Dardania, Eurímaco de Dardania y Tórax de Beocia. Ellos insinuaron a los mercaderes de Heraclea y de Sinope, las dos ciudades que dominan la costa, que yo pretendía conseguir barcos para establecerme con el ejército en la zona y, desde allí, caer cuando quiera sobre cualquier lugar, para hacer botín. Y lo último que querían los mercaderes era piratas en la zona. Con esa amenaza inventada les sacaron la promesa de barcos y dinero, para ellos y para los soldados, sólo por volver a Grecia cuanto antes. Y luego esos tres, Timasión de Dardania, Eurímaco de Dardania y Tórax de Beocia, reunieron a los soldados para proponerse ellos como jefes, y proponerles su plan, soldadas a cambio de nada, a cambio de no luchar, de ni siquiera molestarse en caminar, sólo de tumbarse en los barcos y volver al hogar. Ni Timasión ni Tórax, que fueron los que hablaron, decían quién daba las soldadas, sino que las ofrecían como si salieran de su bolsillo. Yo callaba, porque ¿qué otra cosa podría proponer yo que fuera mejor que navegar rumbo a la patria, echados en la nave como Ulises en el barco de los feacios? Pero ellos me buscaron la boca. Temían que yo tratara de torcer por otros medios la voluntad de la asamblea. Y eso fue peor, que me preguntaron delante de los soldados a ver qué pensaba yo

de todo eso, y me levanté, y les dije que todo me parecía bien, que mi plan no tenía sentido si podíamos salvarnos todos volviendo a Grecia, y además nos pagaban por salvarnos. Solo insistí, y eso fue lo que les contrarió, porque veía el peligro, insistí que no se dividiera el ejército, que no se dejara marcharse a nadie antes de que estuviéramos en lugar seguro. Porque eso sería la ruina de todos, y yo veía que los mercaderes heracleotas y sinopenses podrían ahorrar dinero entregando menos barcos de los necesarios, y entonces los que se quedaran sin embarcar no tendrían fuerza suficiente ni para abrirse paso en tierra por sí mismos, ni para exigir que vinieran los barcos que faltaban. Y puse esto a votación, y todos levantaron la mano, y lo aprobaron. Silano, el adivino, gritaba que era justo que marchara el que quisiera. Pero los soldados estaban de mi parte, y le amenazaban con matarlo si lo sorprendían escapando.

— Y de paso le quitarían los dáricos —acotaba Calístrato, con sorna.

— Claro. Aun así, consiguió escapar más tarde pagando una nave de su bolsillo. Pero los peor parados fueron los promotores de la maquinación. Porque cuando los comerciantes de Heraclea y de Sinope supieron que yo no me oponía al regreso, sino que lo apoyaba, enviaron las naves, pero se guardaron el dinero. Entonces los intrigantes cogieron miedo a los soldados, y vinieron a mí, junto con los demás estrategos que estaban al tanto de sus manejos, para persuadirme de embarcar y navegar hasta el Fasis y apoderarnos de aquel territorio. Se apuntaron a mi plan.

— Total, tanta vuelta para acabar en lo que tú les proponías.

— No, peor. Porque yo no estaba tan ciego como para hacer o decir nada sin contar con los soldados. Así que les contesté que reunieran a los soldados y ellos mismos lo propusieran. Pero ellos optaron por tratar de convencer, uno a uno, a los capitanes, antes de dar cualquier otro paso, como convocar la asamblea para persuadir a los soldados o embarcarlos medio engañados. Y pasó lo que pasó.

»Quirísofo había salido con una trirreme para Bizancio, a ver si podía conseguir también barcos de Anaxibio, el almirante espartano. Neón de Asina le sustituía al frente de los lacedemonios, y era hombre de poco fiar. No estuvo presente entre los demás estrategos, cuando vinieron a comunicarme su cambio de opinión, pero tampoco vino a preguntarme qué había pasado. Se informó por otros, o prefirió no enterarse bien, para poder calumniarme entre los soldados. Se empezó a decir en el campamento que yo maquinaba llevar al ejército con engaños a la Cólquide, y había corrillos y murmuraciones. Y como yo me acordaba de lo que le había ocurrido una vez a Clearco, que al pasar entre los soldados le habían arrojado un hacha con intención de matarlo, y recientemente, también, unas personas ajenas al campamento que habían acudido a él con toda confianza, incluso revestidos de la condición de heraldos, habían sido lapidados en medio de un tumulto promovido por unos soldados malvados que querían ocultar a sus compañeros las fechorías de las que aquellos venían a quejarse, acordándome de todo esto, resolví poner coto a los bulos antes de que ocurriera algo, y yo mismo convoqué a los soldados a la asamblea.

»En ella, no quise delatar la intriga de los tres. Ella sola se denunciaba, y si yo decía algo en contra de ellos, solo me perjudicaría en un cruce de mutuas acusaciones. Me limité a defenderme, adelantándome a que otro la dijera, de la estúpida acusación, pero temible si no se atajaba, de que quería llevar engañado al ejército a donde yo quisiera. Y fui más allá. Porque los soldados estaban desilusionados de las soldadas gratis y del cómodo viaje de vuelta, y necesitaban alguien a quien culpar de sus desgracias. Hubiera podido

ser yo, si no me adelanto, o los propios intrigantes, si alguien los hubiera señalado con el dedo. Pero yo preferí censurar la falta de disciplina del ejército, y muy especialmente lo que había ocurrido con los heraldos de los cesaruntios (¿te lo conté, verdad, que los mataron unos soldados sin dejarles hablar porque iban a denunciar sus tropelías ante la asamblea?), y la desgracia que amenazaba al ejército si las cosas seguían así. Y la asamblea derivó en un examen de todo lo ocurrido desde que se inició la retirada, y de la conducta y hasta de las cuentas de cada uno de los estrategos. Y el ejército se pacificó y recuperó la concordia y el sosiego.

Mi padre quedó afianzado. Acalló los infundios sobre el asunto de la Cólquide. Afeó a los soldados el desbarajuste y desorden que se iba adueñando cada vez más del ejército, los crímenes odiosos e impunes cometidos contra habitantes de las poblaciones amigas. Y aún salió bien librado de su rendición de cuentas como estratego. Pero, en esto último, fue tan asombroso lo que allí escuchó, tan peregrinas las acusaciones que contra él se habían inventado, que desde entonces en adelante mi padre consideró el mando más como un peligro que como un honor, y cuando lo tuvo que ejercer, procuró rodearse de testigos de su conducta en los momentos que podían prestarse a suspicacias. Y si alguien le proponía, a solas, algo para el ejército, Jenofonte llamaba a otros, y le hacía repetir delante de ellos lo que le habían dicho, para tener testigos de la respuesta que él daba a continuación.

— ¿Sabes? —le decía a Calístrato—, poco tiempo después de la asamblea me fue ofrecido el mando absoluto. Sí, los soldados pensaban, con razón, que en una campaña militar sería más ágil que mandara uno sólo, y no que en mitad de las operaciones hubiera que esperar a que se juntaran los estrategos para decidir, como se venía haciendo hasta entonces.

»Me venían los capitanes a proponérmelo, diciéndome que así lo pensaban los soldados. Yo dudaba. Apetecía el mando, la fama que llegaría a mi ciudad, y la estima que ganaría entre mis conocidos. Pero desconfiaba. Desconfiaba de los ambiciosos que me disputarían el mando. Desconfiaba de los propios soldados, de la constancia de su voluntad. Hice sacrificios a Zeus Rey, tal como antes de partir al encuentro de Próxeno me había aconsejado el oráculo de Delfos que hiciera en todo momento de duda y tribulación. Las víctimas no resultaron favorables. Yo recordaba, además, que cuando caminaba de Éfeso a Sardes para presentarme a Ciro, me había encontrado un águila que graznaba a mi derecha, pero no en vuelo, sino posada. Y ese augurio, aunque era favorable y anunciaba gloria, también presagiaba dificultades.

Calístrato le preguntaba qué signo interpretaba por dificultades, y mi padre le respondía que el águila es poderosa cuando vuela, pero vulnerable cuando está en tierra. Yo, en todo caso, dudo que valga un presagio que le había sido dado año y medio antes. Aunque otros dicen que las señales de la divinidad van destinadas a la persona, y es ella quien interpreta el mensaje. Si es así, a mi padre le sirvió para decidir, aunque fuera año y medio después de ver el presagio. O treinta años más tarde. A fin de cuentas él, mientras hablaba de su vida con Calístrato, estaba reflexionando sobre su situación presente. El dios le habría de inspirar por igual, antes y después, me parece. Y Calístrato le escuchaba, supongo que igual que el Oráculo, sin decir nada y esperando que la respuesta surgiera de él mismo. Al final es todo mucho más sencillo de lo que pensamos.

Mi padre siempre ha sido un conversador respetuoso, que nunca hubiera hablado en demasía, ni de cosas que no interesan a su interlocutor. Pero cuando estaba con Calístrato, se dejaba llevar por el dios, por decirlo de alguna manera, y hablaba y hablaba.

— Rechacé el mando que se me ofrecía —le decía mi padre a Calístrato—. Era mejor, y así lo propuse, que mandara el lacedemonio Quirísofo. Yo era ateniense. Nos encaminábamos a las ciudades griegas del Helesponto, donde por doquier gobernaban harmostas espartanos. El ejército sería mejor recibido si iba un lacedemonio al frente.

— Prudencia —coreaba Calístrato.

— Prudencia. Hay que saber cuando se pretende volar con alas de cera —repetía mi padre—. Y esto era tan cierto como que Quirísofo, el estratego lacedemonio, acababa de volver en una nave de entrevistarse con Anaxibio, el almirante espartano, y preguntarle qué disponía respecto al ejército, y si podía ayudar con naves a su regreso. Y contaba que allí se había encontrado con Dexipo, un desertor que, cuando estábamos en Trapezunte, se había embarcado en la única nave que teníamos, prometiendo regresar con víveres, y no volvió. Este desertor pretendía encubrir su culpa murmurándole a Anaxibio, el almirante, que Jenofonte el ateniense aspiraba al mando supremo del ejército.

— Cautela —matizaba Calístrato.

— Claro. Mayor motivo para apartarme del mando. Yo creía que Quirísofo tendría mayor respaldo que nadie para mantener la disciplina entre los soldados, porque todos sabíamos que, en cuanto atravesáramos el último territorio enemigo que nos quedaba por delante, no íbamos a encontrar más que ciudades gobernadas por los espartanos.

»Y así fue como se eligió a Quirísofo como único estratego, y a los pocos días se llegó a Heraclea. Los heracleotas nos dieron, en prueba de hospitalidad, mucha harina, y vino, y muchas ovejas y bueyes. Pero a los soldados les pareció poco, y se reunieron en asamblea para deliberar si debían pedir dinero a los heracleotas. Y acordaron enviarnos, a Quirísofo y a mí, como embajadores ante los heracleotas, con esa exigencia. Los dos nos negamos, y entonces la mitad del ejército eligió nuevos jefes, y emprendió la marcha por separado, alegando que, como arcadios que eran, pues eran arcadios la inmensa mayoría de los que se separaban, no veían razón alguna para obedecer a un espartano o a un ateniense. No hacía ni siete días que se había elegido a Quirísofo como mando supremo. Esta es la constancia del ejército.

»Había que atravesar aún el país de los tracios bitinios para llegar a Bizancio, y los separados querían aprovechar la ocasión para hacer mucho botín, justo ahora que estaban a las puertas de Grecia. A Quirísofo, despechado con ellos, le daba lo mismo lo que hicieran, y emprendió el camino de la costa, por más seguro. A mí me pareció mejor no perder de vista a los arcadios, y con los soldados de Próxeno, los atenienses y alguno más que se nos unió, como Timasión de Dardania, que llevaba casi todos los soldados que habían sido de Clearco, nos internamos detrás de ellos por el interior del país. Los arcadios, después de saquear las primeras aldeas que sorprendieron, fueron derrotados por los tracios, que habían reunido sus fuerzas. Quedaron sitiados en una colina, con muchísimos heridos y sin ni siquiera agua para beber. Y hubieran perecido todos si al segundo día de asedio no hubiera aparecido yo, y los hubiera salvado. Los

conduje hacia la costa, donde estaba Quirísofo. Allí, el ejército, reunido de nuevo, decretó en asamblea la pena de muerte para el que propusiera dividirlo.

— Dura lección, provechosa si la aprendieron —acotaba Calístrato.

— No todos. Hubo algunos, como Timasión de Dardania, que había sido el principal intrigante en el asunto de la expedición a la Cólquide y de la extorsión a los heracleotas y sinopenses, que después se convirtió en uno de mis mejores amigos. Pero aparecieron otros. Quirísofo había enfermado de fiebres en los días anteriores, y murió. Neón de Asina, su lugarteniente, que le sucedió al frente de sus lacedemonios, ya nunca dejó de disputarme el mando del ejército hasta que se separó de nosotros. Yo entregué el ejército en Bizancio a los espartanos, pero ellos no sabían qué hacer con tanto soldado, y adoptaron resoluciones a la vez injustas e impracticables. Trataron de dividir al ejército, dando empleo a unos pocos, los de Neón, para guerrear allí en el Quersoneso, y a los demás los empujaron fuera de los muros de la ciudad, para que se marcharan, poniéndoles pena de que si se les cogía con armas, se les vendería como a esclavos. Entonces fue el motín.

»Ocurrió cuando yo estaba embarcándome, con permiso del harmosta, para volver a Atenas, entristecido porque los espartanos no habían dado oídos a lo que yo les había aconsejado, tanto en favor de ellos como de los soldados. Y los soldados, encolerizados por el trato que recibían, unos pocos asaltaron las murallas por el rompeolas, abrieron las puertas desde dentro, y todos los demás, la muchedumbre que estaba fuera de las murallas, se precipitó armada, fíjate lo que te digo, armada y furiosa, al interior de la ciudad. Los que estaban a esa hora en el mercado fueron los primeros en darse cuenta que el ejército en armas entraba en la ciudad, y corrieron en todas direcciones, dando la alarma. El harmosta espartano huyó en barco, la guarnición se encerró en la ciudadela, los más ricos se refugiaron con sus barcas en el mar, y el resto de los ciudadanos, atemorizados, se metió en lo más hondo de sus casas, atrancando las puertas. Yo acudí corriendo para evitar el saqueo de la ciudad, y los soldados me salían al encuentro en multitud, recordándome lo que ellos pensaban que eran mis aspiraciones: *"Ahora tienes la oportunidad"*, me decían, *"de ser un hombre. Tienes una ciudad, tienes trirremes, tienes dinero, tienes gran número de hombres. Ahora, si quisieras, nosotros te haríamos grande"*.

— Hermoso momento para un hombre que aspire a la gloria —le dijo Calístrato.

— Hermoso y grande, sí, como el peligro que corrí entonces, mucho mayor que cuando hacíamos frente a la caballería de Tisafernes o a las flechas de los carducos, el peligro de la propia desmesura, de pretender volar con alas de cera. Pero siempre recordaré aquel tropel de escudos y lanzas que me rodeaban diciéndome esas cosas. Si no los hubiera conocido bien, si no hubiera conocido las caras que ahora me mostraban su respeto alzándose el yelmo, si no recordara qué tornadiza había sido su voluntad no mucho tiempo atrás, aquel día yo hubiera sido grande, como ellos me decían, y me hubiera perdido también.

— ¿Y qué hiciste?

— Me puse al frente de los soldados, y di la orden de que el ejército formara en el ágora. Allí, con las lanzas y los escudos en el suelo, hablé, y mostré qué disparate iban a cometer, y les convencí de que, gustara o no, había que someterse a los espartanos.

— Te obedecían, después de todo.

— Como un niño mal criado, desobediente y caprichoso, que acude corriendo en busca de ayuda cuando sus travesuras le han puesto en aprietos. Ellos sólo se sirvieron de mí, entonces y antes y después, en los momentos de apuro.

Este era el relato de mi padre para Calístrato. El relato de lo que le hizo grande, de lo que más le enorgullecía, que no era la Retirada hasta el mar, sino haber llevado el ejército desde el mar, desde Trapezunte hasta Bizancio, derrotando no a los enemigos en armas, sino a la propia desmesura, codicia, inconstancia de los hombres que acaudilló. También había sido así, hasta el final, con los cireos de Escilunte, que estuvieron con él cuando hubo que pleitear con los eleatas, porque él conducía con mano segura hacia la salvación, pero que le abandonaron, más bien él se apartó, los dejó ir sin hacer ningún intento por tenerlos a su lado, cuando llegaron los arcadios y nos arrojaron y mi padre no pudo dar ninguna alternativa al regreso a Atenas, vencidos, que la de peregrinar como exiliados por ciudades extrañas. Pero más le dolía la otra marcha, la de Teopompo, maldiciéndole en nombre de la Diosa por no haber salido de Escilunte el día de antes, por esperar unas horas para emprender la marcha pensando que así aplacaría al único al que no quería ver distanciado de él, a su hijo Grilo.

Eso pensaba yo mientras él hablaba, sabiendo que él hablaba a Calístrato justamente para apagar los rescoldos de la pira en la que había ardido todo el santuario, el templo con la estatua y los animales del bosque, tanta vida, nuestra infancia y juventud. Y quería olvidar lo que destruyó recordando lo que salvó:

— Conseguí salvar la ciudad, poner orden entre los soldados y hacerlos acampar de nuevo fuera de las murallas. En los días siguientes, todo era confusión en las disposiciones de los espartanos respecto al ejército: unas veces me indicaban que lo embarcara para pasar al Asia, y cuando me disponía a cumplirlo, me lo prohibían. Intrigaba Farnabazo, que estaba en buenas relaciones con los espartanos. El sátrapa persa temía al ejército de Ciro, y persuadía al harmosta de Bizancio para que se deshiciera de ellos. Un día yo acudía, con todos los estrategos, a una reunión convocada por el propio harmosta. En la misma puerta de la muralla fui advertido de que sería apresado y entregado a Farnabazo. En esos momentos no sabes si la prudencia es cobardía o la valentía irreflexión. Decidí no entrar, y el harmosta pretextó no poder acudir, así que algún fundamento tenía el aviso.

— ¿Había alguien en quien pudieras confiar?

— Cleandro siempre me trató bien. Pero el que le sucedió como harmosta en Bizancio, Aristarco, y el almirante Anaxibio, se portaron mal, sobornados por Farnabazo.

— ¿Y como acabó todo?

— A despecho de los espartanos, contraté el ejército con Seutes, el rey tracio. Ese invierno lo pasamos combatiendo contra los odrisios, y al final de la campaña, cuando a Seutes ya no le hacían falta los griegos y andaba a malas conmigo porque no quería pagar las soldadas, llegaron los espartanos para pedir al ejército que se volviera con ellos a Asia. Las ciudades de Jonia les habían pedido ayuda contra el Rey y su sátrapa Tisafernes, el mismo que dos años antes nos había traicionado, matando a los estrategos.

»Conduje al ejército a la otra orilla del Helesponto, donde me dijeron los espartanos. Y cuando ya me había despedido de todos, e incluso había vendido mi caballo para pagarme el pasaje del barco para Atenas, llegaron enviados de los lacedemonios pidiéndome que me pusiera otra vez al frente del ejército

para conducirlo hasta Éfeso. Así lo hice, y por esta acción, por entregar el ejército de Ciro a los espartanos, los atenienses me desterraron, justamente cuando ellos, a su vez, habían accedido a enviar un contingente de caballería para unirse a las mismas fuerzas de Dercílidas y Tibrón a las que yo me uní.

— Bueno, Atenas se vería obligada. Estaba muy reciente la derrota.

— ¿Y no lo estaba yo también, más obligado aún por la necesidad de encontrar ocupación para un ejército tan grande, del que sólo los espartanos podían hacerse cargo? Por ese delito me veo ahora exiliado en Corinto, después de treinta y siete años. ¿No es justo que me niegue a pagar dinero y a pedir perdón por aquello, y que sea yo el que exija una reparación a la Ciudad?

Y ése era todo el sentido de la continua rememoración del pasado que hacía mi padre delante de Calístrato, acordarse de los momentos, no los más difíciles, en términos de peligro, sino los más semejantes a los actuales, aquellos momentos en que se sintió más sólo y confuso y cuestionado por los soldados y por los amigos, y en los que el tiempo y los hechos, más tarde, le dieron la razón. Recordar, en definitiva, que había sido desterrado de Atenas por salvar un ejército y una ciudad griega de su mutua ceguera y destrucción. Miraba las desgracias del presente con los ojos del pasado, y se equivocaba pretendiendo ahora eso mismo que tanto repetía que había evitado antes: volar tan cerca del Sol, acercarse a la Ciudad, con las únicas alas de cera de su propio prestigio. La Ciudad.

— Sabes que el gobierno de la multitud conduce a grandes disparates —le decía Calístrato a modo de resumen. Y tocando este tema la conversación se alargaba por horas comparando las virtudes y defectos de la república de los lacedemonios, de los atenienses y de los persas. Calístrato, a veces, sacaba a colación las teorías de Platón. Mi padre se irritaba, y comparaba al filósofo con esos expertos en ciencia militar que van de una ciudad a otra ofreciéndose como generales, y que nunca han peleado en una batalla. ¿Qué podía saber Platón de conducir hombres?

Un caballo niseo

Una mañana deambulaba yo por el puerto de Céncreas en compañía de Calístrato, cuando oí que nos gritaban de lejos:

— ¡Grilo!

Por mucho barullo que hubiera en cualquier sitio, y allí en el muelle lo había, yo distinguiría el nombre de mi hermano, siempre, con tanta claridad como si fuera el mío. Al volverme, vi que se nos acercaba un hombre grueso, de sonrisa jadeante, al que ni Calístrato ni yo conocíamos.

— ¡Qué casualidad, Grilo! Iba a enviar un criado a buscarte. Traigo en mi nave algo que sé que te complacerá muchísimo.

Antes, cuando vivíamos en Escilunte y cada cuatro años tratábamos con la marabunta de asistentes a las Olimpiadas, yo podía presumir de reconocer en pocas palabras a un siracusano, a un milesio o a un chipriota, y por supuesto distinguir todos los acentos que se hablan en el Peloponeso. Ahora que vivía en Corinto, tropezaba a veces con un habla, como la de aquel hombre, que parecía no ser de ningún lado. En realidad, se escucha a menudo en los puertos de las grandes ciudades. Es la de esos comerciantes que, al cabo de los años, acaban expresándose en una síntesis de todos los dialectos griegos, y aún hacen jerigonza con palabras fenicias y persas.

Me imaginé que aquel hombre sería alguno con el que Grilo habría tratado de caballos. Los nuestros quedaron en Lepreo, mal vendidos, por no poderlos llevar con nosotros en las naves. Grilo no estaba dispuesto a vivir sin caballos y casi diría que, por él, se hubieran comprado antes que la casa y el establo donde guardarlos, a pesar de que no nos hacían falta para nada, ni siquiera para ir de paseo un día a Céncreas y otro día a Lequeo, como ahora hacíamos Calístrato y yo.

Le seguí la corriente al hombre, seguro de que Calístrato sería mi cómplice.

— ¿Y qué es eso tan maravilloso? ¿Alguna hermosa yegua tesalia, por casualidad?

— De esas ya sabes que te puedo proporcionar tantas cuantas desees, de un año, de dos o de tres. Solo tienes que respetarme el precio. Pero lo que te traigo ahora es único, y cualquier amante de los caballos sabe lo que vale, aunque ninguno pueda decir que lo haya visto en otro sitio más que en sus mejores sueños.

— ¿Algún hijo de Pegaso? ¿O quizás un unicornio?

— Ya te he dicho que si ese animal existe, yo te lo traeré, siempre que me lo pagues. Pero este otro que tengo en mi nave te hará olvidar todos los unicornios que nunca has visto en cuanto te lo enseñe.

Así que Grilo no había olvidado los fantásticos relatos de Ctesias y hasta le había hablado de ellos a nuestro mercader.

Quizás no hubiera sido propio de Grilo hablar como yo lo iba a hacer, pero atendiendo al negocio, le dije:

— Por la forma en que lo encomias, ya veo que lo colocarás fuera del alcance de mi bolsa, y seguiré teniéndome que conformar con poseerlo en sueños.

Calístrato me miraba divertido. El comerciante, confiado en que tenía un buen producto para vender, soltó:

— ¡Un caballo niseo!

— ¿Un caballo niseo? ¿Estás seguro?

Seguimos al hombre, dispuestos a continuar la gestión comercial por cuenta de mi hermano hasta donde pudiéramos sin que nos diera la risa. Pero yo, también, picado en mi curiosidad.

Dicen que no hay mejores caballos que los que se crían en Nisea, donde las yeguas son fecundadas por el viento de las praderas. Con ellos se equipa lo más escogido de la caballería persa. No se encuentran ni se ven por ninguna parte de Grecia. Yo sabía, por mi padre, que son más corpulentos que los de aquí, hasta dos palmos más altos en la cruz, fuertes y veloces a la vez.

Mientras caminábamos hacia donde estaba atracado el barco, yo quería encontrar como pedirle a Calístrato, sin que me delatara su habitual *"eeehh!",* que le preguntara al mercader como se llamaba. Pero uno de sus criados lo llamó por su nombre, Trasideo.

Por la rampa de desembarque iban sacando los ejemplares del cargamento en reata. No hacía falta ser un entendido para notar que uno de ellos destacaba sobre los demás por su alzada, y porque lo separaban y apartaban para el final. Le hice ver a Trasideo que lo había reconocido.

— ¿Será aquel negro, por un casual?

— Por supuesto que es aquél.

— Buena estampa —una alabanza tan comedida que era un insulto para la hermosura del animal — ¿Cuánto pides por él?

— Treinta minas de plata.

— No me refería al barco, sino al caballo.

Trasideo se reía nerviosamente. Calístrato nos miraba, divertido de verme regatear por el caballo como si fuera Grilo pero como Grilo seguramente no hubiera hecho. Siempre me ha costado ganarle la negociación del precio a uno de estos fenicios, y en ese momento me daba cuenta de lo fácil que es cuando no tienes intención de comprar. Trasideo se sentía desconcertado al no descubrir en mí ninguna de esas miradas, gestos, palabras que quieren decir una cosa pero que delatan otra, y con las que el vendedor aquilata el aprecio del comprador por la mercancía que ofrece. Grilo se habría traicionado varias veces de encontrarse allí, en mi lugar. Yo también, si hubieran sido libros. El animal era hermoso, imponente. Pero no me entraba ningún deseo de poseerlo.

Los demás animales habían salido del barco conducidos de las riendas por un solo hombre. Al caballo niseo, en cambio, le engancharon cuatro cuerdas de un recio arnés en torno a las orejas y el morro.

Con dificultad, otros tantos mozos lo condujeron hacia la pasarela. La gente del muelle hacía corro para verlo salir.

El animal empezó a recular en cuanto llegó a las planchas, fuera porque las extrañara o porque se asustara del público que allí estaba. Entre relinchos de furia, jalaba de las cuerdas con su cuello, corcoveaba, y trataba de encabritarse y ponerse de manos. Los mozos se lo impedían colgándose de las cuerdas. Uno de ellos puso el pie donde no había, y cayó al agua. Los espectadores saludaron con regocijo el triunfo momentáneo de la bestia.

Los mozos se enfadaron, empezaron a jurar. Uno se arrancó a golpear al animal con una vara. No me pude contener:

— ¡Que Artemis haga que tus hijos nazcan muertos! No golpees a ese animal, que es mejor y vale más que tú. ¿No te das cuenta que sólo consigues enfurecerlo más?

Trasideo, apurado por mi furia y la del caballo, le mandó dejar la vara y agarrar el cabo que había soltado el náufrago. Con la ayuda de dos más consiguieron llevarlo a tierra. Entonces le dije a Trasideo.

— Dudo que encuentres quién te pague esas treinta minas, porque ese caballo está sin domar.

— No, no, está domado. Es que es de mucho genio, y mis criados son peores que asnos.

— ¿Y de dónde has sacado ese caballo? ¿Estás seguro que es un caballo niseo?

— ¿No lo ves con tus propios ojos?

— Podría ser un caballo anormalmente grande, de cualquier otra raza. A lo mejor no es ni tan fuerte ni tan rápido como los caballos niseos.

— Si lo es, por Zeus. Perteneció a un hiparco persa que murió hace poco, en Egipto, en una batalla que hubo. Sus enemigos capturaron su montura, y yo la compré a los vendedores del botín.

— ¿Batallas en Egipto? No sabía que hubiera guerra.

— Nunca ha dejado de haberla, por más que unas veces vaya a más y otras a menos.

Para librarme del enredo, le dije:

— Mañana vendré con mi padre a verlo, y te diremos algo.

Y nos despedimos.

No era raro que quienes no nos trataban a menudo confundieran a Grilo conmigo o al revés. Ambos llevábamos el pelo y la barba igualmente crecidos, a la manera lacedemonia. Pocos hombres podían dar de sí mismos unas señas tan precisas como nosotros, pues nadie, ni asomándose a un claro y limpio estanque, ni contemplándose en un pulido espejo de bronce, vería una imagen tan exacta de sí mismo como nosotros cuando nos mirábamos el uno al otro. Y sin embargo, aquellos que realmente nos conocían de cerca y nos habían tratado mucho, como Calístrato, decían que llegaban a distinguirnos en una especie de tono o aire vital, que los pasos de mi hermano eran más decididos, su gesto y su entonación más imperioso, y que yo parecía un punto más contenido y ensimismado. Pero pocos imaginan lo que supone ser diferentes y al mismo tiempo estar encadenados a ser iguales. Solo Jenofonte o Polixena. Y aún ellos no se libraron de vernos a los dos como a uno solo.

Tanto como recuerdo el final de esta historia, recuerdo este principio tan diferente, y que cuando llegué a casa mi relato fue recibido con las sonrisas propias de quienes escuchan algo divertido. Luego,

cuando pasé a describir el animal que había visto, Grilo se fue poniendo serio, y luego tan impaciente que Jenofonte le persuadió para que no saliera en seguida en busca de Trasideo, insistiéndole en que sólo conseguiría encarecer el precio si se precipitaba a dar una prueba tan notoria de su interés. Pero no fue eso lo que contuvo a Grilo, creo yo, sino darse cuenta de que nuestro padre estaba efectivamente decidido a comprarlo si se demostraba que el tal era un caballo niseo y además ya adiestrado para combatir a la manera persa.

Yo no les acompañé al día siguiente. Cuando volvieron, mientras Grilo me contaba lo sucedido con el caballo, Jenofonte apuntaba algo que le había oído al mercader acerca de los últimos acontecimientos de Egipto. Corinto era mejor puesto de escucha que Escilunte para todo lo que pasaba en el mundo.

Trasideo les había enseñado el animal, al que Jenofonte reconoció sin dudar como un caballo niseo por su corpulencia, por el ancho de la testuz y por el tamaño, más chiquito en proporción, de sus orejas. Al tratar de mirarle la dentadura, la bestia se les había resistido de la misma forma que yo había visto a la mañana. El comerciante juraba que no tenía cinco años, pero no había forma de levantarle los belfos para comprobarlo, ni siquiera de acercarse a él. Así estancada la negociación en este punto de averiguar la edad del animal, Jenofonte cortó por lo sano diciendo que no hacía falta más, puesto que ya se le veía el principal defecto que puede tener una montura, y es que no estaba bien domado. Trasideo protestaba, y aseguraba que ese caballo había servido en el ejército y llevado a un jefe de la caballería persa. Mi padre contestó que no lo ponía en duda, como no le extrañaría tampoco que su amo hubiera muerto en la batalla por culpa de su montura, capaz de tirarlo al suelo o arrastrarlo, enrabietado, a las manos de sus enemigos.

Así opinaba mi padre. Pero Grilo quería el caballo. Trasideo consintió en rebajar su precio a poco más de la mitad. Mi padre aceptó con dos condiciones: que se confirmara que tenía cuatro años y que efectivamente pudiéramos salir con él de la mano. Las dos cosas parecían imposibles de cumplir. Grilo, entonces, pidió que lo dejaran sólo con el animal y que le esperaran fuera, no importara cuanto tiempo tardara en salir. Al cabo de mucho rato, salió Grilo llevando al caballo de la mano, hablándole en voz baja y acariciándole el cuello y las orejas con la otra mano. Tenía cuatro años, ya para cinco.

En Grilo no eran extrañas esas cosas, y por ello, de los dos Dióscuros, a él lo emparejaban con Cástor, domador de caballos. Esas habilidades para calmar a los animales iban siempre precedidas de una breve oración a Artemis, susurrada mirando de frente al animal y con las palmas de las manos hacia arriba, pero sin levantarlas nunca por encima de la cadera, como se suele hacer, para no asustarlo.

Mi padre le había dicho delante del comerciante, y lo volvió a repetir en casa delante de mí, que un caballo tan indómito no es bueno. Pero Grilo contestaba que sólo importa que sea dócil con su amo. Así es como consiguió Grilo su caballo niseo a muy buen precio. Lo llamó Pasaca, como el caballo que tuvo de niño en memoria de Ciro.

Mi padre no tardó mucho en examinarlo, siempre delante de Grilo. El animal no permitía que le tocara otra mano que la suya. Ya le asomaban los dos últimos incisivos, pero aún no eran tan grandes como los otros cuatro. Era lo esperado. No se puede engañar en algo tan fácilmente comprobable.

Jenofonte le apreció en la piel marcas como las que deja el roce constante de las correas que sujetan las protecciones de las monturas persas. Grilo no había visto nunca la caballería acorazada persa, y

pudo aprender sobre el cuerpo de Pasaca como van colocados el peto, la testuz y los quijotes. No cabía ninguna duda, era verdad que había sido corcel de guerra. Que tan magnífica bestia hubiera llegado hasta Corinto, desamparada de su dueño, sólo podía ser indicio de que a éste no le habían ido bien las cosas. La suposición de mi padre, que la propia fogosidad del animal le había causado la muerte, quizás era algo más que un argumento oportuno para bajar el precio.

Grilo vendió la otra montura que tenía por una cantidad que no se podía poner al lado de lo que le había costado la nueva. Todos los días salía en compañía de mi padre hasta la campa que en Corinto llaman hipódromo por las carreras que a veces se celebran allí, para familiarizarse con Pasaca, comprobar qué sabía hacer y qué más le podía enseñar. Mi padre se situaba en el centro, y Grilo iba y venía delante de él, paraba el caballo, lo hacía arrancar, girar, frenar. Sorprendía que Grilo aceptara la presencia de nadie para darle lecciones de equitación. Había una razón. La primera vez no había conseguido que el caballo arrancara y parara a su voz, ni que viniera hacia él cuando se lo ordenaba. Hasta que Jenofonte le dijo cuáles eran las voces que empleaban los jinetes de Ciro. Entonces sí, el caballo obedeció a Grilo, y Grilo desde aquel momento siempre le habló en persa.

Sé que mi padre no solo admiraba el caballo, sino la habilidad de Grilo, que destacaba aún más sobre la torpeza de los jóvenes corintios que allí acuden a diario a recibir lecciones de equitación. También se instruían allí los jinetes de la caballería corintia, a los que placía que Grilo se les juntara en los ejercicios. Entonces descollaba sobre todos el corpachón negro de Pasaca. Grilo, rigurosamente advertido por Jenofonte, contenía a su caballo y se contenía él mismo para que los corintios no se sintieran a menos frente a un extranjero. No siempre era Grilo capaz de dominarse, y entonces reñían los dos ásperamente en casa. Grilo decía que era culpa del animal, que Pasaca se excitaba al galopar junto a otros caballos o cuando, en las persecuciones, los veía por delante. Y entonces Jenofonte le culpaba doblemente, por ser mal jinete y dejarse arrastrar por su montura.

Grilo y yo marchamos un día a Fliunte, a visitar a nuestros camaradas de la última campaña con Cleombroto. La mejor caballería del Peloponeso está aquí en esta pequeña ciudad a mitad de camino entre Nemea y Estinfalia. Sus vecinos de Sición y de Argos, ciudades mucho más poderosas, han salido mal parados siempre que se han enfrentado a los caballeros fliasios. Grilo quería mostrarles Pasaca.

Yo era la única persona, fuera de Grilo, a la que el caballo toleraba algún acercamiento. No siempre, pero más de una vez, se dejó acariciar por mí en el cuello, entre las orejas e incluso bajar la mano por la cara hasta el hocico y los belfos. Otras, sin embargo, me rehuía con un gesto súbito y deliberado, más inquietante porque no parecía tener nada que ver con la timidez natural de los animales. No insistía entonces. Tenía miedo a su dentadura.

En el camino, Grilo me ofreció a Pasaca para que lo montara. No era fácil subirse de un salto a un caballo tan corpulento, pero haciéndolo Grilo, no había ninguna razón para que yo no pudiera. Tres veces lo intenté y tres veces fui rehusado por el caballo. Entonces le pedí a Grilo que me ayudara al modo persa, dándome apoyo en una de sus rodillas y en sus manos entrelazadas, pero Grilo se rió de mí, diciendo que ésa no era una forma varonil de montar.

No sé si entonces pensé o es ahora cuando creo haberlo pensado: *te pesará, si alguna vez necesitas que me acerque a tu caballo...*

Tuve un sueño. Estábamos en Escilunte, en la pradera que hay, que había, frente al templo de Artemis, quizás en el tiempo de la romería. Estoy junto a Grilo, entre los arbustos, buscando ramas largas y delgadas que pudieran hacer de asadores. Aparece un caballo negro y colosal, montado por un jinete de facciones imprecisas. Asustado, me vuelvo hacia Grilo, pero Grilo ha desaparecido.

Los sueños se olvidan todos no más tarde de media mañana. Pero no aquél. Cuando me encontré con Calístrato, no pude contener el impulso de contárselo. Él, sorprendido por lo inhabitual de la confidencia, no me despachó con un comentario de aliño. Después de pensar un poco, sugirió la semejanza del sueño con el momento del mito en el que Perséfone está recogiendo flores y surgen de la tierra los caballos negros conducidos por Hades, el auriga invisible. El día anterior —Calístrato estaba presente— se había comentado en casa la posibilidad de que Grilo y yo marcháramos a Atenas para iniciarnos en los misterios de Eleusis. Seguramente tenía razón Calístrato. Es verdad que el día de antes, mientras hablábamos de que nos alojaríamos en casa de nuestro tío Diodoro durante el tiempo que duraran los misterios menores, yo recordaba mis terrores infantiles cuando Filesia me contaba el rapto de Perséfone.

Perséfone es raptada por el auriga sin rostro. Pero en mi sueño, cuando Grilo, que está junto a mí, desaparece, realmente me doy cuenta que él mismo ha pasado a ser el jinete de la faz velada. Y el que se asusta, como se asustaría entonces Perséfone, soy yo. Me inquietaba el sueño y su significado no se me desvelaba. Calístrato me dijo:

— No todos los sueños deben interpretarse como una advertencia de la divinidad. Los dioses estarían extraordinariamente ocupados si todos los sueños de todos los mortales de todas las noches fueran mensajes suyos. Yo creo que la mayor parte de los sueños son un mero divagar de nuestro espíritu por las cosas que le preocupan.

— ¿Y qué me preocupa, según ese sueño?

— Pues lo que se habló, lo que os pueda ocurrir a Grilo y a ti lleguéis a Atenas.

Y sí, eso es lo que me preocupaba: que el día de antes Jenofonte había decidido que Grilo y yo marcháramos a Atenas. Íbamos a pisar la Ciudad por primera vez en nuestra vida.

Planes para volver a Atenas

Unos días antes de esa decisión, nuestro tío Diodoro había aparecido en casa sin que le esperáramos. Su viaje a Corinto sólo tenía un propósito: persuadir a Jenofonte para que solicitara el levantamiento del destierro, como ya habían hecho los demás cireos. Mi padre ya no encontraba a ninguno de ellos por las calles de Corinto, mientra que Diodoro ya los saludaba por Atenas. Diodoro no podía entender que su hermano fuera el único de los cireos que seguía en el destierro.

Éramos niños cuando Grilo y yo tratamos nuestro tío por primera vez. Apenas recordábamos nada de aquella visita. Siendo adolescentes volvió a aparecer por Escilunte. De aquella segunda vez nos quedó una clara impresión de su carácter taciturno. Y la última haría unos cinco años. Nunca llegamos a tener con él el trato y la familiaridad que correspondía a nuestro parentesco. Si a alguien hubiéramos llamado tío, aunque por su edad hubiera podido pasar por abuelo nuestro, hubiera sido a Soféneto, el viejo cireo, el camarada de nuestro padre que al menos una vez al año se dejaba caer por Escilunte bajando desde sus montañas en Estinfalia. Aún así, a pesar de toda la distancia, Diodoro era nuestro tío, era la familia, y era la parte de la familia que seguía en Atenas, en la Ciudad, en la imposible, lejana, añorada, ingrata Ciudad que nos rechazaba.

Diodoro no tenía hijos: se había casado con la hija de Tucídides, hijo de Oloro, y enviudó al primer parto, sin que la niña que nació sobreviviera. Lo único que heredó de su mujer fueron unos rollos de papiro del suegro, ya fallecido, de los que mi padre hizo algunas copias que regaló generosamente, además de servirle de estímulo para sus *Helénicas*. De las riquezas de su suegro en Potidea no le llegó nada o más bien no quiso reñir por ellas. Diodoro no necesitaba más. Tenía la casa y los campos de Erquia, la hacienda que fue de Grilo, padre de Jenofonte, y que mi hermano y yo podríamos heredar, quizás.

Él le decía a su hermano:

— Cuando tu orgullo te impulsó a marcharte de la Ciudad, eras tú solo el que se perjudicaba. Ahora son tus hijos los que sufrirán las consecuencias. Por tu orgullo. Entonces eras un joven arrogante. Ahora, que eres un viejo, ¿de qué se alimenta tu soberbia? ¿De tus achaques?

Nunca había escuchado a nadie zaherir de esa forma a mi padre, ni me imaginaba que Jenofonte soportara en silencio todo lo que le decía, aunque fuera su hermano.

— ¿Cuánto más esperas vivir? ¿Diez años? ¿Quince? Pues réstale los seis que yo te saco y verás qué poco tiempo me queda. Si yo muero en estos momentos, tus hijos no me podrán heredar y mi hacienda será subastada por la Ciudad. Tienes que regresar para poder inscribirlos como ciudadanos cuanto antes. No sólo los vas a dejar sin herencia, sino que los estás privando de tener una ciudad que sea su patria. ¿No

crees que no es bastante castigo que, cuando ellos lleguen por fin a Atenas, si alguna vez regresan, sean unos desconocidos, mientras que los jóvenes de su misma edad ya se habrán hecho un nombre y un prestigio por sus actos? ¿Qué amigos van a tener que les apoyen? ¿Quién les invitará a cenar o se parará a hablar con ellos por la calle?

Jenofonte se marchaba a la huerta, callando, y allí rumiaba a golpes con la azada. Era cierto que Grilo y yo solo podríamos heredarle si accedíamos a la ciudadanía. Nosotros habíamos sobrepasado ampliamente los dieciocho años, edad en la que los hijos son presentados por sus padres a la asamblea del demos para que figuren en la lista de nuevos ciudadanos de ese año. Pero no era nuestra edad el problema —había muchos precedentes de inscripciones tardías—, sino el destierro de mi padre. Los hijos de un desterrado no pueden inscribirse como ciudadanos.

No siempre los infortunios doblan la voluntad de las personas. A veces tienen un efecto contrario. Que Jenofonte se allanara a lo que le pedía su hermano hubiera sido más fácil unos años antes, cuando aún vivíamos confiados y satisfechos en Escilunte. La expulsión no solo nos había arrebatado las tierras. La defección de los camaradas había sido el último revés del ejército que él había conducido. Todo ello, si algún efecto había tenido sobre mi padre, había sido el de un ensimismamiento reconcentrado.

Una tarde Jenofonte le pidió a Calístrato que se quedara a cenar. Anunció que quería hablarnos a todos y que él, como amigo de la familia, estuviera presente. La cena transcurrió en el ambiente de expectación que mi padre quería. Cuando él consideró que era el momento, empezó a hablar.

— He pensado en lo que tú has venido a decirme, Diodoro, y tengo la respuesta. Quiero que en la asamblea del demos de Erquia, en el próximo Hecatombeion, tú mismo pidas la inscripción como ciudadanos de tus sobrinos Grilo y Diodoro.

— Pero todo el mundo sabrá que no son mis hijos, sino los tuyos.

— Eso es. Como hijos míos.

Diodoro quedó desconcertado.

— ¿Sabes a qué expones tus hijos? ¿Lo saben ellos? ¿Lo tengo que recordar?

— Lo digo yo: si el demos deniega la inscripción, serán vendidos como esclavos.

Probablemente yo lo sabía o lo había sabido alguna vez, pero no me acordaba. De todas formas, el conocimiento de las leyes no le permite a uno hacerse una idea de lo que supone vivir bajo ellas. Las leyes son sólo palabras, dúctiles, interpretables, como la arcilla del alfarero, que solo fija su forma al cocerse en el horno. En el caso de las palabras, cuando los actos de los hombres le dan su verdadero sentido.

— ¿Te acuerdas de que nuestro padre no quiso arriesgarse por Próxeno?

— De eso me acuerdo, sí. Muchas veces he pensado que mi destierro es el castigo de la divinidad porque nuestro padre no se atrevió a inscribir a Próxeno como hijo suyo. Y si es así, quizás haya que hacer con Diodoro y con Grilo eso mismo que no se atrevió nuestro padre. Y si el demos los rechaza, será la voluntad divina.

— Pero no los rechazarán —siguió mi padre—, ¿verdad Diodoro? Dime si tus vecinos, si tus amigos, si muchos de ellos no me han conocido a mí, no han sido vecinos y amigos míos, y han conocido a nuestro padre. Ellos aceptarán a mis hijos, porque ellos no son esos marineros, esos zapateros y tenderos a

los que manejan los demagogos de la Ciudad. Y porque los demagogos de la Ciudad no tendrán ocasión de acudir a la asamblea del demos de Erquia a perorar, si todo se hace bien, guardando el secreto hasta el último momento.

Diodoro meditó la respuesta:

— Jenofonte, no es como antes. Muchos de mis vecinos no te conocen, son mucho más jóvenes que tú y que yo. En cambio, todos saben que Jenofonte es un desterrado.

— ¿Quién es el demarca?

— Eutifrón. No tendría ni diez años cuando tú te fuiste. Ni siquiera se acordará de ti.

— Ni yo de él, es verdad. Pero dime, ¿qué clase de hombre es? ¿Crees que nos apoyará? ¿O qué hará?

— No lo sé. No querrá ponerse en contra, es amigo mio, pero tampoco querrá significarse. Se verá en un compromiso si hacemos eso que tú propones.

— Tú puedes hablarle particularmente, a él y a los indecisos, y pedirles que te dejen tener herederos. Comprenderán que una casa como la de Grilo y Diodoro no debe desaparecer. Debes pedir amistad, debes apelar al sentimiento de vecindad.

— Sabes que lo que propones es un desafío a los que mandan en la Ciudad. Y que a muchos no se les ocultará esa intención.

— ¡Lo es, claro que lo es! Preséntate con mis hijos delante de ellos, que los vean como son, en carne y hueso, y que al verlos se acuerden de mí, de Jenofonte, que está desterrado. Todos ellos sabrán íntimamente, sin que nadie lo diga en voz alta, que al aceptar a mis hijos como ciudadanos, me están levantando el destierro. Pero, por votarlo, nadie podrá echárselo en cara a ellos, ni revocarlo después de aprobado. Saldrá bien si se ejecuta deprisa y en secreto. ¿No te parece así, Calístrato?

Calístrato pareció pillado por sorpresa, como cuando te acercabas a él sin que hubiera oído tus pasos, cosa harto fácil. Asistir a aquella reunión familiar ya le dejaba ciertamente perplejo. Que Jenofonte le pidiera su parecer, seguramente le aclaró que había sido invitado precisamente para desequilibrar la discusión entre Diodoro y Jenofonte a favor de su amgio.

— Jenofonte, yo no conozco las leyes y costumbres de Atenas como vosotros. Así que mi opinión no ha de valer mucho.

Jenofonte insistió:

— ¿Y cuál es tu opinión? ¿No te parece que es un plan que sirve para lo que quiere Diodoro, que es tener herederos, y también para empezar a dejar sin efecto por la vía de los hechos el destierro que sufro?

— Sí —dijo Calístrato—, si sale como has planeado. Sólo diría que asegurarais el riesgo que puedan correr Grilo y Diodoro.

Diodoro asentía con la cabeza, cuando intervino Grilo.

— No hay riesgo ninguno. ¿Quién va a hacernos esclavos, si nosotros no consentimos? ¿No te escapaste tú, tío, de las latomías de Siracusa?

La irrupción entusiasta de Grilo dejaba a Diodoro atrapado entre dos voluntades.

— Grilo, por favor —saltó Diodoro—, os pueden llevar encadenados al Laurión. No es fácil escapar de allí. Y aunque lo consigáis, lo pasaréis mal. Además, ¿para qué quieres, como yo, llevar una marca en la frente para toda tu vida? Y en todo caso, si huyerais, me harían responder por vosotros, me harían pagar una multa.

— Pero eso no ocurrirá, Diodoro —volvió a hablar Jenofonte—. Y si eso ocurriera, yo pagaré lo que sea o, si es necesario, rogaré e imploraré, como han hecho los demás, para que se me levante el destierro. Si el demos rechazara la inscripción de mis hijos, te prometo humillarme a lo que me pides.

Fue entonces cuando Diodoro, rindiéndose a lo que quería su hermano, sugirió que adelantáramos unos meses nuestra presencia en Atenas participando en los misterios. A Jenofonte esa propuesta le hubiera dejado indiferente en cualquier otro momento, pero ahora reforzaba su plan. Aquella tarde Diodoro explicó en qué consistía la iniciación, el rito y el misterio que se celebraba. Explicó hasta donde le estaba permitido contar, pues él era un iniciado, alguien que había visto lo inefable. Algo debe haber en los misterios para que vuelvan locuaz a una persona tan taciturna como mi tío.

Esa noche yo tuve el sueño.

Grilo preguntó a nuestro tío si, una vez aceptados como ciudadanos, haríamos el servicio militar, como todos los jóvenes.

— Se os podría dispensar, por razón de la edad. Pero en las condiciones en que haríais vuestra inscripción como ciudadanos, si la hacéis y prospera, no sería oportuno, e incluso quizás os denegarían la dispensa como castigo.

— No queremos librarnos. Queremos alistarnos antes de que empiece la guerra.

Diodoro se sorprendía.

— Habrá guerra —ratificó Jenofonte—. En un año o dos.

— ¿Y no es mejor, si podéis, evitarla? —dijo Diodoro.

Grilo no le contestó a él, sino que se dirigió a Jenofonte

— Nosotros estaremos allí, en la caballería ateniense, la mejor de Grecia. Ya se acabó el soportar el desprecio de los espartanos por los jinetes —y añadió, cantando para mí—, y el *"abrid bien las piernas, clavad en el suelo los pies"*.

"El pelear como ratas enjauladas", pensé yo, sin saber por qué, sólo recordando la jornada de Leuctra. Pero no dije nada.

— Tendréis por general a Cares, Cabrias o Ifícrates —dijo Jenofonte—. Cualquiera de ellos sabe combatir por igual en el mar y en la tierra, a caballo y a pie, con peltastas y con hoplitas. Con cualquiera de ellos demostraréis qué buenos soldados son los hijos de Jenofonte.

De la misma forma que Grilo, en el hipódromo, soltaba a Pasaca cuando quería exhibirse delante de los jinetes corintios, así ahora Jenofonte aflojaba las riendas de Grilo, camino de la Ciudad. Diodoro, en cambio, pareció de golpe más taciturno que nunca.

Atenienses

Poco tiempo después, en el mes de las flores, Grilo y yo pisábamos Atenas por primera vez.

Diodoro nos presentó a uno de los eumólpidas. El hombre se interesó por Jenofonte con toda la curiosidad del que ya sabía de oídas casi todo lo que nos preguntaba, pero quería además lo más parecido a un testimonio de primera mano. Luego su interrogatorio se hizo formal y se centró en nosotros dos. Grilo y yo entonamos nuestro interés por los misterios. Tradición familiar, dije yo, como si no fuera obvio que no había familia ateniense en la que no lo fuera. Grilo dijo algo acerca de la resurrección, que me sorprendió. A Grilo del más allá no le importaba más que el recuerdo que quedara de sí mismo en el más acá. Pero el eumólpida no tenía por qué saberlo. Tampoco dimos a entender en ningún momento que vendríamos a vivir unos meses después al Ática. Tal como nos había instruido nuestro padre, todas las cautelas eran pocas.

Y éstas tenían que ser mayores al encontrarnos en Atenas con la gente de Escilunte, con los viejos cireos y con sus hijos. No hacía todavía un año, ellos y nosotros éramos un mismo pueblo, éramos Escilunte, un pueblo atravesado más por la nostalgia del regreso que por el dolor del destierro, pero en el que vivíamos agradecidos de la tierra que pisábamos y que nos alimentaba desde hacía veinticinco años, y orgullosos de poseerla. A nuestros camaradas no se les podía esconder hasta qué punto volver a la Ciudad era anhelo de Jenofonte y cómo ese deseo estaba contenido por un orgullo que exigía y pedía, sino una reparación, al menos una amnistía que fuera otorgada sin súplica. A ellos, a cualquiera de los cireos, nos resultaba difícil justificarles nuestra presencia en la Ciudad por un súbito arrebato de religiosidad. Pero a falta de mejores explicaciones, supongo que tuvieron que dar por bueno el influjo de nuestro tío Diodoro, evidente allí junto a nosotros.

Durante las dos semanas siguientes participamos en los pequeños misterios. Lo que allí se hace no parece digno de ser guardado en secreto, y sí pensado sólo para solemnizar el momento culminante de la epifanía que se desarrollaría seis meses después. Reunidos en grupos de veinte en distintas casas, cantábamos el himno a Deméter, comíamos el fruto de la granada que simbolizaba nuestra muerte, nos bañábamos en un simulacro de nacimiento, aprendíamos listas de alimentos prohibidos y nos pasábamos ritualmente de uno a otro las cestas que contenían los objetos sagrados. Con nosotros había gente de toda edad y condición, atenienses casi todos, pero también de Megara, de Argos y de Eubea.

Un eumólpida presidía siempre las sesiones, ayudado a veces por otro hombre, a veces por una mujer. Un día, un solo día, ocurrió algo. Sé que decir que un joven o una joven es tan hermoso como un dios o una diosa es como no decir nada. Ni el que habla ni el que escucha esta comparación retórica sabrán ver realmente dentro de sus ojos cuán hermosa es la divinidad, pero aún así, se sigue diciendo. Y yo tengo que repetirlo, porque no sé como dar idea de la sacerdotisa que aquel día vino hacia nosotros ofreciéndonos

la cesta de las cosas, cómo describir algo que no habíamos visto nunca antes, la tez más clara, el pelo más oscuro, la boca más rotunda, los ojos más grandes, de pupilas más negras y de blanco más limpio. Ella caminaba entre los asistentes con la cesta arrimada al costado, marcando sus caderas, y al llegar ante nosotros, no dudó ni vaciló, como siempre les ocurre a los que se enfrentan por primera vez a nuestra condición de gemelos, sino que se dirigió por nuestro nombre, primero a mí y luego a Grilo, como si hubiera preparado ese momento. Se paró delante de mí ofreciéndome la tapa del cesto abierta. Uno sentía que las propias manos, palpando a ciegas allí dentro, temblaban como si se hundieran en su cuerpo. Cuando le llegó el turno a Grilo, él la miró fijamente a los ojos y a la cara mientras tanteaba dentro del cesto. Ella le sostuvo la insolencia de la misma manera, hasta que puso término agarrando las muñecas de Grilo y sacándolas de la cesta.

Grilo hizo cuanto pudo por volver a verla pero ni siquiera pudo saber quién era. El sacerdote que oficiaba habitualmente no la conocía. Se había puesto de acuerdo con otro sacerdote para que le sustituyera, pero el sustituto estaba seguro de no haber ido y no recordaba siquiera si se le había pedido la sustitución o no. El sacerdote sustituto tenía dos hijas que solían ayudar en los misterios, pero ninguna se le parecía ni recordaba que su padre hubiera tenido que sustituir a otro. En cualquier caso, fue una epifanía cuyo efecto en Grilo se aumentaba y prolongaba por la misteriosa ocultación que le siguió. Quizás también por una sensibilidad inducida por la práctica de los ritos y el extrañamiento de la vida habitual que llevábamos en Corinto. O el sobrecogimiento, el asombro, con el que nos asomábamos cada día ante la Ciudad de nuestro padre, la que nos había hecho padecer el destierro y, al mismo tiempo, aquélla de la que no dejábamos de sentirnos orgullosos por su poder, que todavía era mucho. Aquellos barrios dilatados pero dominados desde una Acrópolis majestuosa, el Ágora, el teatro, el odeón, decorado con los mástiles y los despojos de las naves persas, los inmensos muros hasta el puerto, todo aquello entusiasmaba a Grilo, y a mí también, sino fuera porque en algunos momentos, cuando me separaba de mi hermano, me invadía una sensación de soledad y desvalimiento en las calles concurridas, inacabablemente desconocidas. Es cierto que Corinto es también una ciudad bulliciosa y cosmopolita, que su acrópolis es más alta. Pero está hecha a escala humana, se puede vivir en ella, aunque sólo sea porque casi siempre encuentro la compañía de Calístrato, si Grilo no está conmigo.

En contra de lo que quizás se imaginaba nuestro padre, en Atenas nadie se acordaba de Jenofonte, de si seguía desterrado o no. Los cireos que habían regresado pasaban desapercibidos, y ellos mismos, a su vez, se sentían perdidos. Escilunte era una aldea, pero un mundo completo en el que ellos, todos y cada uno, contaban como señores y amos. Ahora, en Atenas, ellos no eran nada.

Licio nos acompañó algunas mañanas a donde se ejercitaba la caballería ateniense. Había público, niños que ansiaban ser de mayores como aquellos a los que miraban, y ancianos que recordaban su perdida juventud. Nuestra edad nos señalaba como pertenecientes a los que se ejercitaban y no a los que contemplaban. Dábamos tanta apariencia de espías que uno de los hiparcos se acercó a preguntarnos quiénes eramos. Empezó Licio a responder, como disculpándose, quién era él y que nosotros éramos visitantes de Corinto, cuando Grilo le interrumpió para decirle *"mi hermano y yo somos hijos de*

Jenofonte, hijo de Grilo, del demo de Erquia". Y remató con *"¿Y tú quien eres?"*. Pero el jinete se dio la vuelta sin decirnos nada, lo que soliviantó a Grilo durante toda la tarde.

Nuestro tío Diodoro se disgustó: habíamos llamado la atención sobre nosotros y sobre el nombre de Jenofonte. Nos prohibió volver al campo de ejercicios. Pero lo que habíamos visto nos bastaba para saber que la famosa caballería ateniense no deslumbraba por su aptitud, aunque era incomparablemente mejor que la de los lacedemonios. Había, sí, un puñado de jinetes realmente hábiles, entre ellos el que nos había interrogado.

Cuando volvimos a Corinto, Jenofonte solo nos dijo:

— Pronto podréis responder que sois Grilo y Diodoro, hijos de Jenofonte, del demo de Erquía — porque la respuesta que había dado mi hermano era en realidad una desviación de la forma en que se presentan los ciudadanos atenienses: por su nombre, seguido del patronímico y el nombre del demos en el que fueron inscritos como ciudadanos al alcanzar la mayoría de edad.

Calístrato me preguntó por qué no me había acercado a los jardines donde Platón se reunía con sus amigos, como me había sugerido. Calístrato quería que yo hubiera aprovechado la ocasión para preguntarle al filósofo si, siendo Grilo y yo en todo semejantes en cuerpo, nuestra alma participaba de esa misma igualdad, o bien si, siendo nuestras almas diferentes, era el habitar en cuerpos idénticos lo que las aproximaba. Para escabullirme le dije que no me había atrevido a entrar en la Academia, porque mi alma o cuerpo gemelo se había negado a acompañarme.

En realidad, si se lo hubiera pedido, Grilo me hubiera seguido. Pero no se lo pedí. Me acordaba de que a Jenofonte, además de parecerle harto rebuscado y fantástico casi todo lo que decía Platón, le enfurecía por encima de cualquier otra cosa la impostura de ese hombre que ponía sus propios pensamientos en labios de Sócrates.

Tres meses después llegó el momento de ir a Erquia, a la casa donde vivía mi tío Diodoro y donde se había criado Jenofonte, la casa donde había vivido y había muerto Grilo, padre de Jenofonte. Esta vez Grilo trajo a Pasaca. Llegamos a tiempo para la cosecha y con un mes de antelación respecto al momento de la inscripción de los nuevos ciudadanos. No habría mejor presentación ante nuestros vecinos, nos dijo nuestro padre, que mostrarnos al frente de las cuadrillas de segadores.

Las tierras de Diodoro no eran menos extensas que las que nosotros habíamos dejado en Escilunte. Tenía viñas y olivos, y sembrados en cantidad tal para que la siega fuera una tarea desproporcionada al número de criados, como siempre ocurre cuando no se quiere alimentar bocas ociosas durante el resto del año.

Nuestro tío, acompañado de su capataz, nos mostró dónde tenía el grano más avanzado y dónde podía esperar a ser cosechado más tarde. Grilo y yo lo persuadimos para que nos dejara encargarnos de todo. El capataz, un hombre maduro que veía acercarse, con la vejez de Diodoro, el momento de su libertad, acató nuestra autoridad sin dobleces aparentes. Cuando llegó el momento de la siega, adelantamos el despertar de toda la casa para que las cuadrillas estuvieran sobre los campos con la primera claridad, y no con el sol ya asomado, como se venía haciendo. Empuñando a ratos la hoz nosotros mismos, marcábamos un ritmo intenso y continuo que todos se veían obligados a seguir. El grano era gordo y los

tallos largos, así que mandamos cortar alto: se avanza más deprisa y se facilita después la trilla y el aventado. Aprendimos los nombres de cada uno de los criados, para llamarles por ellos y elogiarles o apremiarles. Uno de los dos, Grilo o yo, estaba perennemente encima. Para que no pudieran eludirnos con mañas, como suelen hacer los esclavos cuando la autoridad del amo está dividida entre varios, Grilo y yo nos suplantábamos a menudo, confundiéndolos acerca de quién era quién, al menos hasta que se dieron cuenta de que Pasaca sólo se dejaba montar por uno de nosotros.

No tardaron en la aldea en preguntarle a nuestro tío quiénes éramos. Habíamos sido vistos, de lejos. La espléndida negrura de Pasaca, también. Y ahora, notaban los vecinos, los hombres de Diodoro ya estaban en los campos cuando ellos iban, y aún seguían allí cuando ellos volvían. Aquel año terminamos la cosecha antes que nadie y aún nos quedaron fuerzas y días para ayudar a aquellos de nuestros vecinos que iban más apurados o que nuestro tío Diodoro creyó que lo necesitaban o lo merecían más. Así aprendimos más nombres y otros hombres aprendieron los nuestros.

A la siega le continuó, más pausada, la trilla. Y cuando ya todo el grano estuvo en los graneros, se celebró en el demos la fiesta de la cosecha. Una cena el primer día, una carrera para los jóvenes al siguiente y una procesión, con carrera nocturna de antorchas, para terminar. Aunque no le tocaba aquel año, nuestro tío quiso pagar el banquete para celebrar nuestra llegada al Ática, y lo hizo de forma espléndida, como reconocieron todos por el número y la intensidad de las borracheras. Nosotros estuvimos en todas las comidas y festejos, pero no participamos en la carrera. Las palabras de nuestro tío desaconsejándolo nos recordaron la vieja regla bajo la cual habíamos vivido en Esparta: el que triunfa debe aplacar a sus iguales. Y todavía no lo éramos, todavía no éramos ciudadanos. Faltaban diez días.

Habíamos salido de casa bien de mañana para acompañar a nuestro tío Diodoro al demos. Un paso detrás de él, le escuchamos decir al secretario que, en nombre de su hermano Jenofonte, inscribía a sus hijos Grilo y Diodoro. El secretario preguntó *"¿Se puede?"* al demarca que estaba allí a su lado, platicando con otros dos demotas. *"Yo creo que sí, ¿por qué no?*, contestó Eutifrón, como si aquello fuera una bagatela, y el secretario rasguñó el papiro, sin decir nada más. Nuestro tío salió de allí inmensamente aliviado, a pesar de que días antes se había cuidado de advertir discretamente a Eutifrón de lo que pensaba hacer, y sabía que él no se hubiera opuesto sin prevenirle.

Quedaba la asamblea, que sería a última hora de la tarde. Hicimos tiempo visitando las cuatro casas más importantes. En todas ellas nos sacaron conversación a propósito de nuestra inscripción. Si no lo hubieran hecho, nos hubiéramos alarmado. A todos hablaba nuestro tío de su vejez, de la falta de hijos, y de lo contento que estaba de que la casa de Grilo tuviera continuidad, como dando por seguro que nadie se opondría en la asamblea. Cuando se nos preguntaba a Grilo y a mí por nuestros proyectos, Grilo decía que nuestro servicio militar coincidiría con la guerra, y que nos alistaríamos en la caballería. *"¿Y vuestro padre?"*. Ahí respondía yo *"Más tarde o más temprano volverá. Todos sus camaradas lo han hecho ya"*. Nadie decía la palabra destierro o amnistía.

En nuestros vecinos había curiosidad satisfecha. Se aclaraba por fin el motivo de nuestra presencia en Erquia. Y los que tenían hijas casaderas, y que hasta ese momento se habían preguntado si nosotros

podríamos o vendríamos a heredar a nuestro tío Diodoro, tuvieron una duda menos y un enredo más que urdir.

Cuando se leyeron nuestros nombres en la asamblea, ya estábamos razonablemente seguros de que ninguna voz se opondría, como así ocurrió. A partir de ese momento éramos Grilo y Diodoro, hijos de Jenofonte, del demo de Erquia.

Iniciación en los misterios

Los días del verano se habían consumido trillando en la era durante la mañana y la tarde, durmiendo la siesta después del mediodía, y aventando al anochecer con el poco aire que bajaba a esa hora de los montes a la llanura. Y aunque todo era igual que cuando vivíamos en Escilunte y nos parecía, a veces, volver a estar allí, las más echábamos en falta la cercanía del bosque y sus penumbras. En Erquia no hay más sombras que las higueras o los muros de las casas. Es un lugar abierto, entre tierras de cultivo, alejado una buena caminata del comienzo del monte.

También se nos hacía raro ver a nuestro tío en el lugar que ocupaba Jenofonte.

Terminó el verano. Grilo y yo volvimos a Corinto antes de los grandes misterios y los trabajos de la vendimia. Jenofonte nos preguntaba cómo nos había ido en Erquia. Sentía la lejanía ahora que los tenía más cerca que nunca, como si el Noto le hubiera traído los aires y olores de aquellos lugares de su juventud y de su vieja casa. Después de treinta y cinco años, su memoria estaba llena de detalles muy precisos, pero también de grandes olvidos y de recuerdos minuciosamente falsos. Y nosotros no nos atrevíamos a decirle que su pretensión de volver a Atenas, a Erquia y a su casa, era un espejismo, un intento vano de revivir unos recuerdos triturados por el tiempo. Que los cireos que habían regresado antes que él pasaban inadvertidos por las calles y las plazas, como fantasmas o espíritus del Hades que se pasean entre los vivos. Que nuestro tío Diodoro era muestra cabal de la nulidad política de los terratenientes, de su falta de voluntad para conducir al pueblo. Ya no existían los caballeros de antaño, respetados e influyentes, ni siquiera para que el pueblo los envidiara y detestara. Salvo en los demos, en las aldeas alejadas de la Ciudad, los caballeros eran ignorados, no existían.

Jenofonte estaba contento porque le habían dicho que nuestra inscripción como ciudadanos había escocido en la Ciudad. Isócrates el orador, el mismo que nos había visitado años atrás en Escilunte, había estado de visita en Corinto y le había informado así. Nosotros, en Erquia, no habíamos oído nada. Conociendo a Isócrates, bien pudo ser que le dijera lo que él deseaba escuchar, pagando de esta forma la hospitalidad que recibía. Jenofonte, además, nos decía que sospechaba que Isócrates había sido enviado secretamente por Cabrias e Ifícrates para sondear sus intenciones. Grilo y yo callábamos. Los dos estrategos llevaban meses ausentes de Atenas, en Macedonia y la Península Calcídica. Y sondearle, ¿acerca de qué? Además de la pequeña triquiñuela de inscribirnos ilegalmente como ciudadanos, ¿qué más podía intentar Jenofonte que incomodara a los que mandaban en la Ciudad?

Al final del verano volvimos con alivio a Atenas para participar en los grandes misterios. Con alivio para nuestro padre, que veía en nuestra presencia en la Ciudad algo que los atenienses, si veían, no

les preocupaba demasiado. Alivio para nosotros, por alejarnos de la ansiedad de nuestro padre y también porque la Ciudad empezaba a resultarnos más interesante que Corinto.

Nuestro tío Diodoro quiso acompañarnos en los misterios. Sorprende que sean tantos los que, como él, repiten lo ya conocido, sin desanimarles empezar por dos días de severo ayuno. Se puede comer a escondidas, pero los que lo hacen son los que primero desisten, porque no pueden comer todo lo que desearían, y sólo consiguen avivar su apetito en lugar de saciarlo. Los que perseveramos, que somos la mayoría, llega un momento en que nos volvemos insensibles al hambre. Su lugar lo ocupa una representación diferente del propio cuerpo, de sus sensaciones y necesidades, como si el alma se desligara un poco de sus ataduras carnales.

Luego, en la plaza, el mistagogo separó a los impuros de la multitud. ¿Cómo sabía que aquella docena de personas habían delinquido? Quizás es un golpe de efecto, algo preparado para reafirmar a los que quedábamos, después de las privaciones anteriores, en nuestra condición de elegidos y puros. Nos bañamos desnudos en el mar, simulando un nuevo nacimiento entre la espuma de las olas, y después marchamos en alegre cortejo acompañando los cestos con las cosas sagradas.

No debería contar nada de lo que ocurrió en la gran noche, pero esa prohibición sólo alcanza a los iniciados y yo, realmente, no llegué a serlo. En cuanto a mi hermano, él pasó por alto la prohibición y me contó cómo le había ido. Y aunque su experiencia fue singular, no se parecía en nada a la que se cuchichea que tienen los demás.

Las primeras noches hubo cantos y danzas nocturnas que embriagaron a la multitud. A mí me produjeron una intensa sensación de soledad. El latido de la música, la excitación del baile, la belleza de los cantos, el deseo por los hermosos cuerpos de las danzantes, todo eso a un tiempo contenido dentro de mí y reflejado en las caras y los gestos y los actos de los que me rodeaban, sólo sirvió para acrecentar ese sentimiento que tantas veces me persigue de estar entre muchos sin ser uno de ellos.

La última noche todos se sientan en las escalinatas entre las columnas del telesterion, casi a oscuras. Las sacerdotisas surgen del anactoron, como sombras, y deambulan entre las filas repartiendo los cuencos. Casi a tientas, yo volvía a mi lugar, donde me esperaba Grilo, y una de ellas me paró. La reconocí, aunque no supiera decir en la oscuridad cuán negro era su pelo, ni de qué color sus ojos, ni cuál el porte de sus caderas. El blanco de sus ojos refulgía en la penumbra mientras me susurraba al oído. *"No bebas, y cuando los demás lo hayan tomado, ven a buscarme"*. Solo por su voz la hubiera seguido. Si me hubiera atrevido.

Al llegar junto a mi hermano puse el recado en sus oídos. No me engañaba, sabía que era para él. Sabía también que la sacerdotisa no se había equivocado, que me lo había dicho a mí sabiendo que así se lo decía a Grilo.

Cuando se nos dijo que bebiéramos, Grilo se llevó el kykeón a los labios sin probarlo. Yo sí lo hice, y un instinto prudente me hizo no apurar la copa más allá de un cuarto. Quizás, como les ha ocurrido a algunos, hubiera muerto de haber llegado nada más que a la mitad. La visión que todos esperaban y al parecer tuvieron, fue para mí la más espantosa que imaginar se pueda. Vi mi cuerpo trinchado por ratas y hormigas, mis ojos vaciados por insectos grandes como pájaros. Lo vi todo entre náuseas y fríos y

temblores. Experiencia inefable... Si el mito fuera verdadero, y esa fuera la otra vida que me espera tras la muerte, ¡qué desesperación! Solo me consuela saber que, si ellos tienen razón, el infierno para los no dignos de salvación es un lugar más bien aburrido y triste, una delicia al lado de lo que yo sentí bajo el influjo supuesto de la Diosa.

Me recuperé al amanecer, en uno de los costados del templo. Probablemente los servidores me habían sacado a rastras y echado allí. Nadie cuidó de mí aquella noche al raso. Mi ropa estaba húmeda y sucia de todo lo que un cuerpo es capaz de expulsar. Haciendo un gran esfuerzo, me dirigí a la playa: necesitaba purificarme de verdad.

En cambio, Grilo... nadie se apercibió cuando se levantó y caminó, entre todos los cuerpos en trance, hasta el rincón donde iba a encontrarse con ella. Me contó que él bebió el kykeon más tarde, mientras ella, entre besos y caricias, le iba diciendo cuándo y cuánto. Y que tuvo la gran visión en el momento del éxtasis de la unión de ambos. Con la Diosa. Así lo creyó él. Así lo creo yo.

Grilo, hiparco

En los nueve meses siguientes, Jenofonte nos empujó desde lejos, desde Corinto, de acuerdo con su plan para conseguir volver a Atenas sin rebajarse a pedir que le levantaran el destierro. Jenofonte tenía prisa en que nosotros dos demostráramos cuanto antes de quién éramos hijos. Sabía que el hiparco era un hombre demasiado mayor para que le confiaran el mando en cuanto se avivara la guerra contra Tebas. Y faltaba poco...

Grilo también tenía prisa. Quería la guerra. Quería ser hiparco.

El día de la revista nos presentamos en la explanada donde los reclutas se amontonaban en desorden, todos desmontados, revueltos hombres y animales. Llegamos andando, el caballo de las riendas y las armas y los arreos encima. Los que nos veían aproximarnos no tenían ojos más que para aquel corcel negro como el Hades que sacaba dos palmos en la cruz al mío y a cualquier otro. Nuestras monturas, bien entrenadas en Corinto, estaban acostumbradas a la proximidad de otros animales. Y las de los demás, seguramente también. Pero no a un animal tan descollante como el de Grilo. Si, como Janto y Balio, todos aquellos solípedos allí reunidos hubieran dispuesto del don de la palabra y hubieran hecho asamblea en aquel momento, seguro que hubieran elegido a Pasaca como su hiparco. En lugar de eso, que no podía ser, nos distinguieron dejándonos más espacio libre a nuestro alrededor para respirar, como si mereciéramos ya los honores que se dan a los mejores.

El hiparco era un hombre lo bastante mayor para que lo arrolláramos con el vigor de nuestra juventud casi sin pretenderlo, pero no tanto como para que lo respetáramos como si fuera nuestro padre. Él nos escrutó con más interés que a cualquier otro recluta. Y con menos benevolencia. Porque le hubiera decepcionado que los hijos de Jenofonte desmerecieran en algo, aunque fuera frente al mejor de los jinetes atenienses. Y ése era Alceo, el otro pretendiente al honor de conducir la caballería en la guerra que se avecinaba, como Jenofonte había averiguado de antemano.

Ser examinado excitaba a Grilo. Le costaba contenerse para demostrar que, de caballos y de guerra, él entendía más que nadie. Mis miradas, y los apartes en los que yo le repetía "*Padre ha dicho… , padre ha dicho...*", le recordaban que no debía decir una palabra más alta que otra, y que lo que tuviera que demostrar, lo hiciera por sus obras y sin jactancias.

El hiparco miró a Grilo y miró a Pasaca, midiendo la envergadura de cada uno. Y dijo: "*Cuando tengas que montar deprisa porque el enemigo se te eche encima, ¿cómo vas a subirte a un caballo tan grande?*" Grilo se contuvo con una sonrisa. No, Grilo no necesitaba la ayuda de nadie para montar a Pasaca, ni siquiera apoyarse en la lanza para tomar impulso en el salto como hacen la mayoría. Pasaca

estaba adiestrado para agacharse ante él, y solo a él. Y él era sobradamente capaz, también, de subir de un salto sin ayuda, en cualquier caballo y con la armadura de guerra.

El hiparco debe ser un buen jinete. No puede no serlo. Debe ser capaz de mandar. Pero esta es una virtud que los hombres aprecian con dificultad. A los puestos de mando se encumbran más fácilmente aquellos que saben granjearse voluntades, mientras que los que son buenos para conducir a los hombres en la guerra, no se aprecian más que cuando los que deben obedecerle han probado la amargura de la derrota. Nadie sabía todo eso mejor que nuestro padre. Sabía que Alceo, de familia noble, tendría muchos apoyos entre los que iban a decidir el nombre del nuevo hiparco. Por eso él, a través de nuestro tío Diodoro, ablandó voluntades con dinero y halagos. Sé que prometió, incluso, completar el equipo de tantos reclutas como hiciera falta para que la caballería ateniense tuviera al menos los mil jinetes de antaño, en lugar de los poco más de quinientos que había ahora. Mucho más barato le hubiera resultado conseguir que revocaran su destierro. Pero quería volver así. Quería volver tras la estela de sus hijos. Tras la estela de Grilo, que, mientras él hacia campaña, apabullaba en el hipódromo a cualquiera que quisiera medirse con él delante de los que venían a contemplar los bonitos ejercicios de la caballería ateniense. Nadie igualaba a Grilo, hijo de Jenofonte, en arrancar y frenar, girar y enderezar, montar y desmontar. Y cuando nos retirábamos al final de nuestra tanda, los caballos sudorosos, los jinetes agotados, tensos, agarrotados, él sonreía a la muchachada y ponía a Pasaca de manos. La bestia infernal, levantada de manos, y Grilo apretando las rodillas y agarrado a sus crines para no caerse. ¡Qué aplausos! Para Grilo, hijo de Jenofonte.

Alceo confiaba en igualarle cuando llegara el momento de que la caballería saliera a ejercitarse en campo abierto, por los montes y las vaguadas. No era mal jinete, y desde luego que nos llevaría la ventaja de conocer todos los caminos, trochas, sendas y veredas. Cada salto, cada desnivel, cada arroyo y cada vado, sería para él conocido y para nosotros una dificultad.

No nos quedó más remedio que dejarle destacar, dejarle ir delante de nuestro escuadrón, marcando los lugares de paso. Alceo se colocaba el primero, apuraba la marcha, nos iba dejando atrás. O le íbamos dejando irse, porque Grilo, y quizás yo también, hubiéramos sido capaces de seguirle. Y al rato, cuando nos había sacado mucha ventaja, lo veíamos parado, arriba, en el alto, o más allá del barranco que había que cruzar, esperando a que llegáramos los demás.

Jenofonte nos había dicho: un jefe debe demostrar a sus hombres que se preocupa por ellos. Y mientras Alceo se exhibía, Grilo y yo nos dejábamos caer hasta el final de la columna para ayudar a los rezagados con un empujón, un consejo, una broma, un poco de agua. Luego subíamos hasta la cabeza, y así una y otra vez.

Cuando Alceo quiso darse cuenta, ya había perdido la batalla por la hiparquía. Todos querían a Grilo.

Muerte de Grilo.

He llegado a lo más importante. Lo más confuso de todo.

No volví a Atenas. Cerca del Istmo, con la acrópolis a la vista, le dije a Alceo que quería quedarme en Corinto para darle yo mismo la noticia a mi padre. Le parecería bien, supongo. Pero si no, escudo, coraza y yelmo, espada y lanza, hubieran quedado tirados en algún recodo del camino. No fue así. Alceo se quitaba un testigo de su conducta en la batalla, incómodo para sus aspiraciones de hiparco.

Desde que habíamos salido de Mantinea, los camaradas acompañaban mi silencio con respeto. Como quien cae al agua y no sabe nadar, me atragantaba con los recuerdos de lo sucedido, plomo hirviendo en la garganta. Explicarme a mí mismo qué fue lo que ocurrió, poner en claro mi conducta y la de Grilo, preparar mi relato para que Jenofonte lo entendiera, todo a la vez, no era posible.

Llegué a casa. Polixena estaba sola. Nos abrazamos llorando, y cuando pude hablar le pregunté:

— ¿Ya lo sabéis? ¿Ya sabéis lo de Grilo?

— Sí, hijo, lo sabemos.

Me llamó hijo.

Lo sabían. Calístrato y otro habían estado dos días antes. Polixena supo a qué venían en cuanto los vio. Los llevó a donde Jenofonte, al patio, donde él estaba, sacrificando. Sin que ellos le anticiparan nada. Si hubieran sido buenas noticias, le hubieran dicho en seguida que Grilo y yo vivíamos, que estábamos bien.

Mi padre estaba ya coronado y dispuesto para sacrificar. Dejó todo en su sitio, sin recogerlo, como si no pensara demorarse mucho en atender la visita, y salió al encuentro de ellos. Entonces, Calístrato le dijo:

— ¿Ya sabes, Jenofonte, que ayer hubo batalla en Mantinea?

— Sí, ya sé. De resultado incierto. Y que Epaminondas murió. ¿Sabéis algo de mis hijos?

— Diodoro —le contestaron—, está bien.

— ¿Y Grilo? —se anticipó él— ¿Vive? ¿O ha muerto?

— Fue un valiente —declararon aliviados de que Jenofonte ya estuviera preparado—. El día de antes salvó de morir a muchos ciudadanos de Mantinea. Luego, dicen que con su vida impidió una derrota.

Polixena se echó a llorar al contármelo. Ella sabía lo que ellos habían venido a decir, sabía que Grilo o yo, o los dos, alguno había muerto. Delante de Jenofonte les replicó acremente, qué más da derrota o victoria, si uno muere. Es lo que sienten todas las madres, incluso las espartanas. Yo me preguntaba si a ella, y a Jenofonte también, les daba lo mismo quién de los dos hubiera muerto finalmente.

Yo quería saber cómo estaba mi padre antes de hablar con él. Le pregunté. Que Jenofonte no derramó ni una lágrima. Que dijo simplemente:

— Con su vida …

Y luego los despidió, diciendo así:

— Yo ya sabía que mi hijo era mortal.

La gente se cubre con el manto para ocultar su dolor. El manto de mi padre era el orgullo. Por eso estuvo tan seco con ellos. Cuando Calístrato volvió solo, al cabo de unas horas, lo recibió cortésmente y estranguló poco a poco la conversación hasta obligarlo a marcharse. Delante de Polixena, aparentaba que comía cuando llegaba el momento de hacerlo. Se enterró en el huerto, entre lechugas y coles, para que los que pasaban por la calle, al otro lado del muro, oyeran como siempre los golpes de su azada.

A Polixena, mientras me hablaba, le caían sueltas a un lado y otro de la frente, como arrugas oblicuas, dos guedejas del color de la ceniza. Yo hubiera levantado un poco los bordes de su toca con la punta de los dedos, para deslizar los mechones debajo, como si hubiera sido mi madre. Pero fue precisamente el recuerdo de mi madre lo que me contuvo cuando dijo:

— Esperábamos tu regreso, porque podíamos haber perdido los dos hijos, y sólo hemos perdido uno. Ya teníamos en nuestro corazón que ibais a la guerra y que los dos podíais perecer. Y con todo y ser doloroso perder a uno de vosotros, no es peor que la inquietud y el miedo de todas estas semanas. Nos alegramos de que estés aquí, Diodoro. No sabes cómo nos alegramos.

Nunca me agradó que me llamara hijo, aunque ella hubiera compartido muchos años el lecho de mi padre. En ese momento llegó Jenofonte, llegó el momento que yo temía, llegó el momento de contar que había estado en todo momento junto a Grilo, que no había sido capaz de impedir su muerte, y que al mismo tiempo me había salvado sin haber hecho nada deshonroso. Pero tampoco nada señalado, nada a la altura de mi padre, del mismo Grilo, que había muerto.

Nos abrazamos, después de un instante de duda. Incómodo yo, incómodo él, me preguntó en seguida por mi viaje, hizo que nos sentáramos, trajo una jarra de agua para mi sed, y me pidió que le contara todo con un *"¿Cómo fue?"* dicho con la voz más plana y átona que nunca le había escuchado.

— Grilo murió cuando la batalla ya casi había terminado y los ejércitos se estaban separando. Un hondero le alcanzó con una pedrada. Perdió el sentido, aunque se tenía en la montura. Cuando traté de coger a Pasaca de las riendas, se asustó y lo llevó hacia las filas contrarias. Allí, rodeado de enemigos, se encabritó y lo echó al suelo. Y lo mataron. Así fue. Tan innecesario como fortuito. Y no pude evitarlo.

Callé a la espera de alguna indicación. Tantas cosas sucedidas, y tan difícil explicar cada una de ellas.

— ¿Y el cuerpo? ¿Lo recuperasteis? —siguió preguntándome con la misma serenidad.

— Está enterrado en Mantinea.

— ¿En Mantinea? ¿No volvió a Atenas con los demás caídos?

Callé. Hubiera sido mejor decir que yo no quise que volviera a Atenas, y que no me importaba siquiera si él estaría de acuerdo o no con lo que hice. Pero callé, enmudecido por el quemazón en la garganta, anegado nuevamente por el charco de sangre alrededor de su cuello, ensordecido por el griterío

que se levantó entre las filas enemigas abriéndose delante y cerrándose detrás de caballo y jinete, engulléndolo. Un sollozo me avergonzó delante de mi padre.

— Domínate, Diodoro. Cuéntame desde el principio, por favor. ¿Cuándo llegasteis a Mantinea? Me han dicho que Grilo se portó muy bien allí, que hubo un encuentro con la caballería tesalia. Que hicisteis una marcha en una noche desde Eleusis a Mantinea.

Como quien recopila información para sus Helénicas, como si yo fuera un conocido de alguna ciudad griega y que ahora disfrutaba de su hospitalidad y le relataba algunos hechos allá ocurridos de los que había sido testigo accidental. Pero yo era el hermano de Grilo, y Grilo era su hijo. Tenía que explicarlo todo. Desde el principio.

Empecé:

— Hace cuatro días estábamos en Eleusis. El grueso del ejército había embarcado antes para el Peloponeso, porque Epaminondas bloqueaba el Istmo desde Nemea. Se decidió que nosotros esperaríamos a que el paso quedara libre. Grilo tenía guías y había preparado la jornada para que en una noche pudiéramos llegar a Mantinea. Y así hicimos. Partimos al atardecer de Eleusis, cuando hubo noticias de que Epaminondas se había movido a Tegea, y de madrugada ya habíamos dejado atrás Acrocorinto.

— ¿Y Grilo? ¿Se desempeñaba bien de hiparco?

— No creo que lo haya habido mejor. Aunque habrás oído que, cuando lo nombraron, algunos dijeron que era demasiado joven.

— ¿Quiénes?

— El instigador de todo era Alceo, el segundo hiparco, porque él también ambicionaba el cargo.

— ¿Y él? ¿Cómo lo llevaba?

— Grilo se preocupaba de ellos tanto como un asno de un ratón. Sólo vivía para el entrenamiento de la caballería. Ningún día dejó de sacarnos al campo, sin importarle que a muchos no les agradara tanto ejercicio, y borró de la lista a más de cincuenta, porque no habían traído buenos caballos o porque ellos mismos no tenían habilidades de jinete. También le criticaron por eso, pero los estrategos ratificaron sus decisiones.

— ¿Los supo convencer? ¿Demostró Grilo talento para persuadir a los políticos?

— Acababan de venir los embajadores de Mantinea y Arcadia a pedir ayuda contra los tebanos, y se veía claro que habría guerra. Grilo urgió a los estrategos para que le permitieran dedicar todas las mañanas al adiestramiento. Durante meses estuvimos ocupados en maniobras de equitación y combate. Lanzar la jabalina, montar de un salto sin ayudarse de la lanza, pasar muros y fosos, subir y bajar taludes, galopar por pendientes. Y los interminables ejercicios en formación —cargar, dar media vuelta y regresar al galope—, siempre cubiertos de polvo y con los muslos llagados y enjabonados del sudor de las bestias. Grilo era el mejor, el primero, nos sobrepasaba a todos jineteando. También su montura, Pasaca, era superior a las nuestras. Pero si tenía que enseñarnos cómo se hacía un ejercicio, cogía el caballo de alguien que no hubiera sido capaz de superar la prueba, para demostrar que no era el animal el que no podía, y así obligar a su dueño a atender sus explicaciones y a intentar ponerlas en práctica. Cuando alguno, en los corros a sus espaldas, rezongaba, Grilo se volvía hacia él, crecido, y le decía: *"Nosotros tenemos que ser*

los mejores. Ahora es el momento de esforzarse y sufrir, para que todo nos resulte fácil cuando tengamos que enfrentarnos a los tesaliotas.". A mí me decía: *"Ese Alceo que suspira por mi puesto se contentaría con preparar los desfiles, para lucir bonito en las Panateneas. Yo desprecio esas bobadas. Yo daré gloria nuevamente a la caballería ateniense, si por fin hay guerra."*

— Siempre quiso ser el mejor —dijo mi padre ahogando un sollozo. Se dominó y siguió:

— ¿Y la marcha nocturna? ¿Estuvo bien organizada?

— En ningún momento equivocamos el camino, ni se distanció la retaguardia de la vanguardia. Yo estaba al cargo de los prodromos, y hacía de enlace entre los escuadrones de delante y los de detrás. Grilo me preguntaba constantemente si nos seguían bien. El iba muy alegre por haber empezado a marchar, pero también atento y minucioso a todo lo que ocurría.

Jenofonte asentía con la cabeza. Si Grilo no hubiera muerto, hubiera dicho *"Bien hecho"*.

— Llegamos a Mantinea a media mañana, como él había previsto, antes de que el sol hiciera penosa la marcha. Estábamos almohazando los caballos, aún sin desayunar, cuando varios ancianos y mujeres llegaron corriendo, alarmados porque la caballería tesalia había aparecido en los campos. La mitad de la población, hombres y niños y mujeres, estaba fuera, bien con el ganado, bien cosechando. Si no acudíamos en su ayuda, habría una matanza que llenaría los campos y los caminos de cadáveres, un espectáculo horroroso para los que quedaban impotentes dentro de la ciudad, que verían desde lo alto de las murallas cometerse cada crimen, de cerca y a lo lejos, oyendo los gritos y adivinándolos.

— ¿Y Grilo? ¿Qué hizo?

— Los jefes de escuadrón decían que no era prudente salir en socorro de los que estaban fuera. Que si en condiciones normales no podían asegurar la victoria sobre la caballería tesalia, menos lo podrían hacer después de marchar toda la noche, soñolientos y cansados. Y que ni hombres ni animales habían comido nada aún.

— ¿Y?

— Grilo no dio opción. Dijo que si no combatíamos ahora, cuando estaban en peligro las vidas de muchos hombres desarmados y de muchos niños y mujeres, que cuándo habría que combatir. Que el enemigo no sabía que estábamos allí, ni cuándo habíamos llegado. Que el enemigo estaba disperso por la llanura, porque no esperaban encontrar resistencia. Que había que salir y dirigirse contra el grupo más numeroso, el que estaba más cerca de la muralla impidiendo entrar a los que estaban fuera, y derrotarlo. Que los demás huirían sin duda, porque a ninguno de ellos se les ocurriría reagruparse, porque no sabían a qué enemigo se enfrentaban.

— Eso dijo, ¿eh?

Esta escena —Grilo sacándonos contra los tesaliotas, mi padre henchido de orgullo, Polixena a su lado, cómplice, yo con un nudo en la garganta que me abrasaba y estrangulaba— era la misma que aquella otra de mi infancia, cuando Polixena levantaba a Grilo niño, palmoteando, para que lo cogiera Jenofonte a caballo, y luego venía hasta mí para arrancarme, entre lloros, de los brazos de Filesia.

Mi padre seguía allí, tirando de las palabras de mi relato.

— Salimos fuera de las murallas y, sin darles tiempo a reunirse y formar, atacamos al grupo más numeroso de jinetes que se veía. Serían unos quinientos, y nosotros otros tantos, porque dejamos tres escuadrones entre nosotros y las murallas para que nadie nos cortara la retirada interponiéndose, también para proteger a los campesinos que corrían por todo el campo hacia las puertas de la ciudad.

Jenofonte asentía con la cabeza, los ojos medio entornados, los labios apretados.

— El enemigo no huyó. Formaron contra nosotros mientras nos acercábamos. Fue como un ejercicio de antihipasia con las filas demasiado apretadas para pasar los unos entre los otros. Muchos fueron descabalgados por el choque, sin más. Los que nos manteníamos sobre el caballo nos acometimos con todo, con las lanzas, con los cuchillos, empujándonos, agarrándonos de la ropa para tirarnos al suelo. Y Grilo… Pasaca embestía con su pecho todo lo que encontraba por delante. Su negra cabeza descollaba por encima de todos, caballos y jinetes, enseñando la fiera, blanca dentadura, los belfos y las encías rojos como la sangre. Mordía y bufaba fuego. Yo iba junto a Grilo en el momento del choque, pero quedó a mi espalda en la baraúnda que siguió. Cuando lo volví a ver estaba desarmado: las dos jabalinas que llevaba estaban en los pechos de sus enemigos, y los enemigos en el suelo. Le acometía otro, y él ni siquiera podía oponerle un escudo, que no llevábamos. Esquivó una acometida. Cogió la lanza de su enemigo por la moharra. Tiraba de ella. Grilo tiraba de un extremo y su enemigo del otro. Hasta que Grilo aflojó de golpe, como si el filo le cortara la mano. Pero fue a propósito, porque el tesaliota, que jalaba con todas sus fuerzas, se venció hacia atrás, a punto de caerse, lo suficiente para darle tiempo a Grilo a enderezar a Pasaca hacia él y a ponerlo de manos. ¿Sabes? ¿Te acuerdas cómo hacía en el hipódromo, cómo lo encabritaba apretando los muslos, hincando los talones en los ijares y agarrándose a las crines para no caerse? Pues así hizo. Pasaca pateó al tesalio, lo pateo por encima de su propia montura, y derribó al jinete, lo echó al suelo. Y yo, que iba en ayuda de Grilo, lo rematé clavándole mi lanza entre las ingles. Le apunté al vientre, pero marré un poco y lo atravesé entre las ingles.

— ¿Eso hizo? ¿Puso a Pasaca de manos?

— Sí —Pasaca, el caballo que mi padre no quería, y el nombre que no quería para un caballo.

Siempre discutieron por lo que los dos amaban por igual. Mi padre decía: caballo bueno es el caballo fuerte, pero dócil, mejor aún si está castrado. Caballo fiel, que no temblará, pero tampoco se excitará en demasía cuando marche contra el enemigo. Grilo no. Grilo se encendía a la par que Pasaca, antes de montar, corcoveaba y piafaba, rabioso de sus ataduras, ansioso por correr más que nadie, saltar lo que ninguno se atrevía, empujar, acometer, arrollar.

— Y lo puso de manos …

— Sí, de manos. Todos a su alrededor, ninguno dejó de ver la estampa negra de Pasaca pateando al tesalio en el aire, su relincho feroz, los cascos haciendo el molinillo, repicando el yelmo y la coraza del tesalio. Y fue como si hubiera pateado a todos los enemigos a la vez, que dieron la vuelta, que huyeron para que nosotros pudiéramos volver a las murallas despacio, mirando el campo a uno y otro lado, donde por doquier afluían los campesinos hacia las puertas, como a un hormiguero. Entrábamos y la multitud rodeaba los caballos, sin dejarlos avanzar, y los brazos se aferraban a nuestras rodillas sudorosas, temblorosas aún,

manchadas de sangre. ¡Oh, cómo sonreía Grilo! ¡Cómo miraba alrededor y me miraba a mí! Y la gente me veía a su lado y decían *"son los Dióscuros, son los hijos de Jenofonte"*.

— ¿De verdad decían eso?

— Así lo decían y nos aclamaban.

Era verdad. Oías *"¡Ateniense!"* y te volvías hacia el que llamaba y te daba agua, te daba vino, un puñado de higos, una torta de almendras con miel, o te ofrecía su casa para que fueras a comer y dormir. Y Grilo estaba allí, el primero de todos, el más reclamado, sonriente, acariciando el cuello de Pasaca, susurrándole en la oreja palabras de halago, las mismas que él se decía a si mismo. Yo no oía las palabras de mi hermano, pero sabía cuáles eran, de tanto escucharlas acompañadas de mimos. Palabras tontas. *"¡Bien, bien!"*, o *"¡Buen chico!"*, o *"¡Eso ha estado muy bien!"*, y una palmada en las ancas o unas caricias donde nacen las orejas, mientras volvíamos a casa y Grilo ya se preparaba a contar su hazaña a todos, que desmontaba de un salto, o que había pasado por primera vez el ribazo junto al río. Esas mismas palabras que mi padre repetía con un mínimo temblor de labios, como si Grilo no fuera a morir un poco más adelante en mi relato, como si él siguiera con vida, como si yo fuera Grilo, que ha regresado y se ufana ante él. ¡Grilo ha muerto! El lo sabe, ya se lo han dicho, ya se lo he dicho, ¿para qué me pregunta!, ¿qué más quiere saber!

— Sé de lo que hablas —dijo mi padre—. Una vez empezado el combate se olvida el miedo. Es después, al terminar, cuando el cuerpo y el espíritu se aflojan como la cuerda de un arco que se rompe. Eso, y la alegría de las gentes del pueblo por haber encontrado en vosotros la salvación, os tuvo que conmover, ¿verdad?

Orgulloso. Sí, mi padre estaba orgulloso. ¡Si todo lo que yo tenía que contar hubiera acabado ahí…!

También traíamos con nosotros sesenta camaradas que habían perecido en el combate. Los enemigos muertos fueron tantos o más, y allí quedaron en el campo, esperando que sus compañeros pidieran permiso para retirar sus cuerpos. Al caer la tarde, mientras desde las murallas se veía a los primeros perros merodear entre ellos, y en el cielo acechar en amplios círculos las negras sombras de los buitres, del lado opuesto, para que el viento alejara de las casas el olor de carne quemada, subía al cielo el humo de los nuestros. La ciudad se había ofrecido en agradecimiento a enterrarlos en su mismo suelo, y a honrar sus tumbas para siempre cada año. Pero cuando Grilo sometió esta propuesta al parecer de los jefes de escuadrón, todos optaron porque sus cenizas y huesos quemados volvieran, como es costumbre, a Atenas.

No conté a mi padre cómo disfrutó Grilo aquella tarde y aquella noche que iban a ser las últimas de su vida. Los vecinos de Mantinea le reconocían por donde quiera que iba, le felicitaban, se repetían los regalos de vino, de fruta, de dulces, de embutidos, cualquier cosa que él cogía para repartir entre nosotros, generoso y risueño. Un hombre nos paró en la calle y nos insistió para que nos alojáramos en su casa. Le recordábamos, nos explicó, a sus dos hijos varones, que estaban fuera, en las filas del ejército arcadio aliado. El mismo se ofreció a cuidar de nuestros caballos, limpiándolos y dándoles de comer con la ayuda

de su hija. Decía que habíamos hecho por él y por su ciudad lo que correspondía a sus hijos si hubieran estado allí.

Grilo me decía: *"Mañana, Diodoro, mañana será un día mejor que hoy. Ya verás"*. Yo le advertía: *"Ten cuidado, Grilo, ten cuidado. Alceo murmura que hemos corrido un gran riesgo saliendo a combatir después de tan larga marcha nocturna. Y te insulta diciendo que quieres convertir la caballería ateniense en un espectáculo acrobático"*. Y Grilo reía *"¿Espectáculo? ¿Por qué? ¿Porque he puesto de manos a Pasaca? Tonterías. Estábamos cansados, sí, pero también somos mejores que ellos. ¿Por qué no habríamos de vencer? Tu lanza no herirá si no ves de cerca el filo de la de tu enemigo. Siempre, siempre, vencerá el más decidido"*. Yo le insistía: *"Ten cuidado, Grilo, ten cuidado que mañana más de uno puede darnos la espalda"*. *"Y hoy, ¿por qué me han seguido?"*, me replicaba. *"Hoy, Grilo, hoy no les quedaba más remedio. Si te hubieran abandonado, todo el pueblo de Mantinea hubiera visto su acción. Mañana, en la confusión de la batalla, tengamos cuidado"*. *"Mañana"*, me respondía con los dientes apretados y los labios entreabiertos, *"será un día mejor que hoy"*.

Al atardecer llegó un correo de Agesilao indicando dónde teníamos que reunirnos para la batalla del día siguiente. Después Grilo fue a ocuparse en persona de Pasaca, que no se dejaba tocar por nadie que no fuera él. Tardó en volver. Se hizo oscuro. Desde la muralla no se atisbaban hogueras, lo que confirmaba las noticias de que Epaminondas había enviado la caballería tesalia por delante, para sorprender a los mantineos, pero que su ejército estaba en Tegea. Yo, con el sueño cambiado por la marcha nocturna, me quedé fuera en el patio tratando de sorprender con la mirada alguna estrella fugaz. Durante la siesta había dormido, de puro cansancio, pero ahora necesitaba tiempo para que desapareciera en mi ánimo la reverberación de todo lo acontecido. No es que tenga miedo, pero es cierto que antes de la lucha se me instala un dolor sordo en el estómago, como si tuviera una piedra. Cuando llega el momento desaparece, y en su lugar me acomete un temblor por todo el cuerpo, un temblor que nadie advierte en la excitación de la carrera, tan atento está cada cual a su propio miedo. Un temblor tan fuerte que las riendas y las jabalinas se me caerían de entre las manos si no las apretara con todas mis fuerzas. Y así, cuando le tiré el venablo al tesalio caído en el suelo, nueve veces de cada diez en los ejercicios le hubiera acertado donde apuntaba, en el vientre, pero la temblera me hizo fallar y le di más abajo, entre las ingles, a punto de marrar. Todavía me estremecía recordando el combate, la muerte horrible de ese hombre, que habría sido más larga y dolorosa de esa forma por mi culpa. Quizás él, en aquel momento, acababa de alegrarse porque había recuperado su jabalina y su enemigo quedaba desarmado frente a él, y en un instante su suerte se torna, un bruto negro se encabrita, le patea el pecho, la cara, lo tira al suelo, y todavía medio aturdido siente esa quemazón del hierro agudo que se clava en sus entrañas. ¿Cuánto tiempo tardó en morir? ¿Qué pensaría mientras tanto, si se piensa, si acaso el pavor y el horror de la muerte inminente, dolorosamente perentoria, dejan lugar a pensar algo? Probablemente no se piensa, no da tiempo.

La noche refrescaba. Un aroma de jazmines endulzaba el patio. Llegó un momento en que el silencio y la oscuridad dejaron de ser el espacio vacío que se llenaba con los acontecimientos del día o con los que anticipaba para la jornada por venir. Todo ello, los recuerdos de la jornada y las preocupaciones de mañana, se volvían, si no lejanos, sí ajenos. Uno, al final, se contempla a sí mismo como si fuera otro.

Deseaba que Grilo viniera, y al mismo tiempo no quería interrumpir aquel estado por otro que seguramente sería peor.

Me tendí en el petate, preparado en el cubierto anejo al patio. Dormí, lo sé, porque al rato desperté y vi a Grilo de pie en el quicio de la puerta, acompañado de otra figura. Acababan de llegar. Me levanté para dejarles sitio, adivinando qué clase de compañía traía. Al salir, me crucé con la muchacha. Ocurrió al revés que otras veces, cuando alguien nos encuentra a Grilo y a mí juntos por primera vez. No fue ella la que se sobresaltó al verme, fui yo. Sé que a la luz de la luna el cabello simplemente oscuro es absolutamente negro y que la tez es más blanca que durante el día. Sé que no se pueden distinguir los detalles de un rostro, que los rasgos que crees reconocer son puestos en tus ojos por tus recuerdos, o por tus miedos , o por tus deseos. Lo sé y aún así me pareció ver en ella a la sacerdotisa de Eleusis. Y me pareció, al rozarla, que el aroma de los jazmines del patio se mezclaba con el de la menta que emanaba del cuenco que llevaba entre las manos. Eso me pareció, pero pudo ser tan solo un engaño de mis sentidos y de mis recuerdos, y quizás sólo me crucé con una muchacha morena.

Me escondí de la luna detrás de una tapia, mi espalda a resguardo del muro. Miraba las siluetas de los almendros y sus sombras en el suelo, y la pared del cubierto, con el jazmín dibujado contra ella como un lienzo blanco, donde ahora Grilo y la muchacha, a oscuras, beberían el kykeon, quizás, o ya habrían alcanzado aquel éxtasis del que me habló Grilo una vez. No pude por menos que acordarme de otros momentos de otro verano muchos años atrás, en la hora más calurosa del día, con las cigarras atronando la soledad de los campos y ni persona ni cosa se aventuraban fuera del techo y la sombra, pero yo recorría a hurtadillas una vez más el camino que llevaba al río, a la frescura de los chopos y al lavadero de las mujeres, y en un punto que no estaba a la vista desde ninguna casa, me desviaba hacia un pajar abandonado. Llegaba encendido, esperando encontrarla escondida, como tan bien solía, y que me saliera por la espalda, para iniciar, entre risas y bobadas, las caricias que cada uno buscaba en el otro. Pero cuando me sisearon y di la vuelta, estaba ella, sí, pero también estaba Grilo.

Y luego, su espalda ancha y rolliza, como un puente entre Grilo y yo, se arqueaba bajo mi vista, sobrando por los costados los pechos rotundos que mis rodillas estrujaban, angostándose en la cintura para dar paso a unas caderas de yegua, en las que Grilo, brillante de sudor y enrojecido desde el cuello hasta el vientre, separaba las nalgas e insertaba el miembro, oscuro y deforme como el mio. Hacía eco en mi regazo un resuello tan espeso como la cabellera que tapaba sus orejas y se derramaba por su cuello hasta mis muslos. Y cuando Grilo aferraba sus caderas para moverlas en vaivén, mudaba el eco a otro más duro, de quijada embravecida y boca como fauces que me laceraban. Grilo me hacía daño.

Fui el primero en marcharme y no volví nunca al pajar, ni siquiera volví a hablar con ella. Grilo me decía después: *"¿Qué hay de malo? A ella le gusta, y ya ves que es muy capaz de contentarnos a los dos"*. Él siguió yendo al pajar. No me lo decía, ni disimulaba sus ausencias tampoco.

Volví a mi catre y me acosté con sigilo cuando me pareció que ellos dos se habrían dormido. Al amanecer, cuando desperté, él ya estaba en pie, con el talante de quien se prepara a sacar los perros para la primera jornada de caza después de muchos meses de no hacerlo. A la muchacha no alcancé a verla.

Supuse quién sería cuando Grilo me dijo que la hija de nuestro anfitrión había intentado acercarse a Pasaca para limpiarlo hasta que él llegó y lo hizo.

Mi silencio era muy largo. Mi padre me apremiaba.

— ¿Supo Agesilao lo que había hecho la caballería ateniense? —me preguntaba— ¿Supo que habíais derrotado a la caballería tesalia?

Y se quedaba esperando mi respuesta con los labios entreabiertos, respirando débil pero rápido, en esa expresión tan de los ancianos, de ansiedad y cansancio. Él hubiera querido una respuesta elogiosa de Agesilao cuando le dijeron que era Grilo, hijo de Jenofonte, quien mandaba la caballería ateniense. Es incluso probable que la hubiera. Pero yo proseguí mi relato sin pararme en lo que no sabía. Me dolía, cada vez me dolía más la garganta.

— Al día siguiente aparecieron las tropas de Agesilao y nos unimos a ellas en el camino de Tegea. Teníamos alturas a los lados y un bosque de encinas a la espalda —aquellos detalles, qué poco me importaban y cuánto le entretenían a él.

— Conozco el sitio —acotaba mi padre—. Si Epaminondas estaba en Tegea, no podría retirarse al Istmo sin pasar por allí y combatir. Y debía hacerlo ya, porque se pasa el tiempo de la cosecha y llega el momento de terminar la campaña. Sigue.

— El enemigo llegó al campo de batalla con el sol ya muy alto. Permanecieron formados frente a nosotros un largo rato, invitándonos a atacar. Agesilao tampoco se decidía.

— Lógico. Ocupabais una posición ventajosa en la ladera de un monte. ¿Cómo estabais dispuestos?

— Los mantineos, en el lado derecho.

— Les tocaba a ellos, claro.

Sí, claro. Estaban en su territorio y les corresponde el puesto de honor en el flanco derecho, el que menos sufre habitualmente y el que más iba a sufrir en aquel día.

— A continuación seguían Agesilao y los suyos. Luego seguían los demás aliados, y los atenienses formábamos en el extremo izquierdo.

— ¿Y la caballería? ¿No había auxiliares?

— En el flanco de Agesilao y los mantineos había algo de caballería formada delante, pero sin auxiliares de a pie. Nosotros estábamos detrás de nuestra infantería, en el lado izquierdo.

— ¿Y ellos?

— Al principio no sabíamos dónde estaban los tebanos, porque todos los enemigos habían pintado mazas en sus escudos, y de lejos no se distingue bien el escudo redondo del oblongo.

— Para confundir.

— No lo sé. Porque luego, de lejos, nos dimos cuenta que muchos de ellos llevaban el casco pintado de blanco. Estos resultaron ser los tebanos, a los que, según dijeron después, Epaminondas hizo que se lo pintaran, para distinguirlos de los demás aliados. Lo que nos desconcertó, al cabo, fue que los enemigos, en lugar de marchar directamente contra nosotros, se movieron hacia las colinas de poniente y al

llegar allí dejaron las armas en el suelo, dando la impresión de que se disponían a acampar en la protección de sus laderas. Eso sí que nos confundió.

— Aparentar que no se va a combatir, para aparecer por sorpresa en disposición de combate, eso es un truco viejo, que no debe hacer mella a los valientes y a los veteranos —mi padre parecía más interesado por saber cómo fue la batalla que por lo que yo tenía que contar a continuación. Ahora veo claro que no fingía, sino que él mismo se engañaba forzándose a aparentar que él sólo se preocupaba de los detalles para sus Helénica, de que Grilo, hijo de Jenofonte, apareciera allí de la misma forma que Jenofonte, hijo de Grilo, aparecía en la Subida: para que la Ciudad no olvidara nunca sus hechos gloriosos.

En cuanto a la estratagema de Epaminondas, de sobra sabía mi padre cómo son los indicios cuando uno de los contendientes decide avanzar, o por el contrario desiste de la batalla. Mientras se está formado, el escudo se apoya vertical en el suelo y las picas sobresalen enhiestas. Si el escudo se embraza, el avance es inminente, porque nadie fatiga innecesariamente a los soldados antes de la batalla obligándoles a sostener su peso. Cuando veas que las astas, antes derechas, se inclinan ligeramente hacia delante, no dudes, aunque no lo oigas, que la falange ya ha echado a andar. Y cuando los veas andar, piensa que no tardarán en correr, las lanzas por delante. Por el contrario, si las armas se depositan en el suelo, y algunos hombres reciben permiso para alejarse de su lugar en la formación, es porque el combate se demora. Así hacían los tebanos y sus aliados, y como el sol ya estaba avanzado, parecía que no habría pelea por ese día. No hubo nadie entre nosotros que no se alegrara de ver terminar la jornada así. Cansa estar de pie, aguantando los rayos del sol bajo la armadura, pero es peor la ansiedad de esperar en cualquier momento el comienzo de la degollina. Sólo a Grilo contrariaba el giro que tomaban las cosas.

Yo le contradije a mi padre:

— Pero hizo mella esa estratagema, y más que esa, la otra que había preparado Epaminondas. Hizo avanzar en columna algunos batallones del centro hacia el flanco izquierdo y súbitamente, haciéndolos girar a la derecha, lo que parecían en el campo tebano maniobras para montar el campamento, se transformó en un avance impetuoso de su flanco izquierdo reforzado, como el espolón de un barco de guerra. Inmediatamente en nuestro lado se tocó llamada a filas, en medio de un gran desorden y precipitación.

Ya sabía yo lo del truco viejo, que decía mi padre, de tantas veces que nos había contado como en Cunaxa les ocurrió lo mismo, o como el propio Agesilao se lo había hecho a Tisafernes. Nada desalienta más que tener que arrostrar un peligro que se da por evitado. Y en lugar de filas apretadas, que te inspiran confianza, a mi alrededor sólo había carreras de los que volvían, compañeros que ayudaban a otros a atarse la coraza, soldados que reclamaban a voces al ausente de la fila de delante porque temían que el enomotarco les haría cubrir ese puesto más peligroso, taxiarcos nerviosos que miraban ora al enemigo que avanza, ora los huecos que quedaban sin cubrir, y gritaban y blasfemaban llamando a los que faltaban.

— ¿Quiénes iban en cabeza de ellos?

— Los tebanos eran la punta que marchaba contra los mantineos y contra los espartanos, en formación profunda de muchos escudos. También nuestra falange era más gruesa de lo normal, porque el terreno no tiene más de ocho estadios de ancho e impedía desplegarla en su totalidad. Cuando embistieron,

su lado derecho, el que teníamos que enfrentar Grilo y yo, iba muy retrasado, mientras que por delante, contra Agesilao, iba Epaminondas y parte de la caballería beocia con auxiliares a pie. Sus jinetes desbarataron a la caballería espartana con facilidad, porque ellos se acompañaban con peltastas y los espartanos no. Luego chocaron los hoplitas de Agesilao y los de Epaminondas, y mientras eso ocurría, nosotros no podíamos entrar en acción porque el flanco derecho enemigo iba muy retrasado, y no había llegado hasta nosotros.

— El mismo plan de batalla que en Leuctra. Hábil, Epaminondas. ¡Ah, pero ahora tenía enfrente al zorro de Agesilao y no al borracho de Cleombroto! ¿No echasteis vosotros hacia delante?

— Al parecer, si avanzaba la falange, dejábamos una posición favorecida por la pendiente de ladera.

— ¿Y la caballería? ¿A Grilo no le ordenaron, ni se le ocurrió atacar él con la caballería?

— Los jinetes tesaliotas, los que habíamos derrotado el día antes, estaban muy a nuestra izquierda. Si nos adelantábamos, nos atacarían a la vez ellos y la falange. Pero es que tuvimos que hacer frente a los jinetes beocios, vencedores en su lado, que corrían por detrás de nuestras líneas, hostigándolas. Los vimos llegar con tiempo para enderezar las filas y enfrentarlos ordenadamente, una de las maniobras que más veces habíamos ejercitado con Grilo. Sólo que, como el terreno que quedaba entre la espalda de la infantería y el encinar era estrecho, no pudimos desplegar contra ellos el frente completo. Sus venablos estaban sobradamente ensangrentados cuando llegaron a nosotros, y ellos, cansados y desorganizados de los choques anteriores. Los deshicimos con facilidad. La mayoría se perdieron entre los árboles. La batalla, sin embargo, había sido ya decidida en el otro lado, aunque nosotros no lo supiéramos hasta que llegamos allí persiguiendo a algunos de los que nos habían atacado. Grilo quiso seguirlos por el mismo camino que habían traído, a espaldas de nuestra falange. Alceo, el segundo hiparco, quedó atrás con casi todos los escuadrones, desobedeciendo a Grilo. Luego dijo que, de no haberlo hecho así, habríamos expuesto nuestra infantería a la caballería tesalia.

— La caballería tesalia que teníais a vuestra izquierda, ¿se movió contra vosotros cuando estabais comprometidos contra sus compañeros beocios?

— No.

— Pues no había mejor demostración de su disposición a no luchar. Hizo bien Grilo en ir al otro flanco, donde se decidía la batalla. Si Alceo le desobedeció, eso debe saberse en Atenas. ¿Quiénes le siguieron?

— Yo arranqué tras Grilo arrastrando conmigo a los prodromos. Miré hacia atrás y sólo el escuadrón de nuestra tribu nos seguía de cerca. Algunos jinetes más se veían rezagados, o quizás sólo estaban simulando que venían con nosotros, pero a la suficiente distancia para eludir una situación comprometida que se presentara. Grilo aflojó un poco el paso para dar tiempo a que le alcanzáramos y agrupar los poco más de cien que éramos. Le dije: *"Grilo, deberíamos volver. Estamos solos. Alceo se ha quedado, y con él todos los escuadrones"*. *"Te equivocas, Diodoro. Es Alceo el que lamentará haberse quedado. ¿No ves que en el otro flanco ya no vamos a encontrar más jinetes que nos hagan frente?"*. Y levantando la voz a los demás, *"Tenemos la oportunidad, siendo pocos, de hacer grandes cosas. ¡Vamos,*

Vamos!". Y arrancó al frente de la columna. Al principio le seguíamos con facilidad. Luego, cuando llegábamos al otro lado y avistábamos ya los primeros grupos de hombres ensangrentados, corriendo y luchando en desorden, Grilo apretó el paso y se nos distanciaba por momentos. Yo trataba de tirar del escuadrón que me seguía, pero con ser los que venían tras de mí los más valientes, sin duda, y los más leales, les desanimaba seguir a un caudillo solitario, inalcanzable en su caballo enloquecido, que se echaba al combate con la cabeza descubierta.

— ¿Con la cabeza descubierta? ¿Y el casco? ¿No llevaba el casco?

— No. Nunca se lo puso y, cuando se llamó por segunda vez a formar, lo dejó colgando de la rama de una encina.

— ¿Por qué? ¿Por qué?

Jenofonte cruzaba las piernas y las descruzaba, y su mirada iba de mi rostro a distintas partes de la habitación, mientras repetía la pregunta que ya no podría poner remedio a la muerte de Grilo.

— Llegamos al punto, al extremo del campo de batalla, donde las filas tebanas, relativamente ordenadas, giraban hacia su derecha y envolvían la falange espartana. Un grupo de cinco jinetes recorrían la formación beocia por el lado de fuera, dando gritos y haciendo gestos con los brazos para que las filas exteriores se apresuraran a estrechar los espacios que se abrían al completar el giro.

— Los jefes, sin duda.

— Sin duda. Epaminondas debía estar entre ellos. Más aún cuando decenas de hoplitas se destacaron a la carrera de su formación para plantar una muralla de escudos y lanzas entre los jinetes y nosotros.

Lanzando la jabalina contra la fila que se estaba formando, matamos a tres o cuatro, antes de que arrimaran escudo contra escudo y fuera más difícil hacerles daño. Y todo esto se hizo sin que nadie lo ordenara, porque Grilo no estaba ya entre nosotros. Le vimos aparecer galopando por el lado de dentro de la fila tebana, en el pasillo que quedaba entre esa línea de defensa apresuradamente montada y la espesa falange que giraba pesadamente hacia la derecha en su maniobra envolvente. Cómo había logrado introducirse, no me lo explico. Quizás porque al ser un jinete solitario, no repararon en él, ni osaron imaginar que intentaría lo que hizo, ni sospecharon siquiera que era enemigo. Enfrentados a nosotros, los hoplitas se apercibían de que alguien galopaba a su espalda cuando Grilo ya los había sobrepasado. Sorprendió al grupo de jinetes beocios, que no reconoció en aquel individuo sin yelmo a un enemigo. Quizás lo tomaron por un prodromo tebano, aunque no hubieran dejado de reconocer al que montaba un caballo tan enorme. Quizás pensaron que era un dios y le dejaron acercarse, y Grilo se echó sobre ellos y clavó su lanza, no sobre el primero de ellos, ni el segundo, sino sobre el que estaba en medio de todos y parecía el de más rango. Al tratar de escapar, uno lo aferró del brazo derecho impidiéndole lanzarse al galope y forcejeando para derribarlo del caballo. Grilo, al tiempo que se desasía con violentos golpes, azuzaba a Pasaca para que arremetiera contra su enemigo, obligándole a soltarlo para poder agarrarse de las crines, porque su caballo retrocedía de costado a trompicones ante los empentones de Pasaca. Grilo aprovechó para salir al galope, y allí quedaron los demás enemigos rodeando a su jefe herido, en cuyo pecho sobresalía el asta de Grilo.

— ¡Por dios! ¿Eso hizo?

— Sí, Grilo mató a Epaminondas.

— ¡Impidió la derrota!

— Así es. Alguien de nosotros reconoció al herido y lo dijo a voces. Los tebanos retiraron a Epaminondas entre nuestros gritos de alegría. Nadie de aquel grupo que dirigía la maniobra tebana se quedó allí para seguir dando órdenes. Su falange, que había roto nuestras filas y empezado a envolver, sólo continuó luchando mientras la acometían, por puro automatismo de soldado. En cuanto las tropas de Agesilao se dieron la vuelta, dejó de combatir sin emprender la persecución. Perdieron una gran victoria.

— ¿Y Grilo?

— Siete u ocho que todavía conservábamos jabalinas, amagamos hacia el punto de la barrera de hoplitas más cercano a Grilo. Mientras nosotros les obligábamos a esconder la cabeza detrás del escudo, Grilo hubiera podido forzar el paso, soprendiéndolos por detrás. Pero él, en lugar de secundar nuestra maniobra, nada difícil de entender, corría en paralelo a la falange, lo bastante cerca para que le oyeran, gritándoles: *"¡Vuestro jefe ha muerto! ¡Yo he matado a Epaminondas! ¡Rendíos! ¡Epaminondas ha muerto!"*. Era tan insensato lo que hacía, o tan terrible lo que les decía, que muy pocos levantaban su lanza contra él. Lo llamé, fui tras él por el lado de fuera de la barrera, chillándole, gritándole, pero él se volvió hacia mí una sola vez, para hacerme con el puño un gesto de triunfo.

— ¡Enloquecido!

— Sí.

— Y... ¿cómo fue? ¿Cómo acabó!

Proseguí un relato que me desgarraba la garganta con cada palabra:

— Le seguí por el campo de batalla, en su recorrido alrededor de las filas tebanas. Topó con un grupo de honderos. Él se les acercaba, increpándoles, y ellos restallaban sus hondas. Era tal como un combate entre palabras y piedras. Ninguno de aquellos muchachos que le apedreaban llegó a entender una sola de sus palabras. A él, en cambio, un proyectil le acertó en la cabeza. No vi la piedra, de tantas como caían sobre él y Pasaca, pero sí noté su gesto acusando el golpe. Detuvo su carrera y solo así pude acercarme hasta él. Ya la sangre manaba por su oreja y le bajaba hasta el cuello. Estaba aturdido, aunque aún se tenía sobre Pasaca, agarrado con las dos manos a las crines y echado sobre el cuello del animal. Creí que podría enganchar las riendas, llegué a rozarlas con las manos, Pasaca rehusó con la cabeza. ¡Bestia indómita! Y él, además, lo había enseñado para eso, para que no aceptara que ningún otro cogiera las riendas. No me reconoció, Pasaca no me reconoció. Quizás me acerqué a contraluz. El sol estaba bajo y deslumbraba. Caían piedras y una de ellas golpeó a la bestia en la testuz. Pasaca escapó, enloquecido, hacia las filas enemigas. Si hubiera previsto esta reacción, me hubiera acercado al caballo interponiéndome entre él y la falange tebana, para que en su huida se alejara de ella. No fue así, no acerté en aquel momento, y luego mi montura no era lo bastante rápida para alcanzarlo. Sólo conseguía no perderlo de vista. Se adentró entre los infantes de a pie. Se abrían las filas delante de él, y se cerraban por detrás. Allí me detuve, sin atreverme a seguirlo. Pasaca embestía a uno que pretendía sujetarlo, pateaba a un segundo y escapaba, escapaba. Pero ya sin Grilo. Grilo había caído al suelo en el último quiebro, sin fuerzas para sujetarse, o

sin conocimiento. En seguida lo rodearon tres soldados, uno apoyó su rodilla contra la espalda de Grilo y… y…

No acabé mi relato. Un dolor lacerante en mi garganta me lo impedía. La cabeza de Grilo, su cabellera agarrada, echada hacia atrás por la mano que tiraba de ella, el cuchillo en la otra…

Mi padre, los que le habían llevado la noticia dos días antes, los que habían visto entonces en él tal serenidad y dominio de sí mismo, ninguno se lo imaginaría como un jabalí asaeteado que se desangra, acorralado, a la vista de los cazadores y los perros, y nadie se atreve a acercársele. Así Jenofonte tenía la cabeza ladeada hacia algún punto en el suelo, abría la boca como si no pudiera respirar por la nariz, su pecho se contraía en un estertor acelerado, y su garganta era recorrida por espasmos, como si tuviera que tragar algo que la obstruía.

— ¿No… hiciste… nada? ¿Dejaste… dejaste… que… lo mataran? —jadeaba.

Polixena escondía la cara entre sus manos, anegada en lágrimas.

— No pude hacer nada, no—pude—hacer—nada. Nada. Solo recoger el cadáver.

— Recogiste el cadáver… ¿Cómo recogiste el cadáver?

Lo que le dije a mi padre quizás es la verdad. No acabo de creerme que yo fuera capaz.

— Me acerqué andando a las filas enemigas, el caballo de las riendas y el yelmo levantado, mostrando el rostro, para que se viera mi disposición a no luchar. Me rodearon cautelosos. Levanté una mano para pedir que me escucharan y les dije: *"La muerte de ese hombre ya no cambiará el curso de la batalla. Y la mía tampoco. Es mi hermano. Os ruego, por el dios que protege a los suplicantes, que me permitáis recoger su cuerpo"*. No me respondían. Yo ni siquiera sabía quién de entre ellos tenía la autoridad. Había hablado. Esperaba, pues, la otra respuesta, la que no se serviría de las palabras, cuando uno de ellos, advirtiendo a lo lejos que los combatientes ya se separaban, dijo: *"Compañeros, es verdad, mirad, la lucha ha terminado. Hayamos ganado o perdido, nada se nos da en lo que pide este hombre. Recordad que es de los vencidos la obligación de pedir tregua para recoger a sus muertos. Dejad que se lo lleve, si además, como dice, es su hermano"*. Eso me dijeron y así hice.

— Llevé su cuerpo al campamento. Pronto, antes de que la noche nos confundiera a todos, cada bando recogería sus muertos. Luego, los atenienses quemarían los suyos para acarrear sus cenizas de vuelta a la Ciudad. Pero se hizo recuento y resultó ser Grilo el único ateniense que había perecido en esta jornada. Alceo, que ahora ejercía de primer hiparco, así me lo dijo mientras estaba sentado en el suelo junto al cadáver de mi hermano.

— ¿Cómo toleraste siquiera que se te acercara, delante del cuerpo de tu hermano? ¿No le reprochaste su traición, no le dijiste nada?

Era eso lo que templaba su respiración y afianzaba su mirada, saber que había un traidor, Alceo. Hasta que, un poco más allá en el hilo de sus pensamientos, cayera en cuenta de que a Grilo no lo hubieran salvado los mil que se quedaron atrás, como no lo salvaron los cien que le siguieron ni yo, que le seguí más que nadie, y entonces buscaría el culpable en el único que podía serlo. Antes de que él llegara ahí, yo tenía que acabar.

— Me llevé el cuerpo a Mantinea, para que lo enterraran allí.

No permitiría que quien nos había dado la espalda volviera a Atenas llevando sus huesos quemados. Grilo no debería tener un funeral en soledad en el que nadie llorara por él y se dijeran unas palabras hipócritas. Volví a echar el cadáver sobre mi caballo, y al anochecer atravesaba las murallas de Mantinea, la ciudad que se nos había ofrecido el día de antes para sepultar y honrar a los que habían muerto defendiéndola.

— ¿No lo llevasteis a Atenas? ¿Ni eso, ni siquiera eso, ni siquiera sus huesos han vuelto a la Ciudad?

Busqué a Polixena. Ella me miraba con la misma fijeza que mi padre.

Aguardé, callado, sin poder seguir contando cómo, cargado con el cuerpo de Grilo, llegué a la ciudad. Sus miradas me aplastaban, y yo vagaba otra vez en la noche, segunda noche, en Mantinea, tan distinta de la primera.

Un cadáver más entrando por las puertas, no era algo que sorprendiera a nadie. Los mantineos habían recogido una cosecha de muerte abundante, más que ninguno de los aliados, porque el puesto de honor en la batalla, aquel día, también lo había sido en los funerales. Las demás ciudades recibirían días después unos sacos de cenizas y huesos, sepultura común para todos sus caídos. Los mantineos, en cambio, habían podido rescatar todos sus cadáveres para exponerlos dentro de sus muros, en el suelo bajo los pórticos del ágora, y dejar que cada vecino rebuscara entre ellos, a la luz de los hachones, el que correspondía a su dolor. Las calles estaban transitadas por caminantes dolientes que acudían a la plaza, o que volvían de ella tirando de un carro, y en el carro, sus restos llorados.

No di muchos pasos a solas por estas calles quejumbrosas. Pronto me preguntaron quién era el que llevaba conmigo. A uno y a otro dije *"Grilo. Grilo, el ateniense"*, en un susurro. Y el rumor de mi respuesta me adelantó, alcanzó el ágora, y se extendió entre aquellos que, por no tener nadie por quién lamentarse, sólo estaban allí para compadecerse de los demás. Vinieron por docenas a nuestro encuentro, nos rodearon, y en un cortejo de antorchas nos acompañaron hasta la casa donde esperaba ser acogido esa noche, como lo habíamos sido la noche de antes.

Llegando a ella, una mujer salió del portal, semblante urgido y pasos acuciantes. Me reconoció, aliviada, y dijo: *"¡Grilo!"*. Le contesté: *"No, no soy Grilo"*. Y vuelto hacia el cadáver, añadí: *"Soy su hermano"*. Ella acercó la llama de una tea a la cabeza, volteada, colgante, lacia, ungida de polvo, sudor y sangre seca. Con la punta de los dedos despegó el engrudo y los mechones que tapaban las mejillas, le giró la cabeza poco a poco, y gimió al reconocerle.

Habló y yo la obedecí. Bajamos el cuerpo y lo arrastramos dentro, hasta una mesa grande y vieja, atestada de bártulos que ella despejó. Trajo agua, trapos, y me pasó la antorcha para que la iluminara mientras le quitaba las sandalias y el cinturón de soldado. Sin mi ayuda, empujándolo con sus solas manos, volteó el cuerpo a un costado y al otro para sacarle la exómida, que arrolló bajo su nuca, almohada ennegrecida de sangre, de barro amasado con sudor, el último que transpiró. Quedó entonces el cuerpo extendido boca arriba, exponiendo ante nosotros toda la amplitud de su lividez mortal. Unos ojos terribles, sin pupilas, asomaban bajo los párpados que yo creía haber clausurado, para siempre, mucho antes, en el campamento. Ella los presionó hacia abajo suavemente, con las yemas de sus dedos, y los arropó con

sendas bolitas de lana humedecida. Con un trapo empapado en agua y vinagre, aclarado una y otra vez, fue quitando la costra de sangre que desfiguraba su cara, apelmazaba sus cabellos, y envolvía su cuello. Quedó entonces descubierta, nítida, la herida terrible, el tajo negro y homicida. Mi otra mano, indecisa y temblorosa, extendió un paño por encima para esconderlo de mi vista. Ella, interrumpida por la sombra que involuntariamente arrojé, esperó a que fijara de nuevo la luz sobre el cuerpo para proseguir con sus cuidados. Con sus dedos, uno a uno, desenredó los rizos de su negra cabellera. Lo peinó y, en un empeño vano, le pasaba una y otra vez las manos por su barba siempre ensortijada, como si pretendiera alisarla, hasta que, en un sollozo, desistió.

El olor del vinagre espesaba el aire de la habitación, a medida que ella enjuagaba el trapo con el que lavaba cada rincón y pliegue de su cuerpo. No quedó en él ninguna impureza de polvo y sudor, ni de sangre, ni de nada de lo que rezuma un cuerpo muerto. Con torundas de lana, taponó sus oídos y nariz, su boca y el ano. Colocó entre sus nalgas una doblez de trapos viejos, como empapador, y ató las muñecas, cruzadas sobre el vientre, y también los tobillos, extendidos. De un arcón extrajo una pieza blanca, gala que habría sido alguna vez de uno de sus hermanos, y volteando el cuerpo a un costado con mi ayuda, metió por debajo de él uno de sus extremos. De esta forma, empujando el cuerpo a un costado y a otro, pasó por dos veces el sudario blanco en torno a Grilo. Quedaba envuelto, en la muerte, de forma semejante a como hacen las madres con su recién nacido. Mientras ella daba forma a la toca en torno a su cabeza, yo anudaba dos correas nuevas a la altura de los codos y de las rodillas. Y cuando ella consideró que todo estaba hecho, recogió trapos y palanganas, también la ropa ensangrentada de Grilo, y me hizo acompañarla con la antorcha al patio donde la noche de antes yo había entretenido mi insomnio, para arrancar unas flores de jazmín, olorosas, que luego colocó entre la toca y la cara, como una corona de rizos blancos entre sus rizos negros, y a todo lo largo de su cuerpo, entre los pliegues de la mortaja. Su olor dulzón se impuso poco a poco al del vinagre, a la resina quemada y a la incipiente fetidez del cadáver.

No sé si aquella mujer de tez tan blanca como el sudario de mi hermano, de pelo tan negro como el de Grilo, era la misma que él había conocido nueve meses antes en Eleusis, como Doncella, la de la boca rotunda y los ojos grandes, oscuros y limpios, la misma que ahora, nueve meses después, venía a recoger su fruto como Madre. No sé si eran la misma, pero sí que Grilo buscó a las dos, antes y ahora.

No volví a verla. Entró el hombre al que yo suponía su padre, y me sorprendió en un rincón, hecho un ovillo, cuando yo soñaba estar terminando los arreglos junto a la Diosa. Clareaba el día. Detrás del hombre venían los vecinos de Mantinea, y también el mismo magistrado que el día anterior nos había ofrecido enterrar allí a nuestros muertos por cuenta de la ciudad. Sacaron el cuerpo de Grilo, lo llevaron por las calles antes de que el sol iluminara la faz del mundo vivo, y yo, tras el cortejo y el entierro, marché seguido a reunirme con la caballería, que no tardaría en partir de vuelta a Atenas.

Las miradas de Polixena y Jenofonte seguían sobre mí, mientras yo enterraba a Grilo por segunda vez. Terminé. Lo último que le hice saber a mi padre fue esto:

— Grilo está enterrado dentro de Mantinea, junto al ágora, entre el templo de Hera y el teatro. La ciudad le quiere dedicar una estela. Cuando esté terminada, nos llamarán.

Jenofonte emergía poco a poco de su estupor. Por fin, dijo con voz apagada:

— Salvó a los ciudadanos de Mantinea. En aquella ocasión, fue hábil y valiente. Así sabía yo que él habría de actuar llegado el caso. Pero lo que luego ocurrió…

Jenofonte movía la cabeza, negando, sin completar la frase, hasta que finalmente detuvo su mirada en la parte de la mesa donde yo me sentaba, y concluyó:

— … es más propio de un loco furioso que del hijo que yo pensaba que tenía.

Y añadió, afirmando cada sílaba:

— Si fue así, tal como lo cuentas.

No me creyó. No nos dijimos nada más. ¿Qué podría haber añadido yo? No sé qué palabras hay para dar vida a un hijo muerto, o para librar del reproche al hermano que estaba a su lado y le sobrevivió.

Coincidía con mi padre a las horas de comer. Jenofonte no hablaba conmigo. Tampoco se podía decir siquiera que comiera, ni él ni yo, aunque nos sentáramos a la mesa. No es que él rehuyera mi presencia, sino que él no estaba cuando se encontraba conmigo.

Polixena hablaba con los muertos, les ponía lamparillas, los invocaba, salmodiaba a la Señora, hablaba con Grilo. Yo estaba entre ellos, como una nube de polvo apenas visible cuando la atraviesa un rayo de sol.

"Si fue así, tal como lo cuentas". Palabras que el silencio de Jenofonte repetía una y otra vez.

Jenofonte tuvo una vez un escudero que lo abandonó en el peor momento, cuando mi padre descendía de un monte, acosado a pedradas y flechazos por los carducos. De esta anécdota, harto conocida desde nuestra infancia, arranca la historia de Euríloco de Lusio, el arcadio que en aquella apurada ocasión subió por la ladera para poner su propio escudo delante de los dos, mientras retrocedían juntos. No fue la única ocasión en la que Euríloco acudió en ayuda de mi padre. Hubo otra, cuando Seutes, el reyezuelo tracio con el que se contrató la milicia después de llegar a Bizancio, trató de enconar a los soldados contra Jenofonte para ahorrarse el pago del estipendio, y hasta tres hombres, sobornados por él, habían pedido en la asamblea su condena a muerte. También aquí Euríloco se levantó para defenderle con la palabra.

Euríloco fue un habitual de nuestra casa. Desde Lusio, su aldea en la montaña, bajaba cuando quiera a Escilunte para visitar a su amigo Jenofonte, hasta que le llegó la muerte, demasiado temprana para quien había sobrevivido a tantos peligros en su juventud. Él, más de una vez, nos había tenido a Grilo y a mí en sus rodillas. Pero del otro, del escudero que huyó, nunca más se supo. Yo le pregunté una vez a Jenofonte cómo se llamaba y qué fin tuvo, y Jenofonte me dio un nombre que he olvidado y dijo que el muchacho pasó a servir como bagajero del ejército, y que no volvió a saber más de él. Seguramente se esfumaría en cuanto llegaron a la primera ciudad griega, a Trapezunte, o quizás en Sinope.

Yo fui para Grilo más un Euríloco que un escudero cobarde. No le abandoné nunca, siempre corrí detrás de él, no le alcancé porque no se dejó, y sólo tuve ocasión de acercarme a él cuando ya estaba caído en medio de los enemigos. Si Grilo, en ese momento, hubiera estado consciente y peleando, no habría dudado en ponerme junto a él espalda contra espalda. Pero él había caído del caballo como un saco. ¿Cómo habría podido yo luchar y al mismo tiempo cargar y arrastrar su cuerpo hasta un lugar seguro, suponiendo, además, que hubiera llegado a tiempo? No hacía falta recordarle todo esto a mi padre.

Pude haber estado más hábil en agarrar su caballo. Si me hubiera acercado a Pasaca por el otro lado, el animal tal vez hubiera huido de mí alejándose de las filas tebanas, en lugar de acercándose, y ahora

Grilo estaría entre nosotros, con un costurón en la sien y mayor arrogancia que nunca. No me aproximé de ese lado para eludir las piedras que tiraban, pero tampoco esperaba que Pasaca reaccionara así. Sólo un dios adverso pudo suscitar que Pasaca recibiera una pedrada en la testuz en el momento en que rehusaba mi mano con la cabeza. Que interpretara una cosa como consecuencia de la otra, como sin duda haría un animal. Y que por ello escapara de mí, enloquecido. No hacía falta recordarle todo esto a mi padre.

Como hermanos, nos halagaba que nos llamaran Dióscuros, esa insinuación de origen divino. Pero ¿estábamos obligado a reconocernos en los Gemelos a la hora de morir? Uno de ellos muere y el otro, el que sobrevive, pide a su padre Zeus morir como su hermano. ¿Sería eso lo que debía haber hecho, dejarme degollar sobre su cuerpo como otro Artapates? ¿Debía a Grilo, por ser mi hermano, la misma fidelidad que Artapates a Ciro, una lealtad como la de un can a su amo? ¿Sería eso lo que mi padre quería de mí?

Calístrato nos visitó nada más saber que yo había regresado. Encontró a Jenofonte taciturno y silencioso, y lo atribuyó a la pena que intentaba refrenar. En realidad, toda la casa había sido golpeada por el dios. Nadie de nosotros salía a la calle, ni siquiera nos exponíamos a que se nos viera desde el dintel de la puerta.

Preguntó por mí y le dijeron que yo estaba dentro, en el patio, pero ni me llamaron ni le invitaron a pasar, como solían. Calístrato salió de esta visita pensando que yo había hecho algo deshonroso que ellos querían ocultar. A los días, al informarse por otra gente de los detalles de la batalla y no encontrar en ellos, aparentemente, nada que me afrentara, volvió muy intrigado a visitarnos. Consiguió verme. Yo estaba ya ausente para todos. Mi propio cuerpo parecía habérseme desprendido. Yo era tal como un sueño de cuya existencia duda el soñante porque sabe que es sueño y no realidad.

Jenofonte le negaba lo evidente. *"Tiene pena, como todos nosotros". "Se acuerda de su hermano". "Se le pasará"*. Calístrato no insistió. Polixena, en cambio, le decía:

— Diodoro es gemelo de Grilo. Grilo ha muerto y ahora el uno tira del otro, hacia el Hades. Por eso está ausente de nosotros, porque quiere seguir el mismo camino que el alma de su hermano.

— Es una gran desgracia —continuaba—, porque debían haber muerto juntos o haberse salvado juntos. Grilo estará en los Elíseos, entre los Bienaventurados, sin duda, pero con Diodoro, no sé qué pasará.

— Yo rezo a la Señora, para que rescate a Diodoro, como hizo con su hija la Doncella, y lo deje entre nosotros.

Calístrato buscó excusas para seguir siendo tan asiduo de la casa como había sido siempre: traía presentes y cosas de comer, se ofrecía para hacer recados en el mercado. Le reclamó a Jenofonte la copia de unos libros que yo había dejado inconclusas un año antes, cuando marchamos a Atenas. Con esa excusa consiguió que yo me aferrara a mi rutina de escriba y a través de ella y de su conversación a las cosas de este mundo.

Mi padre, que había mostrado tanta serenidad el día que recibió la noticia de la muerte de Grilo, no hablaba de él, ni de mí, ni de nada que remotamente tuviera que ver con nosotros dos. No mencionaba ninguno de sus anteriores planes de regreso a Atenas. Ni siquiera de la posibilidad, que se había presentado súbitamente, de regresar a Escilunte. Calístrato en persona le dio la noticia de que Élide y la Confederación

Arcadia habían firmado un tratado por el que se confirmaba el dominio de los eleatas sobre Olimpia y Escilunte. Un resultado colateral de la batalla que se había librado. No dijo nada, como si aquello no fuera con él.

Jenofonte iba a la cuadra. Quedaba allí un vacío inmenso, donde antes había estado el caballo de Grilo. Cuerdas y arreos viejos colgaban de las paredes. Jenofonte los inspeccionaba, uno por uno, y después de tenerlos entre las manos, los volvía a colocar en su gancho. Ninguno reparó, con ninguno se entretuvo en darle grasa. A veces, simplemente los observaba, sin tocarlos. También se le sorprendía donde dormía Grilo, de pie, en la puerta. En una ocasión aparecí yo, detrás de él. Se sobresaltó. Me confundía con Grilo.

Mi padre inició una rutina nueva, de largos paseos solitarios, uno a la mañana, cuando todavía no apretaba el sol, y otro a la tarde, cuando el calor ya había dejado de agobiar. Se acercaba a menudo hasta el hipódromo donde Grilo se había ejercitado con Pasaca. Los habituales del sitio lo reconocían, de lejos, cuando se asomaba a una pequeña loma cercana, pero no tan próxima que nadie le pudiera dirigir la palabra.

Polixena solía coser en el patio mientras yo copiaba. Un día, Calístrato se sentó junto a nosotros. Como siempre que quería escuchar, Calístrato introducía en la conversación un comentario obvio sobre el asunto que le interesaba: los paseos taciturnos de Jenofonte.

— Él —Polixena nunca le llamó marido, aunque en Corinto ella pasaba por esposa— recibe ahora las consecuencias de sus actos alocados de juventud. ¿Por qué se marchó de casa, detrás de Próxeno? Próxeno murió en la flor de la vida, como Grilo, y él, que se salvó, ¿qué ganó con ello, más que fatigas sin cuento? Agesilao le dio las tierras de Escilunte, menos de lo que hubiera tenido en Atenas si no se hubiera marchado pero mucho más de lo que ya tendremos nunca. Y ahora lo hemos perdido todo, y aquí está él, desterrado de su patria, un viejo. El dios, además, le ha dado la peor de las amarguras de la vejez, ver morir a tu hijo querido. Y Grilo, ¿por qué murió en la batalla? Bien claro lo contó Diodoro: por imprudente, por temerario, por alocado. Los mismos pecados de juventud de Jenofonte. Y de Próxeno.

— Él lo sabe. Se va de casa, por ahí, escondiéndose de toda la gente. Pero no puede esconderse de sus propios pensamientos —sentenció Polixena.

Y yo, al escucharla, me pregunté si Polixena sabía algo más que yo acerca de Próxeno. Siempre, al copiar la Anábasis, me había intrigado aquella parte en la que Sócrates le aconseja a mi padre que consultara al oráculo si debía reunirse con Próxeno en Sardes, pero mi padre, que hizo el viaje a Delfos, al final no consultó al oráculo lo que le aconsejaba Sócrates, sino la mejor manera de realizar el viaje. Podía haber omitido la anécdota, si no era importante. Y si era importante, ¿por qué no lo dijo?

Funerales en Mantinea.

Yo escribía mañana y tarde. Por la noche, tomaba una infusión de hierbas que tiene la virtud de impedir que los sueños molesten al que duerme.

Por aquel tiempo adopté el nuevo sistema de separar las palabras. Realmente los ojos se acostumbran y acabas leyendo, si no más rápido, sí más cómodo. El primer libro con palabras separadas fue una Vida de Ciro. Después copié varias Anábasis, y aquí, con la ayuda de Calístrato, convencí a mi padre para que dejara de esconderse detrás de Temistógenes de Siracusa: la obra era ya tan conocida que a nadie se engañaba sobre su autoría. Además, nadie discutiría ya la veracidad de su testimonio, que era el motivo de haber adoptado se nombre. Calístrato supo distribuirlas para su venta en Corinto y en Atenas.

Mi tío Diodoro vino a casa. Había estado semanas antes, nada más enterarse de la muerte de Grilo por el regreso de las tropas, y había retornado a Atenas apesadumbrado por el estado en el que nos dejaba. Cuando volvió por segunda vez, traía lo que él esperaba que fuera una buena noticia: a mi padre se le levantaba el destierro. Como él quería, sin pagar ni suplicar a nadie por ello.

Pocos días más tarde nuestra casa se llenó de gente. Llegaron de Atenas cireos, Licio y Teopompo, acompañando a Cares, el estratego ateniense, para comunicarle a mi padre lo que ya nos había dicho mi tío Diodoro, el pésame de la ciudad y el levantamiento del destierro.

Cares, además, le rogó que viajara con ellos a Mantinea. Se iba a poner una estela, no por Grilo y en su tumba, como me habían dicho los mantineos que harían, sino por todos los atenienses que murieron en aquella jornada. Asistiría una delegación de la Ciudad y algunos familiares de los caídos. Jenofonte de Atenas era el primero de todos al que los mantineos querían honrar, por ser el padre de Grilo, el hiparco. Y, qué duda cabe, por ser una figura de prestigio entre todos los griegos. Se desveló entonces la razón por la que los atenienses se habían dado tanta prisa en amnistiar a mi padre: no podían dejar que, delante de una comitiva ateniense, un desterrado recibiera el homenaje que los aliados tributarían a los caídos de la Ciudad. Efectivamente, mi padre había ofrecido por su regreso un precio tan alto que la Ciudad no podía dejar de aceptarlo.

Acompañado por su hermano Diodoro, por sus amigos cireos, por el primero de los diez estrategos de su Ciudad, emplazado a salir inmediatamente para Mantinea, mi padre se sentía abrumado por las muestras de reconocimiento, vindicado por la amnistía concedida, honrado por la ceremonia a la que se le convocaba. Y accedió a lo que le pedía Cares con un gesto de cabeza lento y grave.

Yo fui también con ellos, ¿cómo evitarlo?

Llegamos a la ciudad tras un viaje extraño, violento para mí, por los mismos parajes que yo había recorrido recientemente, primero de noche, desde Eleusis; luego, de vuelta, fustigado por el inclemente sol del mediodía y el peso de lo acontecido; y ahora, formando parte de una comitiva tan inesperada. Durante el viaje, Cares, mayor que yo pero más joven que mi padre, condescendía con Jenofonte. Y Jenofonte se dejaba cortejar.

Y como siempre ocurre en estas ocasiones, al día siguiente algunos personajes locales aprovecharon para exhibirse ante sus conciudadanos en compañía de mi padre y del ateniense Cares. Bien podía yo haber reclamado tanta atención como ellos. Si el homenaje era para los muertos, yo tenía sobre los muertos la doble condición de parentesco de sangre, como mi padre, y de camarada en los hechos. Uno, desde lo alto de la muralla, señalaba con el brazo a Jenofonte y a Cares los lugares de unos hechos de armas a los que no había asistido. Yo, que había tomado parte en ellos, permanecía detrás en silencio, más atento al que escuchaba que al que hablaba. Había, en las preguntas y respuestas de mi padre, gravedad, serenidad. Incluso un ligerísimo timbre de orgullo que solo podrían percibir los que lo conocían muy bien. Y breves miradas de reojo hacia mí.

Paseando por las calles de Mantinea, volví a ver la casa en la que mi hermano pasó su última noche en vida y su primera noche sin ella, pero no hice indagaciones para encontrar al propietario ni a la muchacha que lo recibió, lo tuvo y lo amortajó. Ni siquiera le comenté a mi padre que aquella era la casa.

Temía que iríamos al campo de batalla, no muy lejos, aunque no visible desde la ciudad, y que allí se rememoraría, una vez más y delante de mi padre, los últimos momentos de Grilo, aquella cabalgada insensata. Pero cuando el magistrado, desde la muralla, señaló el lugar con el brazo, vi que se estaba incurriendo en el error de suponer que Grilo había muerto el día antes, durante el choque con la caballería tesalia. Me abstuve de decir nada. Me aliviaba pensar que no iríamos de nuevo a la campa donde murió Grilo.

Callé, y en efecto, cuando todos, ciudadanos, autoridades e invitados, llegamos a donde se iba a levantar la estela, ese lugar era justamente donde se produjo el encuentro con la caballería tesalia, donde yo había matado al jinete tesalio, donde Grilo había puesto de manos a Pasaca, un campo de trigo, entonces presto para cosechar, que nuestros caballos habían pateado con toda la rabia de la lucha. En él ya no se pudo recoger el trigo, a lo más había sido espigado. Entre la tierra desnuda, marrón y polvorienta, y los tallos amarillos y tronchados de la malograda cosecha, despuntaban ahora nuevos brotes verdes, grano que las pezuñas esparcieron, y que había germinado con el agua de las tormentas. También con la sangre de aquel día.

El monumento, una piedra menos alta que una persona, tenía grabado un jinete con el caballo rampante, como si se dispusiera a pasar un obstáculo o fuera lanzado al galope, y la leyenda: *"Grilo, hijo de Jenofonte, y sus compañeros, atenienses, combatieron por Mantinea y murieron"*. A su lado, una carreta iba a servir de tribuna para la oración fúnebre.

Uno de los ilustres que nos había acompañado desde nuestra llegada, subió a la plataforma con el semblante serio y los ademanes impostados del que se siente centro de atención y se complace en ello. Su barba canosa y su incipiente calvicie le asignaban una edad intermedia, quizás más joven que Cares. Por su

hermosa y limpia túnica, y algún anillo que lucía, no era manifiestamente pobre ni muy rico, salvo en el sentido de la importancia que él mismo parecía darle al acto del que era protagonista. Temí uno de esos discursos interminables que se dan en la trasera del templo de Zeus durante las Olimpiadas. Pero cuando empezó a hablar, su dicción resultó sorprendentemente clara y audible para todos los que le rodeábamos. Hablaba despacio y alto a la vez, tanto en el sonido como, lo que es raro, en el sentido. Dijo así:

— La mayor parte de quienes otras veces, y en ésta y otras ciudades, han hecho uso de la palabra en ocasiones similares, lo hicieron para elogiar a los que cayeron en defensa de la propia ciudad. Hoy, en cambio, yo me dirijo a vosotros para ensalzar a quienes, siendo extranjeros, dieron su vida por nuestra ciudad.

Y con un movimiento de su brazo señaló hacia nosotros, la comitiva ateniense, atrayendo las miradas de todos sobre Jenofonte y Cares, que ocupaban la primera fila.

»Es difícil, en efecto, hablar adecuadamente sobre un asunto respecto del cual no es segura la apreciación de la verdad, ya que quien escucha, si está bien informado acerca del homenajeado y favorablemente dispuesto hacia él, es muy posible que encuentre que lo que se dice está por debajo de lo que él desea y de lo que él conoce; y si, por el contrario, está mal informado, lo más probable es que, por envidia, cuando oiga hablar de algo que esté por encima de sus propias posibilidades, piense que se está cayendo en una exageración. Porque los elogios que se formulan a los demás se toleran sólo en tanto quien los oye se considera a sí mismo capaz también, en alguna medida, de realizar los actos elogiados; cuando, en cambio, los que escuchan comienzan a sentir envidia de las excelencias de que está siendo alabado, al punto prende en ellos también la incredulidad. Si esto es así cuando se trata de apreciar a nuestros compatriotas, cuanto más difícil no resulta si nos referimos a unos extranjeros que vinieron de fuera y que antes incluso de recibir nuestra hospitalidad ya nos habían ofrecido el sacrificio de sus vidas. Nada se les daba en ello, puesto que habían sido enviados tan sólo para que combatieran a los enemigos de su ciudad en la batalla decisiva, pero cuando la prudencia militar les aconsejaba descansar y guardar sus fuerzas para ese día, salieron a luchar para salvar nuestras vidas y haciendas como si fueran las de sus conciudadanos.

Jenofonte tenía los brazos cruzados en el pecho, y no hacía más gesto que bajar la vista a los pies o levantarla a un punto indeterminado por encima de las cabezas de los que tenía enfrente. El orador, satisfecho y confiado en el efecto de sus palabras, reanudó su discurso en tono más bajo y grave.

»Su muerte, en mi opinión, ya fuera ella el primer testimonio de su valentía, ya su confirmación postrera, demuestra un coraje genuinamente varonil. A estos hombres no los ablandó el deseo de seguir gozando de su riqueza; ni les hizo aplazar el peligro la posibilidad no ya de de huir, sino de escudarse en el mandato de su ciudad. Tuvieron por más deseable afrontar a los enemigos cuando eran más nuestros que suyos, al tiempo que les pareció que ése era el más hermoso de los riesgos. Optaron por correrlo, y, sin renunciar a sus deseos y expectativas más personales, ni al mandato de su ciudad, encomendaron a la esperanza lo incierto de su victoria final, y, en cuanto al desafío inmediato que tenían por delante, se confiaron a sus propias fuerzas. En ese trance, más resueltos a resistir y padecer que a salvarse, no sólo evitaron lo que nadie les reprocharía como una deshonra, sino que aspiraron a la gloria haciendo frente a la

situación con sus personas. Al morir, en ese brevísimo instante arbitrado por la fortuna, se hallaban más en la cumbre de la determinación que del temor o del cálculo interesado.

"En ese brevísimo instante arbitrado por la fortuna ..." . Esa expresión la había oído antes, aunque no me había parecido tan llena de sentido como en ese momento. Y no había ninguna duda, no ya de que Grilo muriera en la cumbre de la determinación, sino que siempre moró en ella. Pero yo miraba a los que estaban detrás de Jenofonte, padres y hermanos de otros camaradas que también murieron allí, y recordaba como fueron obligados a combatir. Fue la voluntad de Grilo la que se impuso a ellos, situándoles en la tesitura de elegir entre el peligro de la lucha o la vergüenza a la que se expondrían ese día, obligados a alojarse entre los familiares y amigos de los que estaban fuera, en los campos, acosados por la caballería tesalia. Pero al día siguiente, cuando no había testigos que les afearan su conducta, la mayoría eligió darle la espalda. Grilo era el mismo, ese día y el anterior. Por lo que hizo en uno de ellos, fue considerado valiente y le honraron públicamente. Por lo que hizo al otro, lo juzgaron alocado, pero nadie se atrevió a reprochárselo en voz alta, por miedo a que se viera su propia conducta. En lugar de eso, prefirieron callar, y volver a Atenas como si nada hubiera ocurrido.

»Imitad a éstos ahora vosotros, cifrando la felicidad en la libertad, y la libertad en la valentía, sin inquietaros por los peligros de la guerra. Quienes con más razón pueden ofrendar su vida no son aquellos infortunados que ya nada bueno esperan, sino, por el contrario, quienes corren el riesgo de sufrir un revés de fortuna en lo que les queda por vivir, y para los que, en caso de experimentar una derrota, el cambio sería particularmente grande. Para un hombre que se precia a sí mismo, en efecto, no atreverse a luchar es más penoso que, casi sin darse cuenta, morir animosamente y compartiendo una esperanza.

En este momento, el orador giró todo el cuerpo hacia nosotros e hizo converger de nuevo las miradas de los demás en mi padre.

»A ti, Jenofonte, padre de Grilo, que estás aquí presente, más que compadecerte, intentaré consolarte. Puesto que ya has pasado por las variadas vicisitudes de la vida, debes de saber que la buena fortuna consiste en estar destinado al más alto grado de nobleza; ya sea en la muerte, como tu hijo; ya en el dolor, como tú; y en que el fin de la felicidad que nos ha sido asignada coincida con el fin de nuestra vida. Sé que es difícil que aceptes esto tratándose de tu hijo, de quien muchas veces te acordarás al ver a otros gozando de la felicidad de que tú mismo una vez gozaste. El hombre no experimenta tristeza cuando se le priva de bienes que aún no ha probado, sino cuando se le arrebata uno al que ya se había acostumbrado.

»Todos los aquí presentes quisiéramos ser hijos tuyos y hermanos de Grilo. Es grande el desafío que tenemos por delante, porque solamente aquel que ya no existe suele concertar el elogio de todos; a duras penas podremos conseguir, por sobresalientes que sean nuestros méritos, ser considerados no ya sus iguales, sino incluso sus cercanos émulos. Sean Grilo y sus compañeros, por siempre, honrados entre nosotros.

Terminó su discurso. Los asistentes aplaudieron, emocionados.

Cuando los aplausos se apagaban, y algunos ya se volvían para marcharse, Jenofonte nos sorprendió a todos dando tres pasos adelante hasta situarse en el centro, junto al estrado improvisado.

— ¡Mantineos!

El llamado paralizó a los que ya se iban, y a mí me hizo contener la respiración.

— Después de escucharos y veros aquí congregados, yo estoy seguro que la tumba de mi hijo no está en este lugar, donde una inscripción sobre su lápida sepulcral nos habla de él. Sé, he visto ahora, que su recuerdo pervive grabado no en un monumento, sino, sin palabras, en el espíritu de cada uno de vosotros.

Su voz no era menos clara y fuerte que la del ilustre, ni su recurso retórico tampoco era menor. Imaginé entonces el efecto que debía causar en su juventud, cuando hablaba a los soldados.

Mientras tanto, el prohombre bajaba del carro y se colocaba junto a Jenofonte, intentando pasarle un brazo por el hombro a modo de consuelo. El gesto, que seguramente al individuo le parecería adecuado para confortar a un anciano que había perdido a su hijo, era manifiestamente ridículo frente al porte orgulloso de mi padre: su espalda estaba derecha, su cabeza levantada, y su voz, tanto por el tono como por el sentido, era la pura expresión de esa determinación que el orador había atribuido a Grilo, su hijo, *"en ese brevísimo instante arbitrado por la fortuna"*.

— Soy un anciano que ha perdido a su hijo. He vivido felizmente la mayor parte de mi vida, como podía haber muerto joven por empeñarme en vivirla con honor, como mi hijo. La fama alcanzada por él me consuela, porque lo único que no envejece y perdura es el amor a la gloria. Cuando la edad ya declina, no es atesorar bienes lo que más deleita, como algunos dicen, sino recibir honores. Gracias, mantineos.

El aplauso que recibió superaba en mucho al que había tenido el ilustre, y era más sincero. La gente se acercaba a Jenofonte para rozarle con la mano y decirle algo. El prócer ofició entonces a sus anchas, devolviendo por Jenofonte las muestras de afecto, como si se las hicieran a él, y empujando suavemente a mi padre de uno de los codos hacia el camino que volvía a la ciudad. De forma desordenada, todos marchamos de allí en una larga procesión de vuelta a las murallas.

Aquella tarde, ya en Mantinea, Jenofonte hizo un aparte conmigo:

— ¿Te das cuenta para qué sirven los libros?

Eso me dijo. No entendí de qué hablaba. Me lo vio en la cara

— Tucídides. El discurso que nos han hecho —aclaró.

Caí en cuenta. El orador nos había leído el discurso fúnebre de Pericles.

— Es verdad. ¿Cómo, padre, cuándo te has dado cuenta?

— Desde el principio.

Y añadió:

— Pero no te ofendas, Diodoro, es un discurso muy hermoso. También me he dado cuenta, aunque tú hayas callado, de que han tergiversado los hechos y se han olvidado de la batalla del día siguiente. Pero ya ves, a nadie le importa cuándo murió Grilo, si esa mañana o en la tarde del día después. A Cares no le importa. Todo esto es política, a la Ciudad ahora le importa la alianza con Mantinea y viene bien que sea así.

— ¿Y a ti?

— Grilo no va a volver a la vida porque seamos puntillosos con la verdad. Y su gloria va a ser la misma.

Después de los funerales de Grilo en Mantinea, Jenofonte recuperó a medias su talante anterior a la muerte de mi hermano. Ya no evitaba el contacto con otras personas, ni se veía en él una tan insistente persecución del recuerdo de Grilo, pero seguía manteniendo su rutina de dos largos y solitarios paseos, a la mañana y a la tarde. Los días se acortaban ostensiblemente a medida que el otoño avanzaba.

Retomó sus Helénicas. Eran seis los rollos acabados, aunque sólo de los dos primeros se habían hecho copias para más allá de los amigos. Estaba empezado el séptimo, y Jenofonte volvió a leerlo, para situarse y arrancar la continuación. Su rutina de trabajo se repartía en dos momentos a lo largo de la jornada, uno a mediodía, entre los dos paseos, y otro después de cenar. Rara vez me dictaba. Prefería darme sus recortes de papiro y tablillas de cera, para que yo trabajara solo, y él también. Al transcribirlos en el rollo, yo corregía lo que era obvio, y le advertía de lo que me parecía incongruente.

Así hice con la primera remesa. Trataba de los incidentes de Tegea del año anterior, cuando una parte de la confederación arcadia, liderada por Mantinea, se sacudió la tutela tebana. Lo transcribí casi tal cual, con muy poco que enmendar, quizás porque yo revisaba con menos atención de la debida. Desde que habíamos reemprendido la obra, sólo me preocupaba cómo afrontaría en ella la muerte de Grilo.

No tardó ni dos días en entregarme nuevos recortes, con la embajada a Atenas de arcadios y mantineos, y la rápida formación de dos bloques en torno a Tebas y Esparta. Y al día siguiente tuve en mis manos la llegada de Epaminondas y su ejército al Peloponeso, sus maniobras en Nemea para impedir la reunión de atenienses y peloponesios, y su artimaña final acantonándose tras las murallas de Tegea.

Hacía también un elogio de Epaminondas, de su estrategia y de su carácter. Decía de él que era previsor, más que prudente, puesto que le acompañaba simultáneamente una gran audacia.

Mi padre no dudó en alabar a quien, con su victoria en Leuctra, causó nuestra desgracia y huida de Escilunte, y con la batalla que dio en Mantinea, acabara por arrebatarle un hijo. Mi padre sabía lo que había supuesto para Tebas el liderazgo de un hombre como Epaminondas. Sabía la importancia de su pérdida, que tendría que relatar en seguida, en cuanto llegara a la batalla. Por qué introdujo esa consideración sobre el caudillo tebano en ese lugar, y no al final, a continuación de su muerte y como colofón del resultado de la batalla, eso me sorprendió entonces.

La siguiente entrega me defraudó por su brevedad, palmo y medio de papiro. Cubría, sin embargo, lo más crítico de aquellos días: la treta de Epaminondas, marchando contra Esparta cuando las fuerzas de Agesilao se alejaban de ella para unirse con arcadios y mantineos; la intervención divina o el espía cretense que desveló in extremis la amenaza a Agesilao, dándole tiempo a volver con algunos socorros; la resistencia

desesperada de Arquídamo y un centenar de espartiatas, en las mismas calles de Esparta; finalmente, la contramarcha de Epaminondas hasta Tegea, el mismo día que nosotros, Grilo y yo, llegábamos a Mantinea.

Después de esto, mi padre quedaba emplazado ante el papiro por la muerte de Grilo.

Pasaron días y mi padre no alumbraba el relato de las jornadas siguientes. Inesperadamente, me quitó el rollo en el que yo transcribía la versión definitiva.

Algún tiempo después me lo devolvió, y nada más. Pasó tiempo, y llegó el invierno. Nada le obligaba a terminar en ese momento con el relato de aquellos dos días. El conjunto de la obra abarcaba ya los últimos cuarenta y nueve años, y no había más límite en cuanto a su alcance, ni más plazo para concluirla, que el de su vida. Aquellos dos días que faltaban por incorporar a la obra eran una gota de agua en el mar, pensaba yo. Aunque lo posponga, nunca los olvidará, pensaba también. Yo no olvidaré, escriba o no escriba él, y escriba lo que escriba.

Aquel invierno nevó en Corinto. No mucho, dirían los cireos, y recordarían cuando acampaban en las aldeas tracias o armenias, bien surtidos de vino o cerveza, de embutido y carne fresca, de pan y miel, de nueces y avellanas. No quedaban cireos en Corinto, salvo mi padre. En Corinto tampoco nieva nunca, y para todos fue un hecho inusitado, como si nos cayera encima una aldea tracia, llena de niebla y humo, barro helado y techos blancos de nieve. Empezó la tarde con un Bóreas lacerante que soplaba a empentones los copos desde el otro lado del golfo, desde el Helicón y el Parnaso. Los barrios altos dejaron de ver el mar, luego se esfumó la mole omnipresente de Acrocorinto, y al final no se atisbaban ni las calles. Las casas se atrancaron, y aquella noche nadie salió a cenar fuera. Al amanecer había en las calles nieve hasta el tobillo, el viento había cesado, y la Acrópolis reaparecía ante todos transmutada en una montaña completamente blanca, de paredes verticales recortadas contra el fondo azul, y festoneada en dorado.

Como si el sol, el cielo y la nieve le espolearan, Jenofonte calzó unas botas de cuero engrasado, se cubrió hasta las rodillas con polainas de piel vuelta, y se echó a la calle antes de que el sol entibiara lo suficiente para que corrieran las goteras. Avisó que tardaría, que iba a subir a la Acrópolis. Allí pasó el día, siguiendo el recorrido del sol, alimentándose de higos secos y contemplando las montañas de Estinfalia, del Helicón y el Parnaso, nítidamente perfiladas en el azul, cercanas y blancas, reverberantes.

A la noche, luego que volvió y cenó, me hizo buscarle tres candiles y recado de escribir, y trabajó largo rato, hasta acostarse muy tarde. No hubo paseo matutino al día siguiente. Ocupó la mañana leyendo lo que había escrito, tachando, reescribiendo, y me hizo entrega del resultado final después de mediodía, mientras él volvía a salir en dirección a la Acrópolis. Era el único sitio donde aún se conservaba la nieve. Las calles de Corinto estaban ya sucias de barro.

La letra era clara, las líneas tan iguales y rectas, que bien pudo haberlas escrito en el rollo definitivo sin menoscabo de su calidad. Después de contar cómo Epaminondas envió su caballería contra Mantinea, y cómo se encontró allí con la caballería ateniense, la que mandaba Grilo, seguía:

"los atenienses salieron en ayuda de los mantineos, aunque estaban en ayunas hombres y caballos. Allí, una vez más, ¿quién no admiraría su valor? Pues aun viendo a los enemigos más numerosos, aun sabiendo que iban a luchar contra los que eran tenidos por mejores jinetes, sintieron vergüenza de no ser útiles a los aliados encontrándose allí, y tan pronto como vieron a los enemigos

irrumpieron contra ellos con vivos deseos de recobrar su antigua fama. Combatiendo, lograron que los mantineos salvaran todo lo que tenían fuera; dieron muerte a muchos enemigos, y de entre ellos, murieron algunos hombres de bien."

Eso era todo. Jenofonte no volvió a escribir una línea más, ni de las Helenicas ni de ninguna otra obra. Su vida quedó detenida en ese instante, permanentemente renovado cada día en los reiterados paseos de su memoria. En torno a él, Calístrato, Polixena y yo teníamos menos existencia y realidad que su hijo Grilo, continuación y superación de su propia vida, truncada. Nos hicimos fantasmas al cargo del huerto por él abandonado, anfitriones de los amigos que ya no recibía, criados invisibles que le acercaban y retiraban la ropa apropiada para cada estación del año y momento del día, guardianes secretos encargados de seguirle, de buscarle y saber en todo momento dónde paraba su cuerpo deambulante. Y yo mismo, continuador encubierto de su escritura.

Un año después murió Agesilao, embarcado en una peregrina y mal acabada aventura en Egipto. Su cuerpo fue traído desde las costas de Libia embadurnado en cera, no encontraron miel, para ser enterrado donde y como los reyes de Esparta.

Era mayor que mi padre. Tenía ochenta años, diez más que Jenofonte. Fue un triste final para un anciano, que no pudo impedir en su vejez el declive del poderío de su patria.

La muerte de Agesilao le recordaba a mi padre el final de su vida. Lo envidiaba porque dejaba en su hijo Arquídamo un continuador adecuado, mientras que él había perdido a Grilo.

Jenofonte sintió que estaba obligado a hacer el encomio de su amigo, pero cuantas veces le vi intentarlo, desistió. Yo me ofrecí a ayudarle. Y así escribí el elogio de Agesilao, con los pensamientos y las palabras de mi padre. Y mi padre estuvo conforme con lo que yo escribí.

Pero que yo fuera capaz de continuar lo que él quería hacer, no le servía de consuelo para dejar de envidiar a Agesilao. Cuando yo escribía, no era su hijo, era la propia mano de Jenofonte, que atinaba lo que él pensaba y las palabras con que lo diría. Pero el hijo de Jenofonte, el que lo podía perpetuar más allá de él mismo, ése era Grilo, y no yo.

Después del Agesilao me animé a completar lo que faltaba de las Helénicas por cuenta de él. La batalla del día siguiente, la disposición de las fuerzas, las maniobras de Epaminondas, la derrota de Agesilao, todo lo escribí después de arrancarlo de alguna parte de mi alma. Sólo en un punto me acobardé: la muerte de Epaminondas. Y cuando dudaba como seguir, entonces comprendí por qué mi padre compuso el elogio de Epaminondas mucho antes de que muriera. Se trataba, sin duda, de pasar de puntillas por el momento de su muerte. Y así lo hice. *"Pero después que cayó ...."*, ni cómo, ni cuándo, ni quién, ni dónde. Y la hubiera suprimido, si me hubiera sido posible explicar sin esa frase cómo se les escapó la victoria a los tebanos.

Quedaba así, en las Helénicas, no otra referencia a la muerte de mi hermano que no fuera el elogio encubierto que hizo mi padre de su actuación el día de antes en Mantinea. Nadie podrá decir que Jenofonte traicionó la verdad, pues en ningún lado escribió nada que la contradijera, aunque sus ojos y oídos se hubieran cerrado para lo que ocurrió al día siguiente en la batalla, y yo hubiera sido su cómplice al escribirlo.

En cuanto a la verdad admitida por todos los demás, dependía de dónde preguntaras. Los mantineos decían que Grilo había muerto el día antes, y así lo proclaman en su estela funeraria para las generaciones venideras. En Esparta se atribuye la muerte de Epaminondas a un lacedemonio, un tal Maquerión. Y en Mantinea se dice también lo mismo, que un soldado llamado Maquerión mató a Epaminondas, solo que dicho Maquerion es mantineo. Pero nadie conoce, ni en Esparta ni en Mantinea, a ningún Maquerion, a pesar de que su acción debería haberle reportado fama. Y no es de extrañar, si se piensa que Maquerion no es nombre de persona, sino el genérico que se da a cualquiera que se envía con la misión de matar a otro. La misión que cumplió Grilo, para salvación de Esparta y Mantinea: matar a Epaminondas.

En Atenas no había duda de que fue Grilo, mi hermano, el hijo de Jenofonte, el hiparco ateniense en el momento de la batalla, el hombre que mató al estratego tebano en un golpe de audacia. Muchos atenienses estuvieron allí y fueron testigos. También los tebanos lo reconocen así, y difícilmente olvidarán quién les escamoteó la victoria en el último momento, y algo más que la victoria, la vida de su hombre más valioso. Sabían que habían sido jinetes atenienses los que habían irrumpido contra Epaminondas. Reconocieron a Grilo. Reconocieron a un hijo de Jenofonte, ellos no sabían cuál. Porque ellos me habían visto junto a mi padre años atrás, cuando Epaminondas estaba en Esparta, poco antes de la batalla de Leuctra, y Jenofonte intermediaba entre Agesilao y los enviados atenienses para conseguir un tratado que maniatara a los tebanos.

La verdad es muy frágil para el que la necesita, y una espina insidiosa para quien la teme. No volví a hablar de todo aquello con mi padre. Solo quedaba poner final a las Helénicas. Se me ocurrieron estas palabras para resumir tanto la batalla como los cuarenta años anteriores de guerra:

“Concluida esta batalla, ocurrió todo lo contrario de lo que todos los hombres creían que iba a ocurrir. Pues cuando estaba concentrada y enfrentada casi toda la Hélade, no había nadie que no creyera, si se combatía, que los que ganaran serían los amos y los que perdieran serían sus súbditos; mas el dios obró de tal modo que ambos erigieron un trofeo como vencedores, y ninguno de los dos obstaculizó a los que los erigían; ambos devolvieron como vencedores los cadáveres bajo treguas; ambos, como derrotados, los recogieron bajo treguas; y aunque cada uno afirmó que había vencido, ninguno de los dos obtuvo de la batalla nada más de lo que antes tenía, ni en territorio, ni en ciudades, ni en imperio."

"En consecuencia, en la Hélade hubo aún mayor indecisión y confusión después de la batalla que antes."

Esto fue lo que yo leí a Jenofonte para obtener su aprobación. Me escuchó sin interrumpirme, y cuando terminé, me dijo:

— Añade sólo esto: *"Por mi parte, debo limitarme a lo escrito hasta aquí; quizás otro se interesará por los acontecimientos posteriores"* . Y no escribas nada más.

De Próxeno a Jenofonte, Xaire

Mi padre no escribió ya nada más. Yo seguí haciendo copias de sus libros.

Volví a transcribir el comienzo del rollo tercero de la Anábasis, aquella parte en la que se habla del viaje a Delfos de mi padre. Muy a menudo, mientras copio, suspendo la comprensión de lo que leo, y otras por el contrario escruto su sentido palabra a palabra. Algo me decía que lo que allí estaba escondido era más importante y complejo que el relato más o menos franco de una decisión alocada de juventud. No dejaba de preguntarme qué es lo que no se decía, qué faltaba en aquellas pocas frases y, sobre todo, por qué mi padre al elegir aquellas palabras tuvo que dejar una huella tan clara de lo que omitía.

Un día le pregunté. Quiso el dios que eligiera un momento en el que no estaba presente Calístrato. Seguía siendo un buen amigo de la familia, pero ya más mío que de mi padre. De alguna manera, su papel como provocador de confidencias de Jenofonte había terminado ya, con la muerte de Grilo.

— Es cierto lo que está escrito —me dijo—, que fui a Delfos con una pregunta en la mente, pero que al llegar allí formulé otra distinta. Sócrates me dijo que consultara al dios si debía ir, y yo pregunté a qué dioses debía encomendarme para realizar el viaje. Sí, un poco de trampa. Son muchos los que hacen eso mismo. ¡Cuántos políticos, comisionados por su ciudad para acudir a Delfos con alguna enconada cuestión, han deformado la pregunta para conseguir que el oráculo respondiera según sus intereses! Pero el dios sabe dar respuestas en las que está por igual la verdad para el que sabe interrogar y la trampa para el que se quiere engañar.

»Da igual que la pregunta sea recta o torcida: el oráculo nunca responde. Los que van a Delfos reciben siempre, como bien sabes y es objeto de burla entre los descreídos, una respuesta tan equívoca que el que la oye se equivoca si la toma literalmente sin interpretarla. Y es en esa interpretación dónde acierta o falla el solicitante, y se manifiesta el dios.

— Muros de madera.

— Eso es. El que reflexionó y vio la potencialidad de su ciudad, supo que era la flota. El que no sabía que la respuesta debía darla él mismo, creyó que era una empalizada. No hubiera sido muy diferente que la Pitia hubiera dicho agua, aire, tela o fuego.

Mi padre quedó callado un rato, algo que solía hacer a veces en medio de una conversación para sorpresa de su interlocutor. De su silencio salía a veces con nada. O a veces daba un vuelco completo a la conversación.

— Es muy largo de contar. Pero no veo por qué no deberías conocerlo. Han pasado tales cosas en tan poco tiempo, y hemos estado tú y yo, por esas cosas que han pasado, tan cerca de aborrecernos el uno

al otro, que sé que te debo algo. Quizás el dios te ha empujado a preguntar para darme a mí la oportunidad de contarte.

»Yo estuve en Delfos. Pero dos meses antes de que se pudiera consultar al oráculo. La Pitia, sabrás, sólo atiende la mitad del año.

— ¿Mentiste, entonces, padre? ¿No consultaste al Oráculo?

— No. Lo que escribí es cierto. Estuve allí y consulté al dios, aunque no en la forma acostumbrada.

»Yo había dejado atrás ya ese vivir en constante anhelo y búsqueda, sin pausa ni reflexión, lleno de certidumbres tan firmes como fugaces, que es propio de la juventud. Me encontraba en ese momento en el que algunos hombres toman una decisión capital en su vida, empujados por un descontento interior, por una impaciencia por ir hacia algún sitio. O por irse de él. Era un hombre que callaba sus intenciones, porque no esperaba argumentos que me persuadieran, pero que al mismo tiempo pedía ayuda a Sócrates, porque desconfiaba de mi propio impulso.

»*"De Próxeno a Jenofonte. Xaire."* Así empezaba la carta. Podía ser una más de las de Próxeno, que aparecía de nuevo, y de nuevo fugazmente, como cada vez que volvía a Atenas de ida o de vuelta de cualquiera de sus empresas perpetuamente emprendidas. Comerciante, pirata o guerrero, nunca se sabía muy bien en qué andaba Próxeno. Pero ahora, en esta carta, me lo decía muy claro, desde la primera fila de letras: Ciro, príncipe persa, hijo del recién fallecido Dario, hermano del nuevo Rey, Artajerjes, reclutaba soldados.

»Decía: *"Nadie le podrá llamar ingrato. Los generosos, los valientes y los justos son honrados por él. Ningún mentiroso, cobarde o malvado prospera a su lado. Ven, tú y tus camaradas, y sólo por conseguirle nuevos y mejores amigos Ciro me premiará. Y a aquél de vosotros que triunfe en el campo de batalla, no le regateará el mérito con mezquindad, sino que le doblará la recompensa. Porque Ciro no es un príncipe perverso, y premiará con coronas a los vencedores, como es justo"*.

»*"Como es justo"*. Próxeno sabía que esas palabras me iban a revolver como un dolor de tripas. Porque ésas habían sido las últimas palabras que dijo en público Euriptólemo, hijo de Pisianacte: *"... sería mucho más justo premiar a los vencedores con coronas. Si los condenáis a muerte, sabed que será por obedecer a hombres perversos como vosotros"*.

»No es odio lo que se incuba viviendo impotente durante años, callando por miedo calculado, disimulando ante los delatores para que no llegue a ti ni a tu familia el puñal de los asesinos. Es una rabia fría, que no conmueve de tanto ahogarla y dominarla, pero enraizada tan hondo que no deja otro propósito en la vida que darle satisfacción.

»La mañana que Euriptólemo pronunció sus últimas palabras en público, los partidarios de Terámenes habían llegado a la Asamblea disfrazados de familiares de los náufragos, con el pelo cortado al rape y mantos, negros mantos, en los que un pliegue afilado, un negro pico, sugerían a propósito la espada o el cuchillo. Se distribuyeron por todo el hemiciclo, provocando aquí una riña, allá un tumulto de voces. Ninguno de los oradores se atrevió a denunciarlos, salvo Euriptólemo. Ninguno de los oyentes se atrevió a aplaudir las intervenciones que ellos abucheaban, ni siquiera yo, lo reconozco. Ninguno de los prítanos que

presidían la Asamblea se atrevió a rechazar sus propuestas, salvo Sócrates. Y cuando llegó el momento de votar la suerte de los estrategos que habían llevado la flota a la victoria en las islas Arginusas, los seis fueron condenados a muerte, en una sola votación, todos juntos, sin permitir a ninguno de ellos, como obligan las leyes de la Ciudad, defenderse por separado y argumentar qué hizo él y qué hizo cada uno de los demás para recoger las tripulaciones de los barcos averiados en el combate. Quizás entonces las culpas hubieran recaído en el mismísimo Terámenes, que había recibido de ellos los condenados cuarenta y siete naves y el encargo de rescatar a los náufragos, y no supo hacerlo o no pudo porque se le echó encima la tormenta.

»Euriptólemo, hijo de Pisianacte, amigo de Alcibíades, pero también de Grilo padre de Jenofonte, de Sócrates, de Pericles hijo de Pericles, y de Tucídides hijo de Oloro, apareció degollado una mañana, con su lengua cortada a un lado, en el charco de su sangre.

»Eso fue cuatro años antes de que llegara la carta de Próxeno. Durante esos años nuestra familia, como otros muchos, vivía con el odio sofocado por el miedo. Luego, las víctimas se convirtieron en verdugos, los verdugos en víctimas. Y luego volvieron a mudarse, y al final habían muerto tantos de uno y otro lado, que el miedo y el odio dejaron paso a una sensación de hastío y agotamiento, sin que por ello acabara la discordia. Entre medias, la Ciudad había sido completamente derrotada por sus enemigos de fuera. Estábamos derrotados, divididos, asqueados.

»La carta de Próxeno se había recibido en Eleusis, entre los emigrados que esperaban allí que algo cambiara o ayudara a cambiar el gobierno de la Ciudad. Ellos supieron hacérmela llegar con discreción. Porque yo no había marchado con los demás. Yo estaba en Erquia, un lugar no tan a salvo de los que ahora mandaban en Atenas como Eleusis, aunque quizás más libre de su inquina puesto que quien pretende derribar el gobierno no se retira a la soledad de su casa en el campo.

»Corrí el riesgo de acercarme a la Ciudad para hablar con Sócrates. Le dije todo lo que sabía de Próxeno, dónde estaba, qué hacía. Le leí la carta. Le conté vagamente quiénes estaban dispuestos a marchar para unirse a Ciro, y callé cuándo y cómo lo harían. Finalmente, le dije que yo mismo dudaba si acudir a la llamada de Próxeno. Sócrates me contestó inmediatamente, sin pensar.

»— A tu hermano, ni le has comentado, claro.

»— Sabes perfectamente lo que me diría Diodoro. O lo que piensa, porque no creo siquiera que se molestara en decírmelo.

»— ¿Quieres que te diga yo lo que él no te dice? Bien, pues escucha. ¿Cuántas cosas le han salido bien a Próxeno? Pudo regresar de Egipto por la caridad que le hizo el capitán de un barco megarense, que le cogió de remero cuando no sabe de navegación ni dar con un palo al agua. En Sicilia le engañaron con las mercancías que compró, y en el Bósforo perdió el barco, y casi deja su vida y la de todos sus compañeros. ¿No crees que ahora ocurrirá otro tanto?

»Y Sócrates tenía razón. A Próxeno no le había salido nada bien desde que marchó de casa. Pero ¿por qué no habría de acertar alguna vez?, le dije a Sócrates. Y añadí:

»— Ciro es un príncipe capaz y generoso.

»— Muy seguro estás de alguien con quien nunca has hablado.

»— Antes que él, estuvo Tisafernes y jugó con espartanos y atenienses a prolongar la guerra para que mutuamente nos debilitáramos. Pero cuando él apareció, decidió que los espartanos eran sus amigos y los ayudó hasta que nos vencieron. Con eso, ha demostrado a todo el mundo que es amigo de sus amigos y enemigo de sus enemigos.

»— Y por eso en Atenas es considerado el peor de los enemigos.

»— Un enemigo sin doblez, que ningún daño hace ya a una ciudad completamente derrotada. ¿No sería mejor para Atenas tener como amigo a un hombre así?

»— ¿Vais a jugar el juego de Alcibíades, poniéndoos al servicio de un enemigo de vuestra patria por despecho a vuestros adversarios dentro de la ciudad?

»— Puesto que nos comparas con Alcibíades, te diré en qué nos parecemos y en qué no. Nos parecemos en que nuestra propia ciudad nos trata injustamente. No nos parecemos en que Atenas no está en guerra con Ciro y no nos vamos a poner al servicio de los enemigos de la Ciudad.

»— Pero seréis vistos como traidores.

»— ¿Y no lo somos ya, aunque nos quedemos aquí? ¿Por qué razón debemos abstenernos de acudir y de hablar en las asambleas, por qué debemos temblar cada vez que nos tropezamos con un magistrado y un pelotón de arqueros escitas?

»— Han ocurrido tantas y peores cosas en el pasado, que si los que las hemos visto y padecido hubiéramos abandonado la Ciudad, hace tiempo que estaría desierta. ¿No te parece que lo que hay que hacer es hablar con la gente y convencerla de lo que es bueno, si realmente lo que tú propones es mejor que lo de otros? Si realmente sois mejores que los demás, demostradlo en el ágora, en los tribunales, en la Asamblea, en el ejército, en la flota.

»— Sócrates, tú, cuando hablas con uno y con otro, como tú haces, despacio, preguntando y contestando, prolijamente, consigues convencer a algunos; a otros no, porque no son capaces de entenderte o tienen mala voluntad; y a otros los mueves a reflexionar y, aunque no lleguen a pensar como tú, en adelante tienen en cuenta algunas de las cosas que tú les has dicho. Pero cuando te diriges no a uno, sino a muchos a la vez, por fuerza tienes que ser más conciso en tus argumentos, porque el hablar para muchos no se presta a largos razonamientos. Y los que se dirigen a las multitudes, los que hablan y proponen en las asambleas, aún tienen que abreviar más, y lo hacen sustituyendo las razones por insultos y elogios. No exponen a la gente lo que es justo y verdadero, pero difícil, sino que prometen lo que es cómodo para la plebe, aunque sea mentira e injusto. Por eso el gobierno del pueblo acaba siendo abusivo, inmoral, inicuo y hasta ilegal, pues ni las leyes que se dieron a sí mismos alguna vez son capaces de respetarlas, si en otro momento no les conviene a su egoísmo y cortedad de miras.

»Más o menos de este tenor fue nuestra conversación. Acalorada. Me di cuenta de cuán innecesariamente había levantado la voz. Así que, cuando Sócrates se tomó su tiempo para responderme, no pensé que lo necesitara para meditar la respuesta, sino que era una forma de hacerme sentir hasta qué punto yo me había alterado:

»— Tienes razón, pero al que vota mal en la Asamblea lo puedes abordar al día siguiente en la calle y reprocharle su mala acción. ¿Podrás hacer lo mismo con Ciro?

»— *"No todos podemos ser reyes, ni es un bien la soberanía de muchos"*. Entre Ciro y Tersites, prefiero a Ciro.

»— Pensaba que Homero no te tenía sorbido el seso a ti también, tanto como a Próxeno. No andan desencaminados los que proponen prohibirlo. Pero puesto que has llevado la conversación ahí, dime si acaso no era nada descabellado que los aqueos se hubieran embarcado en aquel momento, cuántos sufrimientos se hubieran ahorrado. La plebe era más sensata que Agamenón, ese rey borracho y colérico.

»— Sólo hubiéramos perdido un poema, Sócrates.

»La broma acabó de irritar a Sócrates:

»— Si tan claro lo tienes, ¿por qué vienes a mí? ¿Necesitas convencerte de que la decisión que sin duda ya has tomado es correcta, derrotándome en una disputa?

»Y fue entonces cuando yo vi claro dentro de mí:

»— Tienes razón, Sócrates. No es que no sepa apreciar los argumentos que me das, es que algo dentro de mí me hace argumentar en sentido contrario, como si hubiera un demonio que me empujara a ir allá y tratara de convencerme de ello. Y vengo a ti porque presiento que voy a hacer algo sin saber exactamente por qué lo hago.

»Así fue como Sócrates me dijo que fuera a Delfos.

»Me puse en marcha al día siguiente por la mañana. Salí de casa, desde Erquia, rodeando la Ciudad hasta alcanzar el camino de Tebas. Cuando el Parnita quedó a mi derecha, poco después del mediodía, giré para marchar hacia el Oeste. En seguida llegué a Platea. No era el camino más corto, pero yo quería ver de cerca sus muros derruidos, el lugar donde fue engendrada la vida de Próxeno y donde mi padre Grilo había labrado el destino de ambos, el del huérfano y el del hijo legítimo.

»Lo que allí encontré fue un contorno de piedras amontonadas que marcaban la antigua muralla. Un ligero talud la seguía en paralelo y a pocos pasos, seguramente el contracerco de piedra, barro y madera que levantaron los sitiadores. Caminando por dentro, entre montones de ripios y adobes, llegué al amplio espacio de lo que sin duda fue el ágora, rodeada de grandes piedras trabajadas, restos de algún edificio público. Más allá, algunas casas casi enteras, apenas hundida la techumbre y alguna pared, eran quizás resto del tiempo en que los exiliados megarenses fueron aposentados allí por los lacedemonios. Pero la guerra había acabado y ellos volvieron a su ciudad. Platea seguía despoblada.

»Hice noche allí mismo, entre las ruinas. Encontré una casa cuyo techo daba garantía de solidez y en el que podía hacer fuego sin que fuera visible. Tras muchas horas en completa soledad, el lugar al que había llegado y la oscuridad me trajeron, como escombros de mi vida, recuerdos que no sabía y anhelos olvidados. Pensaba yo si no tenía que pagarle a Próxeno una deuda, la que contrajo mi padre Grilo cuando salió vivo de allí gracias al sacrificio del suyo. Pero también me preguntaba quién era yo para pagar esa deuda. Yo tuve padre, Próxeno no lo tuvo, y eso ya no tenía remedio. Grilo no fue el padre que Próxeno necesitaba. Quizás porque la madre de Próxeno no le dejó serlo, no le dejó a Grilo más opción que secundarla cuando ella inventaba e invocaba como padre de su hijo una figura que no existía, magnificada y heroica.

»Además, a veces, he pensado que no existió esa deuda, que los que se quedaron en Platea sencillamente no se atrevieron a salir, y que los que se escaparon con mi padre Grilo fueron los más decididos. Y que todo fue una mentira de mi padre cuando llegó sano y salvo a Atenas para no hacer doblemente huérfano al muchacho?

»Fue una noche desagradable. El viento, imperceptible durante el día, levantó del norte y se hizo frío. A ratos alcanzaba tal intensidad que silbaba entre las ruinas. Las nubes pasaban deprisa, tapando y destapando un pedazo de luna que, cuando asomaba, sólo servía para resaltar las sombras que había a mi alrededor. Dormí mal, destemplado, inquieto, imaginándome como mi padre y sus compañeros rompieron el cerco en la oscuridad de una noche de viento y lluvia, caminando descalzos entre el barro para no ser oídos, armados con sólo lo preciso para matar, para que nada les estorbara ni les delatara al subir y al bajar muro y muro.

»Reemprendí la marcha en cuanto amaneció, aliviado por tener un destino que me permitiera escapar de aquellas ruinas. Antes de mediodía había dejado atrás Libadia y, anochecido, pasaba entre las sombras de los monumentos del Santuario, apresurado para llegar a la aldea antes de que la oscuridad fuera total y no asustar a los moradores de la primera casa en la que traqueé preguntando por el amigo que Sócrates me había recomendado.

»Cené y respondí a las preguntas esperadas sobre Sócrates, su salud, las cosas de la ciudad, el viaje que había hecho. No quise dejar para el día siguiente lo que me había llevado hasta allí. Así que sin mayores preámbulos dije que sabía que el oráculo estaba cerrado, pero que Sócrates me había enviado a él, no sabía si porque él tenía capacidad de invocarlo para mí fuera de tiempo, o por alguna otra razón. Que estaba en Delfos porque dudaba acerca de una decisión que tenía que tomar.

»*"Todos los que vienen aquí traen una duda"*, me dijo. Añadió que era posible invocar al oráculo excepcionalmente, si hacía falta, pero que el dios podía ayudarme de otras formas. Dependía de cuál fuese la naturaleza de su duda.

»— Nunca he oído hablar de otra cosa que no fuera la Pitia y el oráculo, le respondí.

»— Esas comitivas cargadas de regalos y personajes importantes, y con alguna capciosa pregunta preparada, son las que hacen rico y famoso al santuario —me dijo—. Pero sí, hay otras formas. Cuenta.

»Yo había preparado como exponer el asunto sin dar detalles que comprometieran a los de Eleusis. Le hablé de un amigo que me invitaba a unirme a él en el servicio a un príncipe extranjero.

»— El príncipe, ¿es Ciro? —lo que siguió aún me asombró más— Tu amigo, ¿es Próxeno de Orcómeno?.

»Le pregunté como sabía todo eso.

»— No importa como haya llegado yo a saber eso. Mañana por la mañana, cuando estés descansado del viaje y bien despierto, hablaremos de lo que te ha traído aquí.

»Y me fui a dormir, no inquieto ni preocupado, sino habiendo dejado Platea, Atenas y Sardes, todo ello, a la misma distancia, a la distancia de quién contempla a la vez su pasado, su presente y su futuro. También esperanzado con que allí en Delfos, efectivamente, sabían más de lo que parecía.

»Al día siguiente contemplé ese paisaje que tú ya conoces, pero sin rastro de esas muchedumbres que todos los años lo visitan, ni siquiera los habitantes de la aldea a la vista. Abajo, la niebla tapando el valle y el mar, y enfrente, por encima de las cumbres del Peloponeso y al otro lado del mar de niebla, ese sol recién amanecido que no tiene todavía fuerza para entibiar la ladera, pero que afilando sus rayos infantiles sobre el rocío de la noche hace refulgir las Fedríades como en ninguna otra época del año. Frente a ellas, sobre nosotros, un águila giraba en grandes círculos, muy lentamente. Mi anfitrión me dijo:

»— ¡Mira! ¿La ves? No en balde ha aparecido al salir tú y en este momento. Desde ahora te digo que te encomiendes en todo a Zeus Rey.

»Yo iba un paso delante de él, llevando un brasero. No sabía a dónde nos dirigíamos. Mientras atravesábamos el Recinto Sagrado, él se puso a mi altura. Él me decía:

»— ¿Sabes? Si recopiláramos las cuestiones que traen aquí a las gentes, y las ordenáramos por temas, el grupo más numeroso sería el de aquellas que tratan de viajes. También hay muchas que tratan de guerras, y luego les siguen las que se refieren a la construcción de edificios. Los matrimonios, curiosamente, se consultan poco.

»Le respondí:

»— Estoy seguro que podrías hacer esos grupos y aun muchos otros, porque los que venimos aquí al santuario, qué duda cabe, todos hemos nacido, todos sabemos que estamos condenados igualmente a morir, y a todos nos hacen felices y desgraciados las mismas cosas: la vida y la muerte, la riqueza y la pobreza, la gloria y el descrédito. Ahora, tú, dime, si para cada uno de esos anhelos tienes, o tiene el dios, siempre la misma receta, o la solución es distinta en cada caso. Porque tal como hablas, no sé si el dios se merece las ofrendas que aceptáis para él en su nombre o si tan sólo os aprovecháis de la credulidad de las gentes a espaldas de la divinidad.

»No me contestó.

Mientras tanto, habíamos bajado desde la orquesta del teatro, y llegábamos a la delantera del templo. Él se detuvo para hablarme. Yo pensé, por un momento, que íbamos a entrar en el templo.

»— En algún sentido, la respuesta podría ser la misma para todos, y está escrita y publicada.

»Y al decir esto él miraba detrás de mí, por encima de mi hombro, con una sonrisa. Me di la vuelta y pude leer arriba en la pared la inscripción que todo el mundo conoce.

»— Reconozco la verdad que se encierra en esas dos sencillas palabras. Pero no puedo creer que Sócrates me haya recomendado venir hasta aquí para leerlas.

»— Sí y no —me dijo con expresión más grave—. Que conozcas la sentencia no quiere decir que la estés aplicando a lo que te preocupa. En realidad, la sentencia no es solo un conocimiento, un saber. Requiere de una destreza, de una habilidad para ponerla en práctica. Y te puedo decir que para un problema 'de viaje' hay, si no una solución prevista, sí al menos una regla para encontrarla.

»Seguimos andando.

»— Decidir sobre un viaje es decidir sobre tres asuntos: a dónde te diriges, cómo haces el viaje, y de dónde te vas. Pero unas veces lo discutido es el destino; otras, las causas que te impulsan a marcharte; y las menos, cómo y cuándo marchar. Porque sobre estas últimas el sentido común dice que es mejor

consultar, antes que al Oráculo, a los pilotos y marineros, a los comerciantes, a los arrieros, en fin, a cuantos han viajado antes que tú a ese sitio.

»Dejamos de hablar para subir una empinada cuesta. Arriba había un boquete, la entrada de una cueva, tan estrecha que tuvimos que agacharnos y reptar dentro. Luego se ensanchaba lo suficiente para ponerte de pie. Prendimos una lámpara para iluminarnos y bajar quince o veinte escalones toscamente labrados en la roca y desbastados por el uso. Al final de todo había como una sala que te acoge con una calidez inesperada si llegas en el frío del amanecer, cuando se ve el aliento salir de la boca. Un banco tallado la pared la circundaba. Allí cabían holgadamente diez o doce personas.

»— Este es el sitio dónde los amigos de Sócrates pueden escuchar al oráculo en cualquier época del año. Siéntate.

Él se sentó frente a mí, junto a la entrada.

»— Viajar hasta Sardes —reanudó la conversación sobre viajes— no es en absoluto dificultoso... para un particular. Otra cosa es que seáis un grupo numeroso de partida, y que se incremente mucho más pasando por el cabo Ténaros. No entremos en ello. Seguro que otras personas ya han organizado y previsto todos los detalles.

»Yo trataba de aparentar aplomo, sentado frente a él, aunque mi asombro era muy grande. Por segunda vez, le pregunté cómo había sabido tales cosas.

»— Con la ayuda del dios. Entiende que solo te pueda dar esa respuesta. El prestigio del Oráculo se consigue con muchos pequeños detalles como ése.

»Y siguió hablándome:

»— Lo que te espera en Sardes …. Bueno, ni Ciro ni la gente que está con él vienen a menudo por aquí, así que poco te puedo decir. Debe ser provechoso entrar al servicio de los grandes, y Ciro lo es. Te beneficiarás y te perjudicarás de su suerte, pero no sabes cuál será. Sobre ella, el Oráculo no te responderá, ni aunque hubiera comenzado el periodo de consultas. O te respondería de esa manera que tú sabes, la que pone en ridículo a los necios y agudiza el ingenio de los que saben. Ahora bien, está claro, no se te oculta que vas a la guerra, porque ningún príncipe paga soldadas si no es porque necesita sangre.

»Saber tan poco te puede conducir a graves errores de juicio, porque lo desconocido es el lugar donde el pusilánime coloca sus miedos, y el atrevido o fantasioso sus más infundadas ilusiones. Debes asegurarte que no has puesto en Sardes nada que sólo exista en tu imaginación, sea sueño, deseo o temor.

»Y por el contrario, si no te haces vanas ilusiones acerca de lo que encontrarás en Sardes, y aún así sientes el impulso de ir, entonces es porque estás huyendo de algo. ¿De qué? No eres pobre, y aunque en tu ciudad gobierna gente que te disgusta, no estás en peligro de muerte. Al contrario, el paso que das te será reprochado por muchos y puede perjudicar a tu familia, o te puede dificultar el regreso. Si es así, la otra pregunta es: ¿por qué te vas de Atenas, de qué huyes, qué razones tienes para no querer seguir viviendo como hasta ahora?

»No te engañes a ti mismo, porque no son respuestas fáciles. ¿No te parece? Dime.

»No diría que él se quedó esperando a que contestara. En realidad, pareció ensimismarse en avivar el brasero que habíamos traído con nosotros con un puñado de hojas secas que sacó del morral. Su cara se

transfiguraba a su fulgor con luces y sombras de contornos inquietos. Luego, la llama se asfixió, se redujo a una brasa humeante y la estancia se llenó de un cierto aroma parecido al del estiércol de oveja amontonado al aire libre para que madure.

»Yo le contesté:

»— La verdad, no sé qué decirte. Aquí esperaba encontrar respuestas, no preguntas.

»Me sentía confuso y al mismo tiempo apremiado. Él me dijo:

»— A veces, para saber sobre uno mismo lo único que hay que hacer son las preguntas correctas. Y no las podrás contestar si sigues sentado como si algo te incomodara, como si tuvieras que levantarte enseguida para salir de aquí.

»— Estoy bien.

»— Quizás es culpa mía. Quizás te ha parecido que te atosigaba para que me respondieras. Y no es así. No es a mí a quién debes responder. Ni tampoco debes apresurate en buscar la respuesta. Simplemente, quédate aquí sentado y verás como el dios te habla. Endereza tu espalda. Arrímala contra la pared, si es necesario, hasta que la sientas derecha. Debes sentirte cómodo, aplomado sobre las caderas. Deja caer los brazos, apoya las manos sobre las rodillas o los muslos, más o menos. Y tu cabeza, que repose sin esfuerzo sobre tus hombros, ni vencida hacia delante ni echada para atrás.

»Yo iba haciendo todo lo que me pedía.

»— Vale, muy bien. Ahora, entorna los ojos, hasta que la luz no te sea perceptible, como si quisieras dormir.

»Hice eso mismo, hasta que a través de los párpados solo percibía el fulgor rojizo del brasero.

»— Me da sueño sin ni siquiera cerrarlos —y era verdad.

»— Eso está bien. No te preocupes. Si te duermes, déjate. Será porque el dios lo quiere. Respira. Respira profundamente. ¿Notas… notas como se te ensanchan los pulmones... al inspirar... cómo desciende el pecho... al echar el aire? No me respondas. No atiendas a otra cosa que no sea a seguir tu respiración. Así. Muy bien. Tienes el cuerpo caliente. ¿Lo notas? La frente, fresca, ¿verdad? Y el pulso, también notarás el pulso. Lo notarás en las sienes. En las muñecas, también. Incluso, si te esfuerzas un poco, sentirás el impulso, la ola de sangre, que avanza por los muslos, las rodillas y las piernas, hasta los tobillos.

»Bien, yo sigo aquí, aunque no puedas verme. Incluso, aunque permanezca callado largo rato, no dudes que estoy aquí a tu lado. Si eres capaz de seguir el vaivén de tu respiración..., y percibes cada golpe de sangre que da tu corazón, pronto sentirás algo especial, como si tu espíritu abandonara tu cuerpo y se paseara frente a ti, como si fuera el humo mismo del brasero. En ese momento, el dios empezará a hablarte con tus propias palabras y pensamientos: debes dejarte llevar por él, dejarlo discurrir, a través de tu vida, desde que naciste a la razón, desde que viste a tu padre por primera vez, delante de ti, levantándote en brazos, hasta el mismo momento en que recibiste la carta de Próxeno.

»Estuve mucho rato allí y él no se apartó de mí. El dios me visitó, como me había prometido.

La respuesta del Oráculo

»Si no me hubiera fijado al salir que el sol estaba en lo más alto de su recorrido, no hubiera podido decir cuánto rato estuve en la cueva. Porque durante ese tiempo no me moví, y no puedo atribuir mi inmovilidad a ningún estado especial de mi cuerpo que me lo impidiera, o al menos no fui consciente de encontrarme imposibilitado para levantarme de aquel banco de piedra o mover una pierna o un brazo o cambiar de postura. Tenía perfecta conciencia de mí mismo, en ningún momento diría que estuve soñando sino todo lo contrario.

»Yo veía el destino de mi viaje y sabía que nada podía anticipar de lo que iba a encontrar cuando llegara. Pero sabía que iría, que mi decisión estaba tomada de antemano, desde el mismo momento en que hube leído la carta de Próxeno.

»La carta de Próxeno era un anzuelo, la llamada de un futuro incierto, colgando del hilo del pasado. Me situaba, inevitablemente, en un escrutinio de mi vida.

»De la infancia, yo sólo conservaba recuerdos vagos o puntuales, nunca el sentido de una progresión, de un proceso, de una búsqueda o una lucha por conseguir algo, ese sentido que se empieza a tener al final de la juventud, pero que a Próxeno le fue insuflado en seguida como un contrapeso a su orfandad magnificada. Próxeno quería ser, quiso ser desde muy pequeño, y no vivía más que para lo que quería ser.

»No mucho después de que Próxeno marchara de casa, mi hermano Diodoro, por el cual te di el nombre que llevas, desapareció en Sicilia. Él fue solo uno más de la generación desvanecida, del ejército perdido en el desastre de aquella expedición memorable, de aquella flota que había partido dos años antes del Pireo a la conquista de Sicilia entre olas de arrogancia y entusiasmo insensato. Cincuenta mil hombres no regresaron. ¿Cuántas ciudades pueden fundarse con cincuenta mil hombres? ¿Qué ciudad, por muy grande que sea, puede resistir una pérdida semejante?

»Cuando se confirmaron las noticias que nadie quería creer, Grilo, mi padre, quedó difuminado, anonadado, como tantos otros padres. Luego, cuando un año después Diodoro apareció en casa tan inesperadamente como antes habían llegado aquellas noticias inverosímiles, fueron tan terribles las cosas que dejó de contar, pero que Grilo adivinó por otros relatos, que a partir de entonces mi padre vivió temiendo que algo similar le ocurriera a su hijo pequeño, a mí.

»En cambio, yo y los amigos de mi edad crecíamos, ya no éramos niños, y fanfarroneábamos de lo que seríamos capaces de hacer. Nos insolentábamos con la generación de nuestros padres, y no entendíamos la tristeza de nuestros hermanos mayores, aquellos que los teníamos y conservábamos.

»Un día Sócrates me cortó el paso en una estrecha callejuela, con un bastón y una pregunta provocadora. Pasé a frecuentar el círculo de los que le seguían.

»Sócrates y la realidad pincharon el pellejo inflado de mi soberbia juvenil. Lo mismo le fue ocurriendo a los demás. Aunque otros, como se vio después, acabarían despeñándose por abismos de ambición, de maldad y de infamia, y murieron sin dejar de ser jóvenes insolentes, pero siendo causa de terribles sufrimientos para muchos otros. La mayoría, sin embargo, embarcados en la flota de Jonia o alistados en las guarniciones del Atica, tuvieron tiempo y lugar de reflexionar sobre su condición humana, sometida a la prueba de las derrotas exteriores y las discordias interiores. Algunos fuimos pareciéndonos a nuestros hermanos mayores, a los que habían estado en Sicilia, y nos fuimos aproximando al cariño de nuestros padres, si para entonces el padre o el hermano no habían perecido entre tanto desastre.

»Al examinar mi juventud en ese momento, yo encontraba que había sido, más que nada, una sucesión de decepciones, sufridas unas de golpe, como portazos del destino que revocan lo que deseas, otras poco a poco, en esa silenciosa negación que es la rutina cotidiana, cuando los días pasan y las esperanzas se retrasan. Y como mi juventud la daba por acabada hacía poco, tenía permanentemente presente sus decepciones, porque no habían sido sustituidas aún por las vivencias de la madurez.

»Mi juventud terminó el día que Grilo me dijo que dejaba la Ciudad, que se volvía a Erquia a reconstruir la casa.

»Eso fue después de la derrota, del sitio y el hambre, de la capitulación. Al amparo de los vencedores, unos pocos se habían apoderado del gobierno de la Ciudad subyugada. Eran personas conocidas de nuestra familia, hasta ese momento amigos. Era terrible ver como ellos empezaron a matar a los adversarios políticos, y luego se dieron a perseguir a cualquiera sospechoso de neutralidad, o lo suficientemente rico para que valiera la pena despojarle. Finalmente, ni los amigos de los tiranos, como nosotros, vivíamos seguros.

»Mi padre decidió salir de la ciudad el día que asesinaron a Terámenes. Aquel hombre, conocido por su doblez y oportunismo, había sido capaz, en el momento de su condena a muerte, de pronunciar un alegato acusatorio para sus asesinos tan duro y clarividente que sólo el dios, pensó Grilo, pudo haber puesto las palabras en su boca. Mi padre entendió que la Ciudad vivía una situación peor que la de la peste con la que empezó la guerra, o que la del asedio y el hambre, con la que terminó, y que los peores desastres estaban todavía por llegar. Por eso, marchó al campo. Diodoro y yo seguíamos en la Ciudad.

»Al poco ocurrió que tu tío Diodoro, que servía en la caballería, fue conminado a participar en uno de los muchos crímenes que se cometían. Critias y sus amigos se adelantaban a eliminar no a los que ya eran sus enemigos, sino a aquellos que, de saber las intenciones del propio Critias hacia ellos, se verían empujados a serlo. A la vez, Critias disponía todo para que los que estaban a su alrededor participaran en los crímenes, convirtiéndolos también en cómplices. Y Diodoro, que se negó, pasó a ser otro testigo de cargo contra su iniquidad, y un enemigo, por tanto.

»Toda la familia estaba en peligro. Diodoro se escondió en las laderas del Parnita. Pero Grilo se negó a abandonar Erquia para refugiarse en File o en Tebas, como le aconsejaba yo. Me quedé con él, dejé la ciudad, y al hacerlo dejé de asistir cada tres días a las revistas de caballeros, desertó. A pesar del peligro

que inopinadamente podía caer sobre nosotros, Grilo tenía ánimo para seguir arreglando la casa, edrando la huerta, reparando cercas, preparando la viña para replantar en primavera. Y yo me preguntaba dónde encontraríamos esquejes, si no podíamos acercarnos al demos, ni visitar a los vecinos, para no hacer más notoria nuestra presencia con detalles y explicaciones que tendríamos que callar.

»Fueron días inciertos y sin sosiego, solos mi padre y yo. De la cercana Erquia, sólo el pastor nos atisbaba de vez en cuando. La conversación con él era amable y abundante, siempre sobre las cosas del campo, y distante y reservada con todo lo que tuviera que ver con la Ciudad y el hermano ausente. Y aunque el pastor extrañara nuestra presencia allí, le habría de parecer plausible, acabada la guerra y no estando asentados ya los enemigos en Decelia, que los campos se volvieran a cultivar y las casas a habitar. En todo caso, nosotros no nos acercábamos nunca a la aldea.

»Fueron días que no encontraban el descanso al final del trabajo, aunque hubiera sueño y comida en abundancia, ni dejaban la esperanza del fruto futuro, por muchas que fueran las piedras y las tierras removidas. Grilo era ya anciano, y el esfuerzo que pretendíamos entre los dos hubiera bastado para ocupar media docena de esclavos, pero no podíamos traerlos, porque el mayor enemigo de la gente pudiente eran sus vecinos más pobres o sus criados, que por odio, resentimiento o envidia podían atraer sobre ellos la visita de los arqueros escitas y uno de los Treinta.

»Yo trataba de refrenar a mi padre a cada paso. Para madrugar un poco menos. Para que alargáramos la pausa del almuerzo. O para dejar en la tierra para otro día la piedra que habíamos descubierto y que a duras penas podíamos mover entre los dos. Inútil empeño, aunque las fuerzas de Grilo menguaran cada día un poco, tanto como se alargaba la jornada de ambos, de sol a sol.

»Cuando enfermó, no dijo que le doliera la garganta, pero su voz ronca habló por él. A pesar de mis advertencias de que era conveniente volver a casa y ponernos a cubierto, el nublado nos había sorprendido lejos, en medio del campo, y unos encinos apenas bastaron para impedir que nos mojáramos durante los primeros momentos. El viento frío en el camino de vuelta hizo el resto. Al día siguiente, Grilo no me hizo caso cuando le pedí que no saliéramos a la viña, o que al menos el se quedara en casa. Tan terco uno como el otro, no nos hablamos durante toda la mañana, y yo me alegré después, cuando lo vi jadear apoyado en el mango de la azada, sin fuerzas para levantarla. Pero me preocupé cuando Grilo se sentó en el suelo como empujado, dejándose caer de lado, y no fui capaz de incorporarlo. Yo jalaba uno de sus brazos por encima de mi nuca, y le agarraba del costado con la mano libre, inútilmente, como si la viña reclamara su cuerpo a cambio de las enormes piedras que le habían arrancado. Me lo eché a la espalda. Grilo abrazado al cuello con la poca ansia que tenía, y yo aferrando sus rodillas padre alrededor de mi cintura. Quedaron en la viña, decaídas, las obstinadas herramientas, y llegamos a casa por el camino raso, agónicamente dilatado por ráfagas de polvo y frío en el rostro, por brazos invisibles que atenazaban la ropa al cuerpo y se oponían a cada paso, acortándolo como en los sueños más angustiosos. Nunca he llevado una carga más pesada. Y para Grilo, para el padre de tu padre, orgullo abatido, carga para el hijo, más duro que morir, y aún eso le quedaba.

»Lo acosté, hice fuego, traté de que comiera, y me esforcé en recordar todos los remedios con los que las mujeres asisten a los que caen enfermos. Y cuando, mediada la noche, oía su ronco respirar, me desesperaba dudando si acertaba en lo que hacía.

»A la mañana siguiente Grilo ni hablar podía. Sobre su piel tostada, un tinte cárdeno, el mismo que le había visto en la espalda el día anterior, oscurecía sus labios y las arrugas de su cara. Me dirigí a la aldea, esperando encontrar en ella o en el camino al pastor inoportuno de otros días. Ajustó en dos dracmas el viaje de su zagal a la Ciudad, con una nota en la que nada decía, pero decía lo necesario, le parecía, para que, sin mencionarlo, el destinatario avisara a Diodoro. Y esperé junto al lecho de mi padre, aferrado a su aliento, sabiendo que en él le iba la vida.

»A media noche empeoró. Resoplaba, entre pausas y ahogos, como si brazos invisibles lo estrangularan y aflojaran, acallando con sus estertores el silbido del viento contra los postigos de la casa. Yo veía que moría sin saber cómo evitarlo, y no queriendo ni pensar, tampoco, qué haría cuando ocurriera. El sueño, apoderándose de mí sin rendirme del todo, me torturaba con visiones de la casa en llamas, la casa de mi infancia y adolescencia, incendiada. Sólo ardía la mecha de un candil, lo bastante retirado para iluminar el perfil de Grilo sin molestar sus ojos cerrados, la boca abierta, afanosa, con la costra seca de los sedientos en la comisura de los labios. Y el jadeo interminable, acelerado e interrumpido.

»La noche fue tan larga como una vida. Yo calculaba que Diodoro no saldría hasta el amanecer y que llegaría a mediodía, y pensaba si no había sido un error avisarle, exponerlo a que lo cogieran, cuando su llegada poco o nada podía cambiar el destino del enfermo. ¿Para qué? Para que rezara las oraciones que conocen los iniciados. Si yo las hubiera conocido se las habría recitado a mi padre, aunque él nada pudiera oír. Los dos, Diodoro y Grilo, creían, ¿qué mas me daba a mí?

»Recordé que Diodoro guardaba cebada sagrada. La encontré o creí encontrarla, una pequeña vasija medio llena de grano royo. Preparé un kykeon, pero cuando trataba de llevarle un poco a los labios, me di cuenta por sus estertores que ya era tarde para todo. Sus agónicas peticiones de aire, más intensas que nunca y al mismo tiempo más desacompasadas, me hacían saber que faltaban instantes para que Grilo muriera. Me puse en pie esperando, inmóvil como la llama del candil. Y una súbita, larga espiración precedió al silencio definitivo. Con la calma del que no espera nada más, me acerqué a él, y toqué sus mejillas y su frente, y zarandeé levemente su cabeza y sus hombros, inanes, para cerciorarme —no tenía dudas, pero había que hacerlo— de que Grilo, mi padre, había muerto.

»No sé cuánto rato estuve indeciso, cuánto rato de pie contemplando el cadáver, cuánto rato midiendo la estancia a pasos. De mi estupor vino a sacarme la claridad del día que empezaba a filtrarse por las rendijas. Supe que tenía que ocuparme de preparar el cuerpo. Con dedos temblorosos empujé sus párpados para cerrarle los ojos. Anudé un pañuelo alrededor de su cabeza apretando las mandíbulas, y lo desnudé, y empecé a lavarlo con una palangana con agua caliente, como si aún pudiera sentir frío o calor.

»Dieron tres golpes en la puerta. Tres golpes que se repitieron mientras acudía a la llamada. Si en aquel momento yo no hubiera estado aturdido, si mi padre Grilo, como días y horas antes, hubiera estado allí, junto a mí, vivo, hubiéramos corrido a las armas, y no hubiéramos abierto la puerta sin preguntar ni

cerciorarnos quién había tras ella. Pero no era así. Si algo imaginé yo, era que Diodoro estaba allí, aunque fuera más que improbable que hubiera viajado de noche. O no pensé nada. Abrí la puerta.

»Solté la tranca y fui derribado por el empellón que dieron desde fuera. Cayeron sobre mí, arrimándome las antorchas a la cara, cegándome y chamuscándome. Había dos sobre mí, de pie, y algunos más afuera, montados a caballo. Sin mirarlos, sabía que vestían anaxírides, jubón de cuero, botas claveteadas, y se armaban con arco de hueso, hacha y un largo y afilado cuchillo curvo. Los dos rostros frente a mí me enseñaban las cicatrices de sus mejillas, paralelas, rituales, y las ronchas con las que habían cauterizado al fuego cualquier atisbo de vello. Su cabellera, dos mechones desiguales, en la parte de atrás de la cabeza, sobre la nuca. Y sus dientes, limados, una doble fila de púas.

»No articulé palabra, ni lamento, ni grito. Pues, pese a ellos, había más horror dentro de mí que todo el que ellos pudieran traer, y aunque hablaran nuestra lengua, que no la hablan, era yo el que se sentía excluido del género humano. Mientras me incorporaba, despacio, esperaba, pero no temía en modo alguno, el instante en que uno de ellos, con súbito y preciso gesto circular de su alfanje, abriera un tajo limpio en mi cuello. Lo esperas sin esperar ni pensar en lo que sigue, en la sangre que mana a borbotones, en el repentino desfallecimiento de las rodillas, y en el lo que dicen que sigue, que se aniebla la vista y te hundes en el Hades.

»Pero no ocurrió. Miré detrás de ellos, por la puerta, y vi que Hipómaco, uno de los Treinta, acompañaba a los arqueros. Yo lo conocía, sabía quién era, no el más inicuo, pero tampoco el menos perverso de los tiranos. Quizás Hipómaco también me conocía, porque entró en la casa tras ellos, me zarandeó, me preguntó por mi hermano Diodoro, no me confundió con él. Supuse, no en ese momento, sino después, cuando tuve serenidad suficiente para repensar estos hechos, que el pastor los había denunciado, sospechando quién sabe qué de él y de su padre, como tantas veces le ocurría a tantos otros en aquellos tiempos.

»Y cuando por segunda vez Hipómaco me sacudió, yo le respondí algo, le indiqué no importa qué, en dirección al interior de la casa, haciendo ademán con una de sus manos, la que sostenía la toalla con la que secaba el cuerpo de su padre.

»Entraron, hicieron corro alrededor, sus antorchas iluminaron a la vez el cadáver desnudo, la palangana de agua, el trapo basto de aclarar y escurrir con el que frotaba el cuerpo y le quitaba sus impurezas. Quizás habría hedor en la casa, y por ello tapaban sus bocas y narices. Alguien habló, quizás fue yo, quizás fue sólo la propia aprensión de ellos y yo simplemente asentí, pero se oyó la palabra "peste". Al propio miedo, al terror personificado, lo vi temblar allí mismo delante de mí. Se fueron. Se fueron y yo continué lavando el cuerpo, amortajándolo, velándolo, como tú hiciste con tu hermano Grilo, hasta que muchas horas después, llegó Diodoro y pude llorar.

»Llegó Diodoro. Poco importaba ya, o nada, que su nombre estuviera en la lista de los perseguidos. Los del Pireo, dirigidos por Trasíbulo, habían vencido por fin a los Tiranos, el mismo día en que moría Grilo. Enterramos a nuestro padre.

»Pasó el tiempo, pasó un mes y Diodoro, que había escuchado mi relato, me contó cómo había sido la batalla del Pireo, y que en ella habían muerto Hipómaco y Critias, entre otros. Pensé que quizás

confundí a otro con Hipómaco, ya que no había ninguna duda de su muerte en el Pireo. Pasó un año, y a los nuevos gobernantes ya no les discutía su poder ni Esparta ni sus antiguos enemigos. Diodoro y yo continuamos reconstruyendo, plantando, sembrando, reparando. Y luego llegó la carta.

»Y cuando salí a la luz del sol, yo ya sabía por qué iría al encuentro de Próxeno y de Ciro.

Y calló. Pocas veces mi padre me había hablado tanto rato de un tirón, ni con tanta seriedad. En ese momento pensé que debía sugerirle un cambio.

— ¿Te parece, padre, qué quitemos lo del Oráculo y dejemos sólo que habías recibido una carta de Próxeno? Porque todo lo que pasó en el Santuario...

—… sería una digresión muy larga que a nadie importa. Pero no, déjalo como está. Es lo que ocurrió. Consulté al Oráculo y está bien que otros lo sepan.

Una tarde de invierno, el presentimiento de que mi padre se retrasaba demasiado me empujó hasta el pie de la fortaleza. Pregunté en la puerta a uno de los guardias, y me dijo que había subido, como solía, pero que no le había visto salir. El crepúsculo había borrado ya los colores del cielo y de la tierra, salvo el rojo horizonte sobre Estinfalia, y entre sombras negras y grises subí las escaleras y rampas que llevaban al torreón occidental de la Acrópolis donde él solía, a su atalaya del sol moribundo. Jenofonte estaba caído en el suelo. Quise pensar que se había rendido de cansancio, o que simplemente, como alguna vez le ocurría si un enfriamiento o algún contratiempo de salud lo debilitaba, había tenido un traspié del que luego no había sido capaz de levantarse. No era así. Jenofonte, mi padre, había muerto.

Epílogo

A la mañana siguiente me encaminé a la cueva después de inspeccionar los tejados del Recinto Sagrado en busca de goteras que la tormenta de la noche hubiera puesto en evidencia. El pastor me salió al paso y me dijo: *"No lo encontrarás. Se ha marchado"*.

En la cueva todo había sido recogido. Limpio el brasero de ceniza, la leña apilada, la frazada doblada. Siempre es así: se llevan lo que creen que es la respuesta concluyente del dios y desdeñan la última pregunta.

Diodoro vio la ofrenda que su padre hizo al dios siete años después, cuando volvió a Delfos por segunda vez. Un trípode de plata y un escudo que perteneció a Asidates y que Asidates había perdido por las leyes de la guerra, todo él de oro, marfil y ámbar. Había en el escudo grabada una serpiente que gira la cabeza hacia atrás, que enseña los dos dientes afilados y a la que le brillan los ojos como dos brasas encendidas. Al pie de la ofrenda Jenofonte mandó escribir:

"Próxeno de Platea y Jenofonte de Atenas subieron con Ciro hasta el interior del país del Rey, y vencieron. Con la ayuda del dios, Jenofonte trajo el ejército de vuelta".

Antes de irse, Diodoro me dio dinero para que se completara esta inscripción. Y así hice, mandando grabar la exhortación de Sarpedón a Glauco:

Amigo, si tú y yo, escapando a la batalla, pudiésemos
eludir la vejez y la muerte de aquí en adelante y para siempre
Ni yo me batiría en primera fila ni te empujaría a luchar
donde los hombres ganan la gloria
Pero ahora, viendo que los espíritus de la muerte están a miles
acechándonos, y ningún hombre puede escapar de ellos
¡vayamos! y ganemos gloria para nosotros, o démossela a otros.

Jenofonte hubiera estado de acuerdo con estas palabras. Próxeno quizás sí o quizás no. Grilo ni se hubiera detenido a considerarlas. Eso piensa Diodoro.

Hace mucho tiempo que Diodoro estuvo en Delfos. La ofrenda de Jenofonte ya no está. Filomelo el Focense la robó junto con otros tesoros al inicio de la Guerra Sagrada, tres años después de la visita de Diodoro. Y aunque los tebanos mataron a Filomelo, y Filipo el Macedonio derrotó y mató a su sucesor Onomarco, los tesoros robados nunca fueron devueltos al santuario. ¡Y yo que me preocupaba por unas goteras!

Diodoro tiene hoy la misma edad que su padre cuando murió. Durante estas cuatro décadas de su taller han salido centenares de rollos. Ha ido cambiando el tipo de obra que le piden los mercaderes que

llegan a Corinto. Homero sigue vendiéndose, pero la Ilíada no es ya el título indiscutible, ni siquiera para uso escolar.

Los hombres también han cambiado. Todo es distinto desde la muerte del joven Alejandro.

Durante sesenta años, cada vez que alguien clamaba por la unidad griega contra el persa, la expedición de los Diez Mil era el ejemplo a seguir. Alejandro ha seguido las huellas de los cireos, como hubiera hecho Agesilao de no ser por la perfidia tebana. Pero Alejandro, antes de cruzar el Helesponto, se cuidó de arrasar Tebas.

La Ilíada ha sido el libro de cabecera del joven Alejandro. Él es su último lector. Pero éste es un libro que hay que leer de joven y de viejo. Hay que ser tan viejo como Príamo para llegar, como él, al último canto, y encontrar a Aquiles llorando en su tienda. Y Alejandro ha muerto joven, como Grilo.

Alejandro, sin darse cuenta, ha creado un mundo nuevo en el que no hay lugar para los héroes de barba y larga cabellera. Hoy los hombres van afeitados y viven de otra manera. Las guerras se ganan y se pierden con más facilidad en las cancillerías que en el campo de batalla. El soldado no es un ciudadano compelido por el amor a la patria, el afán de gloria o la vergüenza de no ser menos, sino un esclavo o un mercenario mal pagado que no da la espalda al enemigo porque teme aún más al látigo de su capitán y cuya muerte es menos gloriosa cuanto más lo desprecia el que lo tiene sujeto.

Hoy los que cultivan la tierra son esclavos al servicio de los patricios urbanos y en las ciudades hallarás multitud de mendigos, gente expulsada de sus aldeas por los nuevos amos, o lo que es peor, parásitos desocupados que viven por, para y alrededor de los poderosos. Pregúntale a los mercaderes que recorren el mundo. Ellos te dirán que todo por todas partes es igual, que aunque el mundo es más grande que antes, es peor, y que cuando quiera el capricho de un diádoco extermina un pueblo entero, o lo castra para que ni siquiera sea capaz de luchar por su libertad, o lo arranca de su tierra, lo arrastra de un lado para otro y lo arroja como un desecho en un rincón del mundo.

Antes, la religión y los mitos enseñaban a los hombres a enfrentarse con dignidad a su condición mortal, común e inevitable. Hoy la antigua religión está en descrédito, usurpada por tiranos que pretenden ser dioses o hijos suyos y obligan a los hombres a adorarles como a tales. Y los hombres, esclavizados de cuerpo y depauperados de espíritu, se consuelan con creencias que les ofrecen la muerte como liberación de su vida miserable.

El tiempo de los caballeros atenienses ha terminado.